

# JOHN GRISHAM

## EL SOBORNO



# JOHN GRISHAM

## EL SOBORNO



PLAZA  JANÉS

JOHN GRISHAM

# EL SOBORNO

Traducción de  
Eduardo Iriarte

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial

# 1

En la radio por satélite sonaba jazz suave, una solución de compromiso. Lacy, la propietaria del Prius y por tanto de la radio, detestaba el rap casi tanto como Hugo, su copiloto, odiaba el country contemporáneo. No habían conseguido ponerse de acuerdo en los programas de deportes, la radio pública, los éxitos de hoy y de siempre, la comedia para adultos ni la BBC, y ni siquiera habían intentado acercarse al bluegrass, la CNN, la ópera y otro centenar de emisoras más. De resultas de la decepción de ella y el cansancio de él, los dos tiraron la toalla y se decidieron por el jazz suave. Suave, para que no perturbara la larga y profunda siesta de Hugo. Suave, porque a Lacy tampoco le hacía mucha gracia el jazz. Era otra concesión más, una de las muchas que habían apuntalado su trabajo en equipo a lo largo de los años. Él dormía mientras ella conducía y los dos estaban contentos.

Antes de la Gran Recesión, la Comisión de Conducta Judicial disponía de una pequeña flota de automóviles Honda de propiedad estatal, todos con cinco puertas, de color blanco y con pocos kilómetros. Ahora Lacy, Hugo e innumerables funcionarios más de Florida tenían que usar sus vehículos particulares para su trabajo, por lo que luego recibían un reembolso de treinta centavos por kilómetro. Hugo, que tenía cuatro críos y una hipoteca de aúpa, conducía un Bronco del año de la pera que apenas era capaz de llevarle a la oficina, mucho menos le servía para hacer un viaje por carretera. Así pues, él se dedicaba a dormir.

Lacy disfrutaba de la calma. Llevaba la mayoría de los casos sola, al igual que sus colegas. Unos recortes más severos habían diezclado la oficina, y la

CCJ había quedado reducida a sus seis últimos investigadores. Siete en un estado de veinte millones de personas, con un millar de jueces que presidían seiscientos tribunales y llevaban medio millón de casos al año. Lacy agradecía enormemente que casi todos los jueces fueran personas honradas y trabajadoras, comprometidas con la justicia y la igualdad. De no ser así, habría dejado su trabajo hacía mucho tiempo. El reducido número de manzanas podridas la tenía ocupada cincuenta horas a la semana.

Tocó con suavidad el mando de los intermitentes y aminoró la marcha en la rampa de salida. Cuando el coche se detuvo, Hugo se incorporó de pronto, como si ya estuviera completamente despierto y listo para la jornada.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Casi hemos llegado. Veinte minutos. Ahora puedes volverte hacia la derecha y roncar en dirección a la ventanilla.

—Lo siento. ¿Roncaba?

—Siempre lo haces, por lo menos eso dice tu mujer.

—Bueno, en mi defensa he de decirte que a las tres de la mañana estaba dando vueltas por casa con su último hijo en brazos. Creo que es una niña. ¿Cómo se llama?

—¿Tu mujer o tu hija?

—Ja, ja.

La encantadora y perpetuamente embarazada Verna guardaba pocos secretos en lo tocante a su marido. Uno de sus cometidos era mantener a raya el ego de Hugo, lo que no era tarea fácil. En una vida anterior había sido una estrella del fútbol americano en el instituto, luego un fichaje de primera para la Universidad Estatal de Florida y el primer alumno debutante que había formaba parte del equipo titular. Era un defensa durísimo y deslumbrante, al menos durante tres partidos y medio, hasta que lo sacaron del campo en camilla con una vértebra fastidiada en la parte superior de la columna. Juró

que volvería a jugar, pero su madre se opuso. Se licenció con honores y luego fue a la facultad de Derecho. Sus tiempos de gloria estaban desvaneciéndose rápidamente, pero siempre conservaría algo de la arrogancia de los jugadores de primer nivel. No podía evitarlo.

—Veinte minutos, ¿eh? —gruñó.

—Claro, o no. Si lo prefieres, te dejo en el coche con el motor en marcha y puedes dormir todo el día entero.

—Quiero otro compañero —dijo después de volverse hacia la derecha y cerrar los ojos.

—Tu idea no está mal, pero el problema es que nadie más quiere trabajar contigo.

—Y que tenga un coche más grande.

—Consume solo unos ocho litros cada cien kilómetros.

Hugo volvió a gruñir y se quedó quieto; luego se contrajo, se sacudió un poco, masculló algo y se sentó erguido.

—¿Qué estamos escuchando? —dijo frotándose los ojos.

—Ya hemos hablado de ello hace mucho rato, al salir de Tallahassee, justo cuando estabas iniciando la hibernación.

—Creo recordar que me he ofrecido a conducir.

—Sí, con un ojo abierto. Qué detalle por tu parte. ¿Cómo está Pippin?

—Llora mucho. Por lo general, y lo digo por mi amplia experiencia, cuando un recién nacido llora es por algo. Comida, agua, el pañal, su mami, lo que sea. Esta no. Berrea porque le da la gana. No sabes lo que te pierdes.

—Si lo recuerdas, he paseado a Pippin en brazos un par de veces.

—Sí, y Dios te bendiga por ello. ¿Puedes venir esta noche?

—Cuando quieras. Oye, es la cuarta. ¿Os habéis planteado eso del control de la natalidad?

—Estamos empezando a hablar de ello. Y ya que estamos, ¿qué tal tu vida

sexual?

—Lo siento. Ha sido culpa mía.

Lacy tenía treinta y seis años, era soltera y atractiva, y su vida sexual era motivo de discreta curiosidad en la oficina.

Iban hacia el este, en dirección al océano Atlántico. Saint Augustine estaba a doce kilómetros por aquella carretera.

—¿Y has estado allí alguna vez? —preguntó Hugo, y entonces Lacy apagó por fin la radio.

—Sí, hace unos años. Mi novio de entonces y yo pasamos una semana en la playa, en el apartamento de un amigo.

—¿Mucho sexo?

—Ya estamos otra vez. ¿Siempre estás pensando en lo mismo?

—Bueno, ahora que lo dices, he de reconocer que sí. Además, tienes que entender que Pippin acaba de cumplir un mes, lo que significa que Verna y yo no tenemos relaciones normales desde hace por lo menos tres meses. Sigo manteniendo, al menos ante mí mismo, que me cerró el grifo tres semanas antes de lo debido, pero eso no acaba de estar claro. La verdad es que no puedo dar marcha atrás y ponerme al día, ¿sabes? Así que voy bastante quemado; no sé si ella piensa lo mismo. Tres enanos y un recién nacido son puro veneno para el asunto de la intimidad.

—No creo que yo llegue a averiguarlo.

Hugo intentó centrarse en la autopista un par de kilómetros, pero luego empezaron a pesarle los párpados y comenzó a dar cabezadas. Lacy le miró de reojo y sonrió. En los nueve años que llevaba en la Comisión, Hugo y ella habían trabajado juntos en una decena de casos. Formaban un buen equipo y confiaban el uno en el otro, y ambos sabían que cualquier comportamiento inadecuado por parte de él —algo que nunca se había producido hasta la fecha— llegaría a los oídos de Verna de inmediato. Lacy trabajaba con Hugo,



pero cotilleaba y se iba de compras con Verna.

Saint Augustine se promocionaba como la ciudad más antigua de América, el lugar exacto donde Ponce de León desembarcó para iniciar su exploración. Tenía mucha historia y turismo de sobra, y era una ciudad preciosa con edificios históricos y denso musgo español que pendía de unos robles antiquísimos. A medida que se acercaban a las afueras, el tráfico se volvía más lento y los autobuses turísticos se iban deteniendo. A su derecha y a lo lejos, una vieja catedral dominaba la ciudad. Lacy lo recordaba todo muy bien. La semana con aquel novio había sido un desastre, pero tenía gratos recuerdos de Saint Augustine.

Uno de sus muchos desastres.

—¿Y quién es esa misteriosa garganta profunda con la que supuestamente vamos a vernos? —preguntó Hugo frotándose de nuevo los ojos, ahora decidido a seguir despierto.

—Aún no lo sé, pero su nombre en clave es Randy.

—De acuerdo, y haz el favor de recordarme por qué venimos los dos a encontrarnos en secreto con un hombre que utiliza un alias y que aún no ha presentado ninguna denuncia formal contra alguno de nuestros estimados jueces.

—No puedo explicártelo. Pero he hablado tres veces con él por teléfono y parece que, bueno, va bastante en serio.

—Estupendo. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con un denunciante que no pareciera que, bueno, iba bastante en serio?

—Tú sígueme el rollo, ¿vale? Michael dijo que viniéramos y aquí estamos.  
—Michael era el director, su jefe.

—Claro. ¿Hay alguna pista sobre la presunta falta de ética?

—Bueno, sí. Randy dijo que era de las gordas.

—Vaya, eso no lo había oído nunca.

Doblaron por King Street y avanzaron lentamente con el tráfico que se dirigía al centro. Estaban a mediados de julio, lo que todavía era temporada alta en el norte de Florida, y por las aceras vagaban turistas en bermudas y sandalias que no parecían ir a ninguna parte en concreto. Lacy aparcó en una bocacalle y se unieron a la masa de turistas. Fueron a una cafetería, donde mataron el tiempo durante media hora hojeando folletos de agencias inmobiliarias impresos en papel satinado. A mediodía, tal como les habían indicado, acudieron al Luca's Grill y encargaron una mesa para tres. Pidieron un té con hielo y esperaron. Transcurrieron treinta minutos sin que Randy diera señales de vida, así que pidieron unos sándwiches. Patatas fritas de guarnición para Hugo, fruta para Lacy. Comieron tan despacio como podían, atentos a la puerta y a la espera.

En tanto que abogados, valoraban su tiempo. En tanto que investigadores, habían aprendido a tener paciencia. A menudo los dos papeles entraban en conflicto.

A las dos de la tarde se dieron por vencidos y volvieron al coche, que estaba más sofocante que una sauna. Cuando Lacy estaba girando la llave del contacto, su móvil vibró. Número desconocido.

—Sí —respondió tras descolgar.

—Le pedí que acudiera sola —contestó una voz de hombre. Era Randy.

—Supongo que tiene derecho a hacerlo. Habíamos quedado a mediodía para almorzar.

Entonces hubo una pausa.

—Estoy en el puerto deportivo municipal, al final de King Street, a tres manzanas. Dígale a su amigo que se pierda y hablamos.

—Mire, Randy, no soy poli y no se me da muy bien el rollo ese de los espías. Voy a reunirme con usted, para saludarle y tal, pero si no me dice su nombre auténtico en sesenta segundos, me largo.

—Muy bien.

Lacy colgó.

—Muy bien —dijo entre dientes.

En el puerto deportivo había bastante actividad entre las embarcaciones de recreo y algún que otro barco de pesca que iba y venía. Por un largo pontón estaba desembarcando toda una manada de bulliciosos turistas. Un restaurante con un patio a orillas del mar seguía atendiendo a numerosos clientes. Las tripulaciones de los barcos de alquiler limpiaban las cubiertas a manguerazos y los preparaban de cara a las excursiones del día siguiente.

Lacy enfiló el embarcadero central y empezó a buscar el rostro de un hombre al que no había visto nunca. Más adelante, plantado junto a un surtidor de combustible, un vagabundo playero entrado en años le dirigió un saludito torpe con la mano y un asentimiento. Ella le devolvió el gesto con la cabeza y siguió adelante. Tenía unos sesenta años, y demasiado pelo entrecano asomaba de debajo de un sombrero panamá. Bermudas, sandalias, una camisa de flores de colores chillones, y la típica tez bronceada y curtida de quien ha pasado demasiado tiempo al sol. Llevaba los ojos cubiertos por unas gafas de aviador.

—Usted debe de ser Lacy Stoltz —dijo tras acercarse a ella con una sonrisa.

—Sí. ¿Y usted es...? —dijo al tiempo que le estrechaba la mano.

—Me llamo Ramsey Mix. Encantado de conocerla.

—Encantada. Habíamos quedado a mediodía.

—Lo siento. He tenido un problemilla con el barco. —Señaló con un gesto de la cabeza hacia una gran lancha motora que estaba amarrada al final del embarcadero. No era la embarcación de más eslora que había en el puerto en

aquellos momentos, pero andaba cerca—. ¿Podemos hablar allí? —preguntó.

—¿En el barco?

—Claro. Es mucho más discreto.

Meterse en un barco con un tipo al que no conocía de nada le pareció una mala idea y tuvo dudas.

—¿Quién es el negro? —preguntó Mix antes de que ella pudiera contestar.

Miraba en dirección a King Street. Lacy se volvió y vio que Hugo seguía con aire despreocupado a una manada de turistas que se acercaba al puerto deportivo.

—Es mi colega —dijo ella.

—¿Una especie de guardaespaldas?

—No me hace falta ninguno, señor Mix. No vamos armados, pero mi amigo podría tirarle al agua en un abrir y cerrar de ojos.

—Esperemos que no sea necesario. Vengo en son de paz.

—Me alegra oírlo. Voy a subir al barco, pero solo si no hace nada raro. Si arranca el motor, la reunión se ha terminado.

—Me parece bien.

Lacy lo siguió por el embarcadero, pasaron por delante de una hilera de veleros que tenían pinta de llevar meses sin ver mar abierto y llegaron a su embarcación, que tenía el ingenioso nombre de *Conspirator*. Subió a bordo y le tendió una mano para ayudarla a subir. En cubierta, bajo un toldo de lona, había una mesita de madera con cuatro sillas plegables.

—Bienvenida a bordo. Tome asiento —dijo el hombre mientras señalaba una silla con un gesto.

Lacy se hizo una rápida idea del entorno.

—¿Estamos solos? —dijo, aún de pie.

—Bueno, no del todo. Tengo una amiga a la que le gusta salir a navegar conmigo. Se llama Carlita. ¿Quiere conocerla?

—Solo si tiene alguna importancia para su historia.

—Ninguna. —Mix miraba hacia el puerto: allí estaba Hugo, apoyado en una barandilla. Este saludó con la mano, como si quisiera decir: «Lo veo todo». Mix le devolvió el saludo y dijo—: ¿Puedo preguntarle una cosa?

—Claro —accedió Lacy.

—¿Me equivoco al pensar que pondrá en conocimiento del señor Hatch lo que estoy a punto de contarle?

—Es mi colega. Trabajamos juntos en algunos casos, puede que en este. ¿Cómo sabe su nombre?

—Resulta que tengo ordenador. He echado un vistazo a la página web. La CCJ tendría que ponerla al día, la verdad.

—Ya lo sé. Recortes presupuestarios.

—Su nombre me suena vagamente de algo.

—Tuvo una breve carrera como jugador de fútbol americano en la Universidad Estatal de Florida.

—Igual es eso. Soy seguidor de los Gators.

Lacy prefirió no responder nada. Aquello era típico del Sur, donde la gente se aferraba a los equipos de fútbol americano universitario con un fanatismo que a ella siempre le había resultado irritante.

—Entonces se enterará de todo, ¿no? —inquirió Mix.

—Sí.

—Llámelo. Voy a sacar algo de beber.

## 2

Carlita sirvió las bebidas en una bandeja de madera: refrescos light para Lacy y Hugo, un botellín de cerveza para Mix. Era una hispana atractiva, al menos veinte años más joven que él, y parecía contenta de tener invitados, sobre todo otra mujer.

—Una pregunta rápida. El número de teléfono que ha usado hace un cuarto de hora era distinto al que utilizó la semana pasada —dijo Lacy, después de anotar algo en su bloc.

—¿Eso es una pregunta? —repuso Mix.

—Se le parece bastante.

—Bien. Uso muchos teléfonos de prepago. Y me muevo de aquí para allá todo el tiempo. Supongo que el número que tengo de usted es un móvil facilitado por el estado, ¿verdad?

—Así es. No utilizamos teléfonos particulares para asuntos del estado, de manera que no es probable que mi número cambie.

—Supongo que así será más sencillo. Yo cambio de teléfono cada mes, a veces cada semana.

Hasta el momento, en los cinco primeros minutos que llevaban juntos, todo lo que Mix decía no hacía más que abrir la puerta a más preguntas. Lacy seguía molesta por que le hubiera dado plantón para almorzar, algo que no le había causado una buena primera impresión.

—Bien, señor Mix, ahora Hugo y yo nos callaremos, y usted empezará a hablar. Cuéntenos su historia y, si hay grandes lagunas que nos obligan a devanarnos los sesos e ir a tientas en la oscuridad, nos aburriremos y

volveremos a casa. Por teléfono fue lo bastante convincente para hacernos venir. Empiece a hablar.

—¿Es siempre tan directa? —preguntó Mix con una sonrisa en los labios mientras miraba a Hugo.

Este asintió sin sonreír. Entrelazó las manos encima de la mesa y aguardó. Lacy dejó el bolígrafo.

—He ejercido de abogado en Pensacola durante treinta años —comenzó tras darle un buen trago a la cerveza—. Formaba parte de un bufete pequeño: por lo general éramos cinco o seis abogados. En otras épocas nos iba bien y la vida era estupenda. Uno de mis primeros clientes fue un promotor inmobiliario, un pez gordo que construía urbanizaciones, parcelaciones, hoteles, centros comerciales, las típicas obras de Florida que se levantan de la noche a la mañana. Yo no confiaba en aquel tipo, pero este estaba ganando tanto dinero que al final mordí el anzuelo. Me permitió tomar parte en ciertos negocios, sacar pequeñas tajadas aquí y allá, y durante un tiempo todo funcionó. Empecé a soñar con hacerme rico, lo que, por lo menos en Florida, puede conllevar graves problemas. Mi amigo estaba amañando las cuentas y acumulando demasiadas deudas, algo de lo que yo no estaba al tanto. Resulta que hubo algunos préstamos fraudulentos; en realidad, todo era fraudulento, y el FBI entró en juego con una de sus bombas racimo patentadas contra el crimen organizado y acusó a la mitad de Pensacola, yo incluido. Se pillaron los dedos muchas personas: promotores, banqueros, agentes inmobiliarios, abogados y demás estafadores. Probablemente no hayan oído hablar de ese caso porque ustedes investigan a jueces, no a abogados. Sea como sea, cambié de bando, canté de plano y llegué a un acuerdo: me declaré culpable de un cargo de fraude postal y pasé dieciséis meses en una prisión federal. Perdí la licencia de abogado e hice muchos enemigos. Ahora procuro no llamar la atención. Solicité que me volvieran a conceder la licencia y la

recuperé. Hoy en día solo tengo un cliente, y es el individuo del que vamos a hablar a partir de ahora. ¿Alguna pregunta? —Cogió un expediente sin etiquetar de la silla que no ocupaba nadie y se lo pasó a Lacy—. Aquí tienen toda la exclusiva sobre mí. Artículos de prensa, mi acuerdo con la fiscalía, todo lo que puede hacerles falta. Soy legal, o tanto como puede serlo un exconvicto, y hasta la última palabra que les he dicho es cierta.

—¿Cuál es su dirección actual? —preguntó Hugo.

—Tengo un hermano en Myrtle Beach y uso su dirección con fines legales. Carlita tiene una casa en Tampa y recibo algo de correo allí. Pero, básicamente, vivo en esta embarcación. Tengo teléfonos, fax, wifi, una pequeña ducha, cerveza fría y una buena mujer. Soy feliz. Vamos de aquí para allá por Florida, los Cayos, las Bahamas. No es una mala jubilación, gracias al Tío Sam.

—¿Cómo es que tiene un cliente? —preguntó Lacy, haciendo caso omiso del expediente.

—Se trata del amigo de un viejo amigo que está al tanto de mi turbio pasado y cree que estoy dispuesto a jugármela por una buena minuta. Y tiene razón: mi amigo me buscó y me convenció para aceptar este caso. No me pregunten el nombre del cliente, porque no lo sé. Mi amigo hace de intermediario.

—¿No sabe el nombre de su cliente? —preguntó Lacy.

—No, ni quiero.

—¿Se supone que debemos preguntarle el porqué o sencillamente aceptar su respuesta? —indagó Hugo.

—Esa es la primera laguna, señor Mix —señaló Lacy—. Y no nos gustan las lagunas. Cuéntenoslo todo o nos largaremos sin llevarnos nada de esto.

—Relájense, ¿de acuerdo? —dijo Mix a la vez que le daba un trago a su cerveza—. Es una larga historia y lleva su tiempo desarrollarla. Implica un



montón de dinero, una corrupción pasmosa y unos tipos peligrosos de verdad que no se lo pensarían dos veces antes de meter un par de balas entre los ojos a mí, a ustedes, a mi cliente y a cualquiera que haga más preguntas de la cuenta.

Hubo una larga pausa mientras Lacy y Hugo asimilaban sus palabras.

—Entonces ¿por qué se ha implicado en este asunto? —preguntó ella finalmente.

—Dinero. Mi cliente quiere presentar una demanda apelando a la ley de protección del denunciante de Florida. Sueña con conseguir millones. Yo me llevaré un buen pellizco y, si todo va bien, no volveré a necesitar ningún cliente más.

—Entonces debe de ser un funcionario del estado —señaló Lacy.

—Conozco la ley, señora Stoltz. Usted tiene un trabajo que le exige mucho; yo, no. Tengo tiempo de sobra para profundizar en los artículos del código penal y la jurisprudencia. Sí, mi cliente es funcionario del estado de Florida. No, no se puede revelar su identidad; por lo menos, no ahora. Quizá mucho más adelante, si hay dinero encima de la mesa, entonces tal vez puedan convencer a un juez para plantear un expediente cerrado. Pero, de entrada, mi cliente está demasiado asustado para firmar una demanda formal en la Comisión de Conducta Judicial.

—No podemos seguir adelante sin una denuncia por escrito firmada —dijo Lacy—. La ley, como bien sabe, es muy clara al respecto.

—Desde luego que lo sé. Firmaré yo la denuncia.

—¿Bajo juramento? —preguntó Hugo.

—Sí, tal como se exige. Creo que mi cliente dice la verdad y estoy dispuesto a poner mi firma.

—¿Y no tiene miedo?

—He vivido asustado mucho tiempo. Supongo que ya estoy acostumbrado,

aunque las cosas podrían ponerse peor. —Mix cogió otro expediente y sacó unos documentos, que dejó encima de la mesa antes de continuar—: Hace seis meses fui al juzgado de Myrtle Beach y me cambié de nombre. Ahora soy Greg Myers, que es el nombre que usaré en la denuncia.

Lacy leyó la orden judicial de Carolina del Sur y, por primera vez, dudó que hubiera sido una buena idea ir a Saint Augustine a reunirse con ese tipo. Un funcionario estatal demasiado asustado para dar la cara. Un abogado reformado tan espantado que había ido a un juzgado de otro estado para cambiarse de nombre. Un exconvicto sin dirección postal fija.

Hugo leyó la orden judicial y, por primera vez desde hacía años, pensó que ojalá llevara un arma encima.

—¿Cree que en estos momentos está viviendo de incógnito? —preguntó.

—Digamos que me ando con mucho cuidado, señor Hatch. Soy un capitán de barco experimentado que conoce el agua, los mares, las corrientes y los bajíos, los cayos, las calas apartadas y los escondrijos mucho mejor que cualquiera que me busque... En caso de que alguien lo esté haciendo.

—Bueno, desde luego parece que está ocultándose —dijo Lucy.

Myers se limitó a asentir como si le diera la razón. Los tres tomaron un sorbo de sus bebidas. Por fin llegó un poco de brisa y se llevó parte de la humedad.

—Una pregunta —dijo Lacy mientras hojeaba aquel delgado expediente—: ¿estuvieron sus problemas legales relacionados de algún modo con la conducta procesal dolosa de la que quiere hablar?

El hombre dejó de asentir mientras sopesaba la pregunta.

—No.

—Volvamos a este misterioso cliente. ¿Tiene alguna clase de contacto directo con él? —preguntó Hugo.

—Ninguno en absoluto. Se niega a usar email, correo postal, fax o

cualquier tipo de teléfono que pueda rastrearse. Habla con el intermediario, y este o bien me visita en persona o me llama con un móvil de usar y tirar, uno de esos desechables. Es incómodo y fatigoso, pero bastante seguro. No hay rastros ni registros; no queda nada.

—Y si tuviera que ponerse en contacto con él ahora mismo, ¿cómo lo localizaría?

—Nunca he tenido que hacerlo. Supongo que llamaría al intermediario y esperaría una hora o así.

—¿Dónde vive su cliente?

—No estoy seguro. En algún punto de la península de Florida.

—Bueno, ¿cuál es la historia? —preguntó Lacy, tras respirar hondo y cruzar una mirada con Hugo.

Myers miró a lo lejos, a través del agua, más allá de las embarcaciones. Se estaba levantando un puente levadizo y parecía hipnotizado por la imagen.

—La historia tiene muchos capítulos, algunos aún a medio escribir —dijo finalmente—. El objetivo de esta pequeña reunión es contarles lo bastante para que les pique la curiosidad, pero también asustarlos lo suficiente para que se echen atrás si quieren. Ahora mismo la auténtica pregunta es esta: ¿quieren involucrarse en ello?

—¿Hay una conducta judicial dolosa, señor Myers? —preguntó Lacy.

—Usar el término «conducta dolosa» sería quedarse muy, pero que muy corto. Lo que sé implica una corrupción a un nivel que nunca se ha visto en este país. El caso, señora Stoltz y señor Hatch, es que los dieciséis meses que pasé en la cárcel no fueron una completa pérdida de tiempo. Me pusieron a cargo de la biblioteca de Derecho y no levanté la nariz de los libros. He estudiado todos y cada uno de los casos de corrupción judicial que se han llevado ante los tribunales en los cincuenta estados. Conservo la investigación, los expedientes, las notas, todo. Soy la fuente más indicada si

alguna vez necesitan un sabelotodo sobre el tema. Y en la historia que les puedo contar hay más dinero sucio que en todas las demás juntas. También implica sobornos, extorsión, intimidación, juicios amañados, al menos dos asesinatos y una condena injusta. A una hora de aquí hay un hombre pudriéndose en el corredor de la muerte al que tendieron una trampa. El responsable del delito probablemente está sentado ahora mismo en su barco, uno mucho más bonito que el mío.

Se interrumpió, echó un trago del botellín y les lanzó una mirada engreída, satisfecho de haber captado toda su atención.

—La cuestión es si quieren involucrarse en esto. Podría ser peligroso.

—¿Por qué nos ha llamado a nosotros? —indagó Hugo—. ¿Por qué no ha acudido al FBI?

—Ya me las vi con el FBI, señor Hatch, y las cosas se torcieron. No confío en ellos ni en nadie que lleve placa, y menos aún en este estado.

—Se lo repito, señor Myers, no vamos armados —dijo Lacy—. No somos investigadores criminales. Me da la impresión de que usted en realidad necesita varias secciones del gobierno federal.

—Pero tienen autoridad para enviar citaciones —respondió Myers—. Hay leyes que les otorgan derecho a obtenerlas. Pueden exigir a cualquier juez de este estado que ponga a su disposición todas las actas archivadas en su despacho. Tienen un poder considerable, señora Stoltz. Así que, en muchos sentidos, sí que investigan actividades criminales.

—Es verdad, pero no estamos preparados para enfrentarnos a gánsteres —afirmó Hugo—. Si su historia es cierta, tiene pinta de que los malos están bien organizados.

—¿Han oído hablar alguna vez de la Mafia del Siluro? —preguntó Myers después de darle un buen trago a la cerveza.

—No —reconoció Hugo.

Lacy negó con la cabeza.

—Bueno, es otra larga historia. Sí, señor Hatch, se trata de una banda bien organizada. Tienen un largo historial de delitos que no son de su incumbencia porque no tienen relación con miembros de la judicatura. Pero hay un asunto en el que han comprado a un juez. Y eso sí que les concierne.

El *Conspirator* se meció al pasar cerca de ellos un viejo barco camaronero y por un momento los tres guardaron silencio.

—Y si decidimos no involucrarnos, ¿qué? ¿Qué pasa con su historia? —preguntó Lacy.

—Si presento una denuncia formal, ¿no están obligados a tomar cartas en el asunto?

—En teoría, sí. Como seguramente sabe, tenemos cuarenta y cinco días para llevar a cabo una evaluación a fin de determinar si la denuncia tiene algún fundamento. Luego la notificamos al denunciado, el juez, y le fastidiamos el día. Pero también se nos da muy bien ignorar denuncias.

—Ah, sí. Somos burócratas. Cuando se trata de eludir y demorar algo, estamos a la altura de los mejores —dijo Hugo con una sonrisa.

—Con esta denuncia no van a poder hacerlo —aseguró Myers—. Es demasiado gorda.

—Si es tan gorda, ¿cómo es que no ha salido a la luz antes? —preguntó Lacy.

—Porque aún está en marcha. Porque no ha habido el momento adecuado. Por muchas razones, señora Stoltz; la más importante de las cuales es que nadie con conocimiento del asunto ha estado dispuesto a dar un paso adelante hasta ahora. Yo voy a hacerlo. La cuestión es simplemente la siguiente: ¿quiere la Comisión de Conducta Judicial investigar al juez más corrupto de la historia de la jurisprudencia estadounidense?

—¿Uno de los nuestros? —preguntó Lacy.

—Así es.

—¿Cuándo nos dará el nombre de ese tipo? —indagó Hugo.

—Dan por sentado que es un hombre.

—No damos nada por sentado.

—Es una buena manera de empezar.

La tibia brisa cesó por fin y el oscilante ventilador que traqueteaba sobre sus cabezas no hacía más que mover de aquí para allá el pegajoso aire. Myers pareció ser el último de los tres en darse cuenta de que tenían las camisas adheridas a la piel y, como anfitrión de la pequeña reunión, tomó finalmente la iniciativa.

—Vamos a dar un paseo hasta aquel restaurante para tomar una copa —propuso—. Tienen un bar interior con el aire acondicionado a todo trapo.

Luego agarró una bolsa de cuero en bandolera de color aceituna, muy desgastada y que al parecer siempre llevaba pegada al cuerpo. Lacy se preguntó qué habría dentro. ¿Una pistola pequeña? ¿Dinero en metálico, un pasaporte falso? ¿Quizá otro expediente?

—¿Es uno de los lugares que frecuenta? —preguntó Lacy mientras caminaban por el muelle.

—¿Por qué iba a responder esa pregunta? —repuso Myers, y ella pensó que ojalá no hubiera dicho nada.

Estaba en tratos con un hombre invisible, con alguien que vivía como si siempre tuviera el cuello en el tajo, y no con un marinero despreocupado que navegaba de puerto en puerto. Hugo negó con la cabeza. Lacy sintió deseos de patearse el trasero a sí misma.

El restaurante estaba vacío, y se sentaron en el interior a una mesa desde la que se veía el puerto. Después de haber estado asándose al sol durante la hora

anterior, el aire les resultó incluso demasiado frío. Té con hielo para los investigadores, café para el señor Myers. Estaban solos; nadie podía oírlos.

—¿Y si este caso no nos entusiasma? —dijo Hugo.

—Entonces supongo que en algún momento pasaré al plan B, pero la verdad es que no quiero. El plan B implica a la prensa, a un par de periodistas que conozco, ninguno de los cuales es totalmente de fiar. Uno está en Mobile, el otro en Miami. A decir verdad, creo que se asustarán enseguida.

—¿Qué le hace pensar que nosotros no nos asustaremos con tanta facilidad, señor Myers? —preguntó Lacy—. Como le hemos dicho, no estamos acostumbrados a vérnoslas con gángsteres. Y, de todos modos, ya tenemos un montón de casos asignados.

—Seguro que sí. No hay escasez de jueces corruptos.

—De hecho, no hay muchos. Solo unas cuantas manzanas podridas, pero hay suficientes litigantes contrariados para que estemos ocupados. Recibimos muchas quejas, la mayoría sin apenas fundamento.

—Ya.

Myers se quitó lentamente las gafas de aviador y las dejó en la mesa. Tenía ojos de bebedor, enrojecidos e hinchados, rodeados de piel pálida, un contraste que le concedía cierto parecido con un mapache invertido. Saltaba a la vista que rara vez se quitaba las gafas. Miró a su alrededor una vez más, como si quisiera asegurarse de que quienes iban tras él no estaban en el restaurante, y luego pareció relajarse.

—¿Qué hay de esa Mafia del Siluro? —preguntó Hugo.

Myers gruñó con una sonrisa, como si se muriera de ganas de soltarles el rollo.

—Así que quieren oír la historia, ¿eh?

—La ha sacado usted.

—Así es. —La camarera dejó las bebidas en la mesa y desapareció. Myers

tomó un sorbo y empezó—: Se remonta a hace cincuenta años, más o menos. Había una especie de pandilla de chicos malos que hacían de las suyas en diferentes zonas de Arkansas, Mississippi y Luisiana, en cualquier parte donde podían sobornar a un sheriff. Se dedicaban sobre todo al contrabando de prisa, la prostitución y el juego; los pecados a la antigua usanza, supongo, pero con mucha fuerza bruta y cadáveres en abundancia. Escogían un condado antiprohibicionista cerca de un desierto baptista, a ser posible en la frontera interestatal, y montaban sus chanchullos. Invariablemente, los vecinos se hartaban, acababan eligiendo a un nuevo sheriff y los matones se largaban de la ciudad. Con el tiempo, se asentaron a lo largo de la costa de Mississippi, en torno a Biloxi y Gulfport. Aquellos que no acababan muertos a tiros eran encausados o enviados a la cárcel. Casi todos los gánsteres originales habían desaparecido a principios de los ochenta, pero quedaban unos cuantos de una generación más joven. Cuando se legalizó el juego en Biloxi, aquello tuvo un gran efecto sobre su cotarro. Se trasladaron a Florida y descubrieron el atractivo de los fraudes inmobiliarios, junto con los asombrosos márgenes de beneficios que dejaba el tráfico de cocaína. Ganaron mucho dinero, se reorganizaron y se transformaron en una organización conocida como la Mafia de la Costa.

Hugo negaba con la cabeza.

—Yo me crié en el norte de Florida, he estudiado aquí, tanto en la universidad como luego en la facultad de Derecho; he vivido aquí toda mi vida y me he pasado los diez últimos años investigando la corrupción judicial, y nunca he oído hablar de la Mafia de la Costa.

—No se anuncian en los diarios y sus nombres nunca aparecen en la prensa. Dudo que hayan detenido a uno solo de sus miembros en los últimos diez años. Es una red pequeña, muy unida y disciplinada. Sospecho que la mayoría de sus integrantes están emparentados entre sí. Probablemente



alguien se habría infiltrado, los habrían trincado y enviado a todos a chirona de no ser por el ascenso de un tipo al que de momento llamaré Omar. Un mal bicho, pero un hombre muy listo. A mediados de los ochenta, Omar llevó a la banda al sur de Florida, que por entonces era el foco principal del tráfico de cocaína. Disfrutaron de unos cuantos años buenos y luego las cosas se torcieron cuando se la jugaron a unos colombianos. A Omar le dispararon e hirieron. Su hermano también recibió disparos, pero no tuvo tanta suerte: no sobrevivió y nunca se encontró su cadáver. Se fueron de Miami, pero no de Florida. Omar tiene un cerebro privilegiado para el crimen y, hace unos veinte años, se encaprichó con la idea de construir casinos en territorio indio.

—¿Cómo es que no me sorprende? —masculló Lacy.

—Ya ven por dónde van los tiros. Como probablemente saben, ahora hay nueve casinos indios en Florida, siete de ellos propiedad de los seminolas, la tribu más grande con diferencia, y una de las tres únicas reconocidas por el gobierno federal. En conjunto, los casinos seminolas obtienen unos ingresos brutos de cuatro mil millones al año. A Omar y sus chicos les pareció una oportunidad irresistible.

—Así pues, en su historia están implicados criminales organizados, indios que poseen casinos y un juez corrupto; todos ellos conchabados, ¿no? —apostilló Lacy.

—Es un resumen bastante acertado.

—Pero el FBI tiene jurisdicción sobre los asuntos de los indios —señaló Hugo.

—Sí, y el FBI nunca ha mostrado mucho entusiasmo en perseguirlos por ninguna clase de comportamiento delictivo. Además, señor Hatch, y haga el favor de escucharme con atención, porque empiezo a repetirme, yo no tengo tratos con el FBI. Ellos no están al tanto de los hechos. Yo sí, y estoy hablando con ustedes.

—¿Cuándo nos contará la historia completa? —preguntó Lacy.

—En cuanto su jefe, el señor Geismar, dé luz verde. Hablen con él, cuéntenle lo que he dicho, asegúrense de que entienda los peligros que conlleva y cuando me diga por teléfono que la Comisión de Conducta Judicial se tomará en serio mi denuncia formal y la investigará a fondo, entonces rellenaré tantos huecos de la historia como pueda.

Hugo repiqueteó sobre la mesa con los nudillos y pensó en su familia. Lacy siguió con la vista otro barco camaronero que avanzaba poco a poco por el puerto y se preguntó cómo reaccionaría Geismar. Myers los observó a los dos y casi se compadeció de ellos.

### 3

La sede de la Comisión de Conducta Judicial ocupaba la mitad de la tercera planta de un edificio de oficinas de cuatro pisos situado en el centro de Tallahassee, a dos manzanas del Capitolio del estado. Todos los aspectos de aquella «suite» —desde la moqueta raída y desgastada hasta las estrechas ventanas de aire carcelario que de algún modo se las arreglaban para desviar la mayor parte de la luz del sol, pasando por los paneles cuadrados del techo todavía manchados por décadas de humo de tabaco, o las paredes cubiertas por estanterías baratas que oscilaban y se combaban bajo el peso de gruesos informes y olvidados memorandos—, todo ello apestaba a estrecheces y presupuestos menguantes, por no hablar del hecho evidente de que el trabajo del organismo no era precisamente una prioridad acuciante para el gobernador y la legislatura. Todos los meses de enero, Michael Geismar, el veterano director de la CCJ, se veía obligado a caminar hasta el Capitolio, con el sombrero en mano, y a observar cómo los comités de la Cámara y el Senado se repartían la tarta de los ingresos. Tenía que arrastrarse. Siempre pedía unos pocos pavos más y siempre acababa recibiendo unos cuantos menos. Así era la vida del director de un organismo que la mayoría de los legisladores ni siquiera sabían que existía.

La Comisión estaba formada por cinco cargos políticos designados, por lo general abogados y jueces jubilados que gozaban del favor del gobernador. Se reunían seis veces al año para revisar denuncias, celebrar audiencias que parecían juicios y dejar que Geismar y su equipo los pusieran al día. Necesitaban más personal pero no había dinero. Los seis investigadores de

Geismar —cuatro en Tallahassee y dos en Fort Lauderdale— trabajaban una media de cincuenta horas a la semana y casi todos estaban buscando otro empleo a escondidas.

Desde su despacho esquinero, Geismar tenía vistas —si quería contemplarlas, cosa que rara vez hacía— a otro edificio de tipo búnker más alto incluso que el suyo y, detrás de este, una mezcla de oficinas del gobierno. Su despacho era amplio porque había derribado los tabiques y colocado una mesa larga, la única en el laberinto de cuchitriles y cubículos que la CCJ consideraba su hogar. Cuando la Comisión se reunía para abordar asuntos oficiales, tomaba prestada una sala de conferencias en el edificio del Tribunal Supremo de Florida.

Hoy había reunidas cuatro personas en torno a la mesa: Geismar, Lacy, Hugo y el arma secreta de la CCJ, una veterana asistente legal llamada Sadelle que, aunque rondaba los setenta años, seguía siendo capaz no solo de revisar ingentes cantidades de material, sino también de recordarlas. Hacía treinta años que Sadelle había terminado la carrera de Derecho, pero suspendió tres veces el examen para ejercer la abogacía y, por tanto, se vio relegada al papel de asistente perpetua. Había sido una fumadora empedernida —una buena parte de las ventanas y los techos manchados de humo se le podía achacar a ella— y llevaba tres años batallando contra un cáncer de pulmón, pero aún no se había saltado ni una semana entera de trabajo.

La mesa estaba cubierta de papeleo, con muchas hojas sin grapar subrayadas en amarillo o corregidas en rojo.

—El tipo nos cuadra —decía Hugo—. Hemos hablado con algunos de nuestros contactos en Pensacola, gente que lo conocía de cuando fue abogado. Tenía una buena reputación, por lo menos hasta que lo acusaron. Es quien dice ser, aunque con un nombre nuevo.

—Su historial penitenciario es impecable —añadió Lacy—. Pasó dieciséis meses y cuatro días en una prisión federal en Texas y durante la mayor parte de ese período estuvo a cargo de la biblioteca de Derecho de la cárcel. Ese tipo estaba hecho todo un abogado en chirona: ayudó a varios colegas suyos con sus apelaciones e incluso logró que dos de ellos salieran antes de tiempo porque sus abogados la habían cagado en el juicio.

—¿Y su condena? —preguntó Geismar.

—He hurgado lo suficiente para comprobar lo que dijo Myers —contestó Hugo—. Los federales estaban detrás de un chorizo inmobiliario llamado Kubiak, un californiano que pasó veinte años fomentando el crecimiento urbano descontrolado en Destin y Panama City. Lo trincaron y aún sigue cumpliendo una condena de treinta años por una larga lista de delitos, sobre todo fraude bancario, fraude fiscal y blanqueo de dinero. En su caída arrastró a muchos otros, incluido un tal Ramsey Mix, que se apresuró a cantar de plano y llegar a un acuerdo. Delató a todos los demás en la acusación, sobre todo a Kubiak, y causó graves daños. Probablemente haga bien en estar oculto en alta mar bajo un nombre distinto —opinó. Y añadió—: Solo le cayeron dieciséis meses. Todos los demás pringaron al menos cinco años y Kubiak se llevó el premio gordo.

—¿Y en lo personal? —indagó Geismar.

—Dos divorcios, ahora está soltero —respondió Lacy—. La esposa número dos lo dejó cuando entró en la cárcel. Un hijo del primer matrimonio vive en California y tiene un restaurante. Cuando Myers se declaró culpable, pagó una fianza de cien mil dólares. A la hora de la sentencia, atestiguó que los costes del proceso ascendían más o menos a lo mismo. Entre eso y la fianza se quedó a dos velas. Se declaró en bancarrota una semana antes de entrar en prisión.

—Todo ello hace que esto resulte de lo más curioso —dijo Hugo tras pasar

a los demás unas ampliaciones fotográficas—. Saqué una foto de su barco cuando nos conocimos. Una lancha motora Sea Breeze de casi dieciséis metros de eslora, una embarcación que no está nada mal, con una autonomía de doscientas millas y en la que pueden dormir cómodamente cuatro personas. Está registrada a nombre de una empresa fantasma de las Bahamas, así que no pude averiguar el precio, pero yo diría que vale al menos medio millón. Lo soltaron de la cárcel hace seis años, y, según el colegio de abogados de Florida, le devolvieron la licencia hace tres meses. No tiene despacho y dice que vive en el barco, que supongo que podría ser de alquiler. Aun así, parece llevar un tren de vida bastante elevado. Entonces la pregunta evidente es cómo puede permitírselo.

Lacy cogió las fotos.

—Hay muchas probabilidades de que enterrara parte del botín en un paraíso fiscal cuando entró en escena el FBI. Fue un caso RICO contra el crimen organizado que causó muchas bajas. Hablé con una de mis fuentes, un exfiscal, y dice que siempre hubo sospechas de que Mix, ahora conocido como Myers, escondió parte del dinero. Dice que muchos de los acusados intentaron ocultar dinero en efectivo. Pero probablemente nunca lleguemos a averiguarlo. Si el FBI no logró encontrar el dinero hace siete años, es de suponer que no lo haremos nosotros ahora.

—Como si tuviéramos tiempo para buscarlo —masculló Geismar.

—Exacto.

—¿Así que ese tipo es un chorizo? —preguntó Geismar.

—Desde luego es un delincuente convicto, pero cumplió su condena, saldó su deuda con la sociedad y ahora es un distinguido miembro de nuestro colegio de abogados, igual que nosotros tres —contestó Hugo antes de mirar a Sadelle de soslayo con una rápida sonrisa, gesto que no fue correspondido.

—Tal vez decir que se trata de un chorizo sería pasarse un poco, así que

digamos que es un tanto turbio —dijo Geismar—. No tengo tan claro lo de la teoría del dinero escondido. Si lo guardó en un paraíso fiscal y le mintió a un juez de quiebras, entonces sigue teniendo pendiente un delito de fraude. ¿Correría semejante riesgo ese tipo?

—No lo sé —respondió Hugo—. Parece ir con mucho cuidado. Y hay que tener en cuenta que salió de la cárcel hace seis años. Hay que esperar un lustro en Florida para optar a que te readmitan en el colegio de abogados. Mientras estaba esperando, quizá se ganó unos cuantos pavos aquí y allá. Parece tener bastante iniciativa.

—En el fondo ¿qué importa eso? —preguntó Lacy—. ¿Lo investigamos a él o a un juez corrupto?

—Bien visto —contestó Geismar—. ¿Y dio a entender que se trata de una juez?

—Más o menos —respondió Lacy—. No fue del todo claro al respecto.

—Y supongo que en Florida tenemos nuestra cuota políticamente correcta de juezas —dijo Geismar, mirando a Sadelle.

—Depende —empezó ella, tras tomar aire, con su típica voz rasposa, destrozada por la nicotina—. Hay docenas de chicas que se encargan de los tribunales de tráfico y similares, pero esta parece ser un mal bicho en el ámbito de los tribunales de distrito. De seiscientos jueces, un tercio son mujeres. Con nueve casinos dispersos por todo el estado, empezar a hacer suposiciones es una pérdida de tiempo.

—¿Y esa supuesta mafia?

—¿Quién sabe? —dijo tras tomar tanto aire como le permitían sus pulmones—. Hubo una Mafia de Dixie, una Mafia de los Redneck, una Mafia de Texas, todas bandas de matones similares. Parece ser que la mayoría tenía leyenda de sobra, pero carecía de eficiencia criminal. No eran más que un montón de paletos a los que les gustaba vender whisky y romper piernas. No

he encontrado ni una palabra en ninguna parte acerca de una denominada Mafia del Siluro o la Mafia de la Costa. Eso no quiere decir que no existan, pero no he encontrado ni rastro de ellas. —La voz se le apagó al tomar una bocanada de aire.

—No tan rápido —dijo Lacy—. Me topé con un artículo en el periódico de Little Rock de hace casi cuarenta años. Cuenta la historia más bien curiosa de un hombre llamado Larry Wayne Farrell que tenía varios restaurantes de siluro en el delta de Arkansas. Parece ser que vendía siluro en la parte delantera y alcohol de contrabando en la trasera. En un momento dado, él y sus primos se volvieron ambiciosos y expandieron el negocio al juego, la prostitución y los coches robados. Tal como dijo Myers, se desplazaban por el Sur Profundo, siempre en busca de un sheriff que sobornar para poder reorganizarse. Al final se asentaron en Biloxi. Es un artículo largo y no vale la pena entrar en detalles, pero esos tipos dejaron a su paso una cifra impresionante de cadáveres.

—Bueno, reconozco mi error —anunció Sadelle—. Gracias por la información.

—De nada.

—¿Puedo plantear la pregunta más evidente? —dijo Hugo—. Si presenta la denuncia, se la entregamos al juez, ponemos en marcha nuestra investigación y las cosas se ponen de verdad peligrosas, ¿por qué no acudimos simplemente al FBI? Myers no nos lo puede impedir llegado cierto momento, ¿no?

—Claro que no —dijo Geismar—. Y eso es lo que pasará. La investigación no la controla él, sino nosotros. Y si necesitamos ayuda, sin duda la conseguiremos.

—Entonces ¿vamos a hacerlo? —preguntó Hugo.

—Desde luego que sí, Hugo. En realidad no tenemos elección. Si presenta



la denuncia y acusa a un juez de conducta dolosa o corrupción, según nuestros estatutos no tenemos otra opción que llevar a cabo la evaluación. Es muy sencillo. ¿Estáis nerviosos?

—No.

—Lacy, ¿tienes alguna duda?

—Claro que no.

—Muy bien. Notificádselo al señor Myers. Si quiere oír mi voz, me lo pasáis por teléfono.

Les llevó dos días localizarlo por teléfono y, cuando Lacy por fin entró en contacto con él, Myers mostró un interés escaso en hablar con ella o con Geismar. Dijo que estaba «ocupado» con asuntos de negocios y que llamaría más adelante. La conexión era débil y había ruido de fondo, como si estuviera lejos de tierra firme. Al día siguiente llamó a Lacy desde un teléfono distinto y pidió hablar con Geismar, quien le aseguró que se daría prioridad a la denuncia y que se investigaría de inmediato. Una hora después, Myers volvió a llamar a Lacy y le propuso que se reunieran. Dijo que quería volver a ver a Hugo y a ella para hablar del caso. Había mucho material preliminar que no podía dejar por escrito, información crucial que sería esencial para su investigación. Rehusaría firmar y presentar la denuncia a menos que se reunieran con él.

Geismar dio el visto bueno y aguardaron a que Myers fijara un lugar. Una semana después, este dijo que Carlita y él estaban «paseándose por las Ábaco» en las Bahamas y que regresarían a Florida dentro de unos días.

A última hora de la tarde de un sábado, con una temperatura que rozaba los

treinta y ocho grados, Lacy accedió en coche a una urbanización parcelada, una de esas donde las puertas de entrada no parecían cerrarse nunca, y zigzagueó por entre una serie de estanques artificiales, todos con fuentes baratas que lanzaban agua caliente al aire. Dejó atrás un campo de golf abarrotado, pasó por delante de hileras y más hileras de casas idénticas, todas diseñadas para alardear de sus garajes con capacidad para dos coches, y al final estacionó cerca de un gran parque abierto con una serie de piscinas que se comunicaban entre sí. Cientos de niños chapoteaban y jugaban en el agua mientras sus madres permanecían sentadas bajo grandes sombrillas y tomaban sorbitos de sus bebidas.

Los Meadows habían sobrevivido a la Gran Recesión y se habían vuelto a comercializar como una comunidad multirracial para familias jóvenes. Hugo y Verna Hatch habían comprado su casa allí hacía cinco años, después de tener su segundo hijo. Ahora que tenían cuatro, su chalet de poco más de doscientos metros cuadrados estaba lleno a reborar. Sin embargo, no tenían la opción de mudarse a una casa más grande. El sueldo de Hugo era de sesenta mil dólares anuales, igual que el de Lacy, y mientras que ella estaba soltera y podía ahorrar un poco, los Hatch vivían al día.

Les gustaban las fiestas, eso sí, y en verano casi todos los sábados por la tarde Hugo estaba ante la parrilla al lado de la piscina, con una cerveza fría en la mano, preparando hamburguesas y hablando de fútbol americano con sus colegas mientras los niños chapoteaban en el agua y las mujeres se quedaban a la sombra. Lacy se sumó a las damas y, después de los saludos habituales, fue hasta la casita de la piscina, donde Verna sostenía a la bebé en brazos para que estuviera fresca. Pippin tenía un mes y hasta el momento había sido un bebé muy gruñón.

Lacy cuidaba de vez en cuando a los niños de los Hatch para darles un respiro a sus padres. Por lo general no les costaba encontrar canguros. Las

dos abuelas vivían en un radio de cuarenta y tantos kilómetros. Tanto Hugo como Verna procedían de familias numerosísimas con infinidad de tías y tíos, primas y primos, y dramas y conflictos en abundancia. Lacy envidiaba a menudo la seguridad que ofrecía un clan así, pero también se alegraba de no tener que manejar a tanta gente y sus problemas. De vez en cuando, Verna y Hugo necesitaban que les echaran una mano con los críos, pero preferían evitar a sus parientes.

Cogió a Pippin en brazos para que Verna fuese a por bebidas. Mientras mecía a la niña, observó a la gente que había en el patio: una mezcla de negros, blancos, hispanos y asiáticos, todo parejas jóvenes con niños pequeños. Había dos abogados de la fiscalía general, amigos de Hugo de la facultad de Derecho, y otro letrado que trabajaba para el Senado estatal.

No había ningún otro soltero presente, ningún posible partido, aunque Lacy tampoco esperaba nada parecido. Rara vez tenía citas porque había muy pocos hombres disponibles, o al menos muy pocos que le resultaran atractivos. Había sufrido una ruptura dolorosa en el pasado, una separación horrible que, casi ocho años después, seguía pesándole.

Verna volvió con dos cervezas y se sentó frente a ella.

—¿Por qué siempre se queda tan tranquila cuando la tienes tú en brazos?  
—susurró.

Lacy sonrió y se encogió de hombros. A los treinta y seis años, se preguntaba a menudo si alguna vez tendría en brazos un hijo propio. No tenía ninguna respuesta a aquello, pero a medida que el reloj seguía avanzando, le preocupaba que cada vez fuera más difícil.

Verna parecía cansada, igual que Hugo. Querían una familia grande pero, de verdad, ¿no tenían bastante con cuatro?, se preguntó Lacy.

No se habría atrevido a iniciar esa conversación, aunque para ella la respuesta era evidente. Ambos habían tenido la suerte de ir a la universidad,

eran los primeros en sus respectivas familias en hacerlo, y soñaban con que sus hijos tuvieran las mismas oportunidades que ellos. Pero ¿cómo esperaban costear las matrículas de cuatro hijos?

—Hugo dice que Geismar os ha encargado un caso de los grandes — comentó Verna en voz queda.

Lacy se sorprendió, pues Hugo tenía firmes convicciones sobre la idea de dejar el trabajo en la oficina. Eso, y que también la CCJ hacía hincapié en la confidencialidad por motivos evidentes. De vez en cuando, después de unas cuantas cervezas y a las tantas de la noche, los tres se reían del comportamiento escandaloso de algún juez al que estaban investigando, pero nunca mencionaban su nombre.

—Podría ser importante o quedarse en nada —dijo Lacy.

—No me ha contado gran cosa, jamás lo hace, pero parece un poco preocupado. Lo raro es que nunca había pensado que vuestro trabajo fuera peligroso.

—Nosotros tampoco lo creemos. No somos polis con armas. Somos abogados con citaciones.

—Dijo que ojalá pudiera llevar un arma. Eso me preocupa mucho, Lacy. Tienes que prometerme que no os estáis metiendo en nada peligroso.

—Verna, voy a prometerme algo. Si alguna vez siento la necesidad de llevar pistola, dimitiré y me buscaré otro trabajo. No he disparado un arma en la vida.

—Bueno, en mi mundo, nuestro mundo, hay demasiadas armas y ocurren demasiadas desgracias por culpa de ellas.

Pippin, que llevaba dormida un cuarto de hora seguido, estalló de pronto en un chillido.

—Esa niña, esa niña... —dijo Verna estirando los brazos hacia ella.

Lacy se la pasó y fue a echar un vistazo a las hamburguesas.

## 4

Cuando Myers se puso por fin en contacto con ellos, le dijo a Lacy que se reuniera con él en el mismo puerto deportivo de Saint Augustine. Todo era igual: el calor y la humedad sofocantes, el atracadero al final del embarcadero; Myers llevaba incluso la misma camisa floreada. Cuando se sentaron a la misma mesa de madera bajo el toldo de su embarcación, el hombre echó un trago del botellín de cerveza de la misma marca que la otra vez y empezó a hablar.

El personaje al que había bautizado como Omar era en realidad un hombre llamado Vonn Dubose, descendiente de unos de los gánsteres que, en efecto, habían comenzado su carrera delictiva en la trastienda de un restaurante de siluro cerca de Forrest City, en Arkansas. Su abuelo materno era el propietario del restaurante y, años después, había muerto en una emboscada de la policía. Su padre se ahorcó en la cárcel, o al menos el informe oficial decía que lo habían encontrado colgado. Numerosos tíos y primos corrieron suertes similares, y la banda prácticamente se había desvanecido hasta que Vonn descubrió el atractivo del tráfico de cocaína en el sur de Florida. Unos cuantos años buenos allí le granjearon los medios para fortalecer de nuevo su pequeño sindicato. Ahora tenía casi setenta años, vivía en algún lugar de la costa y no tenía domicilio, cuenta bancaria, carnet de conducir, número de la Seguridad Social ni pasaporte legítimos. Una vez que Vonn hizo fortuna con el casino, redujo su banda a solo un puñado de primos suyos para que hubiera

menos manos en la caja registradora. Operaba en el mayor de los anonimatos y se ocultaba tras una muralla de empresas en paraísos fiscales, todas ellas supervisadas por cierto bufete de Biloxi. A decir de todos, y no habían hablado muchos, era muy rico pero vivía de manera modesta.

—¿Ha llegado a conocerlo? —preguntó Lacy.

—No diga tonterías —se burló Myers—. Nadie conoce a ese tipo, ¿de acuerdo? Vive en la clandestinidad; supongo que más o menos como yo. No podría encontrar a tres personas en el área de Pensacola que admitan haber conocido a Vonn Dubose. Yo viví allí durante cuarenta años y solo oí hablar de él hace unos pocos. Viene y va.

—Pero no tiene pasaporte —señaló Hugo.

—Pasaporte válido. Si alguna vez llegan a trincarlo, le encontrarán media decena falsos.

En 1936, el Departamento de Asuntos Indios otorgó unos estatutos a la nación tappacola, una pequeña tribu formada por unos cuatrocientos miembros dispersos por la península de Florida, la mayor parte de los cuales vivían en cabañas en las perdidas marismas del condado de Brunswick. La tribu tenía su sede allí, en una reserva de trescientos acres cedida por el gobierno federal hacía ochenta años. Hacia 1990, la poderosa nación seminola del sur de Florida descubrió los brillantes neones del negocio de los casinos, igual que otras tribus por todo el país. Por casualidad, Vonn y su banda empezaron a comprar terrenos baratos adyacentes a la reserva tappacola. En algún momento a principios de los noventa —nadie llegaría nunca a saberlo con seguridad porque las conversaciones habían quedado enterradas mucho tiempo atrás—, Dubose abordó a los tappacola con una propuesta demasiado buena para ser cierta.

—Treasure Key —masculló Hugo.

—Eso es. El único casino en el norte de Florida, ubicado oportunamente

solo quince kilómetros al sur de la Interestatal 10 y quince kilómetros al norte de las playas. Un casino con todos los servicios, abierto las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana, con atracciones al estilo Disney para toda la familia, el mayor parque acuático del estado y apartamentos para comprar, alquilar o compartir por temporadas, a elección del cliente. Una auténtica meca para los que quieren apostar y para aquellos a quienes les gusta jugar al sol, con una ubicación perfecta a menos de trescientos kilómetros de cinco millones de personas. No conozco las cifras, porque los indios que dirigen los casinos no responden ante nadie, pero se cree que Treasure Key se sitúa tranquilamente en la franja de los quinientos millones de dólares al año.

—Estuvimos allí el verano pasado —reconoció Hugo, como si hubiera hecho algo mal—. Con una de esas ofertas de último minuto por un fin de semana por un precio irrisorio. No estuvo mal.

—¿Mal? Es fabuloso. Por eso está lleno hasta la bandera y a los tappacola les sale el dinero por las orejas.

—¿Y lo comparten con Vonn y sus muchachos? —preguntó Hugo.

—Entre otros, pero no adelantemos acontecimientos.

—Eso está en el condado de Brunswick, que se encuentra en el Vigésimo Cuarto Distrito Judicial —dijo Lacy—. Hay dos jueces de distrito en el Vigésimo Cuarto: un hombre y una mujer. ¿Me voy acercando?

Myers sonrió y dio unos golpecitos a un expediente cerrado que había en mitad de la mesa.

—Esta es la denuncia. Se la daré luego. La juez es la honorable Claudia McDover, que lleva diecisiete años como magistrada. Hablaremos de ella más adelante. Por ahora, déjenme que les ponga al tanto de los antecedentes. Son cruciales.

Volvieron a los tappacola. Había habido una violenta división en la tribu

respecto del asunto del juego en el casino. Encabezaba a los opositores un agitador llamado Son Razko, que era cristiano y estaba en contra del juego por razones morales. Organizó a sus partidarios, que al parecer eran mayoría. Los defensores del casino prometían riqueza para todos: casas nuevas, pensiones vitalicias, mejores escuelas, matrículas gratuitas para la universidad, atención sanitaria, la lista no se acababa nunca. Vonn Dubose financiaba en secreto la campaña de aprobación a la construcción del casino pero, como siempre, sus huellas no podían encontrarse por ninguna parte. En 1993, el asunto se llevó a votación. Sin contar a los que no tenían dieciocho años, había unas trescientas personas con derecho a voto. Todos menos catorce acudieron a las urnas, que estaban bajo la vigilancia de alguaciles federales, por si la cosa se ponía violenta. Son Razko y sus tradicionalistas ganaron con un cincuenta y cuatro por ciento de los votos. Se entabló un desagradable pleito por fraude electoral e intimidación, pero el juez del tribunal de distrito lo desestimó. El casino estaba muerto.

Poco después también lo estaba Son.

Encontraron su cadáver en el dormitorio de otro hombre, al lado del cuerpo de la esposa de este, ambos con dos disparos en la cabeza. Estaban desnudos y parecía que los habían pillado en el acto. El marido, un hombre llamado Junior Mace, fue detenido y acusado de ambos asesinatos. Había sido un estrecho aliado de Razko durante el debate sobre el casino. Mace había mantenido con firmeza su inocencia pero, aun así, se vio ante la posibilidad de que lo condenaran a muerte. Debido a la notoriedad del caso, la juez recientemente elegida, Claudia McDover, trasladó el expediente a otro condado, si bien insistió en mantener la jurisdicción. Presidió el juicio y favoreció a la fiscalía en todos sus pasos.

El casino se enfrentaba a dos obstáculos considerables. Uno era Son Razko. El segundo, su ubicación. Buena parte de las tierras de los tappacola



eran zonas pantanosas y marismas casi inhabitables situadas en el llano, pero había suficientes terrenos elevados en los alrededores para construir un gran casino con las instalaciones adecuadas. El problema era cómo llegar hasta allí. La carretera de acceso a la reserva era antigua, estaba mal conservada y no podría asimilar el tráfico. Atraídos por la perspectiva de los ingresos tributarios, los empleos bien remunerados y los neones brillantes, los líderes del condado de Brunswick accedieron a construir una nueva carretera de cuatro carriles desde la Estatal 288 hasta el límite de la reserva, que estaba a tiro de piedra de la futura ubicación del casino. Pero para construir la carretera hacía falta recurrir a la adquisición de terrenos privados, o a su expropiación forzosa, y la mayoría de los propietarios de las zonas propuestas para la servidumbre de paso se oponían al casino.

El condado entabló once demandas a la vez, todas en busca de la expropiación forzosa de once parcelas a lo largo de la carretera propuesta. La juez McDover se ocupó de los pleitos, pisoteó a los abogados, puso los casos en lo que venía a ser su «disparadero» y, en cuestión de meses, había preparado el primero de ellos para ir a juicio. Para entonces no había apenas dudas, al menos entre los abogados, de que estaba claramente de parte del condado y quería que la carretera se construyese lo antes posible. Cuando se acercaba la fecha del primer juicio, organizó una reunión en su sala para llegar a un acuerdo y exigió a los abogados de todos los casos que asistieran. En una sesión maratónica se despachó por las bravas un acuerdo según el cual el condado pagaría a cada uno de los propietarios el doble del valor tasado de su propiedad. Según las leyes de Florida, no cabía la menor duda de que el condado podía hacerse con los terrenos. El asunto era la compensación. Y el tiempo. Al acelerar los pleitos por la fuerza, la juez McDover ahorró al casino años de demora.

Mientras los casos de expropiación seguían adelante tal como estaba

previsto y una vez que Son Razko estaba fuera de juego, los partidarios del casino solicitaron un nuevo referéndum. Esta segunda vez ganaron por treinta votos de diferencia. Se presentó otra demanda por fraude, que la juez McDover desestimó. Ahora el camino ya estaba despejado para empezar la construcción de Treasure Key, que se inauguró en 2000.

Las apelaciones de Junior Mace siguieron su farragoso curso por el sistema judicial y, aunque más de uno de los encargados de revisar la sentencia se mostró crítico con la juez y sus resoluciones, ninguno detectó errores graves. La condena se mantuvo a medida que pasaban los años.

—Estudiamos el caso en la facultad de Derecho —comentó Hugo.

—El asesinato ocurrió hace dieciséis años, así que, qué edad tenía por entonces, ¿veinte años? —preguntó Myers.

—Algo así. No recuerdo el asesinato ni el juicio, pero sí que se mencionó en la facultad. Creo que estaba relacionado con el procedimiento criminal. Algo acerca del uso de presos soplones en juicios en los que está en juego la pena capital.

—Supongo que a usted no le suena, ¿verdad? —le preguntó Myers a Lacy.

—No. No me crie en Florida —contestó Lacy.

—Tengo un expediente muy grueso sobre este caso de asesinato, con incluso las peticiones de hábeas corpus —continuó Myers—. Me he mantenido al corriente durante todos estos años y sé sobre el caso tanto como el que más, por si necesitan una fuente a la que consultar.

—Así pues, ¿Mace pilló a su mujer en la cama con Son y se enfureció? —preguntó Lacy.

—Lo dudo. Él asegura que estaba en otra parte, aunque el testigo de su coartada era débil. El abogado de oficio era un novato con poca experiencia que no estaba a la altura del fiscal, un tipo realmente astuto. La juez McDover le permitió citar a dos presos soplones que aseguraron que Mace alardeaba de

los asesinatos en la cárcel.

—¿Deberíamos hablar con Mace? —preguntó Hugo.

—Yo empezaría por ahí.

—Pero ¿por qué? —terció Lacy.

—Porque Junior Mace podría saber algo y hay posibilidades de que hable con ustedes. Los tappacola son una tribu unida y reservada, muy recelosa de los forasteros, sobre todo de los representantes de la autoridad o de quienes visten de uniforme. Además, Dubose y su banda los tienen aterrorizados. Los han intimidado fácilmente. ¿Y por qué no deberían mantener la boca cerrada? Les está cayendo una lluvia de dinero del cielo. Tienen casas y coches, escuelas y atención sanitaria, dinero para la universidad. ¿Por qué ponerlo todo en peligro? Si el casino hace algún chanchullo que otro con gánsteres, ¿qué más da? El que se vaya de la lengua podría llevarse un tiro.

—¿Podemos hablar de la juez? —preguntó Lacy.

—Claro. Claudia McDover, de cincuenta y seis años, elegida por primera vez en 1994 y reelegida cada seis años desde entonces. A decir de todos, una juez trabajadora que se toma muy en serio su cargo y su tribunal. Gana las reelecciones por mayorías abrumadoras. Muy inteligente, con mucho empuje. Su exmarido era un médico importante de Pensacola al que le gustaban las enfermeras jóvenes. Ella fue víctima de un mal divorcio en el que la fastidiaron a base de bien el maridito y su panda de abogados. Herida y furiosa, estudió Derecho para vengarse, pero en un momento dado decidió olvidarse del tipo. Se fue a vivir a Sterling, la capital del condado de Brunswick, donde entró a trabajar en un pequeño bufete inmobiliario. Se esforzó mucho y enseguida se aburrió de ejercer la abogacía en una ciudad pequeña, y en algún momento su camino se cruzó con el de Vonn Dubose. No estoy al tanto de esa parte de la historia. He oído el rumor de que tal vez estuvieron saliendo durante una época, pero, como decía, eso no se ha

verificado y probablemente no pueda hacerse nunca. En 1993, después de que los tappacola votaran en contra del casino, Claudia McDover se interesó de pronto por la política y se presentó a juez de tribunal de distrito. En su momento yo no sabía nada al respecto. Por entonces era un abogado muy ocupado en Pensacola y no estaba muy seguro de dónde se encontraba Sterling en el mapa. Había oído hablar de los tappacola y había leído algo acerca de la disputa sobre el casino, pero no me interesaba el asunto. Según se dice, su campaña estuvo sumamente bien financiada y organizada, y ganó al titular por un millar de votos. Un mes después de que ella tomara posesión del cargo, Son Razko fue asesinado y, como he dicho, ella presidió el juicio de Junior Mace. Eso fue en 1996 y, durante esa época, Vonn Dubose y sus cómplices, además de sociedades anónimas y empresas en paraísos fiscales, estaban comprando grandes extensiones de terreno en el condado de Brunswick cerca de la reserva. Un puñado de especuladores más se habían subido al carro cuando parecía que los tappacola querían un casino pero, después de la primera votación, esos tipos abandonaron el mercado. Vonn estuvo más que encantado de quitarles la propiedad de las manos. Sabía lo que se avecinaba y no tardó en tener rodeado el territorio de los indios. Una vez eliminado Son Razko, y además de una manera tan dramática, los partidarios del casino ganaron la segunda votación. El resto es historia.

Lacy tecléo a toda velocidad y enseguida apareció en la pantalla del portátil una foto oficial de gran tamaño de la juez Claudia McDover, ataviada con la toga negra y con el mallete en la mano. Llevaba el pelo moreno al estilo garçon, de manera muy elegante, con unas gafas de diseño que dominaban su rostro y hacían que fuera difícil interpretar su mirada. No sonreía, ni tampoco había rastro alguno de calidez o humor: era todo profesionalidad. ¿De verdad podía haber tomado parte en la condena injusta de un hombre que llevaba quince años en el corredor de la muerte? Costaba

creerlo.

—¿Dónde está la corrupción? —preguntó Lacy.

—Por todas partes. Una vez que empezaron a construir el casino los tappacola, Dubose también comenzó a edificar. Su primer proyecto fue una urbanización en el entorno de un campo de golf llamada Rabbit Run, adyacente a los terrenos del casino.

—Pasamos por allí en coche —dijo Hugo—. Pensé que formaba parte de Treasure Key.

—No, pero desde la zona del campo de golf para la práctica de golpes de salida se puede llegar al casino a pie en cinco minutos. Parte de la conspiración con los tappacola es que se mantengan alejados del golf. Se encargan del juego y de los parques de atracciones; Dubose se queda con el golf y todo lo demás. Empezó con dieciocho hoyos en Rabbit Run: todas las calles del campo estaban bordeadas de magníficos apartamentos.

—Aquí está la denuncia, firmada bajo juramento por Greg Myers —dijo mientras deslizaba un expediente sobre la mesa—. Aquí alego que la honorable juez Claudia McDover tiene por lo menos cuatro apartamentos en la urbanización Rabbit Run, por cortesía de una empresa anónima llamada CFFX con sede en Belice.

—¿Dubose? —preguntó Lacy.

—Estoy seguro, pero todavía no puedo demostrarlo.

—¿Y qué hay de los registros de propiedad? —indagó Hugo.

Myers dio unos golpecitos sobre el expediente.

—Están aquí. Les dirán que CFFX transfirió por acto notarial al menos veinte apartamentos a empresas con sede en un paraíso fiscal. Tengo motivos para creer que la juez McDover tiene intereses en cuatro de ellos, todos supuestamente propiedad de entidades extranjeras. Tenemos ante nosotros a unos sofisticados delincuentes que cuentan con unos excelentes abogados.

—¿A cuánto asciende el valor de los apartamentos? —preguntó Lacy.

—En la actualidad, en torno a un millón cada uno. Rabbit Run ha tenido mucho éxito, hasta se las arregló para capear la Gran Recesión. Gracias al casino, Dubose tiene dinero en efectivo de sobra y le gustan las comunidades valladas con casitas ideales y apartamentos en las calles del campo de golf. Pasó de dieciocho hoyos a treinta y seis y luego a cincuenta y cuatro, y tiene terrenos de sobra para seguir construyendo.

—¿Y por qué le dio los apartamentos a la juez McDover?

—Quizá porque es un buen tipo, sin más. Aunque supongo que era parte del acuerdo inicial. Claudia McDover vendió su alma al diablo para que la eligieran y lleva cobrando desde entonces. La construcción del casino y el desarrollo del condado de Brunswick han dado pie a un montón de litigios. Disputas de zonificación, demandas medioambientales, expropiaciones, pleitos por parte de propietarios, y ella se las ha ingeniado para situarse justo en el centro de todo. Por lo visto, los que están de parte de Dubose siempre ganan. Sus enemigos pierden. Es más lista que el hambre y puede respaldar cualquier decisión con un grueso informe judicial bien fundamentado. Rara vez revertía una decisión en la fase de apelación. En 2001, ella y Dubose tuvieron un enfrentamiento, no sé a qué se debió, pero el asunto se puso feo. Se cree que ella quería una tajada mayor del dinero en metálico que salía del casino. Dubose pensaba que ella recibía una compensación adecuada. Así pues, la juez McDover cerró el casino.

—¿Cómo lo consiguió exactamente? —se interesó Lacy.

—Es otra buena historia. Una vez que el casino estuvo abierto, empezó a generar dinero desde el primer día, y el condado se dio cuenta de que no iba a sacar gran cosa en concepto de ingresos tributarios. En Estados Unidos, los indios no pagan impuestos por los beneficios de los casinos. Los tappacola no querían compartirlos. El condado se sintió engañado, sobre todo después de

todas las molestias que se había tomado en construir una flamante carretera de cuatro carriles que recorre más de diez kilómetros. Así que el condado les jugó una mala pasada y convenció a la legislatura del estado de que le permitiera poner peajes en la nueva carretera.

—Es verdad, hay que pasar por un peaje a kilómetro y medio del casino y apoquinar cinco pavos para seguir adelante —dijo Hugo riendo.

—Lo cierto es que ha dado resultado. Los indios están contentos y el condado se lleva unos cuantos pavos. Así que cuando Dubose y la juez McDover tuvieron su pequeña disputa, ella hizo que un abogado amigo suyo solicitara un mandamiento judicial sobre la base de que había demasiada gente en los peajes, lo que hacía que no fueran seguros. Quizá había habido un par de pequeñas colisiones sin consecuencias, nada grave. Era una auténtica chorrada, pero ella emitió de inmediato un mandamiento judicial para que se cerrara el peaje. El casino siguió abierto porque unos cuantos clientes se las apañaban para llegar a través de carreteras secundarias, pero en realidad estaba cerrado. La situación se prolongó durante seis días, mientras Vonn y Claudia esperaban a que el otro parpadease. Al final resolvieron sus diferencias, se suspendió el mandamiento judicial fraudulento y todos fueron felices. Fue un momento decisivo en la historia del casino y la corrupción a la que ha dado pie. La juez McDover les hizo saber a todos que ella estaba al mando.

—Habla de Dubose como si todo el mundo supiera quién es —dijo Hugo.

—No lo conoce nadie. Pensaba que ya había dejado claro eso. Dirige una organización, una pequeña banda en la que quienes cortan el bacalao están emparentados entre sí y todo el mundo gana dinero en abundancia. Él le dice a uno de sus primos que cree una sociedad de responsabilidad limitada en las Bermudas y compre unos terrenos. Otro de sus primos constituye una sociedad anónima en Barbados y adquiere unos cuantos apartamentos.

Dubose está protegido por muchos cortafuegos de compañías instrumentales en paraísos fiscales. No tiene perfil público ni deja ningún rastro.

—¿Cómo se encarga de los asuntos jurídicos? —preguntó Lacy.

—Por medio de un pequeño bufete en Biloxi, un par de abogados especializados en Derecho fiscal con mano izquierda para el trabajo sucio. Llevan años representando a la banda de Dubose.

—Da la impresión de que la juez McDover no le tiene miedo a Dubose —dijo Lacy.

—Dubose es muy listo para cargarse a un juez, aunque seguro que se lo ha planteado. La necesita. Y ella a él. Piénsenlo. Eres un promotor inmobiliario ambicioso y corrupto en Florida, y además prácticamente tienes un casino, lo que es ilegal, claro, así que necesitas mucha protección. ¿Qué podría ser más valioso que tener a una respetada juez en el bolsillo?

—Esto apesta a crimen organizado, a RICO —señaló Hugo.

—Sí, pero no vamos a recurrir a la ley RICO, ¿verdad, señor Hatch? La ley RICO es federal y, entonces, esto se convierte en asunto del FBI. Me trae sin cuidado lo que le ocurra a Dubose. Quiero trincar a la juez McDover para que mi cliente cobre una pequeña fortuna por tirar de la manta.

—Exactamente ¿de qué tamaño? —indagó Lacy.

Myers apuró la cerveza y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—No lo sé. Supongo que averiguarlo forma parte de su trabajo.

—La comida está lista —anunció Carlita al salir del camarote.

—Quédense a comer, por favor —dijo Myers poniéndose de pie.

Lacy y Hugo cruzaron una mirada rápida. Llevaban allí dos horas, se estaban muriendo de hambre y no sabían cuándo tendrían ocasión de almorzar, pero de pronto no tenían claro si era buena idea comer en el barco. Myers, en cambio, ya se metía bajo cubierta.

—Venga, venga —dijo, y lo siguieron al camarote.



Había tres cubiertos puestos en una mesa con tablero de cristal en la estrecha cocina. En alguna parte un aparato de aire acondicionado funcionaba a todo trapo y el ambiente era refrescante. Olía mucho a pescado a la parrilla. Carlita iba de aquí para allá, encantada a todas luces de tener alguien para quien cocinar. Sirvió una bandeja de tacos de pescado, repartió agua con gas de una botella y preguntó si alguien deseaba vino. Nadie quería, y ella desapareció hacia el fondo del camarote.

Myers no probó la comida, sino que reanudó su narración:

—No es esta denuncia la que quiero presentar. En esta solo alego corrupción por lo que respecta a los apartamentos que tiene la juez McDover en Rabbit Run. El dinero de verdad en esta pequeña conspiración es su porcentaje de los beneficios mensuales del casino. En realidad, voy detrás de eso porque es una mina de oro para mi cliente. Si puedo clavarle el diente a eso, modificaré la denuncia. En caso contrario, hay suficientes imputaciones para inhabilitarla como juez y probablemente acusarla de corrupción.

—¿Menciona el nombre de Vonn Dubose en la denuncia? —preguntó Lacy.

—No. Hago referencia a sus empresas como «entidades delictivas».

—Qué original —comentó Lacy.

—¿Tiene alguna idea mejor, señora Stoltz? —le espetó Myers.

—¿Podemos dejarnos de señor tal y señora cual? —propuso Hugo—. Ella es Lacy. Tú eres Greg. Yo soy Hugo.

—Muy bien. —Los tres tomaron un bocado, y Myers, mientras masticaba rápidamente, siguió hablando sin cerrar apenas la boca—: Una pregunta... La ley dice que tenéis cuarenta y cinco días para presentar una copia de la denuncia a la juez McDover. Desde este momento hasta entonces lleváis a cabo vuestra investigación, la..., esto, ¿cómo se llama?

—Evaluación.

—Eso es. Bueno, pues me preocupa. Estoy convencido de que esos tipos no tienen idea de que hay alguien al tanto de su iniciativa y sus chanchullos, y cuando la juez McDover reciba una copia de la denuncia, se llevará un buen susto. Su primera llamada será a Dubose y, entonces, podrían empezar a pasar un montón de locuras. Se rodeará de abogados de inmediato, lo desmentirá todo con vehemencia y probablemente empezará a transferir bienes de un lado a otro. Dubose se dejará llevar por el pánico y se atrincherará; quizá empiece a buscar alguien a quien intimidar.

—¿Y la pregunta?

—Bien, ¿cuánto podéis esperar en realidad antes de presentarle a la juez este asunto? ¿Cuánto podéis demorarlo? Me parece crucial investigar tanto como sea posible antes de que ella sepa que lo estáis haciendo.

Lacy y Hugo se miraron.

—Somos burócratas, así que sabemos demorar lo que haga falta —dijo ella encogiéndose de hombros—. Sin embargo, si la juez pasa al ataque tal como supones, sus abogados lo escudriñarán todo buscándole tres pies al gato. Si no nos ceñimos a la ley hasta la última coma, harán todo lo posible para que la denuncia sea desestimada.

—Vamos a ir sobre seguro y suponer que dispondremos de cuarenta y cinco días para llevar a cabo la evaluación —añadió Hugo.

—No es suficiente tiempo —dijo Myers.

—Es todo el que tenemos —respondió Lacy.

—¿Qué puedes contarnos sobre tu misterioso cliente?

—preguntó Hugo—. ¿Cómo sabe lo que sabe?

Myers bebió un poco de agua y sonrió.

—Otra vez estáis dando por sentado que es un hombre.

—Vale, ¿cómo quieres llamarlo, o llamarla?

—Solo hay tres eslabones en nuestra cadenita. Yo, el intermediario que me

envió el cliente y el propio o la propia cliente. El intermediario y yo nos referimos al cliente como el topo. El topo podría ser hombre o mujer, viejo o joven, negro, blanco o de piel morena; en realidad, ahora mismo no importa.

—¿El topo? No es muy original —apostilló Lacy.

—¿Qué más da? ¿Se te ocurre algún nombre más descriptivo?

—Supongo que tendremos que conformarnos. ¿Cómo es que el topo sabe tantas cosas?

Myers se metió medio taco blando en la boca y lo masticó lentamente. La embarcación se meció al paso de algo más grande allí fuera.

—El topo es alguien muy cercano a la juez McDover y su señoría confía en él sin reservas —dijo al final—. Demasiado, por lo visto. Es lo único que puedo decir ahora mismo.

—Tengo otra pregunta —dijo Lacy, tras una pausa en la conversación—. Has dicho que estos tipos, refiriéndote a Dubose y su banda, son muy listos y tienen buenos abogados. Evidentemente, McDover también necesita uno muy bueno para blanquear su parte del dinero sucio. ¿A quién contrata?

—A Phyllis Turban, una abogada fideicomisaria y patrimonial de Mobile.

—Vaya, las chicas están quedando fatal en esta historia

—comentó Lacy.

—Ella y McDover fueron juntas a la facultad de Derecho, las dos están divorciadas y sin hijos, y son íntimas. Tanto que podrían ser algo más que amigas.

Tragaron no sin esfuerzo y digirieron aquel comentario.

—Así que, resumiendo el caso hasta el momento —recapituló Lacy—, la juez Claudia McDover acepta sobornos de matones, saca dinero en efectivo del casino a los indios y de alguna manera blanquea la pasta con ayuda de una amiga íntima que casualmente es abogada patrimonial.

—Yo diría que vas por buen camino —dijo Myers con una sonrisa—.

Necesito una cerveza. ¿Alguien quiere una? ¡Carlita!

Se despidieron de él en el embarcadero y le prometieron que se mantendrían en contacto. Había dado a entender que tenía intención de ocultarse en algún lugar más seguro incluso, ahora que había presentado la denuncia y que pronto esta no tardaría en causar problemas. Lacy y Hugo no habían detectado nada que indicase cómo o por qué Vonn Dubose y Claudia McDover iban a sospechar de Greg Myers, antes conocido como Ramsey Mix, un hombre al que supuestamente no conocían. Era otra laguna en su historia, donde las había de sobra.

## 5

Pasaron el día siguiente en la oficina, poniendo en común ideas con Geismar y elaborando un plan. Una vez recibida la denuncia, el cronómetro estaba en marcha. Si todo iba según lo previsto, Lacy y Hugo irían dentro de poco a la pequeña ciudad de Sterling y entregarían una copia de la denuncia a la honorable juez Claudia McDover. Para entonces sería fundamental saber tanto como fuera posible.

Antes, no obstante, tenían que hacer una visita al corredor de la muerte. Hugo había estado allí en una ocasión, en una visita de estudio con la facultad de Derecho. Lacy había oído hablar de la cárcel de Starke durante toda su carrera, pero nunca había tenido una excusa para visitarla. Salieron lo bastante temprano para adelantarse al atasco matinal en los alrededores de Tallahassee y, para cuando el tráfico se hizo menos denso en la I-10, Hugo ya estaba dando cabezadas. La cárcel quedaba a dos horas y media de trayecto. Lacy no había estado caminando de aquí para allá con un bebé llorando en brazos toda la noche, pero tampoco había dormido mucho. Ella y Hugo, así como Geismar, tenían la sensación de que probablemente estaban metiendo las narices en un asunto que quizá deberían solucionar otros. Si Greg Myers era de fiar, en el condado de Brunswick llevaban cometándose delitos graves desde hacía mucho tiempo. Deberían encargarse de esto otros investigadores con muchos más recursos y experiencia. Ellos eran abogados, después de todo, no polis. No querían ir armados. Estaban preparados para ir a por jueces corruptos, no a por sindicatos del crimen organizado.

Esos pensamientos la habían tenido despierta casi toda la noche. Cuando se

sorprendió bostezando, se desvió hacia la ventanilla para coches de un restaurante de comida rápida y pidió unos cafés.

—Despierta —regañó a su compañero—. Aún nos queda hora y media y yo tampoco puedo mantener los ojos abiertos.

—Perdona —dijo Hugo frotándose los ojos.

Se tomaron el café a grandes tragos y, mientras ella conducía, Hugo resumió uno de los memorandos de Sabelle:

—Según nuestra colega, entre 2000 y 2009, hubo diez pleitos en el condado de Brunswick relacionados con una empresa llamada Nylan Title, una compañía con domicilio fiscal en las Bahamas cuyo representante autorizado es un abogado de Biloxi. En todos ellos, la parte contraria intentó que salieran a la luz las identidades de los auténticos propietarios de Nylan Title y, una y otra vez, la juez, nuestra amiga Claudia McDover, se negó. Estaba prohibido. Una compañía con sede fiscal en las Bahamas se rige por sus leyes, que tienen una manera propia de proteger a sus empresas. Es todo una artimaña pero es legal. Sea como sea, Nylan Title debía de contar con unos abogados estupendos porque sigue imbatida, al menos en el tribunal de la juez McDover. Diez a cero.

—¿Qué clase de casos? —preguntó Lacy.

—Zonificación, incumplimiento de contrato, disminución del valor de la propiedad, incluso una demanda colectiva abortada que habían entablado un montón de propietarios de apartamentos que alegaban trabajos de mala calidad. El condado demandó a Nylan en una disputa relacionada con valoraciones de las propiedades e impuestos.

—¿Quién aparece en representación de Nylan?

—El mismo abogado de Biloxi. Es un portavoz corporativo que parece saber lo que se hace. Si Nylan es en efecto Vonn Dubose, parece que está bien oculto, tal como asegura Myers. Un cortafuegos tras otro de abogados,

como él dice. Bonita expresión.

—Suenan de maravilla.

Hugo tomó otro sorbo de café y dejó el memorando.

—Mira, Lacy, no confío en Greg Myers —dijo.

—Lo cierto es que no inspira ninguna confianza.

—Pero tienes que reconocer que, hasta el momento, todo lo que ha dicho era cierto. Si nos está utilizando, ¿qué se propone lograr?

—Me estaba haciendo esa misma pregunta a las tres y media de la mañana. Tenemos que pillar a la juez McDover con un montón de dinero en metálico. Punto. Si lo recuperamos, el topo se lleva su parte como recompensa y Myers obtiene una tajada. Si Vonn Dubose y sus chicos acaban en chirona, estupendo. Pero ¿de qué le sirve eso a Myers?

—De nada, a menos que McDover caiga a la vez que Dubose.

—Nos está utilizando, Hugo, eso seguro. Ha presentado una denuncia alegando prácticas judiciales corruptas, o latrocinio sin más. Nuestro trabajo es investigarla. Cualquiera que presenta una denuncia contra un juez nos utiliza para averiguar la verdad. Es la naturaleza de nuestro trabajo.

—Claro que sí, pero hay algo que no encaja con este tipo.

—A mí también me da mala espina. Me gusta la estrategia de Geismar. Hurgaremos un poco, picotearémos aquí y allá, elaboraremos alguna historia, intentaremos averiguar quién es el propietario de esos cuatro apartamentos y llevaremos a cabo nuestro trabajo, pero lo haremos con cautela, y si hallamos pruebas fehacientes de algún delito, acudiremos al FBI. Myers no puede impedirnoslo.

—Es verdad, pero puede desaparecer y no volver a hablar con nosotros. Si tiene pruebas de corrupción en el casino, no las obtendremos si el FBI entra y derriba la puerta a patadas.

—¿Qué más nos ha preparado Sadelle para nuestro agradable viaje en

coche hasta Starke?

Hugo cogió otro memorando.

—Solo unos antecedentes sobre la juez McDover. Sus elecciones, campañas, oponentes, cosas así. Puesto que las elecciones son políticamente independientes, no estamos seguros acerca de su ideología. No hay registros de contribuciones a otros candidatos en más elecciones. No hay demandas anteriores en la CCJ. Ninguna presentada en el colegio de abogados del estado. Ningún delito grave o menor. Desde 1998, ha recibido la calificación más alta por parte de la Asociación de Abogados del Estado. Escribe mucho y ha publicado un gran número de artículos en revistas judiciales y similares. También le gusta dar conferencias en seminarios y facultades de Derecho. Incluso impartió un curso sobre prácticas procesales en la Universidad Estatal de Florida hace tres años. Un currículum magnífico, la verdad. Mejor que el del típico juez de distrito. No tiene muchos bienes. Una casa en el centro de Sterling valorada en doscientos treinta mil dólares, construida hace setenta años, con una hipoteca de ciento diez mil dólares. Las escrituras están a su nombre, McDover, que es su apellido de soltera. Lo recuperó justo después de su divorcio y lo ha utilizado desde entonces. Soltera desde 1988, sin hijos ni otros matrimonios. No hay datos de que pertenezca a iglesias, clubes cívicos, asociaciones de antiguos alumnos, partidos políticos, nada de nada. Asistió a la facultad de Derecho de Stetson, donde fue una alumna destacada. Se licenció por la Universidad del Norte de Florida en Jacksonville. Hay algunos detalles sobre el divorcio de su marido el médico, pero no vale la pena ni siquiera mencionarlos.

Lacy escuchó con atención y bebió otro sorbo de café.

—Si Myers tiene razón, está sacando dinero en metálico del casino indio. Cuesta trabajo creerlo, ¿no te parece? Bueno, siendo como es una juez de distrito elegida por los ciudadanos y con tan buena reputación.



—Sí, desde luego. Hemos visto a algunos jueces hacer cosas extrañas, pero nunca tan arriesgadas como esta.

—¿Cómo lo explicas? ¿Cuál es su móvil?

—Tú eres una mujer soltera con una carrera. Contesta tú misma a esa pregunta.

—No puedo hacerlo. ¿Qué hay en el otro memorando?

Hugo hurgó en el maletín y sacó más documentos.

Cuando entraban en la zona rural del condado de Bradford, empezaron a ver señales de que había instalaciones penitenciarias y correccionales un poco más adelante. Cerca de Starke, una pequeña población de cinco mil habitantes, tomaron una salida y siguieron las indicaciones hasta la cárcel estatal de Florida, que albergaba mil quinientos presos, entre ellos cuatrocientos condenados a muerte.

Solo en California había más hombres en el corredor de la muerte que en Florida. Texas ocupaba el tercer lugar en esta clasificación, pero desde que se había propuesto reducir la población reclusa, tenía en torno a trescientos treinta reos de muerte. En California, que tenía escaso interés en ejecutar a gente, había seiscientos cincuenta. Florida aspiraba a ser como Texas, pero sus tribunales de apelación se interponían una y otra vez en este objetivo. El año anterior, 2010, solo había recibido la inyección letal un hombre en Starke.

Estacionaron en un aparcamiento abarrotado y fueron a pie al edificio de administración. En tanto que abogados que trabajaban para el estado, les habían facilitado la visita. Les franquearon el paso en los puntos de control y los acompañó un guardia con influencia suficiente para que les abrieran todas las puertas a su paso. En la galería Q, el celeberrimo corredor de la muerte de

Florida, les franquearon el paso en otro punto de control y los llevaron a una sala alargada. En un cartel de la puerta se leía REUNIONES CON ABOGADOS. El vigilante abrió otra puerta que daba a una pequeña zona acotada que estaba dividida por un tabique de plexiglás.

—¿Es su primera visita al corredor la muerte? —preguntó el guardia.

—Sí —respondió Lacy.

—Yo vine una vez cuando estaba en la facultad de Derecho —contestó Hugo.

—Qué bien. ¿Tienen el formulario de consentimiento?

—Aquí está —respondió Hugo al tiempo que dejaba el maletín encima de la mesa y lo abría.

A Junior Mace lo representaba de oficio un bufete de Washington. Antes de que Lacy y Hugo pudieran hablar con él, tuvieron que garantizar al bufete que no abordarían ninguno de los asuntos pendientes en la apelación de hábeas corpus en curso. Hugo sacó un documento y el vigilante se tomó su tiempo para leerlo. Cuando consideró que era adecuado, se lo devolvió.

—Mace es un tipo extraño —dijo—, se lo aseguro.

Lacy apartó la mirada y no quiso responder nada. La noche anterior, como no conseguía dormir, preocupada con toda la bazofia que le atascaba el cerebro, había leído varios artículos online sobre el corredor de la muerte de Florida. Todos los presos pasaban incomunicados veintitrés horas al día. La otra hora se destinaba al «recreo», una oportunidad de pasear por una pequeña zona con hierba y contemplar el sol. Las celdas medían metro ochenta por dos metros setenta, con el techo a dos setenta de altura. Los camastros eran más estrechos que una cama individual y quedaban a escasos centímetros de un retrete de acero inoxidable. No había aire acondicionado ni compañero de celda, y casi ningún contacto humano salvo por la típica charla de los guardias a la hora de la comida.

Si Junior Mace no había sido «un tipo extraño» antes de llegar allí hacía quince años, desde luego no se le podía reprochar que ahora fuera un poco raro. El aislamiento total lleva a la privación sensorial y a toda clase de problemas mentales. Los expertos en prisiones empezaban a darse cuenta de ello, y un movimiento a favor de reformar la práctica del aislamiento luchaba por ganar impulso. Aunque dicho movimiento no había llegado a Florida.

Se abrió una puerta en el otro extremo de la sala y por ella entró un guardia. Lo seguía Junior Mace, esposado y vestido con los pantalones azules estándar de la cárcel y la camiseta naranja que se reservaba a los reos de muerte. Tras él iba otro vigilante. Le quitaron las esposas y salieron de la sala.

Junior Mace dio dos pasos y se sentó a la mesa por su lado. El tabique de plexiglás los separaba. Hugo y Lacy tomaron asiento y por unos segundos la situación resultó incómoda.

Tenía cincuenta y dos años. Lucía el pelo largo, tupido y gris, recogido en una cola de caballo. Tenía la piel morena y el aislamiento no se la había blanqueado. También tenía los ojos oscuros, grandes, castaños y tristes. Era alto y enjuto, con los bíceps bien formados. «Probablemente hace muchas flexiones», pensó Hugo. Según el expediente, su esposa, Eileen, tenía treinta y dos años cuando murió. Tenían tres hijos, todos ellos criados por parientes después de la detención y la entrada en la cárcel de Junior.

Lacy cogió uno de los dos teléfonos que había en su lado del tabique.

—Gracias por aceptar vernos —dijo a Junior.

Tenía su teléfono en la mano. Se encogió de hombros y no replicó nada.

—No sé si recibió nuestra carta, pero trabajamos para la Comisión de Conducta Judicial del estado y estamos investigando a la juez Claudia McDover.

—La recibí —confirmó—. Por eso estoy aquí. Accedí a esta reunión. —

Hablaba lentamente, como si hubiera sopesado todas y cada una de sus palabras de antemano.

—Bueno, esto, no hemos venido a hablar sobre su caso —dijo Hugo—. No podemos ayudarle con eso y, además, tiene buenos abogados en Washington.

—Sigo con vida. Supongo que están haciendo su trabajo. ¿Qué quieren de mí?

—Información. —respondió Lacy—. Necesitamos los nombres de algunas personas con las que podamos hablar. Tappacola, los que están en el bando bueno, en el suyo. Para nosotros es otro mundo, y no podemos presentarnos allí un día y empezar a hacer preguntas.

Entornó los ojos y se le curvaron hacia abajo las comisuras de la boca, como una sonrisa al revés.

—Miren, asesinaron a mi esposa y a Son Razko en 1995 —dijo, después de asentir y fulminarlos con la mirada—. Me condenaron al año siguiente y se me llevaron, esposado en la parte trasera de un furgón. Eso fue antes de que se construyera el casino, conque no estoy seguro de poder ayudarles. Tenían que quitarme de en medio, a mí y a Son, para poder construirlo. Lo asesinaron, junto con mi esposa, y lograron que me condenaran por ello.

—¿Sabe quién lo hizo? —preguntó Hugo.

Junior sonrió, aunque la alegría no llegó a asomar a sus ojos.

—Señor Hatch, llevo dieciséis años repitiendo una y otra vez que no sé quién mató a mi mujer y Son Razko —dijo poco a poco—. Hubo gente entre bambalinas, forasteros que se inmiscuyeron en el asunto. Nuestro jefe por aquel entonces era un buen hombre que acabó corrompido. Esos forasteros se lo camelaron, no sé muy bien cómo pero seguro que había dinero de por medio, y él llegó a convencerse de que el casino era la respuesta. Son y yo les plantamos cara y ganamos la primera votación en 1993. Pensaban que iban a vencer y ya habían iniciado los trabajos preliminares para sacar una pasta con

el casino y los terrenos circundantes. Cuando nuestro pueblo rechazó la obra por primera vez, esos tipos decidieron deshacerse de Son. Y supongo que también de mí. Buscaron una manera de hacerlo. Son está muerto. Yo sigo aquí. Y el casino lleva una década sacando pasta.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Vonn Dubose? —preguntó Lacy.

Junior hizo una pausa y dio la impresión de que se estremecía un poco. Era evidente que iba a contestar afirmativamente, de modo que, cuando dijo que no, los dos tomaron nota. La conversación durante el trayecto de regreso a casa iba a ser interesante.

—Recuerden que llevo ausente mucho tiempo —dijo—. Quince años incomunicado aquí le corroen a uno el alma, el espíritu y el cerebro. He perdido mucho, y no siempre recuerdo lo que debería.

—Pero no olvidaría a Vonn Dubose si lo hubiera conocido —insistió Lacy. Junior apretó las mandíbulas y negó con la cabeza.

—No. No lo conozco.

—Supongo que no tiene muy buena opinión de la juez McDover —dijo Hugo.

—Eso es quedarse corto. Presidió una parodia de juicio y se aseguró de que condenaran a un inocente. También oculta información. Siempre he sospechado que sabía más de lo que debía. Fue todo una pesadilla, señor Hatch. Desde el momento en que me dijeron que mi mujer había muerto al lado de Son y, luego, el shock de ser acusado, detenido y encarcelado. Para entonces el sistema ya había puesto en marcha sus engranajes y en cada sitio donde miraba había algún enemigo. Desde los polis hasta los miembros del jurado, pasando por la fiscalía, el juez y los testigos: me hizo trizas un sistema que iba a toda máquina. En un abrir y cerrar de ojos me tendieron una trampa, me condenaron, me sentenciaron y aquí estoy.

—¿Qué está ocultando la juez? —preguntó Lacy.

—La verdad. Sospecho que sabe que no maté a Son y Eileen.

—¿Cuánta gente conoce la verdad? —indagó Hugo.

Junior dejó el teléfono sobre la mesa y se frotó los ojos como si llevara varios días sin dormir. Con la mano derecha se pasó los dedos por el tupido pelo hasta la cola de caballo. Volvió a coger el teléfono con lentitud.

—No mucha —respondió al final—. La mayoría me considera un asesino. Creen la historia que se contó, ¿y por qué no? Me condenaron en un tribunal de justicia y aquí estoy, pudriéndome y esperando la inyección. Algún día me la pondrán, y luego llevarán mi cuerpo al condado de Brunswick y me enterrarán en alguna parte. La historia seguirá viva para siempre. Junior Mace pilló a su mujer con otro hombre y los mató a los dos en un acceso de ira. Es una historia bastante buena, ¿no?

Durante un momento nadie dijo nada. Lacy y Hugo siguieron garabateando en su bloc mientras intentaban pensar en la siguiente pregunta.

—Solo para que lo sepan, esto es una visita de abogados, así que no hay límite de tiempo —dijo Junior, rompiendo el silencio—. Si no tienen prisa, les aseguro que yo tampoco. Ahora mismo hace cerca de cuarenta grados en mi celda. No hay ventilación, así que mi ventiladorcito no hace más que remover el aire. Esto supone un respiro agradable para mí y les agradeceré su visita siempre que pasen por el barrio.

—Gracias —respondió Hugo—. ¿Tiene muchas visitas?

—No tantas como me gustaría. Mis hijos se pasan de vez en cuando, pero son visitas difíciles. No les permitieron verme aquí durante bastantes años y crecieron muy deprisa. Ahora están casados. Ya soy abuelo, pero no he visto nunca a mis nietos. Tengo fotos, eso sí, la pared llena de ellas. ¿Qué les parece? Cuatro nietos y no puedo ni siquiera tocarlos.

—¿Quién crio a sus hijos? —se interesó Lacy.

—Mi madre ayudó hasta su muerte. Mi hermano Wilton y su mujer se

encargaron de la mayor parte, y lo hicieron lo mejor que pudieron. Era una situación muy mala. Imaginen que son unos chavales y que su madre muere asesinada. Todo el mundo dice que lo hizo tu padre y a él lo envían al corredor de la muerte.

—¿Sus hijos creen que es culpable?

—No. Wilton y mi madre les contaron la verdad.

—¿Estaría dispuesto su hermano a hablar con nosotros? —preguntó Hugo.

—No lo sé. Pueden intentarlo. No estoy seguro de que quiera involucrarse en este asunto. Tienen que entender que nuestro pueblo vive bastante bien ahora mismo, mucho mejor que en el pasado. Al volver la vista atrás, no estoy seguro de que Son y yo hiciéramos bien en oponernos al casino. Ha traído empleos, escuelas, carreteras, un hospital, un nivel de prosperidad con el que nuestro pueblo no había soñado nunca. Cuando un tappacola cumple los dieciocho, tiene derecho a una pensión vitalicia de cinco mil dólares al mes, y es posible que vaya a más. La llaman «dividendo». Incluso yo, estando como estoy en el corredor de la muerte, sigo recogiendo dividendos. Los ahorraría para mis hijos, pero no los necesitan. Así pues, se los envió a mis abogados en Washington; supongo que es lo mínimo que puedo hacer. Cuando aceptaron ocuparse de mi caso, no había sistema de dividendos y, desde luego, no esperaban recibir ningún dinero. Todos los tappacola disfrutaban de atención sanitaria gratuita, y tienen los gastos pagados de la universidad si quieren estudiar una carrera. Disponemos de un banco propio, que hace préstamos a intereses bajos para casas y coches. Como digo, la vida les va bastante bien, mucho mejor que antes. Esa es la parte positiva. En la negativa tenemos graves problemas de motivación, sobre todo entre los jóvenes. ¿Para qué ir a la universidad y estudiar una carrera cuando tienes unos ingresos garantizados de por vida? ¿Para qué buscar trabajo? El casino da empleo a más o menos la mitad de los adultos de la tribu, y eso es un

motivo constante de fricción. ¿A quién le toca un trabajo fácil y a quién no? Hay mucha política y disensiones internas de por medio. Pero, en general, la tribu es consciente de que la situación les favorece. ¿Para qué agitar las aguas? ¿Por qué debería alguien preocuparse por mí? ¿Por qué tendría Wilton que ayudarles a trincar a una juez corrupta cuando todos podrían salir mal parados en el proceso?

—¿Tiene noticias de que haya corrupción en el casino? —preguntó Lacy.

Mace dejó otra vez el teléfono y volvió a pasarse los dedos por el pelo, como si sopesara arduamente la pregunta. Su vacilación daba a entender que no estaba batallando con la verdad, sino con la versión que ofrecer.

—Como decía, el casino abrió unos años después de que yo entrara aquí —dijo tras coger el teléfono—. Nunca lo he visto.

—Venga, señor Mace —replicó Hugo—. Usted mismo ha dicho que es una tribu minúscula. Un gran casino para un grupo pequeño de gente. Debe de ser imposible guardar secretos. Seguro que ha oído rumores.

—Háblenme de ellos.

—Rumores de que se coge dinero en efectivo y se saca por la puerta de servicio. Según las estimaciones, el Treasure Key es un casino de quinientos millones de dólares y el noventa por ciento de los ingresos son en metálico. Nuestra fuente nos dice que hay una organización criminal conchabada con los líderes indios, y que están sacando efectivo de tapadillo como locos. ¿Nunca ha oído nada sobre eso?

—Es posible que el rumor haya llegado a mis oídos, pero eso no quiere decir que sepa algo.

—Entonces ¿quién sabe algo? ¿Con quién podemos hablar? —preguntó Lacy.

—Ya deben de tener una fuente fiable, o no estarían aquí. Vuelvan a consultar con ella.



Lacy y Hugo se miraron, ambos con la misma imagen en la cabeza de Greg Myers navegando por las Bahamas en su embarcación, con una cerveza fría en la mano y Jimmy Buffett sonando en el estéreo.

—Quizá más adelante —dijo Hugo—. Pero, por ahora, necesitamos a alguien sobre el terreno, alguien que conozca el casino.

Mace negaba con la cabeza.

—Wilton es mi única fuente sobre el tema y no dice gran cosa. No sé qué sabe, pero muy poca de esa información llega hasta Starke.

—¿Estaría dispuesto a llamar a Wilton para decirle que puede hablar con nosotros? —preguntó Lacy.

—¿Y qué gano yo con eso? No les conozco. No sé si son de fiar. Seguro que sus intenciones son buenas, pero igual se están metiendo solos en una situación en la que todo podría descontrolarse. No lo sé. Tengo que pensármelo.

—¿Dónde vive Wilton? —preguntó Hugo.

—En la reserva, no muy lejos del casino. Intentó conseguir un empleo allí, pero lo rechazaron. Ninguno de mis familiares trabaja en el casino. No los contratan. Está todo muy politizado.

—Entonces ¿hay rencores?

—Sí, claro. Muchos. Los que se opusieron al casino están básicamente en la lista negra y no pueden trabajar allí. Siguen recibiendo cheques, pero no les dan ningún empleo.

—¿Y qué piensan sobre usted? —inquirió Lacy.

—Como digo, la mayoría cree que yo maté a Son, su líder, así que no me compadecen mucho. Los partidarios del casino ya me odiaban desde el principio. No hace falta que les diga que no tengo muchos admiradores entre los miembros de mi tribu. Y mi familia paga por ello.

—Si la juez McDover queda en evidencia y se demuestra la corrupción,

¿hay alguna posibilidad de que esto repercuta positivamente en su caso? — preguntó Hugo.

Mace se levantó poco a poco y se desperezó como si le doliera el cuerpo; luego dio unos pasos hacia la puerta y después regresó a la mesa. Se estiró un poco más, hizo crujir los nudillos, se sentó y cogió el teléfono.

—No lo creo. Mi juicio terminó hace mucho tiempo. Se han analizado todas sus sentencias en las apelaciones, y lo han hecho abogados muy buenos. Creemos que cometió errores en varias de ellas y que se debería haber celebrado un nuevo juicio hace una década y demás, pero los tribunales de apelación siempre le han dado la razón a ella. No de manera unánime; de hecho, todas las decisiones sobre mi caso han estado divididas, con discrepancias muy firmes a mi favor. Pero la mayoría decide y aquí estoy. Los dos presos soplones que remacharon mi condena y me mandaron aquí desaparecieron hace años. ¿Lo sabían?

—Lo leí en un informe —dijo Lacy.

—Los dos se desvanecieron más o menos a la vez.

—¿Tiene alguna idea de qué pudo pasarles?

—Dos teorías. Una, y es la mejor, es que se los cargaron a los dos poco después de que se confirmara mi sentencia. Ambos eran delincuentes de carrera, unas auténticas sabandijas que se adecentaron un poco para el juicio y convencieron al jurado de que yo había alardeado de los asesinatos en la cárcel. Bueno, el problema con los soplones es que a menudo se desdicen de sus palabras, así que la primera teoría es que los auténticos asesinos los eliminaron antes de que tuvieran ocasión de cambiar sus versiones. Es lo que creo.

—¿Y la segunda? —indagó Hugo.

—Que se los cargaron los de mi tribu como venganza. Lo dudo, pero no es del todo inverosímil. Los ánimos estaban caldeados y supongo que era

posible que sucediera cualquier cosa. Sea como sea, los dos soplones se esfumaron y hace años que no se les ha visto el pelo. Ojalá que estén muertos. Me metieron aquí.

—Se supone que no deberíamos hablar de su caso —dijo Lacy.

—Es lo único de lo que puedo hablar y, además, ¿qué más da? Ahora todo esto es de dominio público.

—Entonces hay por lo menos cuatro cadáveres —señaló Hugo.

—Por lo menos.

—¿Es que hay alguno más? —preguntó Lacy.

Mace asentía a un ritmo constante, pero no tenían claro si era una respuesta afirmativa o un mero tic nervioso.

—Depende de lo hondo que caven —dijo al final.

## 6

El primer juzgado construido por los contribuyentes del condado de Brunswick ardió hasta los cimientos. El segundo se lo llevó el viento. Después del huracán de 1970, los líderes políticos del condado aprobaron un proyecto que incluía un montón de ladrillos, hormigón y acero. El resultado fue un horrendo hangar de estilo soviético con tres plantas, pocas ventanas y unos tejados enormes de metal con goteras desde el primer día. Por entonces, el condado, a medio camino entre Pensacola y Tallahassee, estaba poco poblado y contaba con unas playas que no estaban llenas de apartamentos y multitudes. Según el censo de 1970, había 8.100 blancos, 1.570 negros y 411 nativos americanos. Unos años después de que el «juzgado nuevo», como era conocido, abriera sus puertas, la costa de la península de Florida cobró vida al empezar los promotores inmobiliarios a construir apartamentos y hoteles. Gracias a los kilómetros de playas amplias e impolutas, la «Costa Esmeralda» se convirtió incluso en un destino más popular. Aumentó la población y, en 1984, el condado de Brunswick se vio obligado a ampliar su juzgado. Manteniéndose fiel al motivo posmoderno, construyó un desconcertante anexo de forma fálica que a mucha gente le recordaba un tumor cancerígeno. De hecho, los vecinos lo llamaban el Tumor, en vez de utilizar la designación oficial del Anexo. Doce años después, a medida que seguía aumentando la población, el condado añadió otro tumor a juego en el extremo opuesto del «nuevo juzgado» y se declaró preparado para abordar toda clase de asuntos.

La capital del condado era la ciudad de Sterling. Brunswick y dos condados contiguos constituían el Vigésimo Cuarto Distrito Judicial de

Florida. De los dos jueces del tribunal de distrito, Claudia McDover era la única que residía en Sterling; por consiguiente, prácticamente dirigía el juzgado. Tenía antigüedad e influencia, y todos los empleados del condado se movían con pies de plomo a su alrededor. Su espacioso despacho estaba en la tercera planta, donde disfrutaba de una agradable vista y algo de sol gracias a una de las pocas ventanas del edificio. Lo detestaba, y a menudo soñaba con la manera de alcanzar la autoridad suficiente para derribarlo y levantar otro desde los cimientos. Pero aquello no era más que un sueño.

Después de una jornada tranquila sentada a su mesa, anunció a su secretaria que se iría a las cuatro, una hora temprana para ella. Su tímida y bien preparada secretaria asimiló la información, pero no hizo comentarios. Nadie le preguntaba a Claudia McDover por qué hacía nada.

Salió de Sterling en su Lexus último modelo y tomó una carretera secundaria hacia el sur. Veinte minutos después se desvió hacia la imponente entrada de Treasure Key, que ella consideraba en privado «su casino». Estaba convencida de que aquel lugar no existiría de no ser por sus desvelos. Tenía el poder de clausurarlo mañana si quería. Sin embargo, no iba a ocurrir tal cosa.

Tomó una carretera periférica que recorría los límites de la propiedad y sonrió, como siempre, al ver los aparcamientos abarrotados, las concurridas lanzaderas que llevaban a los jugadores de los hoteles al casino y viceversa, los llamativos neones que anunciaban espectáculos de baladistas de música country venidos a menos y números de circo de tres al cuarto. Todo eso la hacía sonreír porque implicaba que los indios estaban prosperando. La gente tenía empleos y se divertía. Las familias estaban de vacaciones. Treasure Key era un sitio maravilloso, y el hecho de que ella solo se embolsase una pequeña parte de los dividendos no le preocupaba en absoluto.

En la actualidad nada preocupaba a Claudia McDover. Después de

diecisiete años como magistrada, tenía una sólida reputación, un trabajo seguro y unas calificaciones excelentes. Tras once años de «tener una participación» de las ganancias del casino, era una mujer increíblemente rica, con bienes ocultos por todo el mundo que iban acumulándose con cada mes que pasaba. Y aunque tenía tratos con gente que no le gustaba, su conspiración para la estafa era inmune al mundo exterior. No había ningún rastro, ningún indicio. Por algo había funcionado de maravilla durante once años, desde el día de la inauguración del casino.

Cruzó un portón y entró en el impresionante campo de golf y urbanización residencial de Rabbit Run. Era propietaria de cuatro apartamentos allí, o por lo menos eran suyas las compañías situadas en paraísos fiscales que los poseían. Uno lo reservaba para sí misma. Los otros tres los alquilaba por medio de su abogada. Su apartamento en la calle cuatro del campo de golf era una fortaleza de dos plantas con puertas y ventanas reforzadas. Su razonamiento de hacía años, cuando había reforzado el lugar, había sido la «protección contra los huracanes». En el interior de un pequeño dormitorio había construido una cámara acorazada de tres metros cuadrados con paredes de hormigón y seguridad contra incendios y robos. Allí guardaba algunos bienes que podían llevarse encima: dinero en efectivo, oro, joyas. También había unos pocos artículos que no era tan fáciles de trasladar: dos litografías de Picasso, una urna egipcia de cuatro mil años de antigüedad, un juego de té de porcelana de otra dinastía y una colección de primeras ediciones singulares de novelas del siglo XIX. La puerta del dormitorio estaba oculta tras unas estanterías móviles, de modo que una persona que paseara por el apartamento no percibiría la existencia de la habitación, ni tampoco de la cámara acorazada. Pero nadie se paseaba por el apartamento. De vez en cuando, algún invitado se sentaba en el patio a tomar una copa, pero ese apartamento no era para beber, ir de visita o vivir.

Abrió las cortinas y contempló el campo de golf. Era la canícula de agosto, el aire era bochornoso y el campo estaba desierto. Llenó de agua una tetera y la puso al fuego. Mientras hervía, hizo dos llamadas de teléfono, ambas a abogados con casos pendientes en su tribunal.

A las cinco, con puntualidad, llegó su invitado. Se reunían el primer miércoles de cada mes a las cinco de la tarde. De vez en cuando, si ella estaba en el extranjero, cambiaban la fecha del encuentro, pero aquello era poco habitual. Siempre se comunicaban cara a cara, en su apartamento, donde no había peligro de que hubiera cables ocultos, micrófonos ni vigilancia de ningún tipo. Solo recurrían al teléfono una o dos veces al año. No se complicaban la vida y nunca dejaban rastros. Continuaban a salvo, y lo habían estado desde el principio, pero seguían sin correr riesgos.

Claudia tomaba té y Vonn saboreaba su vodka con hielo. Él había llegado con una cartera marrón, que había dejado en el sofá, igual que siempre. En su interior había veinticinco fajos de billetes de cien dólares, todos bien sujetos con gomas, cada uno de diez mil dólares. La tajada mensual de las ganancias ascendía a medio millón de dólares y se la dividían a partes iguales, hasta donde ella sabía. Durante años Claudia se había preguntado cuánto les sacaba en realidad Vonn a los indios pero, puesto que el trabajo sucio lo hacía él, no tenía la menor idea. Con el tiempo, no obstante, había llegado a estar muy satisfecha con su parte. ¿Y por qué no?

No estaba al tanto de los detalles. ¿Cómo se desviaba el dinero exactamente? ¿Cómo se mantenía al margen de los libros de cuentas, de la seguridad y la vigilancia? ¿Quién manipulaba las cuentas para ocultar el desfaldo? ¿Quién, en lo más profundo del casino, cogía el botín y se lo guardaba a Vonn? ¿Adónde iba a recogerlo? ¿Cuántas personas que trabajaban allí recibían sobornos? Ella no tenía ni idea de todo eso. Ni tampoco sabía lo que él hacía con su parte del dinero en metálico una vez lo

sacaba del casino. Nunca habían hablado de esas cosas.

No sabía nada sobre su banda, ni tampoco quería llegar a conocerlo. Solo trataba con Vonn Dubose y, de vez en cuando, con Hank, su fiel ayudante. Vonn la había localizado dieciocho años antes, cuando solo era una abogada aburrida en una ciudad pequeña que luchaba por ganarse la vida decentemente y seguía maquinando la venganza contra su exmarido. Él tenía un plan impresionante para construir una urbanización inmensa financiada por un casino en territorio indio, pero un viejo juez se interponía en su camino. Si se libraba de él, y quizá de uno o dos obstruccionistas, Vonn tendría carta blanca para poner en marcha las excavadoras. Se ofreció a financiar su campaña y hacer todo lo que fuera necesario para que saliese elegida.

Vonn tenía unos setenta años, pero podía pasar por un hombre de sesenta. Con su bronceado perpetuo y las camisas de golf de colores podría haber pasado por un jubilado rico normal y corriente que se daba la gran vida al sol de Florida. Había pasado por dos divorcios y llevaba años soltero. Después de que Claudia llegara a juez, él se le insinuó, pero ella no mostró interés. Era unos quince años mayor, una diferencia que en realidad no era tan grande, pero sencillamente no saltaron chispas. En aquella época, a los treinta y nueve años, ella estaba empezando a aceptar la realidad de que prefería las mujeres a los hombres. Y lo encontraba aburrido, para ser sinceros. Era inculto, no le interesaba nada aparte de la pesca, el golf y construir el siguiente centro comercial o campo de golf, y su lado oscuro seguía asustándola.

Con los años, conforme iban corriendo los rumores, salían a la luz más detalles y los tribunales de apelación planteaban algunas cuestiones, Claudia había empezado a dudar que Junior Mace hubiera matado a su esposa y a Son Razko. Antes del juicio y durante su celebración, había estado convencida de



su culpabilidad y querido pronunciar el fallo más adecuado para los votantes que la acababan de elegir. Pero con el tiempo y la experiencia, había empezado a albergar serias dudas sobre su culpabilidad. Como juez, sin embargo, su trabajo había terminado tiempo atrás y no había mucho que pudiera hacer para enmendar un error. Además, ¿por qué iba a hacerlo? Son y Junior ya no estaban por allí. El casino se había construido. La vida le iba bien.

Pero la realidad era que, si Junior no lo había hecho, entonces un miembro de la banda de Vonn les había metido un par de balazos en la cabeza a Son Razko y Eileen Mace, y alguien había organizado la desaparición de los dos presos soplones que habían permitido trincar a Junior. Aunque Claudia mantenía una fachada de mujer feroz capaz de estrujarle los huevos a cualquiera, la aterrizaraban Dubose y sus chicos. La única vez que habían llegado a discutir a gritos, unos diez años antes, la juez lo había convencido de que todo saldría a la luz pública si a ella llegaba a ocurrirle algo.

Con el paso de los años habían desarrollado una relación civilizada de desconfianza mutua en la que cada cual desempeñaba un papel bien definido. Ella tenía la autoridad para cerrar el casino con un mandamiento judicial por cualquier motivo sin perfilarlo apenas y había demostrado que no temía hacerlo. Él estaba a cargo del trabajo sucio y de mantener a raya a los tappacola. Habían prosperado juntos, enriqueciéndose mes a mes. Eran asombrosas la cordialidad que se creaba y la cantidad de sospechas que se dejaban de lado gracias a carretadas de pasta.

Sentados en el fresco ambiente del interior del apartamento, tomaban sus bebidas y contemplaban la calle vacía del campo de golf, regodeándose con sus tramas y su increíble riqueza.

—¿Qué tal va lo de North Dunes? —preguntó ella.

—Ya está en marcha —respondió Vonn—. La junta de zonificación se

reúne la semana que viene y esperamos que le dé luz verde. Deberíamos estar sacando tierra en dos meses.

North Dunes era la nueva adquisición de su imperio del golf, con treinta y seis hoyos, lagos y estanques, elegantes apartamentos y mansiones aún más distinguidas, todos dispuestos en torno a un artificioso centro de negocios con plaza y anfiteatro, a poco más de un kilómetro de la playa.

—¿Los supervisores están conformes? —indagó ella. Era una pregunta estúpida. El dinero que Dubose le llevaba no era el único soborno que repartía por el condado.

—Cuatro a uno —dijo—. Poley se opone, claro.

—¿Por qué no te libras de él?

—No, no, es necesario. No nos conviene que parezca demasiado fácil. Cuatro a uno nos va de maravilla.

En su parte del país los sobornos no eran realmente necesarios. Se cogía cualquier clase de crecimiento urbanístico, de las comunidades de lujo protegidas con máxima seguridad a los centros comerciales de baratillo, se apañaba un elegante folleto lleno de verdades a medias, se calificaba como «desarrollo económico» con la promesa de empleos e ingresos tributarios, y los cargos electos iban directos a por sus sellos de aprobación. Si alguien mencionaba problemas medioambientales, el tráfico y las escuelas abarrotadas, se le tildaba de izquierdista o de ecologista radical o, mucho peor, de «norteño». Vonn había aprendido a dominar aquel juego hacía años.

—¿Y el AE? —preguntó ella. Se refería al apartamento extra.

—Claro, señorita. ¿En el campo de golf o en una torre de pisos?

—¿Qué altura tiene la torre?

—¿Qué altura te gustaría?

—Me gustaría ver el océano. ¿Es posible?

—Sin problema. En este momento está previsto un edificio de diez plantas

y desde la mitad hacia arriba dentro de poco se alcanzará a ver el golfo los días despejados.

—Eso me gusta. Vistas al océano. No el ático, pero que esté cerca.

La idea del apartamento extra la había perfeccionado un legendario promotor de Florida conocido por el apodo de Apartamento Conroy. Debido a la precipitación y la urgencia a la hora de levantar una torre de pisos a orillas del océano, se modificaron los planos por la vía rápida, se movieron paredes de aquí para allá, y el resultado fue un apartamento extra del que la junta de zonificación no sabía nada. Se le podía dar una decena de usos, ninguno de los cuales era exactamente legal. Vonn había aprendido este truco y su juez preferida había acumulado una cartera impresionante de apartamentos extras a lo largo de los años. Su hoja de balance también incluía tajadas de negocios legales: un centro comercial, un parque acuático, dos restaurantes, varios hotelitos y un montón de terrenos a la espera de que llegasen las excavadoras.

—¿Otra copa? —preguntó Claudia—. Tenemos que hablar de un par de cosas.

—Ya me sirvo yo. —Se levantó y fue a la encimera de la cocina donde Claudia guardaba el alcohol, que ella ni siquiera probaba. Se sirvió un trago, echó dos cubitos de hielo y volvió a su asiento—. Te escucho.

La juez respiró hondo porque aquello no iba a ser fácil.

—Wilson Vango.

—¿Qué pasa con él? —le espetó Dubose.

—Escucha. Ha cumplido catorce años de condena y está muy mal de salud. Tiene enfisema, hepatitis y problemas mentales. Ha sobrevivido a unas cuantas palizas y demás agresiones y, por lo visto, padece lesiones cerebrales.

—Bien.

—Podrá optar a la libertad condicional dentro de tres años. Ahora su mujer

se está muriendo de cáncer de ovarios, su familia está en la más absoluta miseria y demás. Es una situación horrible. Sea como sea, alguien se puso en contacto con el gobernador y este quiere conmutarle el resto de la sentencia a Vango, pero solo si yo doy el visto bueno.

Los ojos de Vonn lanzaron un destello candente, y dejó la copa en la mesa.

—Ese hijo de puta robó cuarenta mil dólares de una de mis empresas — dijo señalándola con un dedo iracundo—. Quiero que muera en la cárcel, a ser posible después de otra paliza. ¿Lo entiendes, Claudia?

—Venga, Vonn. Le impuse la mayor pena posible por ti. Ya ha cumplido una condena suficiente. El pobre tipo se está muriendo, igual que su mujer. Afloja un poco.

—Nunca, Claudia. Yo no aflojo nunca. Tiene suerte de estar en la cárcel y no con un agujero en la cabeza. Ni de coña, Claudia, Vango no va a salir.

—Vale, vale. Sírvete otra copa. Ponte cómodo y relájate.

—Estoy bien. ¿Qué más te ronda la cabeza?

Ella tomó un sorbo de té y dejó pasar unos instantes.

—Mira, Vonn, tengo cincuenta y seis años —dijo cuando el ambiente se hubo despejado un poco—. Llevo vistiendo la toga diecisiete años y me estoy hartando del trabajo. Es mi tercer mandato, y, si no se presenta ningún otro candidato el año que viene, tengo garantizados veinticuatro años al frente del tribunal. Ya está bien. Phyllis también tiene planeado jubilarse, y queremos viajar por todo el mundo. Estoy harta de Sterling, Florida, y ella está harta de Mobile. No tenemos hijos que nos retengan aquí, así que ¿por qué no nos vamos a otra parte? A gastarnos un poco de nuestro dinero indio. —Hizo una pausa y lo observó—. ¿Cuál es tu reacción?

—Me gustan las cosas tal como están, claro. Lo estupendo de ti, Claudia, es que fuiste muy fácil de corromper, y, una vez corrompida, te enamoraste perdidamente del dinero. Igual que yo. La diferencia es que yo nací en un

ambiente de corrupción, lo llevo en el ADN. Prefiero robar dinero a ganarlo. Tú, por el contrario, eras pura pero tu conversión al lado oscuro fue tan sencilla que me asombró.

—No era pura. Me movían el odio y un deseo ardiente de humillar a mi exmarido. Quería vengarme, y eso no tiene nada de puro.

—A lo que voy es que no estoy seguro de poder encontrar otro juez tan bien dispuesto a dejarse comprar.

—¿De verdad necesitas alguno a estas alturas? Si me voy, el botín del casino es todo tuyo, una pequeña red de seguridad que no está nada mal. Los políticos son de tu propiedad. Has arrasado con excavadoras la mitad del condado y tienes previsto seguir con el desarrollo urbanístico. Es evidente, al menos para mí, que te las arreglarás bien sin un juez en nómina. Yo estoy harta del trabajo, y, para ser honesta contigo, aunque la honestidad tiene poco que ver con lo que nos traemos entre manos, quiero ir por el buen camino una temporada.

—¿Te refieres al dinero o al sexo?

—Al dinero, gilipollas —respondió con una risa sofocada.

Vonn sonrió y tomó un sorbo de vodka mientras los engranajes de su cerebro empezaban a funcionar. La idea le producía un calmado entusiasmo para sus adentros. Una boca menos que alimentar, y una de tamaño considerable.

—Sobreviviremos —dijo.

—Claro que lo haréis. Todavía no he tomado la decisión, pero quería que supieras lo que estoy pensando. Estoy harta de mediar en divorcios y enviar a chavales a la cárcel para toda la vida. Y solo se lo he contado a Phyllis.

—A mí puede confiarme sus secretos más oscuros, señorita.

—Somos uña y carne.

—Tengo que irme. ¿El mes que viene a la misma hora?

—dijo Vonn después de levantarse.

—Sí.

Cuando salía, cogió una cartera de cuero vacía, idéntica a la que había traído, aunque algo más liviana.

El intermediario se llamaba Cooley y también había sido abogado, aunque su salida de la profesión había sido mucho menos espectacular que la de su colega Greg Myers. Cooley se las había ingeniado para eludir los titulares de los periódicos apresurándose a declararse culpable de los cargos que se habían presentado contra él en Georgia y renunciando a su licencia. No tenía planes de intentar recuperarla.

Se encontraron en un patio discreto en el hotel Pelican de South Beach y, mientras tomaban unas copas en la terracita, revisaron el papeleo más reciente.

Las primeras hojas resumían los viajes de Claudia McDover durante los últimos siete años, con fechas, lugares de destino, duración de la estancia y demás. A esa mujer le gustaba viajar y lo hacía con estilo, normalmente en un jet privado, aunque ninguno de los vuelos estaba reservado a su nombre. Phyllis Turban, su abogada, se ocupaba de los detalles y por lo general usaba una de las dos compañías aéreas que tenían su sede en Mobile. Al menos una vez al mes, Claudia iba en coche a Pensacola o Panama City, subía a bordo de un jet pequeño, en el que la esperaba Phyllis, y se iba a pasar el fin de semana a Nueva York o Nueva Orleans. No había indicios de lo que hacían en esos viajes, pero el topo tenía alguna que otra idea. Todos los veranos Claudia pasaba dos semanas en Singapur y se sospechaba que tenía allí una casa en propiedad. Para esos viajes más largos, viajaba en primera clase con American Airlines. Iba a Barbados por lo menos tres veces al año en jet privado. No estaba claro si Phyllis Turban la acompañaba en sus viajes a

Singapur y Barbados, pero el topo, usando móviles de prepago imposibles de rastrear, había llamado en numerosas ocasiones al bufete de Turban en Mobile y determinó que ella no estaba allí cuando McDover se encontraba en el extranjero. Y la abogada siempre volvía al trabajo a la vez que la juez.

En un memorando, el topo escribió: «El primer miércoles de cada mes, CM sale de la oficina un poco más temprano de lo habitual y va en coche a un apartamento en Rabbit Run. Durante cierto tiempo fue imposible determinar adónde iba pero, una vez que se consiguió colocar un dispositivo de seguimiento mediante GPS en la cara interna de su parachoques trasero, se conocieron cuáles eran sus movimientos exactos. La dirección del apartamento es el 1614D de Fairway Drive. Según los registros de la propiedad inmobiliaria del condado de Brunswick, el apartamento ha cambiado de manos dos veces y ahora es propiedad de una empresa domiciliada en Belice. Es fácil especular con que ella conduce hasta el apartamento, recibe una cantidad en metálico procedente del casino y luego toma un vuelo con parte del dinero o con todo. Siguiendo con las especulaciones, este dinero puede convertirse en oro, plata, diamantes y objetos de coleccionista. Se sabe que ciertos proveedores en Nueva York y Nueva Orleans los venden a cambio de efectivo, aunque con un recargo considerable. Los diamantes y las joyas resultan especialmente fáciles de sacar del país de manera clandestina. El dinero también puede enviarse de un día para otro por mensajería regular a cualquier lugar del mundo, sobre todo el Caribe».

—No me gustan tantas especulaciones —dijo Greg—. ¿Cuánto sabe en realidad?

—¿Bromeas? —respondió Cooley—. Fíjate en el resumen de los viajes. Movimientos precisos a lo largo de un período de siete años. Además, me parece que este tipo sabe mucho sobre el blanqueo de dinero.



—¿Tipo? ¿Es un hombre?

—No es nada. Ni hombre ni mujer, por lo que a ti respecta.

—Pero es mi cliente.

—Déjalo, Greg. Tenemos un acuerdo.

—Para saber tanto, tiene que estar en contacto diario con la juez. ¿Una secretaria, quizá?

—Él o ella me dijo una vez que McDover machaca a las secretarias, y las despide después de uno o dos años. Deja de hacer suposiciones, ¿de acuerdo? El topo vive aterrado. ¿Has presentado la denuncia?

—Sí. La están investigando ahora mismo y se la plantarán en los morros a nuestra amiga en su debido momento. Eso sí que va a ser para cagarse. ¿Te imaginas la que se montará cuando McDover se dé cuenta de que se ha acabado lo que se daba?

—No se dejará llevar por el pánico, es demasiado fría e inteligente para que suceda eso —dijo Cooley—. Llamará a sus abogados y estos se pondrán manos a la obra. Llamará a Dubose y él empezará a hacer de las suyas. ¿Y tú qué, Greg? Tu nombre figura en la denuncia. Eres tú quien hace las alegaciones.

—No será fácil rastrear mi nombre. Recuerda que no conozco a McDover ni a Vonn Dubose. No tienen ni la menor idea de quién soy. Hay por lo menos mil ochocientos Greg Myers en este condado y todos tienen dirección, número de teléfono, familia y empleo. Dubose no sabrá por dónde empezar a buscar. Además, si veo una sombra, puedo largarme de aquí con viento fresco en mi barquito y convertirme en una mota en el océano. No me encontrará nunca. ¿Por qué vive el topo tan aterrado? Su nombre nunca saldrá a la luz.

—Vaya, Greg. No lo sé. Tal vez no domina tanto el mundo de la violencia criminal organizada. Tal vez le preocupa que airear demasiados trapos sucios sobre McDover pueda volverse en su contra.

—Bueno, ahora ya es tarde para eso —dijo Greg—. La denuncia se ha presentado y las ruedas han empezado a moverse.

—¿Tienes pensado usar esto pronto? —preguntó Cooley agitando unos papeles.

—No lo sé. Necesito un poco de tiempo para pensar. Digamos que esto demuestra que a la juez le gusta viajar en jets privados con su pareja. Pues vaya cosa. Los abogados de McDover dirán que no hay nada de malo en ello siempre que Phyllis corra con sus gastos y, puesto que esta no tiene ningún caso pendiente en el tribunal de McDover, ¿qué perjuicio hay?

—Phyllis Turban tiene un pequeño bufete en Mobile y está especializada en redactar testamentos bien gordos. Apuesto a que tiene unos ingresos netos de ciento cincuenta mil al año como máximo. Los jets en los que vuelan cuestan tres mil dólares la hora y los usan unas ochenta horas al año de media. Calcúlalo tú mismo. Eso asciende a un cuarto de millón de pavos solo en vuelos chárter, y solo la parte que sabemos. Como juez de un tribunal de distrito, el sueldo anual de McDover es de ciento cuarenta y seis mil dólares. Las dos juntas no tendrían ni para pagar el combustible.

—Phyllis Turban no está siendo investigada. Igual deberían hacerlo, la verdad es que me da igual. Si vamos a sacar algo de dinero de este caso, tenemos que trincar a la juez en funciones.

—Entendido.

—¿Cada cuánto te reúnes con el topo? —preguntó Myers.

—No muy a menudo. Se muestra muy tímido o tímida hoy en día, y está muerto de miedo.

—Entonces ¿por qué está haciendo esto?

—Por odio a McDover. Y por dinero. Convencí a nuestro topo de que con esto se podría sacar mucha pasta. Solo espero que nadie acabe muerto.

Lacy vivía en un apartamento con dos dormitorios en un almacén reformado cerca del campus de la Universidad Estatal de Florida, a cinco minutos en coche de su despacho. El arquitecto que había renovado el edificio había hecho un trabajo fabuloso, y los veinte apartamentos se habían vendido muy rápido. Gracias a la cuantiosa póliza de seguro de vida que su padre tenía contratada, y a la generosidad de su madre, Lacy había podido pagar una entrada considerable por el apartamento. Sospechaba que sería el único obsequio agradable de sus progenitores. Su padre llevaba cinco años muerto y su madre, Ann Stoltz, parecía volverse más tacaña a medida que se hacía mayor. Tenía casi setenta años y no estaba envejeciendo tan bien como a Lacy le habría gustado. Ann ya no se alejaba más de ocho kilómetros de su casa en coche, de manera que sus visitas se habían vuelto menos frecuentes.

La única compañía de Lacy era Frankie, su bulldog francés. Desde que se había marchado de casa para ir a la universidad a los dieciocho años, no había convivido jamás con ningún hombre. De hecho, nunca se había sentido muy tentada. Una década antes, su único amor verdadero había empezado a insinuar algo sobre la cohabitación pero, como no tardó en averiguar Lacy, él ya estaba tramando huir con una mujer casada. Cosa que hizo finalmente, de una manera escandalosa. La verdad era que, a los treinta y seis años, Lacy se alegraba de vivir sola, de dormir en el centro de la cama, de limpiar solo lo que ella ensuciaba, de ganar y gastar su propio dinero, de ir y venir cuando le apetecía, de dedicarse a su carrera sin preocuparse de la de él, de planear sus veladas sin la opinión de nadie más, de cocinar o no cocinar, y de tener el mando a distancia para ella solita. En torno a un tercio de sus amigas eran jóvenes divorciadas, todas con cicatrices y heridas y sin la menor intención de liarse en serio con otro hombre, al menos por el momento. Otro tercio de ellas seguían atrapadas en matrimonios insoportables sin muchas esperanzas

de salida. Y el resto de sus amigas estaban satisfechas con sus relaciones y o bien seguían con su carrera o bien tenían hijos.

No le gustaban los cálculos. Ni tampoco la manera en que la sociedad daba por sentado que ella era infeliz porque no había encontrado al tipo indicado. ¿Por qué iba a determinar su vida cuándo y con quién se iba a casar? Detestaba que la gente diera por supuesto que ella se sentía sola. Si nunca había convivido con un hombre, ¿cómo podía echar aquello de menos? Y estaba más que harta de las preguntas indiscretas por parte de su familia, sobre todo de su madre y la hermana de esta, la tía Trudy, ninguna de las cuales parecía capaz de tener una conversación prolongada con ella sin acabar preguntándole si estaba saliendo con alguien «en serio».

«¿Quién ha dicho que esté buscando a alguien en serio?» era su respuesta estándar. Odiaba reconocerlo, pero la mayoría de las veces prefería evitar ver a su madre y a Trudy solo por esas conversaciones. Dado que era feliz y soltera y que no estaba buscando al Hombre Ideal la veían como una inadapta, alguien digno de compasión porque iba sola por la vida. Su madre era una viuda que estaba perpetuamente de duelo y Trudy tenía un marido horrendo, pero, aun así, consideraban que de algún modo sus vidas eran mejores.

Bueno, una parte de la soltería consistía en lidiar con las ideas erróneas de los demás.

Se preparó otro té verde, sin cafeína, y se planteó ver una película antigua. Pero casi eran las diez de una noche entre semana y necesitaba dormir. Sadelle le había enviado por email dos de sus informes más recientes, y Lacy decidió echarle un vistazo a uno antes de ponerse el pijama. A estas alturas hacía años que era consciente de que los memorandos de Sadelle eran más efectivos que los somníferos.

El informe más delgado se titulaba: «Los indios tappacola: hechos, cifras,

cotilleos». Y decía lo siguiente:

Población: No sé con seguridad el número exacto de nativos americanos tappacola (por cierto, la expresión «nativo americano» es una creación políticamente correcta de blancos que no tienen ni idea y se sienten mejor usándola, pero en realidad los nativos americanos se denominan a sí mismos «indios» y se ríen de quienes no los llamamos así, pero me estoy yendo por las ramas). Según el Comité de Asuntos Indios, en 2010 la población era de 441 personas, un incremento con respecto a los 402 de 2000. Pero la prosperidad cosechada gracias al casino ha ejercido nuevas presiones sobre la población, porque, por primera vez en la historia, parece que hay demasiada gente que está desesperada por ser tappacola. Eso se debe a un plan de distribución de la riqueza normalmente conocido como «dividendos». Según las declaraciones de Junior Mace, todos los tappacola reciben a partir de los dieciocho años un cheque de cinco mil dólares al mes. No hay manera de verificarlo porque, como ocurre con todo lo demás, la tribu no responde ante nadie. Cuando una mujer se casa, su dividendo mensual queda misteriosamente reducido a la mitad.

Los dividendos varían mucho de unas tribus a otras, y de unos estados a otros. Hace años una tribu de Minnesota salió a la palestra porque su casino, que tenía unos ingresos de casi mil millones al año, era propiedad de solo 85 miembros. El dividendo anual de cada uno de ellos superaba el millón de dólares. Hasta donde se sabe, sigue siendo el récord.

Hay 562 tribus reconocidas en Estados Unidos, pero solo unas doscientas tienen casinos. Hay aproximadamente ciento cincuenta tribus más que aspiran a ser reconocidas, pero los federales han empezado a

mostrarse recelosos con ellas. Las nuevas tribus tienen que librar una dura batalla para alcanzar el reconocimiento. Muchos críticos aseguran que su repentino orgullo tribal viene motivado solo por las ganas que tienen de entrar en el negocio de los casinos. A la mayoría de los indios no les corresponde ninguna parte de estos beneficios y muchos siguen viviendo en la pobreza.

Sea como sea, al igual que la mayor parte de las tribus, los tappacola se habían visto desbordados por gente que asegura estar emparentada con ellos. Eso lo ha provocado el sueño de los dividendos. La tribu tiene un comité que investiga y determina parentescos por consanguinidad. Si el solicitante tiene menos de una octava parte de sangre tappacola, queda descalificado, lo que ha dado pie a muchos enfrentamientos.

Parece ser que estas disputas no son raras en la tribu. Según un artículo del *Pensacola News Journal* de hace siete años, la tribu celebra elecciones cada cuatro años para elegir a un jefe y a un consejo nuevos, que está formado por diez miembros. Evidentemente, el jefe tiene un poder considerable sobre todos los asuntos tribales, en especial acerca del casino. Debe de ser un puesto importante, porque el sueldo, por entonces, era de trescientos cincuenta mil dólares al año. Además, el jefe tiene libertad de decisión con respecto al empleo y a menudo sobrecarga la administración con sus familiares, todos ellos con sueldos bien altos. Por lo tanto, suele haber disputas bastante agrias en las elecciones, y abundan las acusaciones de manipulación de urnas e intimidación (han debido de aprenderlo de nosotros, los no nativos). Es una situación de esas en las que el ganador se lo lleva todo.

El jefe actual es Elias Cappel (por cierto, muy pocos indios usan en la actualidad los llamativos nombres de antaño; en algún momento de la historia la mayoría de ellos adoptaron nombres occidentales). El jefe

Cappel fue elegido en 2005 y reelegido cómodamente cuatro años después. Su hijo, Billy, es miembro del consejo.

La tribu ha usado el dinero con sabiduría: ha construido escuelas a la vanguardia, un centro médico gratuito que parece más una clínica que un hospital, instalaciones recreativas, guarderías, carreteras y la mayoría de las ventajas que ofrece un buen gobierno. Si alguien que acaba el instituto quiere ir a la universidad, hay un fondo que cubre la matrícula a un centro de estudios estatal, junto con el alojamiento y la comida. La tribu también invierte dinero a raudales en la prevención y el tratamiento del alcoholismo y la drogadicción.

En tanto que nación soberana, los tappacola dictan y aplican sus propias leyes, sin tener en mucha consideración interferencias ajenas. La tribu tiene un alguacil que actúa más o menos como un sheriff del condado, y todo un cuerpo de agentes, según parece bien preparados y equipados. Cuentan con una unidad antidroga muy reforzada. (Pese a lo herméticos que son, al parecer el jefe y algunos miembros del consejo no tienen reparos en divulgar datos que tienden a favorecerlos, y la firmeza en la aplicación de la ley es uno de sus temas preferidos.) Cuentan con un tribunal tribal que consta de tres jueces para ocuparse de las disputas y los delitos. El jefe designa a los jueces, a los que luego aprueba el consejo. Naturalmente, hay una cárcel y un centro penitenciario para delincuentes con condenas largas.

Los tappacola son eficaces a la hora de contener sus disputas y controversias. Durante años el *Pensacola News Journal* y, en menor medida, el *Tallahassee Democrat* han estado hurgando en busca de trapos sucios; en realidad, intentaban averiguar cuánto dinero sacaba la tribu y qué facción llevaba ventaja. Ninguno de los dos periódicos ha averiguado gran cosa. Evidentemente, los tappacola son una pandilla de

lo más discreta.

Aunque era en cierta medida interesante, el memorando había obrado su magia y Lacy empezó a bostezar. Se puso el pijama y llevó a cabo sus rituales de cada noche en el cuarto de baño, con la puerta abierta, agradecida una vez más de estar sola, sin que nadie la molestara. Estaba casi dormida cuando, justo antes de las once, sonó el teléfono. Era Hugo, que parecía más cansado que nunca.

—No puede ser para nada bueno —comentó ella.

—No. Oye, esta noche necesitamos ayuda. Verna está que se cae de sueño. Yo no me encuentro mucho mejor. Pippin está como una moto y la casa entera se encuentra en estado de máxima tensión. Necesitamos dormir un poco. Verna no quiere que venga mi madre y yo no quiero que venga la suya. ¿Por qué no nos haces un gran favor?

—Claro. Voy para allá.

Era la tercera vez desde la llegada de la recién nacida que llamaban a Lacy para el turno de noche. Se había ocupado de los cuatro niños en varias ocasiones para que Hugo y Verna disfrutaran de una cena tranquila, pero solo había dormido allí un par de veces. Se vistió enseguida con vaqueros y una camiseta, y dejó a Frankie en la puerta, a todas luces confuso. Condujo deprisa por las calles vacías hasta los Meadows y llegó al domicilio de los Hatch veinte minutos después de la llamada. Verna salió a recibirla a la puerta, junto con Pippin, que de momento estaba callada.

—Tiene que ser un cólico —susurró—. La hemos llevado al médico tres veces esta semana. Sencillamente no consigue dormir.

—¿Dónde están los biberones? —preguntó Lacy, que se apresuró a coger a la niña de los brazos de su madre.

—En la mesita de centro. La casa está manga por hombro. Lo siento



mucho. —Le temblaron los labios y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Venga, Verna, soy yo. Vete a la cama y duerme un poco. Lo verás todo mejor por la mañana.

—Gracias —dijo Verna tras darle un besito en la mejilla.

Luego desapareció hacia el pasillo. Lacy oyó que se cerraba una puerta con sigilo. Achuchó un poco a Pippin y empezó a caminar de aquí para allá por la sala desordenada, tarareando con suavidad a la vez que le daba palmaditas en el trasero. Todo estaba en silencio, pero la calma no duró. Cuando la criatura volvió a estallar, Lacy le metió un biberón en la boca y se sentó en una mecedora, haciéndole gorgoritos hasta que por fin se adormiló. Media hora después, con la bebé profundamente dormida, Lacy la dejó en una cuna portátil de balancín y le dio al interruptor para que sonara una tranquila nana. Pippin frunció el ceño y se movió un poco, y por un momento pareció lista para emprenderla otra vez a gritos, pero se relajó y siguió durmiendo.

Un rato después, Lacy dejó a la bebé y entró de puntillas en la cocina, donde encendió la luz del techo y se quedó atónita al ver el caos. El fregadero estaba lleno de platos sucios. Las encimeras estaban cubiertas de cazuelas y comida que más valía guardar. Encima de la mesa había fiambreras vacías, mochilas y hasta ropa limpia sin doblar. A la cocina le hacía falta un buen fregado pero, para hacerlo como era debido, habría tenido que hacer demasiado ruido. Decidió esperar a que amaneciera, cuando la familia estuviese ya despierta. Apagó la luz de la cocina y, en uno de esos deliciosos momentos que no podía compartir con nadie, sonrió y dio las gracias por la suerte que tenía de estar soltera y tan maravillosamente libre de cargas.

Se acurrucó en el sofá cerca de la bebé y al final se quedó dormida. Pippin despertó hambrienta y furiosa a las tres y cuarto de la madrugada, pero le metió con firmeza la tetina del biberón en la boca y aquello surtió efecto. Lacy le cambió el pañal, la arrulló y la engatusó para que volviera a dormirse,

y así estuvo hasta casi las seis.

## 8

Wilton Mace vivía en un dúplex de ladrillo visto junto a una carretera de grava a tres kilómetros del casino. Por teléfono se había mostrado reacio a hablar y dijo que tendría que consultarlo con su hermano. Le devolvió la llamada a Hugo al día siguiente y accedió a verlos. Les esperaba sentado en una silla del patio bajo un árbol cerca del garaje, espantando moscas y bebiendo té con hielo. El día estaba nublado y no era tan caluroso. Les ofreció a Lacy y a Hugo té endulzado, que rehusaron. Señaló otras dos sillas plegables y ellos tomaron asiento. Un bebé en pañales estaba jugando en una piscina infantil de plástico en el patio trasero, bajo la atenta mirada de su abuela.

Wilton era tres años menor que Junior y casi habría podido pasar por su gemelo idéntico. La piel oscura, los ojos incluso más oscuros, el pelo largo y entrecano, casi hasta los hombros. Hablaba con la voz grave y, al igual que Junior, parecía sopesar hasta la última sílaba que pronunciaba.

—¿Es su nieto? —preguntó Lacy para romper el hielo, porque Wilton no mostraba el menor interés en hacerlo.

—Nieta, la primera. Esa es mi mujer, Nell.

—Visitamos a Junior la semana pasada en Starke —dijo Hugo.

—Gracias por ir a verlo. Yo hago el trayecto dos veces al mes y sé que no es la mejor manera de pasar el día. Junior ha sido olvidado por su pueblo, y eso es duro para un hombre, sobre todo para alguien tan orgulloso como él.

—Nos contó que la mayoría de los tappacola creen que mató a su mujer y a Son Razko —señaló Lacy.

—Es verdad —dijo después de asentir durante un buen rato—. Es una buena historia, fácil de repetir y de creer. Los pilló en la cama y les disparó.

—¿Cabe suponer que ha hablado con él después de que fuéramos a verlo? —preguntó Hugo.

—Le llamé ayer. Puede hablar veinte minutos diarios por teléfono. Me contó lo que están haciendo.

—Dijo que usted intentó conseguir un empleo en el casino, pero no lo logró. ¿Puede explicárnoslo? —le pidió Lacy.

—Es sencillo. La tribu está dividida por la mitad con ambos bandos atrincherados en sus posiciones. La cosa se remonta a la votación sobre el juego. Quienes ganaron construyeron el casino y su jefe lo dirige todo, incluidas las contrataciones y los despidos. Yo estaba en el bando equivocado, así que no me dieron ningún empleo. Hacen falta dos mil personas para llevar el casino y casi todas son gente de fuera. Los tappacola que quieren trabajar allí deben pertenecer a la opción política adecuada para conseguir el puesto.

—Así que los sentimientos siguen a flor de piel, ¿no?

—observó Hugo.

—Para el caso, es como si fuéramos dos tribus, y además enemigas mortales —respondió Wilton, tras soltar un gruñido—. No se ha hecho ningún esfuerzo por alcanzar la reconciliación. En realidad, nadie la desea.

—Junior asegura que Son y él se equivocaron al enfrentarse al casino, porque ha sido positivo para la tribu —dijo Lacy—. ¿Está usted de acuerdo?

Otra larga pausa mientras ordenaba los pensamientos. Su nieta empezó a llorar y la llevaron adentro de la casa.

—Siempre es difícil reconocer que uno se equivoca, pero supongo que así fue —contestó finalmente después de tomar un sorbo de té—. El casino nos ha sacado de la pobreza y nos ha dado cosas buenas, y eso es un punto

positivo, uno importante. Nuestra salud es mejor, somos más felices y estamos más seguros. Hay cierta satisfacción en ver cómo los forasteros vienen en manada y nos dan dinero a puñados. Tenemos la sensación de que al final se nos está devolviendo algo; quizá es como una pequeña venganza. Pero a algunos nos preocupa vivir una vida que se basa hasta tal punto en la redistribución de dinero fácil. La ociosidad acaba dando pie a problemas. Vemos que hay más alcohol. Nuestros hijos consumen más drogas.

—Si la vida es más próspera, ¿cómo es que no hay más niños? —preguntó Hugo.

—Por estupidez. El consejo está dominado por unos idiotas que dictan malas normas. Cuando una mujer cumple dieciocho años, tiene derecho al cheque mensual, que ya lleva años siendo de cinco mil dólares. Pero si se casa, entonces se reduce a la mitad. Yo recibo cinco mil; mi mujer, dos mil quinientos. Así pues, cada vez hay más mujeres jóvenes que ven el matrimonio con malos ojos. Los hombres beben y causan problemas, así que ¿para qué molestarse en tener marido cuando una mujer recibe más dinero si sigue sola? También existe la teoría de que la reducción de la población supone que quienes sobreviven se llevan más dinero. Otro mal plan. Para tener una sociedad sana, hay que invertir en los niños.

—Deberíamos hablar de McDover —dijo Lacy mirando a Hugo.

—No sé mucho sobre la juez —replicó Wilton—. Asistí al juicio y me pareció que era demasiado joven e inexperta. No hizo nada para proteger los derechos de mi hermano. Ha recibido ataques durante las apelaciones, pero sus sentencias se han confirmado, a menudo por un margen mínimo.

—¿Ha leído las apelaciones? —preguntó Hugo.

—Lo he leído todo, señor Hatch. Muchas veces. Mi hermano se enfrenta a la pena de muerte por unos crímenes que no cometió. Lo menos que puedo hacer es trabajarme los detalles y apoyarlo. Y, por supuesto, tengo tiempo de

sobra.

—¿Tenía Son Razko una aventura con la mujer de Junior? —indagó Hugo.

—Es muy improbable, aunque, como ya sabrán, cuando se trata de esa clase de asuntos, puede suceder cualquier cosa. Son era un hombre con principios y moralidad, felizmente casado. Nunca he creído que tuviera un lío con mi cuñada.

—Entonces ¿quién los mató?

—No lo sé. No mucho después de que el casino abriera, empezamos a recibir nuestra parte del pastel, aunque en cantidades más pequeñas. Por entonces yo era camionero, no sindicado, claro, y con mi sueldo y lo que mi mujer ganaba como cocinera, además de nuestros cheques por los dividendos, logramos ahorrar veinticinco mil dólares. Le di el dinero a un detective privado de Pensacola. Se suponía que era uno de los mejores. Investigó durante casi un año y no encontró nada. A mi hermano le tocó un abogado horrible en el juicio, un chaval que no tenía ni idea de por dónde iba el tribunal, pero ha tenido buenos abogados en las apelaciones. Estos también han estado investigando durante muchos años, pero no han encontrado nada. No puedo darle el nombre de un probable sospechoso, señor Hatch. Ojalá pudiera. A mi hermano le tendieron una trampa por medio de un montaje perfecto, y parece ser que el estado de Florida acabará por ejecutarlo.

—¿Conoce a un hombre llamado Vonn Dubose? —preguntó Lacy.

—He oído alguna vez ese nombre, pero no lo conozco.

—¿Qué reputación tiene?

Wilton hizo tintinear los cubitos de hielo del vaso y de pronto pareció cansado. Lacy sintió pena por él e intentó imaginarse la carga de tener un hermano en el corredor de la muerte, sobre todo alguien a quien se le creía inocente.

—Hace tiempo corría por aquí la leyenda de que un delincuente de primera

línea planeó todo esto —dijo al fin—: el casino, las urbanizaciones en torno al mismo, el rápido crecimiento urbanístico desde aquí hasta la costa. La leyenda se extendía a los asesinatos de Son y Eileen. Pero ahora todo eso se ha desvanecido, se lo llevó la marea de la diversión y el juego, el dinero en metálico y las tragaperras, los toboganes de agua y las *happy hours*, por no hablar del Estado del bienestar. Ahora ya no tiene importancia, porque la vida va bien. Si de verdad existe ese hombre, y está metido en todo este lío, no le importa a nadie, ni tampoco se le quiere causar ningún problema. Si entrara por la puerta principal del casino y dijera la verdad, lo adorarían como si fuera un héroe. Él consiguió que todo se hiciera realidad.

—¿Qué cree usted?

—Lo que yo piense no tiene importancia, señor Hatch.

—Vale, no tiene importancia pero, aun así, me pica la curiosidad.

—De acuerdo. Sí, el crimen organizado tuvo algo que ver con la construcción del casino y esos tipos, sin nombre ni cara, siguen llevándose una tajada del dinero. Usan armas y han intimidado a fondo al jefe y sus compinches.

—¿Qué posibilidades tenemos de encontrar a alguien que trabaje en el casino y esté dispuesto a hablar con nosotros? —preguntó Lacy.

Se echó a reír abiertamente y, transcurrido el momento de hilaridad, masculló:

—Aún no lo entienden. —Volvió a hacer tintinear el hielo y pareció fijar la mirada en algo al otro lado de la carretera. Lacy y Hugo se miraron y esperaron. Después de un largo silencio, continuó—: Como tribu, como pueblo, como raza, no confiamos en los forasteros. No hablamos. Estoy aquí sentado, conversando con ustedes, claro, pero sobre temas generales. No le contamos secretos a nadie bajo ninguna circunstancia. No lo llevamos en la sangre. Detesto a los miembros de mi tribu que están en el otro bando, pero

nunca les contaría nada a ustedes sobre ellos.

—Tal vez un empleado descontento, alguien que no sea tan discreto como usted —dijo Lacy—. Con tantas diferencias y desconfianzas, tiene que haber más de uno disgustado con el jefe y sus compinches.

—Hay gente que aborrece al jefe, pero tengan en cuenta que obtuvo el setenta por ciento de los votos en las últimas elecciones. Su círculo íntimo está muy unido. Todos están metidos en el ajo y son felices. Sería prácticamente imposible encontrar a un soplón que esté dentro. —Hizo una pausa y guardó un largo silencio, que tuvieron que sobrellevar, pero que a él no pareció molestarle lo más mínimo. Al final, dijo—: Y les aconsejaría que se mantuvieran al margen. Si la juez McDover está conchabada con los maleantes, entonces está bien protegida por tipos a los que les va la violencia y la intimidación. Esto es territorio indio, señora Stoltz, y todas las normas que rigen una sociedad pacífica, todo aquello en lo que usted cree simplemente no es aplicable aquí. Nosotros nos gobernamos solos. Dictamos las leyes nosotros mismos. Ni el estado de Florida ni el gobierno federal tienen mucho que opinar sobre lo que hacemos, en especial cuando se trata de dirigir el casino.

Lo dejaron una hora después, sin averiguar nada que pudiera serles útil, aparte de la advertencia, y volvieron al peaje tappacola de la concurrida carretera de cuatro carriles que había construido el condado para sacar unos cuantos pavos. Cerca de la entrada a la reserva, se detuvieron ante una cabina y abonaron cinco pavos por el privilegio de seguir su camino.

—Supongo que este es el lugar en el que la juez McDover decidió detener el tráfico con su mandamiento judicial —dijo Hugo.

—¿Has leído algo sobre ese caso concreto? —preguntó Lacy mientras



arrancaba.

—Leí el informe de Sadelle. La juez alegó que el tráfico era un peligro público y bloqueó la carretera con agentes durante seis días. En 2001, hace diez años.

—¿Te imaginas la conversación entre ella y Vonn Dubose?

—Tuvo suerte de que no le pegaran un tiro.

—No, es demasiado lista para eso. Igual que Dubose. Se las arreglaron para buscar puntos en común y el mandamiento judicial se anuló.

Inmediatamente después del peaje, les salieron al encuentro unos carteles de colores llamativos anunciando que habían entrado en territorio tappacola. Otros indicadores señalaban el camino hacia Rabbit Run y, a lo lejos, había hileras de apartamentos y casas bordeando las calles de un campo de golf. El límite de la propiedad era contiguo a la reserva india y, como Greg Myers había dicho, se tardaban cinco minutos a pie del campo de golf al casino. Sobre el mapa, la propiedad de los tappacola tenía más meandros y salientes que un distrito del congreso compartimentado y troceado a fin de favorecer a un partido. Dubose y compañía habían engullido la mayor parte de las propiedades circundantes. Y alguien, probablemente el propio Dubose, había decidido que el casino se ubicara tan cerca de sus tierras como fuera posible. Era brillante.

Tomaron una curva abierta y el inmenso casino apareció ante ellos, con la enorme entrada en el centro bañada en neón y reflectores giratorios. Estaba anclado a ambos lados por unos altísimos hoteles idénticos. Estacionaron en un aparcamiento abarrotado y se subieron a una lanzadera que les llevó hasta la entrada, donde se separaron y deambularon por las salas de juego durante una hora. Se reunieron a las cuatro de la tarde para tomar un café en el bar con vistas a las mesas de dados y blackjack y observaron a los jugadores. Junto con el hilo musical, el constante tintineo de las máquinas tragaperras

derramando monedas sobre los ganadores, el fragor de las voces en las mesas de dados donde había partidas animadas y el barullo de la gente que había bebido demasiado, era evidente que mucho dinero estaba cambiando de manos.

El director de la Comisión de Juego de Florida era Eddie Naylor, exsenador estatal que había renunciado gustosamente a su puesto a cambio del abultado sueldo que le ofreció el nuevo organismo cuando los casinos llegaron a principios de la década de los noventa y el estado se sintió en la obligación de intentar regular el juego. Su despacho estaba a tres manzanas del de Lacy y había sido sencillo concertar la cita. En el extremo opuesto de la cutrez de la sede de la Comisión de Conducta Judicial, estas oficinas estaban en un edificio moderno con mobiliario elegante, y personal que entraba y salía con aire animoso; por lo visto, para ellos no había habido restricciones presupuestarias. Florida nadaba alegremente en el negocio del juego y sus flexibles políticas tributarias funcionaban a las mil maravillas.

Con solo echar una mirada a Lacy, Naylor decidió dejar su enorme mesa y mantener la charla en torno a la mesita de café. Al menos un par de veces antes de que llegara el café, ella le pilló mirándole de reojo las piernas, que quedaban a la vista gracias a una falda casi demasiado corta.

—Como sabe, la CCJ investiga denuncias contra los jueces no federales del estado —dijo Lacy tras algunos preliminares—. Hay muchas, y nos tienen ocupados. Nuestras investigaciones son confidenciales, así que le ruego que coopere.

—Desde luego —respondió Naylor.

Desde los ojos furtivos hasta la sonrisa babosa, pasando por un traje que le sentaba mal y la camisa formal con los ojales tirantes, no había nada en aquel tipo que inspirase confianza. Probablemente disfrutaba de una generosa

cuenta de gastos, pensó Lacy. Podría pasar sin problemas por otro lobista trabajándose las calles de Tallahassee.

A fin de impresionarla, le ofreció un vacío e interminable resumen de las funciones de «su comisión». A saber: todo el juego y las apuestas del estado habían quedado bajo la supervisión de un organismo, y él estaba al cargo. Carreras de caballos y de galgos, lotería, tragaperras, casinos, cruceros, incluso la pelota vasca estaban ahora bajo su jurisdicción. Parecía una tarea descomunal, pero Eddie Naylor estaba a la altura.

—¿Qué grado de supervisión tienen en la Comisión sobre los casinos indios? —preguntó Lacy.

—Todos los casinos de Florida están en manos de los indios: los seminolas son de largo la tribu más grande y la que tiene mayor volumen de negocio. A decir verdad, no obstante, y para ser del todo sincero, en lo que respecta a los casinos indios tenemos muy poca autoridad de supervisión y control. Una tribu con reconocimiento federal es una nación por sí misma y dicta sus propias leyes. En Florida hemos establecido acuerdos con todos aquellos dedicados a la explotación de casinos, lo que nos permite recaudar un pequeño impuesto sobre sus beneficios. Muy pequeño, pero va sumando. Ahora hay nueve casinos y a todos les va bastante bien.

—¿Pueden entrar en un casino e inspeccionar su funcionamiento?

—No, y tampoco podemos revisar su contabilidad —reconoció mientras negaba con la cabeza con gravedad—. Todos los casinos publican un informe trimestral en el que figuran sus ingresos brutos y sus beneficios netos, y recaudamos nuestros impuestos a partir de ahí. Pero, a decir verdad, tenemos que aceptar su palabra.

—Así pues, ¿uno de esos casinos puede presentar el informe que quiera?

—En efecto, así están las leyes ahora mismo, y no es probable que cambien.

—¿Y un casino no paga impuestos federales de ninguna clase?

—Eso es. Por medio de acuerdos los persuadimos para que paguen un poquito al estado. Lo hacemos construyendo una carretera aquí o allá, y ofreciendo algún que otro servicio, como urgencias médicas y apoyo educativo. De vez en cuando, piden ayuda estatal para tal o cual cosa. Pero, sinceramente, es algo por completo voluntario. Si una tribu se opone a cualquier forma de tributación, no podemos hacer nada. Por suerte, ninguna ha adoptado esa postura.

—¿Cuánto pagan?

—La mitad del uno por ciento neto. El año pasado eso ascendió a cuarenta millones. Costea el grueso de la Comisión y el resto va al fondo de Florida para las épocas de vacas flacas. ¿Puedo preguntarles adónde quieren llegar con esto?

—Claro. Se ha presentado una denuncia formal en la que se alegan conductas dolosas por parte de una juez de tribunal de distrito. Implica también a un promotor inmobiliario que, por lo visto, está conchabado con una tribu y su casino, y la juez se lleva parte de los beneficios.

Naylor dejó el café en la mesa y negó con la cabeza.

—Con toda franqueza, señora Stoltz, no me sorprende mucho. Si un casino quiere manipular sus cuentas y desviar un poco de metálico de tapadillo, o bajo mano, en realidad da lo mismo, no hay apenas nada que le impida hacerlo. Es una tormenta perfecta en lo que se refiere a la corrupción. Se empieza con gente que no es muy sofisticada y de pronto están amasando más ingresos de lo imaginable. Atraen a toda clase de delincuentes y estafadores que quieren echar una mano. Si a eso se añade que la mayor parte del negocio se hace en efectivo y es totalmente imposible de rastrear, la combinación resultante es explosiva. Aquí, en la Comisión, nos sentimos frustrados a menudo por no tener autoridad de supervisión.

—Así que hay casos de corrupción, ¿no?

—Yo no he dicho que los haya. He dicho que existe el potencial para que se produzcan.

—Pero ¿no vigila nadie?

Naylor volvió a cruzar sus gruesas piernas y se lo pensó.

—Bueno, el FBI tiene autoridad para investigar delitos en territorio indio, cualquier clase de conducta dolosa. Supongo que eso resulta bastante intimidatorio. Y, como decía, esta gente no es muy sofisticada, así que la idea de que los federales vengán a meter las narices los mantiene bastante a raya. Debo añadir que la mayoría de nuestros casinos tienen contratos con empresas respetadas que saben cómo dirigir un establecimiento así.

—¿Podría entrar el FBI en el casino con órdenes de registro y llevarse los libros de contabilidad?

—No estoy seguro. No lo han hecho nunca, por lo que yo sé. Y a lo largo de los últimos veinte años el FBI no ha mostrado mucho interés por los asuntos de los indios.

—Y eso ¿por qué?

—No lo sé seguro, pero supongo que es una cuestión de plantilla. El FBI está centrado en la lucha contra el terrorismo y el cibercrimen. Un timo de tres al cuarto en un casino indio no les interesa mucho. ¿Para qué molestarse? Los indios nunca lo han tenido muy bien, por lo menos en los últimos doscientos años. —Eché otro azucarillo al café y lo removié con un dedo—. Esto no tendrá que ver con los tappacola, ¿verdad?

—Pues sí.

—No me sorprende mucho.

—¿Por qué no?

—Han corrido rumores a lo largo de los años. —Tomó un sorbo e hizo una pausa para que ella expresara su interés.

—De acuerdo. ¿Qué clase de rumores?

—Influencias del exterior. Unos tipos turbios se implicaron desde el principio y están sacando una pasta indecente con las urbanizaciones en torno al casino. Solo son sospechas, nada más. Nuestro trabajo no incluye la investigación de crímenes, así que no nos metemos. Si tenemos noticia de algún delito, se supone que debemos notificárselo al FBI.

—¿Rumores de desvío de dinero en efectivo?

Naylor negó con la cabeza.

—No, no he oído nada de eso.

—¿Rumores sobre un juez?

—No. Me sorprendería que fuera verdad —dijo, sin dejar de negar con la cabeza.

—Aunque parezca difícil de creer, tenemos una fuente.

—Bueno, hay mucho dinero en efectivo, y eso produce efectos raros sobre la gente. Yo me andaría con mucho cuidado, señora Stoltz. Con mucho cuidado.

—Parece saber más de lo que está dispuesto a contar.

—Qué va.

—Bien. Pero tenga presente que nuestras investigaciones son confidenciales.

—Le doy mi palabra.

Mientras Lacy hacía su primera y única visita a la Comisión de Juego de Florida, su compañero estaba haciendo su primera y única visita a un campo de golf. Michael Geismar se lo había sugerido, y Hugo había tomado prestados los palos que este rara vez usaba y había camelado a un colega de la CCJ llamado Justin Barrow para fingir que jugaban un partido de golf.

Justin había acudido a un amigo que conocía a alguien y, después de una considerable cantidad de discreta manipulación y mentiras descaradas, habían podido acceder al campo de golf de Rabbit Run en calidad de invitados. Justin era un golfista de fin de semana; es decir, conocía las reglas básicas y el protocolo necesario para no levantar sospechas. Hugo no tenía ni idea ni tampoco el menor interés. En el mundo en que había crecido, el golf era un juego con el que los blancos se entretenían en los clubes de campo para blancos.

La salida del primer hoyo en Rabbit Run East estaba a la vuelta de la esquina de la zona de práctica de golpes de salida y de la casa de campo del club, así que nadie se fijó en ellos cuando Justin dio el primer golpe y Hugo no. Eran las diez y media de una mañana de agosto, la temperatura ya superaba los treinta y tres grados y el campo de golf estaba desierto. Aunque Hugo, que iba al volante del cochecito, no sabía nada del juego, optó por no escatimar comentarios sobre la falta de pericia de Justin. Cuando este falló tres golpes consecutivos para sacar la pelota de la arena de un búnker que protegía el green, a Hugo le hizo tanta gracia que se echó a reír a carcajadas. En el tercer green, Hugo cogió el putter que le habían prestado y una pelota y supuso que cualquiera podía introducirla en el hoyo de un golpecito. Cuando falló repetidas veces en el intento de meterla desde una distancia de poco más de tres metros, Justin se desquitó con una avalancha de comentarios de mal gusto.

Por medio de fotografías vía satélite, habían localizado los cuatro apartamentos que presuntamente poseía, de una manera u otra, la juez Claudia McDover. Geismar quería que fueran a verlos e hicieran fotos. En la salida del cuarto hoyo, Hugo y Justin vieron el largo par cinco, doblaron a la izquierda y observaron una hilera de elegantes apartamentos a unos escasos doscientos cincuenta metros, en una zona fuera del límite del campo hacia la



derecha.

—A estas alturas ya sé que la mayoría de tus pelotas se van fuera del límite del campo, o sea que intenta dirigir el drive de salida hacia esos apartamentos. Un golpe fuerte con efecto, una de tus especialidades.

—¿Por qué no das tú el golpe, chavalote, a ver si te parece tan fácil? — repuso Justin.

—Venga.

Hugo clavó un soporte en la hierba, puso la pelota encima, calculó la trayectoria, intentó relajarse y acometió un swing largo y natural. La pelota subió un kilómetro largo en el aire y lentamente empezó a virar hacia la izquierda. El efecto fue cobrando impulso y, para cuando la pelota desapareció hacia el bosque, ya la habían perdido de vista. Sin decir palabra, se sacó otra pelota del bolsillo, la colocó en el soporte y, con más decisión aún, le asestó un golpetazo. El drive salió disparado hacia delante, fuerte y bajo, y ganó altitud poco a poco. Dio la impresión de que iba directa hacia los apartamentos de la derecha, pero enseguida ascendió lo suficiente para pasar por encima de ellos.

—Bueno, por lo menos estás utilizando todo el campo. Esos dos golpes han quedado a kilómetro y medio uno del otro, y fuera de los límites del campo.

—Es la primera vez que juego.

—Eso tenía entendido. —Justin colocó la pelota y miró hacia la calle—. Hay que tener cuidado porque un buen golpe puede mandar la pelota hasta el interior de los apartamentos. No quiero romper ningún cristal.

—Tú dale fuerte y yo me pasaré un rato buscándola.

El golpe salió tal como estaba planeado, seco, con efecto y que viró fuera de los límites del campo y fue a parar a unos matorrales que bordeaban los apartamentos.

—Perfecto —comentó Hugo.

—Vaya, gracias.

Se montaron en el cochecito, enfilaron a toda velocidad por en medio de la calle y luego se desviaron hacia la derecha, en dirección a los apartamentos. Justin dejó caer una pelota a la hierba como si fuera su golpe de salida y sacó un pequeño dispositivo que parecía un telémetro láser de los que se usan para calcular la distancia de la pelota al banderín. En realidad era una cámara de vídeo y, mientras Hugo se acercaba con aire despreocupado al extremo del patio del apartamento 1614D como si buscara una pelota perdida, Justin grabó unos primeros planos de la vivienda. Hugo llevaba en el cinturón una pequeña cámara digital que tomaba instantáneas mientras él hurgaba en unos arbustos con su hierro siete.

Un par de golfistas malos buscando pelotas perdidas, nada más. Pasaba todos los días, tanto si alguien estaba mirando como si no.

Tres horas después, tras buscar un montón de pelotas perdidas, Hugo y Justin decidieron dejarlo. Mientras se alejaban de la casa de campo del club de golf, Hugo juró para sus adentros que no volvería a poner el pie en un campo de golf en su vida.

De regreso a Tallahassee tomaron un desvío hacia la pequeña población de Eckman para charlar un poco con un abogado llamado Al Bennett. Tenía un bonito despacho en Main Street y pareció agradecer que Hugo interrumpiese la monotonía de redactar escrituras. Justin buscó una cafetería para matar el rato durante una hora.

Cinco años antes, Bennett se había metido en política por primera y última vez cuando se enfrentó a Claudia McDover, quien aspiraba a la reelección. Bennett se empleó a fondo en la campaña y gastó demasiado dinero, y cuando solo el treinta y uno por ciento de los votantes lo apoyaron, recogió los bártulos y se volvió a Eckman sin más deseos de servir a los ciudadanos.

Por teléfono, Hugo no le había revelado nada y solo le había prometido que le haría unas cuantas preguntas rápidas sobre una juez local.

En persona, Hugo le explicó que la CCJ estaba en plena investigación de una demanda contra la juez McDover, que esta era confidencial y que la denuncia bien podía ser infundada. Era un asunto delicado y Hugo necesitaba que Bennett le diera su palabra de que mantendría la discreción.

—Claro —accedió Bennett, que estaba dispuesto a involucrarse y un poco emocionado.

Mientras charlaban, Hugo se preguntó cómo se las había ingeniado aquel tipo para obtener siquiera el treinta y uno por ciento de los votos. Hablaba deprisa, de manera nerviosa, con una voz aflautada que resultaba molesta al oído. Hugo no conseguía imaginárselo haciendo campaña electoral ni delante de un jurado.

Hugo no acababa de tener claro aquel encuentro. Por lo general se podía confiar en que los abogados guardaran los secretos que implicaban a sus propios clientes, pero a menudo también eran unos chismosos terribles cuando se trataba de cualquier otra persona. Cuantos más testigos entrevistaran, más filtraciones habría, y antes de que se dieran cuenta, la juez McDover y sus compinches se enterarían de que les seguían la pista. Lacy estaba de acuerdo con él, pero Geismar quería marcar la casilla de Bennett.

—¿Fue una campaña dura? —preguntó Hugo.

—Bueno, podría decirse que el resultado fue duro —respondió—. Coño, me vapulearon por una mayoría abrumadora. Me dolió, pero ya casi lo he superado.

—¿Fue sucia?

Reflexionó un momento y pareció resistirse a la tentación de arremeter contra su antigua rival.

—No llegó a ponerse demasiado personal. Ella hizo mucho hincapié en

que no tengo experiencia como magistrado. No podía rebatírsele, así que procuré ir de frente y señalar que, bueno, ella tampoco tenía experiencia hasta que la eligieron. Pero me llevó demasiado tiempo explicarlo y, como usted sabe, los votantes tienen una capacidad de atención muy limitada. Además, señor Hatch, hay que tener en cuenta que la juez McDover tiene buena reputación.

—¿La atacó usted?

—La verdad es que no. No pude encontrar gran cosa.

—¿Alegó alguien alguna infracción de carácter ético por parte de ella?

—No —dijo negando con la cabeza. Luego preguntó—: ¿Qué clase de infracciones de carácter ético están investigando?

Hugo decidió con rapidez evitar cualquier respuesta con fundamento. Si Bennett había llevado a cabo una campaña dura contra McDover y no oyó ningún rumor de conducta dolosa, Hugo no pensaba revelar cuáles eran las alegaciones.

—Entonces ¿no oyó nada? —insistió.

Bennett se encogió de hombros como si realmente no supiera nada.

—La verdad es que no. Hace mucho tiempo pasó por un divorcio complicado. Sigue soltera, vive sola, no tiene hijos, no está demasiado comprometida con la comunidad. No buscábamos trapos sucios y no salió ninguno a la luz. Lo siento.

—No pasa nada. Gracias por su tiempo.

Al despedirse de Eckman con otra casilla marcada, Hugo estaba seguro de que había desperdiciado todo un día tras los pasos de Claudia McDover.

Lacy averiguó que la viuda de Son Razko vivía en una pequeña subdivisión cerca de Fort Walton Beach, a una media hora de la reserva de los tappacola.

Puesto que se había vuelto a casar, ya no era viuda en el sentido estricto. Se llamaba Louise y, al principio, se mostró reacia a hablar. Hacia la mitad de la segunda llamada accedió a quedar en una gofrería y hablar un poco. No estaba disponible hasta después de salir del trabajo.

Lacy condujo tres horas y se reunió con ella a las seis de la tarde, el mismo día en que Hugo deambulaba por Rabbit Run en un cochecito de golf.

Según el archivo y los registros, Louise Razko tenía treinta y un años cuando encontraron a su marido asesinado, desnudo y en la misma habitación que la mujer de Junior Mace. Ella y Son tenían dos hijos, ahora jóvenes adultos; ambos se habían ido de Florida. Louise se había vuelto a casar unos años antes y se había marchado de la reserva.

Rayaba la cincuentena, tenía el pelo canoso y su figura era rechoncha. Los años no la estaban tratando bien.

Lacy le explicó lo que se traía entre manos, pero Louise no mostró mucho interés.

—No pienso hablar de los asesinatos y todo aquello —dijo de entrada.

—Bien. Eso lo dejamos de lado. ¿Recuerda a la juez McDover?

Sorbió un poco de té con hielo por una pajita y dio toda la impresión de que deseaba estar desesperadamente en otra parte.

—Solo del juicio —dijo al final, y se encogió de hombros.

—¿Así que asistió al juicio? —preguntó Lacy como de pasada, para así alentar la conversación.

—Claro que asistí al juicio. De principio a fin.

—¿Qué le pareció la juez?

—¿Qué importa eso ahora? El juicio se celebró hace ya muchos años. ¿Están investigando a la juez por algo que hizo entonces?

—No, nada de eso. La denuncia que investigamos se centra en alegaciones de que la juez está implicada en una conspiración para aceptar sobornos y

demás. Todo gira en torno al casino.

—Prefiero no hablar del casino. Está siendo la ruina de mi pueblo.

«¡Estupendo, Louise! —se dijo Lacy—. Si no podemos hablar del casino ni tampoco del asesinato de tu marido, entonces ¿para qué he conducido hasta aquí exactamente?» Garabateó algo en un bloc, como si estuviera muy concentrada.

—¿Ha trabajado en el casino algún miembro de su familia?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque necesitamos información sobre el casino y nos está resultando difícil obtenerla. Alguien que trabaje allí nos sería de gran ayuda.

—Ya se pueden olvidar de ello. Nadie hablará con ustedes. Los que trabajan allí están contentos de tener empleo y recibir su sueldo. Los que no pueden trabajar allí les tienen envidia, quizá incluso resentimiento, pero también están contentos con sus cheques. Nadie va a poner en peligro el casino.

—¿Ha oído alguna vez el nombre de Vonn Dubose?

—No. ¿Quién es?

—¿Y si le dijera que es probablemente el hombre que mató a su marido para quitarlo de en medio y así poder construir un casino? ¿Me creería? —Lacy lo pensaba de veras; el problema era que no tenía apenas pruebas de ello. Hizo la sugerencia, más bien audaz, a fin de empujar a Louise a que conversara.

Esta tomó otro sorbo y miró por una ventana. Lacy estaba aprendiendo unas cuantas cosas sobre los tappacola. En primer lugar, y no le sorprendía, que no confiaban en los forasteros. No se lo podía reprochar. Segundo, que no se apresuraban en sus conversaciones. Tendían a hablar en tono lento y mesurado, y los largos silencios en la conversación nunca parecían molestarles.

—Junior Mace mató a mi marido —dijo al final Louise mirando a Lacy—. Se demostró ante el tribunal. Me humillaron.

—¿Y si Junior no mató a su marido? —replicó Lacy con toda la firmeza posible—. ¿Y si a él y a Eileen Mace los asesinaron los mismos criminales que convencieron a los tappacola para que construyeran el casino, los mismos que han ganado una fortuna con las urbanizaciones alrededor de este, los mismos que con toda probabilidad están desviando grandes cantidades de dinero en metálico del negocio? Y esa misma gente está en tratos con la juez McDover. ¿Le sorprende, Louise?

Los ojos de la mujer se humedecieron y una lágrima le resbaló por la mejilla derecha.

—¿Cómo lo saben? —preguntó.

Después de tantos años creyendo una versión de la historia, le resultaba difícil pensar de pronto en algo distinto.

—Porque somos investigadores. Nos dedicamos a eso.

—Pero la policía investigó el crimen hace muchos años.

—Fue un juicio fraudulento en el que se impuso una condena injusta. Los dos testigos principales eran presos soplones a quienes la poli y la fiscalía coaccionó para que mintieran al jurado.

—He dicho que no quería hablar de los asesinatos.

—De acuerdo. Pues vamos a hacerlo sobre el casino. No espero que coopere hasta que haya reflexionado sobre ello. Pero necesitamos nombres de personas, miembros de su tribu, que sepan lo que está pasando. Si nos da un par de nombres nadie llegará a enterarse nunca de que ha sido usted. Se lo prometo. Tenemos la obligación de proteger la identidad de nuestros testigos.

—No sé nada, señora Stoltz. No he puesto nunca el pie en el casino; nunca lo haré. Mi familia tampoco. La mayoría de nosotros nos hemos ido de la reserva. Cobramos los cheques porque es nuestro territorio, claro, pero el

casino ha destruido el alma de nuestro pueblo. No sé nada sobre eso.  
Desprecio ese sitio y a la gente que lo lleva.

Fue rotunda, y Lacy se dio cuenta de que la conversación había terminado.  
Otra casilla marcada.



## 10

Michael Geismar se paseaba de aquí para allá por su despacho, pegado a una de las paredes, con la corbata aflojada y la camisa arremangada, con el aspecto de un investigador que se había topado con demasiados callejones sin salida. Lacy tenía en la mano una foto de uno de los apartamentos de McDover y se preguntaba para qué podía servirles. Hugo, como siempre, tomaba otra bebida energética con una buena dosis de cafeína e intentaba mantenerse despierto. Sadelle tecleaba en el portátil, persiguiendo algún dato escurridizo.

—No tenemos nada —dijo Michael—. Cuatro apartamentos a nombre de compañías con domicilio en paraísos fiscales propiedad de alguien oculto entre las sombras a quien no podemos identificar. Cuando la confrontemos con la alegación, la juez McDover, sin duda a través de su equipo jurídico, simplemente negará que los apartamentos sean suyos o asegurará que los compró como inversión. Esta clase de inversiones podrían verse como algo inadecuado, teniendo en cuenta lo que cobra, pero no infringe ni de lejos la ética judicial. No tengo que recordaros que se parapetará detrás de suficientes abogados de talento para que el asunto se demore al menos una década. Necesitamos más trapos sucios.

—Yo no pienso volver a jugar al golf —afirmó Hugo—. Qué pérdida de tiempo, en más de un sentido.

—De acuerdo, fue un error por mi parte —repuso Michael—. ¿Tenéis alguna idea mejor?

—No vamos a darnos por vencidos, Michael —respondió Lacy—. Hemos

descubierto lo suficiente para creer que Greg Myers dice la verdad, o por lo menos algo que se le parece mucho. No podemos desentendernos.

—No estoy sugiriendo que lo hagamos, no ahora. Dentro de tres semanas tenemos que presentar la denuncia a McDover o informar a Greg Myers de que nuestra evaluación inicial nos lleva a creer que la acusación no tiene fundamento. Creo que todos estamos de acuerdo en que sí lo tiene. Así pues, presentamos la denuncia, y luego enviamos citaciones para acceder a todos sus archivos y actas. Para entonces, estará escondida detrás de una muralla de abogados, de manera que impugnará todas y cada una de nuestras peticiones. Supongamos que al final conseguimos acceder a sus archivos. Actas, expedientes judiciales, informes relacionados con los casos que ha visto en el pasado o tiene actualmente entre manos. Aun así, reclamamos su documentación financiera personal a menos que haya causa probable para creer que ha incurrido en hurto, soborno o malversación.

—Ya nos sabemos las leyes —comentó Hugo.

—Claro que sí, Hugo, pero sígueme la corriente, ¿vale? Intento evaluar dónde estamos, y ya que soy el jefe, tengo derecho a hacerlo. ¿Quieres volver al campo de golf?

—No, por favor.

—Cualquiera lo bastante sofisticado para operar a la sombra de empresas fantasmas tan complejas probablemente no guardará su documentación financiera personal en ningún lugar donde podamos encontrarla, ¿no?

Lacy y Hugo asintieron para seguir la corriente al jefe con amabilidad.

Y luego se hizo el silencio. Michael siguió caminando de aquí para allá mientras se rascaba la cabeza. Hugo tomó unos sorbos de su bebida con cafeína e intentó activar el cerebro. Lacy hacía dibujitos en el bloc mientras pensaba. Lo único que se oía era el repiqueteo de Sadelle sobre el teclado.

—Sadelle, qué callada estás —dijo Michael al final.

—No soy más que una asistente legal —les recordó. Luego tosió, estuvo a punto de ahogarse y continuó—. Me he remontado once años y he rastreado treinta y tres proyectos de construcción en el condado de Brunswick, desde campos de golf hasta centros comerciales, pasando por subdivisiones, el minicentro comercial de Sea Stall y hasta un multicine de catorce salas. Nylan Title de las Bahamas está implicada en muchos de ellos, pero hay decenas de compañías más con domicilio en paraísos fiscales que poseen otras similares, y sociedades limitadas propiedad de empresas extranjeras. A título personal, creo que es un indicio claro de que alguien está esforzándose mucho por mantener el asunto en secreto. Huele a chamusquina. También es inaudito, la verdad, ver tantas empresas con domicilio en paraísos fiscales prestar tanta atención a un lugar dejado de la mano de Dios como el condado de Brunswick. He indagado un poco en los archivos de los demás condados de la península, como Okaloosa, Walton, incluso Escambia, donde está Pensacola, y, aunque todos han sido objeto de mucho más desarrollo inmobiliario que Brunswick, hay muchas menos empresas de paraísos fiscales relacionadas con ellos.

—¿No ha habido suerte con Nylan Title? —se interesó Hugo.

—Ninguna. Las leyes y procedimientos de las Bahamas son impenetrables. Es imposible, a menos, claro, que se implique el FBI.

—Eso tendrá que esperar. —Michael miró a Lacy y preguntó—: ¿Has hablado con Myers últimamente?

—Qué va. Solo hablo con él cuando decide que quiere hacerlo.

—Bueno, pues ya es hora de que tengáis una conversación. Es hora de que informes al señor Myers de que su denuncia corre peligro. Si no puede aportar más información, y enseguida, es posible que tengamos que desestimarla.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Lacy.

—No, la verdad es que todavía no. Pero vamos a meterle un poco de presión. Es él quien tiene acceso a la fuente confidencial.

Le llevó dos días y una decena de llamadas a tres números de móvil diferentes obtener una respuesta de Myers. Cuando por fin la llamó, parecía entusiasmado de oír la voz de Lacy y dijo que había estado pensando en que volvieran a reunirse. Tenía más información que darle. Lacy le preguntó si podían verse en un sitio con una ubicación más práctica. Saint Augustine era precioso, claro, pero quedaba a tres horas y media en coche para ellos. Tenían las agendas ocupadas; obviamente, él no. Por razones evidentes, él prefería mantenerse alejado de la península.

—Tengo muchos viejos enemigos allí —comentó, como si alardeara de ello.

Acordaron verse en Mexico Beach, una pequeña población del golfo unas dos horas al sudeste de Tallahassee. Quedaron en un garito local cerca de la playa y, al llegar, pidieron gambas a la parrilla para comer.

Myers divagó sobre sus hazañas pescando macabíes cerca de Belice y sus aventuras de submarinismo en las Islas Vírgenes Británicas. Estaba aún más bronceado y se le veía un poco más delgado. No era la primera vez que Hugo se sorprendía envidiando la existencia despreocupada de este tipo que vivía en un barco bonito y al parecer no tenía dificultades financieras. Bebía cerveza de una jarra fría y escarchada, otra cosa que también envidió Hugo. Lacy estaba muy lejos de pensar lo mismo y encontró a Myers incluso más irritante que las veces anteriores. Sus diversas aventuras le traían absolutamente sin cuidado. Quería hechos, detalles, pruebas de que su historia era válida.

—Bueno, ¿qué tal va la investigación? —preguntó Myers tras comerse una

gamba.

—Bastante lenta —respondió Lacy—. Nuestro jefe nos presiona para que encontremos más trapos sucios o es posible que tengamos que desestimar la denuncia. Y el cronómetro está en marcha.

Myers dejó de masticar, se limpió la boca con el dorso de la muñeca y se quitó las gafas de sol.

—No podéis desestimar la denuncia. La firmé bajo juramento. McDover es propietaria de los cuatro apartamentos, y se los dieron en calidad de sobornos.

—¿Y cómo lo demostramos cuando todo está a buen recaudo en paraísos fiscales? —preguntó Hugo—. Allí nos damos de bruces contra muros. Todos los archivos están ocultos en Barbados, Gran Caimán, Belice. Lanza un dardo a un mapa de paraísos fiscales y seguro que hemos buscado pistas allí, sin encontrar ninguna prueba. Una cosa es alegar bajo juramento que McDover es la dueña de las empresas propietarias de los apartamentos y otra es aportar pruebas, Greg.

—Las tengo. Esperad —dijo tras sonreír y echar un trago de cerveza.

Lacy y Hugo se miraron. Greg ensartó otra gamba con el tenedor, la untó en salsa cóctel y se la zampó.

—¿No coméis?

Hurgaron en las cestas de gambas con los tenedores de plástico, pero ninguno de los dos tenía mucho apetito. A todas luces, Myers llevaba tiempo sin comer y estaba sediento, pero también les estaba dando largas. Una pareja de aspecto extraño ocupaba la mesa de al lado, demasiado cerca de ellos para que pudieran mantener una conversación seria. Se fueron cuando la camarera le traía a Myers una segunda cerveza.

—Estamos esperando —le recordó Lacy.

—Vale, vale —dijo, a la vez que tomaba un sorbo y se volvía a limpiar la

boca con el dorso de la mano—. El primer miércoles de cada mes, la juez sale de su despacho en Sterling aproximadamente una hora antes de lo previsto y conduce unos veinte minutos hasta uno de sus apartamentos en Rabbit Run. Aparca el Lexus en el sendero de acceso, se baja y va a la puerta principal. Hace dos semanas lucía un vestido azul marino sin mangas y zapatos de Jimmy Choo, y llevaba un bolsito de mano de Chanel, el mismo con el que había salido del despacho. Fue a la puerta y la abrió con su llave. Prueba de propiedad número uno. Tengo fotografías de ello. Más o menos una hora después, un SUV Mercedes aparcó junto al Lexus y bajó un tipo del asiento del copiloto. El conductor se quedó al volante y no llegó a moverse en todo el rato. El copiloto fue a la puerta principal. Tengo fotografías, y, sí, damas y caballeros, creo que por fin hemos podido avistar al escurridizo Vonn Dubose. Llevaba una cartera de cuero marrón que parecía llena de algo. Mientras llamaba al timbre, miró a su alrededor, aunque no parecía nervioso en absoluto. Ella le hizo pasar. Se quedó treinta y seis minutos, y cuando salió, en apariencia lo hizo con la misma cartera, aunque por el modo en que la llevaba, daba la impresión de haber dejado algo dentro del apartamento. En realidad no se puede saber. Se montó en su vehículo y se fue. Quince minutos después, ella hizo lo mismo. Estas reuniones tienen lugar, como he dicho, el primer miércoles de cada mes, y nos vemos inclinados a pensar que están acordadas de antemano sin necesidad de recurrir a teléfonos ni emails.

Myers apartó a un lado la cestilla de camarones vacía, le dio otro trago a la cerveza y de la bolsa de cuero en bandolera de color aceituna que siempre llevaba encima sacó dos expedientes sin etiquetar. Miró alrededor y entregó uno a Lacy y otro a Hugo. Todas las fotos eran de veinte por veinticinco y en color, y por lo visto las habían tomado desde la acera opuesta. La primera era de la parte de atrás del Lexus con la matrícula claramente identificable.

—Por supuesto, hice averiguaciones sobre las matrículas —dijo Greg—;

en el registro consta que el coche es propiedad de nuestra amiga Claudia McDover, uno de los pocos bienes que tiene a su nombre. Lo compró nuevo el año pasado en un concesionario de Pensacola.

La segunda era una foto de cuerpo entero de Claudia, con la cara parcialmente oculta tras unas grandes gafas de sol.

—¿Cómo sabes de qué diseñador son? —preguntó Lacy en alusión a los zapatos de tacón de diez centímetros de la juez.

—El topo lo sabe —respondió Myers, y lo dejó así.

En la tercera salía Claudia de espaldas a la cámara abriendo la puerta principal; supuestamente con una llave, aunque no se veía. La cuarta fotografía era del SUV Mercedes negro aparcado junto al Lexus, con la matrícula muy visible.

—Está registrado a nombre de un individuo cuya dirección es un piso en una torre de apartamentos cerca de Destin y, como cabía esperar, no se llama Vonn Dubose. Seguimos indagando. Echad un vistazo a la número cinco.

En ella aparecía el propio individuo, un jubilado bronceado y bien parecido de Florida con camisa y pantalones de golf, delgado y un poco calvo, con un reloj de oro en la muñeca izquierda.

—Hasta donde yo sé, y no tengo ni idea de lo que hay en los archivos del FBI, aunque sospecho que nada, esta es la única fotografía existente de Vonn Dubose —dijo Myers.

—¿Quién la sacó? —preguntó Lacy.

—Un tipo con una cámara. También hay un vídeo. Digamos que el topo tiene recursos.

—No es suficiente, Greg —replicó Lacy con un destello de ira en la mirada—. Es evidente que alguien vigila los movimientos de McDover. ¿Quién es? Sigues jugando al gato y el ratón y me gustaría saber por qué.

—Mira, Greg, necesitamos confiar en ti, pero tenemos que saber lo mismo

que tú —dijo Hugo—. Alguien está siguiendo a McDover. ¿Quién demonios es?

Por puro hábito, y era una costumbre irritante, Myers volvió a mirar alrededor, vio que todo seguía despejado y se quitó las gafas de aviador.

—Recibo información de mi intermediario —dijo luego en voz baja—, que sigue siendo anónimo, por lo que a vosotros concierne. Él se pone en contacto con el topo, cuyo nombre sigo sin saber y no estoy seguro de querer averiguar. Cuando el topo tiene algo importante que pasarme, el intermediario me busca, me lo entrega y yo os lo doy. Lo lamento si no os gusta el arreglo, pero haced el favor de tener presente que el topo y el intermediario, yo, vosotros y todos los demás implicados en esta pequeña historia podríamos despertar muertos un día, con un balazo entre los ojos. Me da igual si confiáis en mí o no. Mi trabajo consiste en pasaros la suficiente información para que podáis trincar a la juez Claudia McDover. ¿Qué más necesitáis? —Un trago rápido de la jarra ya llena de transpiración, y—: Ahora, haced el favor de volver a la foto número cinco. No sabemos si ese tipo es Vonn Dubose, pero supongamos que sí. Fijaos en la cartera. De cuero marrón, grande, más un bolso que un maletín, desgastada, o igual es solo ese aspecto avejentado que se ha puesto de moda, y nada pequeña. No es un maletín diminuto con un par de expedientes. No, esta cartera se usa habitualmente para llevar algo. ¿Qué? Bueno, nuestro tipo especula con que McDover y Dubose se reúnen el primer miércoles de cada mes para una entrega. ¿Por qué tendría Dubose, que va vestido con ropa de golf, llevar un bolso tan voluminoso a esas horas del día? Salta a la vista que está entregando algo. Fijaos en la foto número seis. Se tomó treinta y seis minutos después de la cinco. El mismo tipo, la misma cartera. Si se analiza el vídeo con atención, se puede sostener que esta posiblemente pesa un poco menos por la manera en que se mueve con ella. A decir verdad, no estoy seguro.



—Así que ella recibe el dinero una vez al mes —señaló Lacy.

—Él le lleva algo al apartamento.

—¿Cuándo están hechas estas fotos? —preguntó Hugo.

—Hace doce días, el tres de agosto.

—Pero ¿no hay manera de verificar que en efecto se trata de Vonn Dubose? —indagó Lacy.

—Que yo sepa, no. Como os dije, Dubose no ha sido detenido nunca. No tiene antecedentes penales ni identidad. Solo utiliza dinero en metálico para los gastos de mantenimiento. Se oculta detrás de subordinados y socios y no deja ningún rastro. Hemos investigado un poco, como seguro que habréis hecho vosotros, y Vonn Dubose no tiene carnet de conducir, número de la Seguridad Social ni pasaporte a su nombre de en ninguna parte de este país. Tiene chófer, como se puede ver. Podría estar viviendo bajo un nombre cualquiera, por lo que sabemos, con documentación perfectamente legal.

Myers metió la mano en su bolsa mágica y sacó otros dos expedientes. Le pasó uno a Hugo y otro a Lacy.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Un resumen detallado de los viajes de McDover a lo largo de los últimos siete años. Fechas, lugares, vuelos chárter y demás. Casi siempre va con su amiga Phyllis Turban, que alquila los jets y paga las facturas. Turban también reserva las habitaciones cuando van a hoteles. Se ocupa de todos los detalles. Hasta el momento, no hay nada a nombre de McDover.

—¿Y qué importancia tiene esto? —preguntó Lacy.

—En sí mismo no es muy útil, pero da verosimilitud a la teoría de que estas chicas de altos vuelos se gastan un dineral enorme paseándose en jet por el país, supuestamente comprando objetos valiosos con dinero sucio. Sus ingresos conjuntos no cubrirían ni el coste del combustible. Conocemos el sueldo que cobra la juez. Me imagino cuáles deben de ser los ingresos netos

de Turban y me juego lo que sea a que son inferiores a lo que McDover cobra. Quizá llegue un momento en que sea necesario construir un caso sobre la base de la renta neta, el consumo y los bienes personales, así que estoy reuniendo todos los trapos sucios que pueda encontrar.

—Pues sigue buscando, por favor —dijo Hugo—. Necesitamos mucha ayuda.

—No podéis decir en serio lo de desestimar la denuncia. Coño, mirad las fotos. ¿Cómo se puede afirmar que no es propietaria de este apartamento cuando lleva siete años frecuentándolo y tiene la llave? Está registrado a nombre de una empresa pantalla en Belice y, tal como está el mercado hoy en día, vale al menos un millón.

—¿Alguna vez pasa la noche allí o recibe alguna visita? —se interesó Lacy.

—Me parece que no.

—Le eché un vistazo la semana pasada —dijo Hugo—. Estuve jugando a golf y saqué unas fotos desde el campo.

Myers le lanzó una mirada burlona.

—¿Qué averiguaste?

—Absolutamente nada. Fue una completa pérdida de tiempo, como la mayoría de los partidos de golf.

—Prueba a pescar macabíes. Es mucho más divertido.

Mientras Lacy se pintaba las uñas cuando la película de Cary Grant que veía estaba a punto de acabar, recibió una llamada al móvil de un número desconocido. Una voz en su cabeza le dijo que tal vez era Myers, y acertó.

—Últimas noticias —dijo—. Mañana es viernes.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Alto ahí. Parece ser que las chicas van a ir a Nueva York. Claudia tomará un jet en el aeropuerto de Panama City hacia mediodía, la hora exacta no importa, porque si alquilas un jet sales cuando te da la gana. Un Lear 60, número de matrícula N38WW, propiedad de una compañía chárter con sede en Mobile. Se supone que su colega abogada estará a bordo e irán a Nueva York a correrse una juerga, probablemente con un saco de dinero en efectivo y la intención de ir de compras en serio. Por si no lo sabes, el control de seguridad es prácticamente nulo en los viajes en jet privado. Los bolsos no pasan por ningún escáner ni tampoco hay cacheos corporales. Imagino que los listillos de Seguridad Nacional suponen que los ricos no están muy interesados en hacer estallar sus propios jets en pleno vuelo. Sea como sea, uno podría cargar literalmente casi cincuenta kilos de heroína pura y volar a cualquier parte del país.

—Muy interesante, pero ¿adónde nos lleva todo esto?

—Si yo estuviera en vuestro lugar y no tuviese nada mejor que hacer, me pasaría por la terminal de aviación general del aeropuerto, que se llama Gulf Aviation, y echaría un vistazo. Dejaría a Hugo en el coche porque no se ven muchos negros en el negocio de los vuelos chárter, y puede que llamara la atención. También le aconsejaría que llevara una cámara e hiciera unas cuantas fotos desde el coche. Igual Phyllis se baja del avión para pasar por el servicio de señoras. ¿Quién sabe? Es posible que averigüéis unas cuantas cosas y, desde luego, veréis a quién os estáis enfrentando.

—¿Y yo llamaría la atención?

—Lacy, cariño, tú siempre llamas la atención. Eres demasiado guapa para no hacerlo. Lleva vaqueros, recógete el pelo en una coleta, ponte otras gafas. No tendrás problema. Hay una zona de espera con revistas y periódicos donde siempre se ve a gente sentada. Si alguien pregunta, di que estás esperando a un pasajero. La terminal está abierta al público, así que no te

estás colando en ninguna parte. Yo le echaría un buen vistazo a Claudia. A ver qué viste, pero también qué lleva encima. No esperaría observar bolsillos llenos de dinero en efectivo, pero es posible que vaya con uno o dos bolsos más de lo necesario. Una escapada sin más, pero también una manera de pasar el rato que no está nada mal. A título personal, me gustaría tener la oportunidad de toparme con una chica de Florida que casualmente es la juez más corrupta de la historia de Estados Unidos. Y que pronto estará en todas las portadas, aunque ella no tiene ni idea de que va a ser así. Venga, a por ella.

—Probaremos suerte.

La juez McDover aparcó cerca de la plaza donde estaba Hugo, más bien incómodo, en el interior del Prius de Lacy, con la cara oculta detrás de un periódico y la cámara a su lado. Ahora podía añadir a su colección de fotos totalmente inservibles del este del hoyo nueve de Rabbit Run unas cuantas instantáneas de un Lear 60 en la pista de despegue. Mientras Claudia cruzaba el aparcamiento con su maletita sobre ruedas y se dirigía a la entrada principal de Gulf Aviation, tomó varias fotos de su espalda. Con cincuenta y seis años, era esbelta y, al menos desde atrás, podía pasar por una mujer veinte años más joven. De hecho, debía reconocer que, desde esa perspectiva, tenía mejor aspecto incluso que Verna, quien, después del cuarto hijo, tenía problemas para perder peso. Él sencillamente no podía renunciar a la costumbre de mirar el trasero de toda fémina bien torneada.

Después de que la juez desapareciera en el interior, Hugo guardó la cámara y el periódico y se quedó dormido.

Tras años de delincuencia, Claudia McDover había aprendido poco a poco a pensar como una sospechosa. Se fijaba en todo, desde el tipo negro sentado en el asiento del copiloto del pequeño Toyota que estaba leyendo un periódico, cosa que parecía un poco extraña a mediodía, hasta la pelirroja mona que estaba en el mostrador de recepción y le ofreció una sonrisa enorme, pasando por el apresurado hombre de negocios de traje oscuro cuyo vuelo evidentemente se había retrasado, y por la chica guapa del sofá que

hojeaba un ejemplar de *Vanity Fair*. Se la veía un tanto fuera de lugar. En cuestión de segundos, Claudia escudriñó la sala de espera, la consideró segura y despejada, y archivó todos los rostros. En su mundo, todos los teléfonos podían pincharse, todos los desconocidos podían estar observando, todas las cartas podían leerse, todos los emails se podían hackear. Pero no estaba paranoica ni tampoco vivía asustada. Solo era precavida y, tras años de práctica, la cautela formaba ya parte de su manera de ser.

Un joven de uniforme almidonado se le acercó, se presentó como uno de los pilotos y le cogió la maleta. La pelirroja mona pulsó un botón, las puertas se abrieron hacia los lados y Claudia salió de la terminal. Los viajes de este estilo, aunque no eran nada emocionantes y el mundo no era consciente de ellos, seguían emocionándola. Mientras las masas hacían cola en hileras interminables y esperaban vuelos abarrotados, retrasados o cancelados, y al final, si había suerte, las subían como ganado a aviones sucios atestados de asientos demasiado estrechos para los traseros estadounidenses contemporáneos, ella, la juez Claudia McDover del Vigésimo Cuarto Distrito Federal de Florida, se paseaba como una reina en su jet privado, donde el champán se guardaba en hielo y el vuelo iba a ser puntual y sin escalas.

Phyllis estaba esperando. Una vez que los pilotos estuvieron con los cinturones abrochados y concentrados en su rutina, Claudia le dio un beso y le cogió la mano. Después del despegue y, en cuanto tomaron una trayectoria horizontal a treinta y ocho mil pies, Phyllis descorchó una botella de Veuve Clicquot y brindaron, como siempre, por la tribu tappacola.

Se habían conocido durante el segundo año de Derecho en Stetson y las semejanzas entre ellas eran extraordinarias. Ambas se estaban recuperando de unos matrimonios horribles. Ambas habían elegido estudiar Derecho por motivos equivocados. Claudia se había visto anulada y humillada por su marido y sus crueles abogados y tramaba su venganza. La sentencia de

divorcio de Phyllis había obligado a su ex a costear su formación continuada. Decidió estudiar Medicina para alargar los estudios todo lo que fuera posible, pero sacó unas calificaciones pésimas en los exámenes de admisión. Optó entonces por la facultad de Derecho, y exprimió durante tres años más los estudios de posgrado. Claudia y ella empezaron a salir a escondidas durante su tercer año de carrera y, después de la graduación, cada una siguió su camino. Eran mujeres en un mercado de trabajo debilitado y se agarraron a lo que pudieron encontrar. Claudia fue a un pequeño bufete en una ciudad pequeña. Phyllis trabajó como abogada de oficio en Mobile hasta que se cansó de delincuentes callejeros y buscó refugio en la práctica administrativa. Ahora que los indios las habían hecho ricas, viajaban a lo grande, vivían rodeadas de un lujo discreto y tramaban su huida definitiva a algún sitio aún por determinar.

Cuando terminaron el champán, las dos se quedaron dormidas. Durante diecisiete años, Claudia había llevado a cabo su trabajo de manera diligente porque, a fin de cuentas, siempre tenía que presentarse a la reelección. Phyllis también trabajaba muchas horas en su pequeño y ajetreado bufete. Nunca dormían lo suficiente. Dos horas y media después de despegar de Florida, el jet aterrizó en Teterboro, Nueva Jersey, que albergaba más aeronaves que cualquier otro aeropuerto del mundo. Un turismo negro las esperaba para recogerlas. Veinte minutos después llegaron a su edificio en Hoboken, una torre de pisos nueva y elegante en el Hudson, justo en la orilla de enfrente del distrito financiero. Desde su mirador en la planta catorce, tenían una vista espectacular del centro de Manhattan. Lady Liberty quedaba a tiro de piedra. El apartamento era espacioso y con el mobiliario justo. Era una inversión, no un hogar, solo un sitio que mantenían hasta que decidieran venderlo. Naturalmente, era propiedad de una empresa fantasma, esta con domicilio en las islas Canarias.

A Phyllis le encantaba jugar a eso de las empresas fantasmas, y estaba moviendo de manera constante dinero y compañías de aquí para allá con el fin de encontrar el paraíso fiscal más provechoso. Gracias al tiempo y a la experiencia, se había convertido en una experta en ocultar su dinero.

Después de que se hiciera de noche, se pusieron unos vaqueros y fueron en coche al centro, al SoHo, donde cenaron en un minúsculo bistrot francés. Luego, en un bar iluminado con una luz tenue, tomaron más champán y comentaron entre risitas lo lejos que habían llegado, no solo en cuestión de distancia, sino en la vida.

El armenio se llamaba Papazian y nunca habían sabido si aquel era el apellido o el nombre de pila. Tampoco es que tuviera importancia. Llevaban a cabo sus tratos en secreto. Ninguno de los dos lados hacía preguntas porque nadie quería respuestas. Él llamó al timbre de ellas a las diez del sábado por la mañana y, después de los cumplidos de rigor, abrió el maletín. Encima de una mesita de desayuno extendió un tapete de fieltro azul oscuro y dispuso sus chucherías: diamantes, rubíes y zafiros. Phyllis, como siempre, le sirvió un expreso doble, que él tomó a sorbos mientras describía cada gema. Después de cuatro años haciendo negocios, sabían que Papazian solo ofrecía las mejores piedras. Tenía una joyería en el centro, donde lo habían conocido, pero ahora estaba encantado de visitarlas a domicilio. No tenía idea de quiénes eran o de dónde venían. Lo único que le preocupaba era la transacción y el dinero en efectivo. En menos de media hora escogieron un puñado de sus mejores piedras —a Phyllis le gustaba llamarlas «riqueza portátil»— y le dieron el dinero. Él contó lentamente doscientos treinta mil dólares en billetes de cien sin parar de mascullar en su idioma materno. Cuando todos estuvieron satisfechos, apuró lo que quedaba de su segundo



expreso y se marchó del apartamento.

Una vez hecho el grueso del trabajo sucio, las chicas se arreglaron y fueron en coche al centro. Compraron zapatos en Barneys, disfrutaron de un largo almuerzo en Le Bernardin y al final fueron paseando hacia el «distrito de los diamantes», donde entraron en el establecimiento de uno de sus proveedores preferidos. Equipadas con dinero en efectivo, compraron una selección de monedas de oro nuevas que no estaban en circulación: Krugerrands de Sudáfrica, Hojas de Arce de Canadá y, para contribuir a la economía local, Águilas Americanas. Todo al contado, sin papeleo, ni registros ni tampoco rastros. El diminuto establecimiento contaba por lo menos con cuatro cámaras de vigilancia y, en otros tiempos, esto les habría preocupado. Alguien podía estar observándolas, pero luego habían dejado de lado esas inquietudes. En sus negocios siempre había riesgos. El truco consistía en saber cuáles debían correr.

El sábado por la noche vieron un musical en Broadway y luego cenaron en Orso, aunque no vieron a ningún famoso, y se acostaron después de medianoche, satisfechas tras otra jornada de exitoso blanqueo de dinero. El domingo a última hora de la mañana metieron en la maleta el botín junto con su espléndida colección de zapatos nuevos y espantosamente caros, y volvieron en coche a Teterboro, donde el jet las esperaba para el vuelo de regreso al sur.

## 12

Hugo llegaba tarde a la reunión y, mientras lo esperaban, Geismar revisó las nuevas fotos y los registros de viaje y Lacy contestó unos emails.

—¿Se sabe por qué solo se remontan a los últimos siete años? —preguntó Geismar.

—Ni idea. Myers no lo sabe, pero su teoría es que el topo entró en escena más o menos por entonces. Evidentemente, se trata de alguien cercano a McDover, y quizá fue entonces cuando él o ella se vio implicado en todo este embrollo.

—Bueno, desde luego él o ella se está gastando una pasta. Cuesta creer que estas fotos las pudiera sacar alguien sentado en un coche en la calle. Parece más probable que el fotógrafo estuviera dentro de uno de los apartamentos.

—Hay cuatro disponibles justo enfrente —señaló Lacy—. Dos se alquilan por mil dólares a la semana. Suponemos que él o ella alquiló uno, dispuso la cámara y sabía exactamente cuándo iban a llegar McDover y Dubose. Eso es información de primera.

—Desde luego que sí. Myers sabe de lo que habla, Lacy. Estos tipos están metidos en algo sucio. No estoy seguro de que podamos demostrarlo, pero las pruebas son cada vez más sólidas. ¿Qué dirá McDover cuando le presentemos todo esto?

—Supongo que no tardaremos en averiguarlo.

Se abrió la puerta y entró Hugo.

—Siento llegar tarde. Ha sido otra noche dura —dijo. Lanzó el maletín sobre la mesa y acto seguido tomó un sorbo de un vaso alto de café—. Habría

llegado antes, pero he estado hablando por teléfono con un tipo que no quería decirme su nombre.

Geismar asintió, a la espera; todavía conservaba una de las fotos entre las manos.

—¿Y bien? —preguntó Lacy.

—Me ha llamado primero hacia las cinco de la mañana, un poco temprano, pero casualmente estaba despierto. Ha dicho que trabaja en el casino y que tenía información que podía ser útil. Ha continuado diciendo que sabía que estábamos investigando a la tribu y la juez, y que podía ayudarnos. Le he presionado un poco y ha colgado. Hace cosa de una hora, ha vuelto a llamar, pero desde un número distinto, y ha dicho que quería reunirse con nosotros para hablar sobre un posible trato. Le he preguntado de qué clase y no ha sabido concretarme nada. Ha dicho que estaban ocurriendo muchas cosas turbias y que era solo cuestión de tiempo que todo estallara. Es un miembro de la tribu, conoce al jefe y a los que dirigen el casino, y no quiere verse atrapado en la tormenta cuando todo se vaya al carajo.

Hugo caminaba de aquí para allá por la sala, como tenía por costumbre de un tiempo a esta parte. Sentarse le daba sueño, aseguraba.

—Eso puede ser interesante —dijo Lacy.

Geismar se sentó en la silla giratoria y entrelazó las manos detrás de la cabeza.

—¿Nada más?

—No, pero quiere quedar conmigo esta noche. Dice que trabaja en el turno de tarde y no sale hasta las nueve.

—¿Crees que va en serio? —indagó Geismar.

—¿Quién sabe? Desde luego, parecía nervioso y ha usado dos teléfonos distintos, probablemente desechables. Me ha preguntado varias veces por la confidencialidad y quería saber si podemos proteger su identidad. Ha dicho

que son muchos los que están hartos de la corrupción, pero que tienen miedo de hablar.

—¿Dónde quiere que os veáis? —preguntó Lacy.

—Vive no muy lejos del casino, en la reserva. Dice que buscará un sitio y nos llamará cuando estemos cerca.

—Tenemos que ir con cuidado —señaló Geismar—. Podría ser una trampa.

—No creo —dijo Hugo—. Me ha dado la impresión de que estaba hablando con un tío que necesita ayudar y quiere ayudar.

—¿Qué teléfono estáis usando?

—El de la Comisión. Conocemos las normas, jefe.

—De acuerdo, pero ¿cómo ha conseguido el número?

—preguntó Geismar—. Hasta el momento, en esta investigación, ¿a quién habéis facilitado vuestros números? Ambos.

Hugo y Lacy se miraron e intentaron recordarlo.

—Myers; Junior Mace; las autoridades de la cárcel; Wilton Mace; la viuda de Razko; Al Bennett, el abogado que se enfrentó a McDover hace cinco años; Naylor, de la Comisión de Juego, y me parece que nadie más —dijo ella.

—Esos son todos —confirmó Hugo—. Cuando venía hacia aquí, me he estado planteando la misma pregunta.

—Parece gente suficiente para que se haya producido una filtración —dijo Geismar.

—Pero ninguna de esas personas está ni siquiera remotamente relacionada con Dubose y la corrupción —señaló Lacy.

—Que nosotros sepamos —apostilló Hugo.

—Entonces ¿queréis ir? —preguntó Geismar.

—Por supuesto —dijo Lacy.

Geismar se levantó y fue hasta la estrecha ventana.

—Este podría ser el golpe de suerte que necesitamos —dijo—. Alguien de dentro del casino.

—Vamos a ir —aseguró Lacy.

—De acuerdo, pero tened cuidado.

Estuvieron sentados en el coche de Lacy en el rincón más alejado del aparcamiento del casino hasta casi las once de la noche, esperando a que el informador diera señales de vida. Era lunes, una noche tranquila en las mesas y las tragaperras. Hugo, naturalmente, dormitaba mientras Lacy estaba conectada a la red con su iPad.

A las 22.56, el informante llamó para darles indicaciones. Salieron del casino, condujeron tres kilómetros por una carretera oscura, estrecha y sinuosa, y se detuvieron delante de un edificio de metal abandonado. Un viejísimo cartel portátil les informó de que antaño aquello había sido un bingo. A cierta distancia se veía una casa. Los brillantes neones de Treasure Key relucían muy a lo lejos. Hacía una noche bochornosa, plagada de mosquitos. Hugo se apeó del coche y estiró las piernas. Con su más de metro ochenta y cinco y cerca de cien kilos, y aún con el engreimiento propio de los atletas de élite, no se asustaba fácilmente. A Lacy le tranquilizaba su presencia; no habría ido allí sola. Hugo volvió a llamar al número más reciente que les había contactado, pero no hubo respuesta.

Algo se movió entre las sombras en el lateral del edificio abandonado.

—Hola —saludó Hugo hacia la oscuridad. Lacy salió del coche.

—Acérquense unos pasos —dijo una voz. Se veía en parte una silueta que no se movía. El hombre llevaba una gorra, y el ascua roja de un cigarrillo se acercaba y se alejaba de su boca. Avanzaron juntos hasta que este dijo—: Ya

es suficiente. No van a verme la cara.

—Bueno, supongo que sí ve las nuestras, ¿no? —repuso Hugo.

—No se acerquen más. Usted es el señor Hatch, ¿verdad?

—Así es.

—¿Quién es ella?

—Me llamo Lacy Stoltz. Somos colegas.

—No me ha dicho que iba a venir con una mujer.

—No me lo ha preguntado —replicó Hugo—. Es mi compañera y trabajamos juntos.

—Esto no me gusta.

—Mala suerte.

Hubo una pausa en la que dio una calada al cigarrillo y los miró de arriba abajo.

—Tengo entendido que van tras la pista de la juez McDover —dijo tras carraspear y escupir.

—Trabajamos para la Comisión de Conducta Judicial del estado de Florida —dijo Lacy—. Somos abogados, no polis. Nuestro trabajo consiste en investigar denuncias contra jueces.

—Esa juez tendría que estar en la cárcel, junto con un montón de personas más. —Su voz sonaba apresurada y nerviosa. Expulsó el humo que le llenaba los pulmones y la nube se elevó hacia la densa atmósfera.

—Ha dicho que trabaja en el casino —señaló Hugo.

Hubo una larga pausa, y luego:

—Así es. ¿Qué saben de la juez?

—Se ha presentado contra ella una denuncia en la que se alega conducta dolosa por su parte —respondió Lacy—. No estamos autorizados a entrar en detalles.

—Conducta dolosa, ¿eh? —dijo, y se le escapó una risa nerviosa. Tiró el

cigarrillo al suelo de un capirotazo, donde relució un instante—. ¿Pueden detener a gente o solo están, ya saben, metiendo las narices en este asunto?

—No, no podemos detener a nadie —dijo Hugo.

Otra risa nerviosa entre las sombras.

—Entonces estoy perdiendo el tiempo. Tengo que hablar con alguien que tenga influencia de verdad.

—Nosotros tenemos autoridad para investigar y destituir a un juez si fuera necesario.

—La juez no es el mayor problema en este caso.

Esperaron a que dijera algo más, si bien no obtuvieron más que silencio. Entornaron los ojos para atisbar la silueta pero, al parecer, se había desvanecido. El hombre se había escabullido.

—¿Sigue ahí? —preguntó Hugo tras avanzar unos pasos.

No hubo respuesta.

—No te alejes —le susurró Lacy—. Creo que se ha ido.

Transcurrieron unos segundos de incómoda quietud.

—Creo que tienes razón —dijo Hugo finalmente.

—Esto no me gusta. Vámonos de aquí.

Abrieron a toda prisa las portezuelas del coche y se montaron en él. Mientras daba marcha atrás, Lacy barrió el lateral del edificio con los faros. No había rastro de ninguna persona. Salió a la carretera y tomó la dirección del casino.

—Qué raro ha sido esto —comentó Hugo—. Podríamos haber tenido esa conversación por teléfono.

Unos faros a lo lejos fueron acercándose.

—¿Crees que se ha asustado de mi presencia? —preguntó ella.

—¿Quién sabe? Si va de legal, entonces se está planteando facilitar información que podría ser la perdición de algunas personas. Naturalmente,

se muestra reacio a ello. Supongo que le ha entrado algo de canguelo y se ha largado.

Hugo se dio unas palmaditas en la cintura.

—Este cinturón se ha vuelto a desabrochar. Es la tercera vez esta noche. ¿Por qué no lo arreglas?

Lacy le miró de soslayo y estaba a punto de decir algo cuando Hugo gritó. Venían unas luces cegadoras en dirección contraria por su carril: una camioneta había cruzado la mediana. La colisión fue frontal, un parachoques contra el otro, con una fuerza tan violenta que su Prius salió por los aires y dio una vuelta de campana. Con sus más de dos mil setecientos kilos de peso, el doble que el Prius, la camioneta, una Dodge Ram 2500, salió mejor librada de la colisión. Fue a parar al arcén de la angosta carretera, con la parte delantera abollada casi dentro de la poco profunda cuneta.

El airbag del volante había estallado contra el pecho y la cara de Lacy y el fuerte impacto la había dejado aturdida. Se había golpeado la coronilla contra el techo del Prius al hundirse este y se le había abierto un feo tajo en el cráneo. El airbag del lado del copiloto no se había activado. Sin cinturón de seguridad ni airbag, Hugo se había estrellado contra el parabrisas, haciéndolo añicos con la cabeza y los hombros. El vidrio le había hecho trizas la cara y le había abierto un largo corte en el cuello.

El vidrio, el metal y los restos de los vehículos rociaron el escenario. La rueda delantera derecha de la camioneta seguía dando vueltas. El conductor se apeó lentamente, se quitó el casco y las protecciones negras de motero y volvió la mirada a su espalda. Otra camioneta aminoraba la velocidad. Estiró las piernas, se frotó la rodilla izquierda y se acercó a la parte delantera del Prius destrozado para echar un vistazo rápido. Vio a la mujer con la cara cubierta de sangre y el airbag arrugado delante de su cuerpo, y luego al tipo negro sangrando por sus numerosas heridas. Se entretuvo un momento allí y



luego se fue cojeando hasta la segunda camioneta, donde esperó mientras se frotaba la pierna. Se percató de que le sangraba la nariz. El conductor se puso al volante y se marcharon, despacio, con todas las luces apagadas. La camioneta se desvió hacia un campo y desapareció. No se hizo ninguna llamada a emergencias.

La casa más próxima estaba a unos ochocientos metros siguiendo por la carretera. Era propiedad de la familia Beale, e Iris Beale, la esposa y madre, oyó la colisión, aunque al principio no imaginó siquiera lo que había ocurrido. Pero estaba convencida de que era algo fuera de lo común y que hacía falta echar un vistazo. Despertó a su marido, Sam, y le obligó a ponerse algo de ropa e ir a ver qué había pasado. Para cuando este llegó al lugar de los hechos, ya había parado otro automóvil. En cuestión de minutos, se oyeron sirenas y aparecieron a lo lejos luces destellantes al llegar dos coches de la policía tappacola, a los que seguían dos vehículos del servicio de rescate y los bomberos tappacola. Casi de inmediato, solicitaron un helicóptero de evacuación médica al hospital regional más cercano en Panama City.

Sacaron a Hugo retirando lo que quedaba del parabrisas y luego pasándolo por la abertura. Seguía vivo, pero estaba inconsciente y apenas tenía pulso. Utilizaron unos gatos hidráulicos para arrancar la puerta del conductor y rescatar a Lacy, que intentaba hablar, pero solo emitía unos gruñidos ininteligibles. La metieron en una ambulancia y la enviaron a la clínica de la tribu que había cerca del casino. Allí esperarían al helicóptero. Lacy perdió el conocimiento cuando iba camino del centro, de modo que no se enteró de que Hugo había fallecido. Llevaría a cabo el breve vuelo al hospital sin su colega.

En el escenario del accidente, la policía se ocupó de sacar fotografías, hacer vídeos y tomar medidas, además de buscar testigos. Evidentemente, no había ninguno. Tampoco estaba por allí el conductor de la camioneta. El airbag del lado del conductor se había hinchado del todo. No había rastros de

sangre o lesiones, pero encontraron una botella de whisky rota a los pies del asiento del copiloto. El conductor sencillamente se había desvanecido. Antes incluso de que la grúa se llevara la camioneta, la policía descubrió que la habían robado seis horas atrás en un centro comercial de Foley, Alabama. Cargaron el Prius de Lacy en una grúa de caja abierta y lo llevaron a un desguace cerca del complejo de administración de la tribu.

Trasladaron el cadáver de Hugo al centro médico de la tribu y lo dejaron en una cámara refrigerada del sótano donde de vez en cuando guardaban algún cadáver. En la acera de enfrente, el alguacil, Lyman Gritt, estaba sentado a su mesa revisando la pequeña colección de objetos personales de Hugo: un llavero con sus llaves, billetes doblados, calderilla y un billetero. Un sargento estaba sentado al otro lado de la mesa, igualmente mudo. Ninguno de los dos se ofreció voluntario a hacer la llamada.

Al final, el alguacil abrió el billetero y sacó una tarjeta de visita de Hugo. Se conectó a internet, buscó el sitio web de la CCJ y localizó a Michael Geismar.

—La llamada de teléfono debería hacerla él, ¿verdad? —preguntó el alguacil—. Después de todo, conoce al señor Hatch, y probablemente también a su familia.

—Buena idea —convino el sargento.

A las 2.20 de la madrugada, Michael contestó al teléfono y se encontró con un:

—Lamento mucho esta llamada, pero creo que trabaja usted con el señor Hugo Hatch. Soy el alguacil de la tribu tappacola, en el condado de Brunswick.

Michael se puso en pie con torpeza mientras su mujer encendía una luz.

—¡Sí! ¿Qué ha ocurrido?

—Ha habido un percance, un grave accidente de coche, y el señor Hatch ha

resultado muerto. Alguien tiene que comunicárselo a la familia.

—¿Qué? ¿Lo dice en serio? No, no puede hablar en serio. ¿Quién es usted?

—Soy el alguacil Lyman Gritt, señor, jefe de policía de la tribu. Le aseguro que hablo en serio. El accidente ha ocurrido en nuestra reserva hace un par de horas. La joven señorita, Lacy Stoltz, ha sido trasladada al hospital de Panama City.

—No me lo puedo creer.

—Lo siento, señor. ¿Tiene familia el señor Hatch?

—¿Que si tiene familia? Sí, señor Gritt, tiene familia, una bonita y joven esposa y cuatro niños pequeños. Sí, una familia. Esto no puede ser real.

—Lo siento, señor. ¿Puede comunicárselo?

—¿Yo? ¿Por qué yo? Esto no puede estar pasando. ¿Cómo sé que no se trata de una broma o algo por el estilo?

—Señor, puede conectarse a internet y verificar quién soy. Puede llamar al hospital de Panama City. La señorita debería estar ya allí. Pero le aseguro que esta terrible noticia es real, y no queda mucho para que algún periodista se entere y llame a la familia.

—Vale, vale. Déjeme pensar un momento.

—No hay prisa, señor.

—Y Lacy, ¿está bien?

—No lo sé, señor. Está herida, pero con vida.

—De acuerdo. Bien, ahora mismo voy para allá. Deme su número de teléfono, por si acaso.

—Desde luego, señor, y si podemos ser de ayuda de alguna manera, haga el favor de llamarnos.

—Claro. Y gracias. Sé que no es fácil.

—No, señor. No lo es. Una pregunta, señor: ¿estaban trabajando en nuestra reserva anoche?

—Sí, así es. Desde luego que sí.

—¿Puedo preguntar el motivo? Soy el alguacil.

—Lo siento, quizá más adelante pueda responderle.

Geismar se quedó con Verna Hatch y los niños hasta que llegó la madre de ella, y luego salió pitando de la casa. Recordaría toda su vida el horror, la conmoción, la agonía, la auténtica locura de la familia al enterarse de que Hugo no volvería al hogar, y luego a ellos intentando convencerse de que sencillamente aquello no podía ser cierto. A ratos él era el malvado, el odioso mensajero que se había visto obligado a cargar con la descomunal tarea de hacerles entender que, en efecto, Hugo había muerto.

Nunca había experimentado semejante devastación emocional en estado puro ni tampoco iba a ser capaz de sobrellevar de nuevo una pesadilla así. Se sorprendió llorando mientras salía de Tallahassee en las horas previas al amanecer. Llegó a Panama City justo después de las seis de la mañana.

# 13

Lacy se encontraba estable pero aún inconsciente. El diagnóstico inicial incluía un corte en el lado izquierdo de la cabeza que requirió veinticuatro puntos de sutura, una conmoción que estaba provocando la inflamación del cerebro, abrasiones en la cara derivadas del violento roce con el airbag, y pequeños cortes tanto en el cuello, como en el hombro, el codo, la mano y la rodilla izquierdos. Le rasuraron la cabeza y los médicos decidieron mantenerla en un coma inducido durante al menos veinticuatro horas. Uno de ellos le explicó a Geismar que tardarían uno o dos días en descartar otra clase de lesiones, pero que de momento no se apreciaba nada que pusiera en peligro su vida.

Su madre, Ann Stoltz, llegó de Clearwater a las ocho de la mañana, junto con su hermana, Trudy, y el esposo de esta última, Ronald. En el hospital se encontraron con Michael, quien les facilitó toda la información que tenía, que no era mucha.

Una vez instalados, Michael se fue y condujo hasta la reserva. Esperó media hora en la comisaría hasta que Lyman Gritt llegó a trabajar. El alguacil le explicó que seguían investigando el suceso y que sabían lo siguiente: la colisión se había producido a todas luces debido a que la camioneta cruzó la mediana y chocó contra el Prius. Se trataba de un vehículo robado registrado a nombre de un hombre de Alabama. No había ni rastro del conductor, pero en apariencia este había estado bebiendo. Nadie lo vio alejarse del escenario del accidente y no habían encontrado ningún indicio de él. El airbag del copiloto no había saltado y el señor Hatch no llevaba abrochado el cinturón

de seguridad. Sus lesiones eran considerables, había sufrido una herida evidente en la cabeza y, al parecer, se había desangrado hasta morir.

—¿Quiere ver las fotografías?

—Quizá después.

—¿Quiere ver los vehículos?

—Sí, eso sí —respondió Michael.

—De acuerdo, iremos a verlos y le llevaré al escenario del accidente.

—Parece que hay unas cuantas preguntas sin respuesta.

—Seguimos investigando, señor —dijo Gritt—. Quizá usted pueda arrojar un poco de luz sobre lo que hacían aquí anoche.

—Quizá, pero todavía no. Llegaremos a eso más adelante.

—La investigación requerirá plena cooperación por su parte, señor. Tengo que saberlo todo. ¿Qué estaban haciendo aquí?

—No puedo darle más detalles ahora mismo —repuso Geismar, consciente de que así no hacía sino alimentar su recelo. En esos momentos, no obstante, no podía permitirse confiar en nadie—. Mire, un hombre ha muerto en un accidente de coche muy sospechoso. Tiene que darme su palabra de que los vehículos serán incautados y protegidos hasta que alguien pueda examinarlos.

—¿Alguien? ¿En quién está pensando, señor?

—No estoy seguro.

—¿Tengo que recordarle que esto ha ocurrido en territorio tappacola y que aquí somos nosotros quienes investigamos? Nadie nos mira por encima del hombro.

—Claro, lo entiendo. Lo que pasa es que estoy un poco alterado, ¿vale? Deme un poco de tiempo para reflexionar sobre todo esto.

Gritt se levantó y fue hasta una mesa que había en el rincón de su despacho.

—Échele un vistazo a esto —dijo. En mitad de la mesa había un bolso de

mano de mujer grande y elegante y, al lado, un llavero. A un par de palmos había un billetero y unas llaves. Michael se acercó y los miró. Gritt continuó —: Cuando hay una muerte, por lo general revisamos los efectos personales y hacemos inventario de ellos. Todavía no lo he hecho. Solo abrí el billetero para coger una tarjeta de visita. Así fue como di con usted. No he mirado dentro del bolso.

—¿Dónde están sus teléfonos móviles? —preguntó Michael.

Gritt ya estaba negando con la cabeza.

—No había ninguno. Miramos en todos sus bolsillos y registramos el coche y no encontramos ninguno.

—Eso es imposible —dijo Michael, asombrado—. Alguien les ha quitado sus móviles.

—¿Está seguro de que los llevaban encima?

—Claro. ¿Quién no lleva móvil hoy en día? Y en sus teléfonos debían de estar registradas sus llamadas más recientes, incluidas las que le hicieron al tipo con quien iban a reunirse.

—¿Y quién era ese hombre?

—No lo sé. Se lo juro. —Michael se estaba frotando los ojos. De pronto dejó escapar un grito ahogado y preguntó—: ¿Y qué hay de sus maletines?

Gritt volvió a negar con la cabeza.

—Ni rastro de ellos.

—Tengo que sentarme. —Michael se desplomó en una silla ante la mesa y se quedó mirando los objetos personales, conmocionado.

—¿Quiere un poco de agua? —preguntó Gritt.

—Si es tan amable...

En los maletines tenían que estar los expedientes y allí se encontraba todo. Le sobrevino un acceso de náuseas al imaginar a Vonn Dubose y Claudia McDover revisando el papeleo. Fotos de los cuatro apartamentos; del propio

Vonn y de Claudia yendo y viniendo de sus encuentros; de la juez tomando un vuelo a Nueva York, todos los registros de viaje detallados, una copia de la denuncia de Greg Myers, los informes de Sabelle, todo. Todo.

Michael tomó unos sorbos de agua de una botella y se enjugó el sudor de la frente. Cuando hubo reunido la energía suficiente para ponerse en pie, lo hizo y dijo:

—Mire, volveré mañana para recoger todo esto y echar un vistazo a los vehículos. Ahora mismo tengo que regresar a mi oficina. Haga el favor de ponerlo todo a buen recaudo.

—Ese es nuestro trabajo, señor.

—Y necesito las llaves de la señora Stoltz, si no hay inconveniente.

—No veo ningún problema.

Michael cogió las llaves, le dio las gracias al alguacil y salió de allí. Llamó a Justin Barrow a la CCJ y le indicó que fuera de inmediato al apartamento de Lacy y buscara al portero de su edificio para explicarle lo que había ocurrido y contarle que el jefe de Lacy tenía las llaves de ella y estaba de camino. Puesto que no sabía el código del sistema de seguridad de Lacy, necesitaban que el portero lo desactivase.

—Vigila el apartamento hasta que yo llegue. Asegúrate de que no entre ni salga nadie —le dijo a Justin.

Mientras regresaba a toda velocidad a Tallahassee, Michael intentó convencerse de que Lacy y Hugo, con toda probabilidad, no llevaban consigo sus maletines. Para qué iban a necesitarlos, ¿no? Habían quedado a las tantas con un testigo anónimo. ¿De qué les habrían servido los expedientes? Pero también sabía que, como cualquier investigador, o cualquier otro abogado, de hecho, ellos rara vez iban a ninguna cita de trabajo sin su fiel maletín. Sintió deseos de darse una patada en el trasero por la política tan laxa de la CCJ en lo referente a la seguridad de sus archivos. De hecho, no tenían ninguna clase



de política al respecto, pensó. Puesto que todos sus casos se manejaban con la más absoluta confidencialidad, era cuestión de práctica mantener los expedientes a salvo. Era un detalle que venía con el oficio, y nunca se había visto en la necesidad de recordarles a sus empleados que protegieran la información.

Paró dos veces a tomar café y estirar las piernas. Y combatió el cansancio hablando por teléfono. Llamó a Justin, que ya estaba en el apartamento de Lacy. El portero no le iba a dejar entrar hasta que llegara el jefe de Lacy con la llave de ella. Mientras conducía y tomaba café a largos tragos, Geismar habló con dos periodistas que habían llamado a la oficina. También llamó a Verna y habló con una de sus hermanas. Como era de esperar, esta no tenía mucho que decir. Verna estaba en el dormitorio con sus dos hijos mayores. Se planteó preguntar si alguien podía buscar el maletín y el móvil de Hugo, pero no le pareció el momento adecuado. Bastantes preocupaciones tenían ya. Su secretaria organizó una conferencia telefónica con el personal de la Comisión y él contestó tantas preguntas como pudo. Como era comprensible, estaban muy conmocionados para trabajar.

El portero insistió en estar presente cuando entraran en el apartamento de Lacy. Michael dio con la llave adecuada de la puerta y la abrió, y el portero se apresuró a desactivar la seguridad. Frankie, el bulldog francés, reclamaba comida y agua a ladridos y había dejado la cocina hecha un asco.

—Venga, voy a darle de comer al bicho mientras ustedes se dan prisa — dijo el portero.

Michael y Justin lo dejaron buscando comida para perros y fueron por todas las habitaciones. Justin encontró el maletín de Lacy en una silla de su dormitorio. Michael lo abrió con cuidado y sacó un bloc de notas y dos expedientes. Eran los expedientes de trabajo oficiales de la CCJ, cada uno con su número de caso, y entre ambos albergaban toda la documentación de

valor. Encontraron su iPhone cargándose en una repisa del cuarto de baño. Le dieron las gracias al portero, que estaba fregando el suelo y mascullando lo justo para que le oyeran, y se fueron del apartamento con el maletín y el iPhone.

—Mira, Justin, yo no puedo volver allí —dijo Michael, cuando llegaron a la altura del coche—. Me asocian con las horribles noticias. Tienes que pedirle a Verna su maletín y el móvil, ¿de acuerdo? Dile que es clave.

Michael Geismar era el jefe y Justin no tenía muchas opciones.

El domicilio de los Hatch resultó fácil de identificar por el gentío. Ambos lados de la calle estaban llenos de vehículos y varios hombres se entretenían en el jardín delantero, como si ya hubiera demasiada gente dentro. Justin se les acercó a regañadientes y les saludó con un gesto de la cabeza. Se mostraron amables, pero no dijeron gran cosa. Uno de ellos, un tipo blanco con camisa y corbata, le resultaba vagamente familiar. Justin le explicó que era compañero de Hugo en la CCJ. El tipo le dijo que se llamaba Thomas y trabajaba para la fiscalía general. Hugo y él habían estudiado juntos en la facultad de Derecho y habían seguido siendo buenos amigos. Casi entre susurros, Justin le explicó la naturaleza de su visita. Era fundamental localizar y recuperar el maletín de Hugo, en el que había expedientes confidenciales de la CCJ y demás, y Thomas lo entendió. Además, echaban en falta un móvil que le había facilitado la Comisión. ¿Cabía la posibilidad de que se lo hubiera dejado en casa?

—No es probable —contestó Thomas, que luego entró con discreción en el domicilio.

Por la puerta de entrada salieron dos mujeres deshechas en lágrimas a las que consolaban sus hombres. A juzgar por el número de coches que había en

la calle, Justin supo que la casa estaba llena a rebosar de familiares y amigos en estado de shock.

Después de una eternidad, Thomas salió por la puerta principal con las manos vacías. Él y Justin se acercaron al bordillo de la acera para tener un poco de intimidad.

—El maletín está ahí —dijo Thomas—. Le he explicado la situación a Verna y me ha dejado echarle un vistazo. Parece que todo está en orden, pero no ha permitido que me lo llevara. Le he advertido que lo tenga a buen recaudo. Creo que lo entiende.

—No voy a preguntarte qué tal está.

—Es horrible. Está en el dormitorio con sus dos hijos mayores y apenas es capaz de hablar. La madre de Hugo está tendida en el sofá. Hay tías y tíos por todas partes, y un médico con ellos. Es sencillamente horrible.

—¿No has visto ni rastro del móvil?

—No, lo llevaba encima. Él la llamó anoche hacia las diez para ver qué tal iba todo. Le he preguntado si Hugo tenía un móvil personal y me ha contestado que no. Usaba el de la CCJ para todo.

—Gracias —dijo Justin tras respirar hondo—. Ya nos veremos.

Mientras se alejaba en el coche de allí, Justin llamó a Michael para ponerlo al corriente de las novedades.

A primera hora de la tarde trasladaron el cadáver de Hugo en un coche fúnebre a una funeraria de Tallahassee, donde lo prepararon para el entierro, aunque Verna no había sido capaz de ultimar los detalles todavía.

Lacy siguió en cuidados intensivos el resto del día. Sus constantes vitales eran estables y los médicos se encontraban satisfechos con su evolución. Otro escáner reveló una leve mejoría de la inflamación y, si todo iba bien, los

doctores tenían previsto sacarla del coma en un plazo de treinta y seis a cuarenta y ocho horas. Lyman Gritt quería hablar con ella, pero le dijeron que tendría que esperar.

Después de pasarse la noche sin dormir, Michael fue a la oficina de la Comisión el miércoles al amanecer y esperó a Justin. En un estado como de sonambulismo en medio de aquella pesadilla, leyó las noticias sobre Hugo en la primera plana del periódico matinal. Había dos fotos: una imagen publicitaria de Hugo en su época de jugador de la Universidad Estatal de Florida, y otra con traje y corbata tomada para el sitio web de la CCJ. Michael leyó los nombres de sus cuatro hijos y le volvieron a entrar ganas de llorar. El funeral se celebraría el sábado, dentro de tres días; iba a ser una pesadilla inimaginable.

Justin y él salieron a las siete y condujeron hasta la reserva. Lyman Gritt había hecho el inventario del contenido del billetero de Hugo, contado el dinero y fotografiado todo. Le pidió a Michael que firmara la hoja de inventario y luego se lo entregó todo. Este último también se marchó de allí con el bolso de Lacy. Se dirigieron a pie calle abajo hasta llegar a un pequeño cementerio de coches con una decena de vehículos destrozados, una verja cerrada y una valla de tela metálica a su alrededor. Sin tocar nada, examinaron los dos vehículos. La camioneta seguía oliendo a whisky. El Prius había sufrido desperfectos mucho más graves, y había tanta sangre que ni Michael ni Justin quisieron hurgar mucho. Era la sangre de sus amigos, que aún seguía fresca.

—Es probable que se celebre un juicio —dijo Michael con solemnidad, aunque no estaba seguro de que esto fuera a ocurrir—. Así pues, es fundamental conservar estos vehículos tal como están. ¿Supone algún

problema?

—Claro que no —dijo Gritt.

—Además, las aseguradoras se implicarán y enviarán a sus peritos.

—Ya hemos pasado por esto en otras ocasiones, señor Geismar.

—¿Y han buscado los teléfonos móviles por todas partes?

—Como le dije, lo hemos hecho y no hemos encontrado nada.

Michael y Justin cruzaron una mirada de escepticismo. Preguntaron si podían tomar algunas fotografías y Gritt dijo que no le importaba. Una vez que hubieron terminado, siguieron al alguacil hasta la carretera rural donde había ocurrido el choque. Echaron un vistazo por los alrededores, al principio con vacilación, y les llamó la atención lo alejado que estaba el lugar de todo. Era el sitio perfecto para un accidente sin testigos. Vieron la casa de los Beale a lo lejos, el viejo bingo más cerca y ningún edificio más.

—No hay marcas de frenazos —dijo Michael mirando la calzada.

—Ni una sola —convino Gritt—. Lacy no tuvo tiempo de reaccionar. Me parece que la camioneta se saltó la mediana y chocaron justo aquí. —El alguacil estaba en mitad del carril que iba en dirección este—. Su coche dio una vuelta de campana y se quedó orientado hacia allí. No se salió del carril en ningún momento. La camioneta, que como es natural pesaba mucho más, rebotó aquí y casi se fue hasta esa zanja en la cuneta. A todas luces, dio un bandazo hacia el carril por el que iba ella, quien no tuvo tiempo de hacer nada.

—¿Se ha calculado la velocidad de impacto? —preguntó Michael.

—No, pero un experto en reconstrucciones de accidentes podría acercarse bastante.

Michael y Justin escudriñaron el lugar de los hechos y se fijaron en las manchas de aceite, los fragmentos de vidrio, las esquirlas de aluminio y metal. En el margen del asfalto, casi en el arcén, repararon en lo que solo

podía ser sangre reseca. En la hierba había un jirón de tela, también manchado. Un colega suyo había muerto allí y otra había quedado gravemente herida. Parecía un lugar de lo más impropio para morir.

Sacaron varias fotos más y de súbito sintieron deseos de marcharse.

Frog Freeman regentaba un comercio rural y una estación de servicio tres kilómetros al norte de Sterling. Vivía al lado en una casa antigua que construyó su abuelo y, como siempre estaba por allí y la tienda era su vida, la tenía abierta hasta las diez todas las noches. Para el negocio que hacía en la zona rural del condado de Brunswick después de que oscureciera, bien podría haberse ido a las seis, pero no tenía nada mejor que hacer. El lunes por la noche, no había cerrado a las diez porque había una fuga en alguna parte de la nevera de las cervezas. Frog vendía mucha cerveza, la mayor parte muy fría. Una nevera que no funcionara bien era inaceptable y, puesto que él mismo se encargaba de todas las reparaciones, estaba absorto luchando a brazo partido con la nevera cuando entró un cliente en busca de hielo, alcohol desinfectante y dos latas de cerveza.

«Qué combinación tan curiosa», pensó Frog mientras se limpiaba las manos e iba hasta la caja registradora. Hacía más de cincuenta años que era el propietario de la tienda y era un experto en predecir lo que se traían entre manos los clientes basándose simplemente en lo que compraban. Había visto de todo, pero hielo, alcohol desinfectante y cerveza era una combinación insólita.

Frog había sido víctima de tres robos, dos a punta de pistola, y hacía años que había empezado a contraatacar. Tenía seis cámaras de vigilancia instaladas por la tienda. Cuatro a la vista, de modo que los ladrones en potencia pudieran darse cuenta del peligro que implicaba el robo que tenían

planeado, y dos ocultas, incluida una encima del porche delantero.

Frog entró en la minúscula oficina que tenía tras la caja registradora y echó un vistazo al monitor. Camioneta blanca, matrícula de Florida. Un hombre joven sentado en el asiento del copiloto. Le pasaba algo en la nariz. Se la cubría con un trapo, que parecía manchado. El conductor apareció en escena con la bolsa de hielo y la bolsita de papel marrón que contenía el alcohol desinfectante y la cerveza. Se puso tras el volante, le dijo algo al copiloto y luego salió marcha atrás.

«Ese ha tenido una pelea», se dijo Frog, y siguió con su reparación.

Los accidentes mortales de circulación eran poco habituales en el condado de Brunswick. A la mañana siguiente, el grupo que solía ir a la tienda de Frog a tomar café comentaba los rumores con un entusiasmo desenfrenado. Un tipo negro y una chica blanca de Tallahassee se perdieron en la reserva y un borracho los embistió de frente. Era una camioneta robada y el conductor se largó. Así de sencillo, se fue. Todavía no se sabía nada de él. La hipótesis de que un conductor borracho se fuera dando tumbos del lugar del accidente, desapareciera en las profundidades de la reserva y llegara a salvo más allá de los confines de esta había dado pie a toda clase de chistes, especulaciones y comentarios de incredulidad.

—No duraría ni una hora ahí fuera —señaló uno de los que tomaban café.

—Probablemente sigue dando vueltas por los alrededores —comentó otro.

—No os preocupéis. Los indios le darán su merecido —aseguró un tercero.

Ese mismo día, a medida que se iban descubriendo más y más detalles, Frog empezó a atar cabos. Conocía bien al sheriff y sabía que este tenía problemas con la policía tappacola. Gracias a su riqueza, la tribu había montado un cuerpo de policía el doble de grande que el del condado, y mucho mejor equipado. El resentimiento era inevitable.

Llamó a Clive Pickett, el sheriff del condado de Brunswick, y le dijo que

igual tenía algo de interés. Pickett pasó por allí después del trabajo y vio el vídeo. Sus primeras palabras fueron: «Qué raro». Dijo que el condado había estado tranquilo el lunes por la noche, igual que prácticamente todas; aseguró que solo había habido señales de vida en el casino. Nadie había llamado para dar parte de una pelea o agresión, ni de la presencia de algún mirón o de tipos sospechosos. De hecho, todo había estado en calma hasta que los dos vehículos chocaron.

—Se produjo a unos quince kilómetros de aquí, ¿no crees? —dijo el sheriff haciendo cálculos.

—A vuelo de pájaro.

—Entonces el intervalo de tiempo coincide, ¿no?

—Eso parece.

El sheriff se rascó la barbilla, profundamente concentrado.

—Así pues, si el chico de la nariz machacada conducía la camioneta robada, ¿cómo se las arregló para que un desconocido lo recogiera y lo trajera aquí en menos de quince minutos?

—No lo sé. Usted es el sheriff.

—Quizá el desconocido no era ningún desconocido.

—Eso pensaba yo.

Frog accedió a hacer una copia del vídeo y enviársela por email al sheriff. Acordaron mantenerlo en secreto un día o así antes de informar a los indios.



El miércoles a media tarde, Michael reunió a lo que quedaba de su plantilla en Tallahassee. Los dos investigadores de la sección de la CCJ en Fort Lauderdale no estaban incluidos. Justin Barrow, con seis años de experiencia, era ahora el investigador de mayor antigüedad. Había estado jugando chapuceramente al golf con Hugo una semana antes y conocía los detalles básicos de la denuncia presentada por Greg Myers, pero no estaba al tanto de la magnitud de la conspiración que acechaba entre las sombras. Tenía casos propios de los que preocuparse. Maddy Reese, que llevaba allí menos de un año, no sabía nada de la historia de Vonn Dubose, la corrupción en el casino ni la juez Claudia McDover.

Michael empezó por el principio, con Myers, y les contó todo. Ellos lo asimilaron con una mezcla de incredulidad y miedo. Su jefe no podía estar a punto de poner el caso en sus manos, ¿verdad? Este hizo hincapié en que prácticamente ninguna de las alegaciones incluidas en la denuncia de Myers se había probado y en que estaba casi seguro de que la CCJ no se encontraba en situación de demostrarlas. Fuera como fuese, estaba convencido de que Lacy y Hugo se habían adentrado en terreno funesto.

—El accidente huele a juego sucio —dijo—. Un posible informador los atrajo con engaños a un lugar apartado. Desconocemos si llegaron a verse con él, y no lo sabremos hasta que Lacy pueda hablar. En un tramo recto de carretera, con tiempo despejado y sin más tráfico, los embistió de frente una camioneta robada cuyo conductor probablemente nunca será localizado. Según parece, manipularon el airbag del copiloto, junto con el cinturón de

seguridad, y ninguno de los dos funcionó. Y sus móviles de la CCJ han desaparecido, supuestamente robados. Tenemos previsto ejercer toda la presión posible para que se abra una investigación, pero nos las estamos viendo con la tribu tappacola, no con el típico organismo que vela por el cumplimiento de la ley.

—¿Estás diciendo que Hugo fue asesinado? —preguntó Maddy.

—Todavía no. Solo afirmo que las circunstancias que rodean su muerte son sumamente sospechosas.

—¿Y el FBI? ¿No tiene jurisdicción?

—Sí que la tiene, y es posible que les pidamos ayuda en algún momento, pero no ahora.

—Entonces, mientras tanto, ¿qué pasa con este caso? —preguntó Maddy tras carraspear.

—Se encuentra sobre mi mesa —contestó Michael—. No estoy seguro de qué voy a hacer con él, pero por el momento es mío.

—Si no te importa que lo diga —comentó Justin—, no creo que estemos preparados para esto. Si de verdad se está llevando a cabo toda esta actividad criminal, ¿qué demonios hacemos nosotros metiendo las narices en ella? Esto es para tipos con armas y placas y todas esas mandangas.

—Es verdad. Y supongo que esa pregunta tuya me la llevaré a la tumba. Pensábamos que podía haber cierto peligro, y nuestro plan consistía en husmear los márgenes y ver qué averiguábamos. Hay que tener en cuenta que se presentó una denuncia formal y, una vez encima de nuestra mesa, no teníamos otra opción que investigarla. Supongo que deberíamos haber tenido más cuidado. Debería haberles dicho que no fueran a la reserva el lunes por la noche.

—Es verdad, pero esos dos no se asustan fácilmente —señaló Maddy.

Hubo una pausa larga y pesada mientras pensaban en sus colegas.

—¿Cuándo podremos visitar a Lacy? —preguntó Maddy al final.

—Tienen previsto sacarla del coma pronto. Yo iré por la mañana. Si todo va bien, ya tendré ocasión de hablar con ella. Alguien ha de contarle lo de Hugo. Igual dentro de un par de días podéis hacerle una visita. Recordad que el funeral es el sábado y que asistiremos todos.

—Estoy impaciente —comentó Justin.

La policía de Foley, Alabama, fue informada de que la camioneta Dodge Ram que estaban buscando había ido a parar a un cementerio de coches en territorio indio en Florida. Avisaron al propietario, que lo notificó a su aseguradora. El miércoles por la tarde, un hombre se presentó en la comisaría y dijo que sabía algo sobre el robo. Era un detective privado, conocido de algunos polis, que había sido contratado por un marido para que siguiera a su joven esposa, de quien sospechaba que se estaba viendo con otro. El detective estaba oculto en su coche en el aparcamiento de un centro comercial cuando vio que una camioneta Honda con matrícula de Florida estacionaba cerca de la Dodge Ram en cuestión. En la Honda iban dos hombres, pero no se bajaron. Estuvieron observando los coches que pasaban y a los peatones durante unos quince minutos, aunque parecían fuera de lugar. El copiloto se apeó y se acercó a la Dodge. En ese momento, el investigador, como estaba aburrido y en realidad no tenía otra cosa que hacer, sacó el móvil y empezó a grabar un vídeo.

El ladrón abrió con destreza la puerta del conductor con una hoja de metal lisa —saltaba a la vista que tenía experiencia— y, en cuestión de segundos, arrancó el motor y lo puso en marcha, seguido por su colega en la Honda. En el vídeo se veía con claridad la matrícula de Florida de la Honda. Pocos robos de vehículos se resuelven con tanta facilidad, y la policía de Foley se quedó

con el vídeo y dio las gracias al atento ciudadano. Rastrearón la matrícula hasta dar con un hombre de DeFuniak Springs, Florida, en el condado de Walton, a poco más de veinte kilómetros del casino. El hombre, un tal Berl Munger, tenía unos largos y llamativos antecedentes como delincuente de poca monta y en esos momentos estaba en libertad condicional. Como solo se trataba del robo de una camioneta y no de un delito más grave, y dado que habría implicado meterse en otro estado, la policía de Foley dejó el expediente en una bandeja para asuntos que habría que abordar pronto, pero no mañana mismo.

Greg Myers y su querida embarcación estaban atracados en Naples, Florida. Se estaba tomando una copa de media tarde en el *Conspirator*, dedicado a su rutina diaria de echar un vistazo a la prensa de Pensacola, Tallahassee y Jacksonville. Vivir en un barco le producía una sensación de desarraigo, de no tener nunca la seguridad de dónde estaría mañana. Mantenerse al tanto de las noticias de los lugares donde había vivido lo unía al pasado, por lo menos a los buenos tiempos, y se había vuelto una actividad importante. Además, tenía muchos enemigos por allí y de vez en cuando sus nombres aparecían en la prensa.

Se quedó atónito al leer que Hugo había muerto en un accidente de coche a las tantas de la noche en la reserva de los tappacola, y que su compañera, Lacy Stoltz, había resultado gravemente herida. Era una noticia terrible, y por más de una razón. Habría investigaciones, se seguirían pistas y al final se señalaría a personas concretas. Como siempre, sospechó lo peor: que Dubose estaba detrás del accidente, el cual no era en absoluto lo que parecía.

Cuanto más leía sobre el accidente, peor se sentía. Aunque solo se había visto con Lacy y Hugo en tres ocasiones, los apreciaba y admiraba. Eran

inteligentes y nada pretenciosos; no ganaban mucho dinero, pero estaban entregados a su trabajo. Por culpa de él, iban tras la pista de una juez corrupta y sus compinches. Por culpa de él, Hugo ahora estaba muerto.

Greg desembarcó y caminó por el muelle. Encontró un banco con vistas a la bahía y se quedó allí sentado un buen rato, maldiciéndose por lo ocurrido. De pronto, una pequeña y turbia conspiración se había convertido en algo mucho más peligroso.

## 15

Geismar estaba en el hospital a las ocho de la mañana del jueves. Pasó por la sala de espera para ver cómo estaba Ann Stoltz, que se encontraba sola. Las constantes vitales de Lacy seguían siendo firmes. Los médicos habían dejado de suministrarle barbitúricos la noche anterior y ahora estaba despertando poco a poco. Treinta minutos después, una enfermera fue a buscar a Ann y le dijo que su hija estaba consciente.

—Ya le daré yo la noticia de Hugo —dijo Geismar—. Usted adelántese unos minutos y yo iré enseguida.

Como seguía en la UCI, Michael no había pedido verla. Cuando entró en la habitación, le sorprendió el estado de su cara. La tenía magullada, roja y púrpura, con abrasiones y pequeños cortes, e hinchada hasta tal punto que resultaba irreconocible. A través de unas ranuras estrechas e inflamadas, apenas eran visibles sus pupilas. Tenía el tubo endotraqueal asegurado con esparadrapo a la comisura de la boca. Le tocó la mano con suavidad y la saludó.

Ella asintió e intentó mascullar algo, pero el tubo se lo impidió. Ann Stoltz se sentó en una silla y se enjugó los ojos.

—¿Qué tal estás, Lacy? —preguntó Michael, que también estaba al borde de una gran emoción. Un rostro tan precioso reducido a semejante desastre.

Ella asintió levemente.

—No le he dicho nada —susurró Ann.

Una enfermera entró con discreción en la habitación y se situó junto a Ann.

—Chocaron de frente contra vosotros —dijo Michael, después de

acercarse un poco a ella—. Fue un accidente terrible, Lacy —Tragó con dificultad, miró a Ann y dijo—: Hugo no pudo superarlo, ¿de acuerdo? Ha muerto.

Lacy dejó escapar un gemido lastimero y cerró las estrechas ranuras; le apretó la mano.

—No fue culpa tuya —continuó Michael con los ojos humedecidos—, tiene que quedarte claro, Lacy. No fue culpa tuya.

Ella gimió de nuevo y movió la cabeza levemente de lado a lado.

Un médico se situó enfrente de Michael al otro lado de la cama y miró con atención a la paciente.

—Lacy, soy el doctor Hunt —dijo—. Has estado inconsciente cuarenta y ocho horas. ¿Me oyes?

Ella volvió a asentir y respiró hondo. Una lagrimita se las arregló para abrirse camino entre la hinchazón y le cayó a la mejilla izquierda.

El médico le hizo un rápido reconocimiento planteándole preguntas cortas, levantando dedos y haciéndole mirar objetos que había al otro lado de la habitación. Lacy respondió bien, aunque un poco vacilante.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó.

Asintió. Sí.

El doctor Hunt miró a la enfermera y prescribió un analgésico.

—Puede hablar unos minutos más con ella, pero no sobre el accidente —dijo a Michael mirándolo—. Tengo entendido que la policía quiere hablar con ella, pero nada de eso va a ocurrir en un corto plazo. Ya veremos cómo se encuentra en un par de días.

Se apartó de la cama y salió de la habitación sin decir ni una palabra más.

—Tenemos que hablar de un asunto confidencial —dijo Michael mirando a Ann—. Si no le importa. Solo será un momento.

Ann asintió y salió de la habitación.

—Lacy, ¿llevabas el móvil de la CCJ encima el lunes por la noche? — preguntó.

Ella asintió.

—Ha desaparecido; el de Hugo también. La policía registró el coche y el lugar donde ocurrió el accidente. Han mirado por todas partes y no han encontrado ningún móvil. No me pidas que te lo explique, porque no puedo. Pero si ha hackeado tu móvil quien no debía, tenemos que dar por sentado que pueden localizar a Myers.

Los ojos hinchados se le dilataron ligeramente y siguió asintiendo para que él continuara.

—Nuestro técnico dice que es casi imposible hackear esos móviles, pero siempre existe la posibilidad. ¿Tienes el número de Myers?

Lacy asintió. Sí.

—¿En el expediente?

Asintió. Sí.

—Estupendo. Me pondré manos a la obra.

Otro médico entró en la habitación con intención de husmear un poco. Michael ya había tenido suficiente para una visita. Había cumplido la misión que tanto temía y, evidentemente, no iba a hacerle más preguntas acerca de lo que había pasado el lunes por la noche.

—Lacy, tengo que irme —dijo inclinándose hacia ella—. Le diré a Verna que estás bien y que tienes presente a su familia.

Ella estaba llorando otra vez.

Una hora después, las enfermeras le quitaron el respirador y empezaron a retirarle tubos. Sus constantes vitales eran normales. Dormitó a ratos toda la mañana del jueves, pero hacia el mediodía ya estaba aburrida de tanto dormir.



Tenía la voz áspera y débil pero también iba ganando fuerzas con cada hora que pasaba. Habló con Ann, la tía Trudy y el tío Ronald, un hombre a quien nunca había tenido cariño, pero cuya presencia ahora apreciaba.

La UCI tenía un espacio limitado y, una vez estabilizada y fuera de peligro, los médicos decidieron que podían trasladar a Lacy a una habitación individual. Esto coincidió con la llegada de Gunther, el hermano mayor de Lacy y el único que tenía. Como siempre, Gunther se hizo oír antes de dejarse ver. Estaba en el pasillo discutiendo con una enfermera acerca del número de visitas que permitía el hospital en cada habitación en un momento dado. La norma era tres. A Gunther aquello le parecía absurdo y, además, acababa de conducir de un tirón desde Atlanta para ver a su hermanita y, si a la enfermera no le gustaba, podía llamar a seguridad. Y si ella avisaba a seguridad, Gunther quizá llamara a sus abogados.

El sonido de su voz solía ser indicio de líos, pero en ese momento a Lacy le pareció maravilloso. De hecho, dejó escapar una risita y, al hacerlo, le dolió todo el cuerpo, desde la cabeza hasta las rodillas.

—Supongo que ya ha llegado —dijo Ann Stolz.

Trudy y Ronald aguzaron el oído como si se prepararan para algo desagradable.

La puerta se abrió de par en par sin que nadie llamara e irrumpió Gunther, con una enfermera tras sus pasos. Le dio un besito a su madre en la frente, hizo caso omiso de sus tíos y casi se abalanzó sobre Lacy.

—Dios bendito, mujer, ¿qué te han hecho? —preguntó, y la besó en la frente.

Ella intentó sonreír.

—Hola, Trudy. Hola, Ronald. Despídete, Ronald, porque tienes que esperar en el pasillo —dijo Gunther después de volver la cabeza—. Aquí la enfermera Ratched amenaza con llamar a seguridad debido a una norma

arbitraria e irracional que tienen en este antro pueblerino.

Trudy ya estaba buscando el bolso mientras Ronald decía:

—Nos vamos. Volveremos en unas horas.

Salieron a toda prisa de la habitación, evidentemente bastante contentos de alejarse de Gunther, que miró a la enfermera Ratched, levantó dos dedos y dijo:

—Una visita, dos visitas. Yo y mamá. ¿Es que no sabes contar? Ahora que ya cumplimos las normas, ¿quieres hacer el favor de dejarnos a solas para que pueda hablar con mi hermana en privado?

La enfermera Ratched también se marchó encantada. Ann negaba con la cabeza. Lacy tenía ganas de reír, pero sabía que aquel gesto sería demasiado doloroso.

Dependiendo del año, o incluso del mes, Gunther Stoltz era o bien uno de los diez promotores comerciales de mayor éxito en Atlanta o bien uno de los cinco chanchulleros inmobiliarios con más probabilidades de acabar en bancarrota. Con cuarenta y un años, ya se había declarado en quiebra por lo menos dos veces y parecía destinado a vivir en esa cuerda floja que tanto estimulaba a algunos promotores. Cuando las cosas iban bien y el dinero era barato, tomaba prestadas cantidades enormes, construía como un loco y se pulía la pasta como si nunca fuera a acabarse. Cuando el mercado se le volvía en contra, se escondía de los bancos y se desprendía de bienes a precios de liquidación. No había término medio: no se planteaba planificar con prudencia o, Dios no lo quisiera, ahorrar un poco de ese dinero. Cuando iba de capa caída nunca dejaba de apostar por un futuro más halagüeño y, cuando estaba en lo más alto, se atragantaba de dinero y se olvidaba de los malos tiempos. Atlanta no dejaría nunca de crecer, y su vocación en la vida era atestarla más aún de centros comerciales, apartamentos y complejos de oficinas.

Durante esta breve invasión, Lacy ya se había percatado de una pista importante. El hecho de que hubiera venido conduciendo desde Atlanta, y no en un jet privado, era un indicio claro de que sus proyectos inmobiliarios no iban bien.

—Lacy, siento mucho no haber podido venir antes —dijo Gunther, casi nariz con nariz—. Estaba en Roma con Melanie y he vuelto tan pronto como he podido. ¿Cómo te encuentras, cielo?

—He estado mejor —respondió ella con voz rasposa. Había muchas probabilidades de que no hubiera pisado Roma desde hacía años. Parte de su actuación consistía en citar nombres de sitios elegantes. Melanie era su segunda esposa, una mujer a la que Lacy detestaba y, por suerte, rara vez veía.

—Ha despertado esta misma mañana —comentó Ann desde su silla—. Venir antes habría sido perder el tiempo.

—¿Y tú cómo estás, madre? —preguntó él sin mirar a Ann.

—Bien, gracias por tu interés. ¿Era necesario que fueras tan grosero con Trudy y Ronald?

Y así sin más, la tensión familiar impregnó por completo la atmósfera. Gunther, cosa inusitada en él, tomó aire y lo dejó pasar.

—He leído las noticias en la prensa —dijo con la mirada todavía fija en su hermana—. Qué horror. ¿Y tu amigo murió, Lacy? No me lo puedo creer. ¿Qué ocurrió?

—El médico le ha dicho que no hable del accidente —terció Ann con voz aflautada.

—Bueno, la verdad es que me da igual lo que haya dicho el médico —afirmó Gunther mientras fulminaba a su madre con la mirada—. Estoy aquí y, si quiero charlar con mi hermana, nadie va a decirme de qué puedo o no hablar. —Se volvió hacia Lacy y preguntó—: ¿Qué sucedió? ¿Quién

conducía el otro vehículo?

—No lo asimila todo, Gunther —dijo Ann—. Ha estado en coma desde el lunes por la noche. Haz el favor de ir con cuidado, ¿de acuerdo?

Pero la delicadeza no estaba entre las virtudes de Gunther, que dijo:

—Conozco a un abogado estupendo y vamos a demandar a ese cabrón por todo lo que tenga. Fue culpa suya, ¿verdad, Lacy?

Ann suspiró haciendo tanto ruido como pudo, se levantó y salió de la habitación.

—No me acuerdo —dijo Lacy a la vez que negaba levemente con la cabeza. Luego se le cerraron los ojos y se quedó dormida.

Para media tarde, Gunther se había apropiado de al menos la mitad de la habitación individual de Lacy. Había dispuesto dos sillas, un carrito con ruedas, una mesita de noche en la que antes había una lámpara y el pequeño sofá cama en una configuración que le permitía trabajar como si estuviera en un despacho con el portátil, el iPad, no uno sino dos móviles y un montón de papeleo. La enfermera Ratched había puesto objeciones, pero enseguida se había dado cuenta de que cualquier comentario suyo se encontraría con una réplica feroz y amenazante. Trudy y Ronald se asomaron un par de veces para ver cómo se encontraba Lacy, pero se llevaron la impresión de que ahora estaban de más. Al final, Ann tiró la toalla. A última hora de la tarde, informó a sus dos hijos de que iba a volver a Clearwater uno o dos días; que regresaría lo antes posible y que, si Lacy necesitaba lo que fuera, hiciesen el favor de llamarla.

Cuando Lacy dormitaba, Gunther dejaba de hablar por teléfono o salía al pasillo, y trabajaba frenéticamente, pero en silencio, con el portátil. Cuando estaba despierta, él se encontraba o bien delante de sus narices o bien

gruñendo por teléfono, ocupándose de algún otro acuerdo al borde del desastre. Les daba la lata muy a menudo a las enfermeras y los celadores para que le trajeran más café, y cuando no era así, se iba dando fuertes pisotones a la cafetería, donde, según él, la comida tenía una pinta «horrenda». Los médicos hacían sus rondas y lo iban fulminando uno tras otro con la mirada cuando parecía listo para alguna clase de enfrentamiento. Iban con cuidado para no provocarlo.

Para Lacy, en cambio, su energía era contagiosa, estimulante incluso. La divertía, aunque seguía teniendo miedo de reírse. Una de las veces que había despertado, él estaba junto a su cama, enjugándose lágrimas de las mejillas.

A las seis, apareció la enfermera Ratched y anunció que su turno iba a acabar. Le preguntó a Gunther qué planes tenía.

—No me voy a ir —contestó este, más bien con aspereza—. Este sofá está aquí por una razón. Y por lo que cobráis, desde luego podríais poner algo más cómodo que este trasto plegable tan cutre. Coño, hasta un catre del ejército sería más cómodo.

—Se lo haré saber a dirección —contestó la enfermera—. Nos vemos por la mañana, Lacy.

—Vaya zorra —masculló Gunther, lo bastante alto para que ella lo oyera cuando cerraba la puerta.

Para cenar, Gunther le dio helado y gelatina mientras él no probaba bocado. Y luego vieron reposiciones de *Friends* hasta que ella estuvo agotada. Mientras Lacy volvía a conciliar el sueño, él se quedó en su nido, venga a teclear emails, sin señal alguna de que fuera a aminorar el ritmo de trabajo.

A lo largo de la noche, las enfermeras estuvieron entrando y saliendo. Al principio Gunther se quejó del ruido que hacían, pero enseguida se calmó cuando una enfermera guapa a la que le había echado el ojo le pasó de

tapadillo un sedante. A pesar del cutre sofá plegable, a medianoche ya estaba roncando.

En torno a las cinco de la madrugada del viernes, Lacy empezó a moverse y gemir. Estaba dormida y sus sueños no eran agradables. Gunther le dio unas palmaditas en el brazo, le susurró que todo iría bien y que estaría en casa en un santiamén. Lacy despertó con una sacudida y respiró jadeante.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Dame agua —dijo, y Gunther le acercó la pajita a la boca. Lacy tomó un largo sorbo y él le limpió los labios—. La he visto, Gunther, he visto la camioneta justo antes del impacto. Hugo gritó y yo miré al frente, y había unas luces brillantes justo delante de nosotros. Luego todo se volvió negro.

—Así me gusta. ¿Recuerdas algún sonido? ¿Quizá la colisión o el estallido del airbag contra tu cara?

—Tal vez, no estoy segura.

—¿Viste al otro conductor?

—No, nada salvo unas luces, muy brillantes. Pasó muy rápido, Gunther. No tuve tiempo de reaccionar.

—Claro que no. No fue culpa tuya. La camioneta se saltó la mediana.

—Eso es, se la saltó.

Lacy volvió a cerrar los ojos y transcurrieron unos segundos antes de que él se diera cuenta de que lloraba.

—No pasa nada, hermanita. No pasa nada.

—Hugo no está muerto, ¿verdad que no, Gunther?

—Sí, Lacy. Tienes que aceptarlo, creerlo y dejar de preguntar si es verdad. Hugo está muerto.

Lacy lloró y no había nada que él pudiera hacer. Sintió lástima al verla

temblar, removerse y sollozar por su amigo. Al final, afortunadamente, volvió a dormirse.

## 16

Tras la oleada de médicos, enfermeras y celadores a primera hora de la mañana, las cosas se calmaron un poco y Gunther siguió trabajando en sus transacciones. Lacy mejoraba a ojos vistas. La hinchazón de su rostro estaba remitiendo, aunque las magulladuras estaban adquiriendo tonos de azul diversos. Michael Geismar llegó en torno a las nueve y se asombró al ver un despacho improvisado tan elaborado en la habitación de Lacy, que estaba despierta y sorbía un café templado con ayuda de una pajita.

Gunther, sin afeitarse, en calcetines y con el faldón de la camisa hasta las rodillas, se presentó como el hermano de Lacy y de inmediato se mostró receloso de aquel tipo de traje oscuro.

—Tranquilo, es mi jefe —le advirtió Lacy, y Gunther se echó un poco hacia atrás.

Él y Michael se estrecharon la mano con vacilación desde ambos lados de la cama y todo volvió a la calma.

—¿Te ves con ánimos de hablar? —preguntó Michael.

—Supongo —respondió ella.

—Lyman Gritt es el alguacil de la reserva, y quiere pasarse por aquí y hacerte unas preguntas. Probablemente sea una buena idea que repasemos los acontecimientos antes.

—De acuerdo.

Michael miró a Gunther, que no dio señal de plantearse salir.

—Esto es sumamente confidencial —le dijo Michael—. Está relacionado con una de nuestras investigaciones.



—No pienso ceder —replicó Gunther sin vacilar un instante—. Es mi hermana y necesita mi consejo. Tengo que saberlo todo y ya sé que es eso de la confidencialidad, ¿verdad, Lacy?

Lacy no tuvo otra opción que decir:

—Puede quedarse.

Michael no estaba de humor para trifulcas; además, Gunther tenía un brillo en los ojos que era un claro indicio de que tenía el genio vivo. Qué demonios.

—No he sabido nada de Myers —empezó Michael—. Llamé a los tres números de tu expediente varias veces y el teléfono sonó sin que nadie lo cogiera. Supongo que no tiene buzón de voz.

—Dudo que puedan localizarlo, Michael.

—¿Quién es Myers? —preguntó Gunther.

—Ya te lo explicaré —dijo Lacy.

—O no —señaló Michael—. Volvamos al lunes por la noche, ¿qué puedes contarme sobre el encuentro con el informador?

Lacy cerró los ojos y respiró hondo, tanto que no pudo reprimir una mueca de dolor.

—No mucho, Michael, no mucho —dijo poco a poco—. Fuimos al casino, esperamos en el aparcamiento y luego condujimos por una carretera oscura hasta detenernos delante de un pequeño edificio. —Hizo una larga pausa y dio la impresión de que se adormecía.

—¿Llegasteis a veros con el informador? —preguntó Michael.

—No lo sé, Michael —dijo negando con la cabeza—. No lo recuerdo.

—¿Habló Hugo con ese tipo por el móvil?

—Eso creo. Sí, tuvo que hacerlo. El tipo nos indicó adónde ir para reunirnos con él. Sí, de eso me acuerdo.

—¿Y qué hay de la colisión en sí? ¿Algo que llevara hasta ese momento? ¿El otro vehículo?

Ella volvió a cerrar los ojos como si su memoria fuera a funcionar mejor en la oscuridad.

—A primera hora de la mañana tenía una pesadilla —intervino Gunther, después de un silencio—. Ha despertado y ha dicho que vio los faros, dijo que recuerda a Hugo gritando y que, antes de que ella pudiera reaccionar, la camioneta se les había echado encima. También se acuerda de que era una camioneta. No recuerda el impacto ni el ruido ni nada más. Nada del rescate, la ambulancia, el helicóptero de evacuación médica, la sala de urgencias. Nada.

Uno de los móviles silenciados de Gunther empezó a vibrar: por lo visto era una llamada tan urgente que el dispositivo intentó reptar por la mesita para comer que Gunther había robado y había colocado en su mitad de la habitación. Él miró el teléfono con odio y se resistió a la tentación igual que un alcohólico en rehabilitación que mirase una cerveza muy fría.

Al final lo ignoró.

Michael señaló la puerta con un gesto de la cabeza y los dos salieron al pasillo.

—¿Cuánto rato has hablado con sus médicos? —preguntó.

—No mucho. Me parece que no les caigo bien.

Qué sorpresa.

—Bueno, a mí me han dicho que irá recuperando la memoria poco a poco. La mejor manera de ayudarla es estimulando su cerebro, sobre todo hablando con ella. Hazle hablar, hazle reír, hazle que te escuche, tráele unas revistas lo antes posible y asegúrate de que las lea. Le encantan las películas antiguas, así que deberías ver alguna con ella. Lo que necesita es menos sueño y más ruido.

Gunther se aferró a todas y cada una de sus palabras, encantado de poder hacerse cargo de la situación.

—Entendido.

—Vamos a hablar con sus médicos y a intentar mantener a raya al alguacil tanto tiempo como sea posible. Él quiere saber qué hacían ella y Hugo en su territorio y, a decir verdad, más vale que no lo sepa. Es estrictamente confidencial.

—Lo entiendo, Michael, pero quiero conocer los detalles del accidente. Todos. Cuéntame lo que sabes. Me huele a chamusquina.

—No me extraña. Ponte los zapatos y vayamos a tomar un café.

El viernes después de comer, mientras Gunther iba al acecho por los pasillos con su móvil y luchaba a brazo partido por rescatar un trato a punto de desmoronarse tras otro, Lacy escribió un email:

Querida Verna:

Soy Lacy, desde el iPad de mi hermano. Sigo en el hospital y por fin tengo las fuerzas y la serenidad suficientes para dar señales de vida. No sé por dónde empezar ni qué decir. No puedo creer que esto haya ocurrido. Es tan surrealista... Cierro los ojos y me digo que no estoy aquí, que Hugo se encuentra perfectamente y que, cuando despierte, todo estará bien. Pero luego despierto y me doy cuenta de que esta tragedia es real, que ha fallecido, que tú y los niños estáis sufriendo una pérdida imposible de describir. Lo siento muchísimo, pero no solo por la pérdida, sino también por mi papel en ella. No recuerdo lo que pasó, salvo que iba conduciendo y que tenía a Hugo al lado. Ahora eso no es importante, aunque me lo llevaré a la tumba. No sabes cuánto me gustaría verte ahora mismo, y abrazaros a ti y a los niños. Os quiero a todos y tengo muchísimas ganas de veros. Siento mucho perderme el

funeral mañana. Lloro con solo pensarlo. Estoy llorando mucho, pero seguro que no tanto como tú. Se me rompe el corazón por ti y los niños, Verna. Te tengo presente en mis pensamientos y oraciones. Con cariño, Lacy.

Veinticuatro horas después, aún no había recibido respuesta al email.

Las exequias por Hugo Hatch dieron comienzo a las dos de la tarde del sábado en una inmensa iglesia de su zona residencial con un moderno templo de altísimos techos en el que cabían casi dos mil personas. Hugo y Verna se habían unido al Santuario del Pórtico años antes y eran miembros relativamente activos. La congregación era afroamericana en su práctica totalidad, y muchos de los miembros de su familia y la mayoría de sus amigos también eran feligreses de ella. Conforme se iban acercando las dos de la tarde, el gentío se instaló con aire sombrío y todos fueron cobrando fuerzas para las oleadas de emoción que se avecinaban. Había algún que otro sitio vacío, pero no muchos.

Primero pasaron unas diapositivas en una gigantesca pantalla encima del púlpito. Mientras sonaba una triste canción religiosa por el sistema de megafonía, iban pasando una foto tras otra de Hugo y cada una de ellas era un doloroso recordatorio de que, en efecto, había fallecido mucho antes de lo que le tocaba: un niño encantador que empezaba a gatear; con los dientes separados en la escuela primaria; en toda suerte de imágenes de fútbol americano; el día de su boda; jugando con sus hijos. Había decenas de fotos, que provocaron muchas lágrimas; a medida que avanzara el funeral, habría mucho de todo. Al final, después de media hora desgarradora, la pantalla desapareció al tiempo que un centenar de cantantes ataviados con preciosos

hábitos de color borgoña ocupaban el coro. Su miniconcierto osciló casi azarosamente entre luctuosos cantos fúnebres y exaltados temas clásicos de góspel cuyo ritmo acompañaban con pies y manos, seguidos por la congregación al completo.

Había algún que otro rostro blanco entre el gentío. Michael y su esposa tenían un asiento de primera fila en la larga y curvada galería. Paseando la mirada, vio a otros integrantes de la CCJ. Se fijó en que la mayoría de los blancos estaban en la galería, como si intentaran mantenerse a cierta distancia del alboroto de abajo. Michael, que era hijo de la década de los sesenta y las leyes de segregación de Jim Crow, se percató de la ironía de que los negros ocuparan los sitios de preferencia y los blancos parecieran haber sido proscritos a la galería.

Después de una hora de calentamiento, el reverendo se hizo cargo del funeral y pronunció durante quince minutos su sermón de apertura. Era un orador con talento y experiencia, dotado de una poderosa voz de barítono, que ofreció consuelo a los seres queridos mientras lograba que la congregación llorara incluso con más ganas. El primer panegírico lo pronunció el hermano mayor de Hugo, que contó divertidas anécdotas de su infancia pero a medio discurso se vino abajo. El segundo encomio corrió a cargo de su entrenador de fútbol americano en el instituto, un tipo blanco duro y correoso que apenas pronunció tres frases antes de quedarse sin habla y echarse a llorar como una criatura. El tercer panegírico lo hizo un compañero de equipo de la Universidad Estatal de Florida. El cuarto llegó de la mano de un profesor de la facultad de Derecho. Luego una soprano ofreció una magnífica interpretación de «How Great Thou Art» y, cuando terminó, no quedaban ojos sin lágrimas en toda la iglesia, ni siquiera los de ella.

Verna, en el centro del primer banco, se las arregló de alguna manera para aguantar el tipo. Estaba rodeada de la familia y tenía a los dos niños mayores

a su lado. Una de sus tías se ocupaba de Pippin y del que gateaba. Mientras los otros se lamentaban y se derrumbaban, Verna simplemente tenía la mirada fija en el ataúd, a tres metros de ella, y se enjugaba los ojos sin emitir ningún sonido.

Siguiendo el consejo de un médico amigo suyo, y en contra de la tradición, había decidido presentar el ataúd cerrado. Había una foto grande y atractiva de su marido al lado sobre un trípode.

A medida que se desarrollaba la ceremonia, Michael no pudo evitar mirar el reloj. Era un devoto presbiteriano y, en su iglesia, los sermones se limitaban estrictamente a veinte minutos, las bodas a treinta y, si un funeral superaba los cuarenta y cinco minutos, alguien se llevaba una buena bronca.

Pero el reloj no tenía importancia ese día en el Santuario del Pórtico. Eran las canciones y los bailes postreros para Hugo Hatch, y sería una despedida gloriosa. El quinto panegírico lo pronunció un primo que había estado en la cárcel por asuntos relacionados con la droga y que ahora estaba desintoxicado y trabajando, gracias a Hugo.

Era todo muy conmovedor pero, a las dos horas, Michael se moría de ganas de irse. También se alegraba de estar cómodamente sentado en una silla acolchada y de no preocuparse por tener que hacer su aportación detrás del púlpito. La familia Hatch le había dicho en un principio si «tomaría en consideración» pronunciar unas palabras en el funeral, pero Verna se había retractado enseguida del ofrecimiento. Michael se percató de que la viuda mostraba síntomas de resentimiento. La muerte de Hugo, ya fuera un accidente u otra cosa, probablemente podría haberse evitado si su jefe no lo hubiera enviado a meterse en una situación tan peligrosa. El hermano mayor de Hugo había llamado dos veces, interesándose por el viaje a la reserva a tan altas horas de la noche. La familia intentaba sobreponerse a la conmoción haciendo preguntas y Michael se temía que iba a haber problemas.

El sexto y último panegírico corrió a cargo de Roderick, el primogénito de Hugo y Verna. Le escribió a su padre un homenaje de tres páginas, que leyó el reverendo. Incluso Michael Geismar, un presbiteriano de sangre fría, acabó por sucumbir a sus emociones.

El reverendo puso el punto final con una prolongada bendición y, mientras el coro tarareaba y se mecía de lado a lado, los portadores deslizaron sobre ruedas el ataúd de Hugo por el pasillo. Verna lo seguía de cerca, cogiendo a un niño con cada mano, con la mandíbula tensa de determinación, la cabeza alta y las mejillas goteando lágrimas. Detrás de ella iba un pelotón de familiares, pocos de los cuales hacían el menor esfuerzo por contenerse.

Los deudos más cercanos salieron del edificio y se dispersaron por los aparcamientos. La mayoría volvería a reunirse media hora después en el cementerio para otra ceremonia que sería demasiado larga y desgarradora. Durante todo ello, no se lanzó ni una sola palabra áspera contra la persona responsable de la muerte de Hugo. Por supuesto, nadie sabía quién era. La versión aceptada era «un conductor borracho en una camioneta robada que huyó a pie» y, en consecuencia, puesto que no había nadie a quien culpar, el reverendo y los oradores prefirieron dejarlo pulcramente de lado.

Cuando introdujeron a Hugo Hatch en su tumba, solo Michael y unos pocos más sospechaban que su muerte no había sido accidental. No muy lejos de allí, en una suave pendiente al fondo del cementerio, dos hombres permanecían sentados en un coche y observaban a la congregación con prismáticos.

Para el sábado a mediodía, las enfermeras y los médicos habían fraguado un plan perfecto para librarse de Gunther. Era brillante: transferirían a su hermana a otro lugar y así él no tendría ninguna razón para quedarse. El viernes, Lacy le había preguntado a un médico cuándo estaría lo bastante estable para emprender el viaje de regreso a Tallahassee. Allí había muchos hospitales, y muy buenos, y puesto que simplemente se estaba recuperando y no tenía pendiente ninguna intervención quirúrgica, ¿por qué no podía volver a su ciudad? No mucho después de esa conversación, una enfermera irrumpió con estruendo en la habitación de Lacy, despertando de la siesta no solo a la paciente sino también a su hermano, y la situación se desarrolló a gran velocidad. Gunther, sirviéndose de un lenguaje grueso, exigió que las enfermeras y los celadores respetaran un poco la intimidad, tuvieran «un poquito de educación» y dejaran de entrar a cualquier hora del día. Una segunda enfermera acudió al rescate de la primera, pero solo consiguió multiplicar por dos los improperios. La trama estaba ideada para largar a Gunther del hospital.

Más o menos a la vez que estaban enterrando a Hugo, Lacy salió del hospital de Panama City en una ambulancia para emprender el trayecto de dos horas a Tallahassee. Gunther también se marchó, pero no sin antes lanzar unas cuantas andanadas de despedida a los empleados. Siguió a su hermana en su sedán Mercedes Benz S600, de color negro intenso y un desmedido coste de 3.100 dólares al mes, con un contrato de leasing por cuatro años. Evidentemente, los de Panama City habían llamado a los de Tallahassee para



advertirles. Cuando llevaban la camilla sobre ruedas de Lacy al ascensor para subirla a una habitación individual en la cuarta planta, dos guardias de seguridad se sumaron a ella y fulminaron con la mirada a Gunther, que respondió de la misma manera.

—Déjalo —le advirtió Lacy a su hermano con un siseo.

La habitación nueva era más grande que la anterior, y Gunther se lo pasó en grande reorganizando el mobiliario para montarse otro acogedor espacio de trabajo. Después de que los médicos y las enfermeras visitaran a Lacy, Gunther miró a su hermana.

—Vamos a ir a dar una vuelta —anunció—. Ya se ve que estos médicos son mucho mejores que los anteriores, y dicen que es importante que te muevas. Probablemente te están saliendo llagas de estar tumbada. Tienes las piernas bien, así que vamos.

Forcejeó con suavidad con Lacy para levantarla de la cama y la calzó con un par de zapatillas de hospital de algodón barato.

—Agárrate de mi codo.

Salieron de la habitación a un ancho pasillo.

—Iremos hasta allí y luego volveremos —dijo Gunther al tiempo que señalaba con la cabeza un ventanal grande en el otro extremo del pasillo—. ¿Vale?

—Vale, pero estoy muy magullada. Me duele todo.

—Lo sé. No hay prisa. Y si notas que te mareas, me avisas.

—De acuerdo.

Avanzaron arrastrando los pies, sin hacer caso de las miradas ocasionales de las enfermeras, aferrados el uno al otro mientras los pies y las piernas de Lacy empezaban a funcionar. Tenía la rodilla izquierda gravemente magullada y cubierta de heridas, y le dolía al moverla. Rechinó los dientes, decidida a impresionar a su hermano, cuyo agarre era firme y reconfortante.

No estaba dispuesto a aceptar una negativa por respuesta. Llegaron hasta el ventanal y dieron media vuelta. La habitación parecía encontrarse a un kilómetro de allí y, para cuando estuvieron cerca, la rodilla le dolía horrores.

—Bien, haremos esto mismo una vez cada hora hasta que te acuestes — dijo Gunther mientras la ayudaba a tumbarse—. ¿De acuerdo?

—Si tú puedes hacerlo, yo también.

—Así me gusta. —La arropó con las sábanas y se sentó en el borde de la cama. Le dio unas palmaditas en el brazo y dijo—: Cada vez tienes mejor cara.

—Mi cara parece carne picada.

—Vale, pero de un solomillo de primera, orgánica y criada en pastos. Mira, Lacy, vamos a hablar sin parar hasta que no puedas decir palabra. Ayer pasé un rato con Michael, es un buen tipo, y me puso al tanto de la situación. No conozco todos los detalles de la investigación, ni debería, pero sí los suficientes. Sé que tú y Hugo fuisteis a la reserva el lunes por la noche para reuniros con un informador. Era una trampa, un montaje, una situación muy peligrosa en la que te viste involucrada. Una vez que consiguieron llevaros hasta allí con artimañas, os tenían en sus manos y en su propiedad. El choque no fue un accidente. Un tipo que conducía una camioneta robada embistió de frente contra vosotros de manera deliberada y, justo después de la colisión, él, o alguien que lo acompañaba, registró vuestro coche y se llevó los móviles de ambos y tu iPad. Luego esos cabrones se perdieron en la noche y, probablemente, nunca lleguen a encontrarlos. ¿Me sigues?

—Creo que sí.

—Pues bien, vamos a hacer lo siguiente. Vamos a empezar por el momento en que tú y Hugo ibais en coche a la reserva: hora, carretera, lo que sonaba en la radio, de qué hablabais, todo. Lo mismo mientras estabais sentados en el coche esperando delante del casino. Hora, conversación, radio,

emails, todo. Y vamos a ir en tu coche por la carretera de camino a la cita con el informador. Yo plantearé las preguntas, cientos de ellas, y tú tienes que contestarlas. Y después de que te interrogue durante treinta minutos, nos tomaremos un descanso y podrás dormir un poco si quieres; luego volveremos a caminar hasta el otro extremo del pasillo. ¿Te parece un buen plan?

—No.

—Lo siento, nena, no tienes elección. Ahora que ya hemos ejercitado las piernas, es hora de darle al cerebro. ¿De acuerdo? Primera pregunta: ¿a qué hora salisteis de Tallahassee el lunes por la tarde?

Lacy cerró los ojos y se lamió los labios hinchados.

—Era a última hora, pero aún no había anochecido. Supongo que hacia las siete y media o así.

—¿Esperasteis hasta tan tarde por algún motivo?

Reflexionó un instante y luego asintió con una sonrisa.

—Sí, ese tipo trabajaba hasta las nueve, en el turno de tarde en el casino.

—Perfecto. ¿Qué llevabas puesto?

Ella abrió los ojos.

—¿En serio?

—Completamente, Lacy. Esfuérate en pensar y contesta mis preguntas. Esto no es un juego.

—Bueno, me parece que unos vaqueros y una blusa ligera. Hacía calor e íbamos vestidos de manera informal.

—¿Qué carretera tomasteis?

—La Interestatal 10, la misma de siempre. Solo hay una manera de llegar allí. Se toma la salida a la Estatal 288, se va en dirección sur unos quince kilómetros y se gira a la izquierda en el peaje.

—¿Estabais escuchando la radio?

—Siempre la llevo encendida, pero con el volumen muy bajo. Creo que Hugo estaba durmiendo. —Dejó escapar un gemido y de inmediato se echó a llorar. Le temblaron los labios hinchados y le resbalaron las lágrimas por las mejillas. Él se las enjugó con un pañuelo de papel, pero no dijo nada—. El funeral era hoy, ¿verdad? —preguntó Lacy.

—Sí.

—Ojalá pudiera haber ido.

—¿Para qué? Hugo no se habrá enterado si estabas allí o no. Los funerales son una pérdida de tiempo. No son más que un espectáculo para los vivos. A los muertos les trae sin cuidado. Ahora la tendencia no es hacer un funeral, sino una «celebración». ¿Qué hay que celebrar? El muerto seguro que nada.

—Lamento haber sacado el tema.

—Volvamos al lunes por la noche.

Enseguida corrió la noticia de que Lacy había vuelto a la ciudad y, hacia media tarde, las visitas se molestaban entre sí. Puesto que casi todos eran parientes, el ambiente era cada vez más festivo y las enfermeras se quejaron en más de una ocasión. Gunther, al que le encantaba flirtear, ocupaba el centro del escenario, se encargaba de la mayor parte de la conversación, acaparaba la atención y se peleaba con las enfermeras. Lacy estaba agotada y se contentaba con dejarle hacer lo que quisiera.

Al principio, a Lacy le aterraba la idea de ver a la gente o, más bien, de que alguien la viera. Con la cabeza rasurada, puntos de sutura, moretones y los ojos y las mejillas hinchados, se sentía como una figurante en una peli de monstruos cutre. Pero Gunther le ayudó a poner las cosas en perspectiva diciéndole:

—Tranqui. Esta gente te quiere y sabe que has sobrevivido a una colisión

frontal. Y dentro de un mes estarás otra vez cañón y la mayoría de estas pobres personas seguirán siendo feas. Tenemos unos genes estupendos, guapa.

El horario de visitas se acababa a las nueve de la noche y las enfermeras despejaron gustosamente la habitación de Lacy, que estaba agotada. La sesión de tortura vespertina con Gunther había durado cuatro horas y solo había terminado al llegar las amistades. Cuatro horas de interrogatorio constante y largas caminatas por el pasillo, y al día siguiente su hermano prometía seguir con ello. Gunther cerró la puerta, dijo que ojalá pudiera echar la llave y dejarlos a todos fuera, luego apagó las luces y se acurrucó en el sofá. Con ayuda de un suave sedante, Lacy no tardó en quedarse profundamente dormida.

*El grito. El sonido del terror proveniente de una voz que nunca gritaba ni mostraba emoción. Le pasaba algo al cinturón de seguridad. Él se quejaba. Ella le miró y luego se oyó el grito, a la vez que sus anchos hombros retrocedían de manera instintiva. Las luces, tan brillantes, tan cercanas, tan pasmosamente ineludibles. El impacto, la sensación de que su propio cuerpo salía despedido hacia delante una fracción de segundo antes de verse atrapada y arrojada hacia atrás. El ruido, la explosión de una bomba en su regazo al colisionar y enmarañarse cinco toneladas de metal, acero, cristal, aluminio y caucho. El atroz golpe en la cara cuando el airbag detonó a un palmo escaso y se activó a trescientos kilómetros por hora, salvándole la vida pero causándole daños considerables. El trompo, el coche por los aires durante un instante mientras daba una vuelta de campana y dispersaba fragmentos en el choque. Luego nada. ¿Cuántas veces había oído a algunas víctimas decir: «Debo de haber perdido el conocimiento unos segundos»?*

*Nadie sabe cuánto rato. Pero había movimiento. Hugo, empotrado en el parabrisas, movía las piernas, e intentaba salir por el otro lado o volver a entrar en el coche. Hugo gemía. Y a su izquierda, una sombra, una figura, un hombre con una linterna que estaba agachado mirándola. ¿Le vio ella la cara? No. Y si lo hizo, no la recordaba. Y luego él estaba en el lado del copiloto, cerca de Hugo, ¿o era otro? ¿Había dos sombras merodeando alrededor del coche? Hugo gemía. A ella le sangraba la cabeza, le martilleaba. Unos pasos hicieron crujir los cristales rotos. Las luces de un vehículo barrieron los restos del accidente y desaparecieron. Oscuridad. Negrura.*

—Había dos, Gunther. Eran dos.

—Bien, hermanita. Ahora estás soñando y empapada en sudor. Has estado murmurando y temblando durante media hora. Despiértate y hablemos, ¿de acuerdo?

—Eran dos.

—Ya lo he oído. Ahora despierta y mírame. No pasa nada, hermanita, no es más que otra pesadilla. —Gunther encendió una lamparita en la mesilla.

—¿Qué hora es? —preguntó Lacy.

—¿Qué más da? No has de coger ningún avión. Son las dos y media de la mañana y has tenido una pesadilla de mucho cuidado.

—¿Qué he dicho?

—Nada inteligible, un montón de murmullos y gemidos. ¿Quieres agua?

Lacy tomó un sorbo con ayuda de una pajita y pulsó el mando para incorporar la cama.

—Me estoy acordando —dijo—. Ahora veo cosas. Recuerdo parte de lo ocurrido.

—Así me gusta. Ahora, esas dos figuras que viste. Vamos a hablar de ellas. Uno era a todas luces el conductor de la camioneta. El otro probablemente manejaba el vehículo de huida. ¿Qué viste?

—No lo sé, no mucho. Me parece que ambos eran hombres. Estoy bastante segura.

—De acuerdo. ¿Ves sus caras?

—No. Nada. Acababa de chocar, ya sabes. Ahora no tengo nada claro.

—Ya. ¿Dónde guardabas el móvil?

—Por lo general en la guantera. No puedo asegurar dónde estaba en ese momento, pero probablemente estaba allí.

—¿Y dónde tenía Hugo el suyo?

—Siempre en el bolsillo trasero derecho, a no ser que llevara chaqueta.

—Y no la llevaba, ¿verdad?

—Cierto. Como te dije, hacía calor y llevábamos ropa informal.

—Así pues, alguien tuvo que meterse en el coche para coger los móviles. ¿Recuerdas cómo ocurrió? ¿Alguien os tocó a ti o a Hugo?

Lacy cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No, eso no lo recuerdo.

Se abrió la puerta poco a poco y una enfermera entró en la habitación.

—¿Todo bien? Se te ha disparado el pulso —dijo.

—Estaba soñando —respondió Gunther—. Todo va bien.

La enfermera no le hizo caso y le tocó el brazo a Lacy.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien —dijo ella con los ojos aún cerrados.

—Tienes que dormir, ¿de acuerdo?

—Bueno, es un poco difícil dormir si entráis cada dos por tres —apostilló Gunther.

—Hay un motel al otro lado de la calle si prefieres quedarte allí —replicó

la enfermera sin cortarse.

Gunther hizo caso omiso del comentario y la enfermera salió de la habitación.



Cuando Lyman Gritt llegó a la comisaría a las cinco de la tarde del domingo, tenía la corazonada de que se avecinaba algo desagradable. El jefe de la tribu nunca le había pedido que se vieran a esas horas y no había concretado sus intenciones. Estaba esperando delante de la comisaría junto con su hijo, Billy Cappel, cuando Lyman aparcó la camioneta. Billy era uno de los diez miembros del Consejo Tribal y se había convertido en una fuerza dominante del gobierno. Mientras se saludaban, llegó en moto el presidente del consejo, Adam Horn. No cruzaron muchas sonrisas y, cuando entraron en el edificio, Lyman se mostró aún más receloso. El jefe había estado llamándole a diario desde el accidente y saltaba a la vista que no estaba contento con el trabajo de Gritt. En tanto que cargo designado, el alguacil ocupaba su puesto por voluntad del jefe, aunque nunca se habían llevado bien. De hecho, Lyman desconfiaba del jefe, así como de su hijo y del señor Horn, que por lo general era visto con malos ojos por la mayoría de los tappacola.

Elias Cappel era jefe desde hacía seis años y ejercía un firme control sobre la tribu. Si Billy era su mano derecha, entonces Horn era la izquierda. Los tres habían superado tácticamente a sus enemigos políticos y parecían intratables. Sofocaban cualquier disensión y gobernaban con mano firme, pero en realidad nadie les ponía pegas siempre y cuando el casino estuviera lleno y los cheques de dividendos continuaran llegando.

Se reunieron en el despacho de Gritt y él ocupó su silla ante la mesa. Al verse frente a los otros tres, de pronto tuvo la sensación de estar sentado en una silla eléctrica. El jefe era un hombre de pocas palabras y aptitudes

sociales limitadas.

—Queremos hablar sobre la investigación de lo que ocurrió el lunes por la noche —empezó el jefe.

—Parece que hay algunas preguntas sin respuesta —añadió Horn.

—Claro —asintió Lyman, siguiéndoles la corriente—. ¿Qué quieren saber?

—Todo —contestó el jefe.

Lyman abrió un expediente, rebuscó entre los papeles y sacó un informe. Repasó los detalles básicos del accidente, los vehículos implicados, las lesiones, el rescate, la muerte del señor Hatch. El expediente ya tenía cinco centímetros de grosor con tantos informes y fotos. El vídeo de la policía de Foley, en cambio, no estaba en el expediente ni tampoco se citaba en él. Gritt se temía que habría problemas con el jefe y tenía dos expedientes: el oficial en su mesa y otro secreto fuera de su despacho. Como el vídeo de Frog había pasado por las manos del sheriff, cabía la posibilidad de que el jefe estuviera al tanto de su existencia. Con buen juicio, Gritt lo puso en el expediente oficial, aunque guardaba una copia en casa.

—¿Qué estaban haciendo aquí, en nuestro territorio? —indagó el jefe, y su tono dejó bien a las claras que aquella era la pregunta más importante que iba a plantear.

—Eso todavía no lo sé. Tengo que reunirme con el señor Michael Geismar mañana para averiguar más detalles. Es su jefe. Le he hecho esa misma pregunta, pero hasta el momento sus respuestas han sido más bien vagas.

—Esa gente se dedica a investigar a jueces, ¿verdad? —preguntó Horn.

—Así es. No son un organismo de seguridad, solo investigadores con titulación de abogados.

—Entonces ¿qué demonios hacían aquí? —exigió saber el jefe—. No tienen jurisdicción en nuestro territorio. Estaban aquí, supongo que por motivos de trabajo, un lunes por la noche.

—Lo estoy investigando, jefe, lo estoy investigando, ¿de acuerdo? Hay muchos interrogantes y estamos siguiendo pistas.

—¿Ha hablado con la chica que conducía el coche?

—No. Lo he intentado, pero sus médicos me lo han impedido. Ayer la trasladaron a Tallahassee y, dentro de un par de días, la visitaré para ver qué se cuenta.

—Ya tendría que haber hablado con ella —dijo Billy.

Lyman se enfureció, pero mantuvo la serenidad.

—Como acabo de decirles, sus médicos no me lo han permitido. —La tensión aumentaba por momentos y cada vez estaba más claro, por lo menos para Lyman, que la reunión probablemente no iba a acabar bien.

—¿Ha hablado con forasteros? —preguntó Horn.

—Claro. Forma parte de la investigación.

—¿Con quiénes?

—Bueno, veamos. He mantenido varias conversaciones con ese tal señor Geismar, el jefe de los abogados. Le he preguntado dos veces qué hacían aquí y se ha mostrado impreciso en ambas ocasiones. He hablado con los médicos de la mujer; tampoco llegué a ninguna parte. Las aseguradoras de ambos vehículos han enviado peritos para revisarlos: también he hablado con ellos. Y así sucesivamente. No recuerdo a todas las personas con las que he hablado. Parte de mi trabajo consiste en tratar con forasteros.

—¿Se sabe algo más sobre la camioneta robada? —preguntó el jefe.

—Nada nuevo —dijo Gritt, y luego repitió la información básica sin mencionar el vídeo de Foley.

—¿Y no hay ninguna pista sobre quién la conducía? —indagó el jefe.

—No hasta esta mañana.

Dio la impresión de que los tres se ponían tensos.

—Adelante —le instó el jefe con un gruñido.

—El sheriff Pickett se pasó por aquí a última hora del viernes a tomar un café. ¿Conocen la tienda de Frog Freeman al norte de Sterling? Bueno, Frog estaba abierto el lunes por la noche, no abierto de verdad, pero tampoco cerrado, y entró un cliente a por hielo. Frog ha sufrido varios robos, así que tiene cámaras. ¿Quieren ver las imágenes?

Los tres asintieron con seriedad. Lyman pulsó unas teclas en el portátil y le dio la vuelta hacia ellos. Apareció el vídeo. La camioneta estaba aparcada delante de la tienda; el conductor se apeó; el copiloto se tapaba la nariz con un pañuelo ensangrentado; el conductor desapareció en el interior de la tienda y salió poco después; luego se marcharon en la camioneta.

—¿Y qué demuestra eso? —preguntó el jefe.

—Nada, pero es un tanto sospechoso, teniendo en cuenta el momento y la ubicación y el hecho de que no hay prácticamente nadie en la carretera a esas horas.

—Entonces, haciendo un esfuerzo de imaginación, ¿se supone que debemos creer que el tipo de la nariz hecha polvo conducía la camioneta robada que provocó el accidente? —preguntó Horn.

—Yo no hago ningún esfuerzo de imaginación —dijo Lyman al tiempo que se encogía de hombros—. Yo no grabé el vídeo; solo se lo estoy enseñando.

—¿Ha rastreado la matrícula? —preguntó el jefe.

—Sí, es una matrícula falsa de Florida. Ese número no está registrado. ¿Por qué iba alguien a molestarse en usar una matrícula falsa si no se traía nada raro entre manos? En mi opinión, la matrícula falsa señala directamente a estos dos. El copiloto se estampó la cara contra el airbag y empezó a sangrar. No fueron lo bastante listos para llevar un poco de hielo en el coche que iba detrás, el que circulaba con la matrícula falsa y conducía el otro tipo del vídeo, claro. Así que huyeron y, por casualidad, vieron la tienda de Frog

abierta a esas horas. Están intentando escapar, no piensan con mucha claridad, y probablemente no son muy listos ya de entrada, así que no se fijan en las cámaras de seguridad. Un gran error. Sus imágenes quedan grabadas y es solo cuestión de tiempo que los encontremos.

—Bueno, Lyman —lo cortó el jefe—, eso no va a ocurrir, por lo menos no ahora, y no lo va a hacer usted. Queda destituido desde este momento.

Lyman encajó el puñetazo en las tripas con más serenidad de la que creía poseer. Se quedó mirando a los tres que había allí sentados, todos con los brazos cruzados encima de los abultados vientres.

—¿Con qué motivo? —preguntó al final.

—No tengo que darle ninguna razón —dijo el jefe con una falsa sonrisa—. Se denomina «destitución a voluntad» y está claramente estipulada en nuestras ordenanzas. Como jefe de la tribu, tengo autoridad para contratar y despedir a todos los jefes de departamento. Eso ya lo sabe.

—Desde luego que lo sé. —Lyman miró con fijeza a los tres, se dio cuenta de que aquello había acabado y decidió divertirse un poco, así que dijo—: Entonces los peces gordos quieren cargarse la investigación, ¿no? Este vídeo no saldrá nunca a la luz del día. Y todos los misterios que rodean el accidente no llegarán a resolverse jamás. Un hombre es asesinado y los criminales salen impunes. Es más o menos así, ¿verdad, jefe?

—Le estoy pidiendo que se largue ahora mismo —rezongó Cappel.

—Este es mi despacho y mis pertenencias están aquí.

—Ya no es su despacho. Busque una caja y lléveselas. Esperaremos.

—Está de broma.

—Lo digo completamente en serio. Y dese prisa, ¿vale? Es domingo por la tarde.

—Yo no he convocado esta reunión.

—Cállese, Lyman, y empiece a recoger. Entregue las llaves y las armas, no

toque esos expedientes, recoja su basura y vámonos. Y, Lyman, no hace falta que le diga que más le vale tener la boca cerrada.

—Claro. Es lo que hacemos por aquí, ¿verdad? Escondemos la cabeza bajo tierra, mantenemos la boca cerrada y encubrimos a los peces gordos.

—Veo que lo entiende, y la parte de mantener la boca cerrada puede empezar ahora mismo —dijo el jefe.

Lyman empezó a abrir cajones.

Michael llamó a la puerta de Lacy con cierta inquietud y, cuando la abrió, sus peores miedos se vieron confirmados. ¡Gunther seguía allí! Estaba sentado en el borde de la cama de su hermana, con un pequeño tablero de backgammon entre ambos. Gunther lo recogió a regañadientes y lo dejó en el sofá de su despachito. Michael y Lacy charlaron unos minutos.

—¿Podemos hablar un momento en privado? —preguntó finalmente Michael con cierta cautela.

—¿De qué? —terció Gunther.

—Unos asuntos delicados.

—Si se trata de su trabajo, creo que la conversación puede esperar hasta mañana. Después de todo, es domingo por la tarde y ella no está en condiciones de ocuparse de temas laborales. Si se trata del accidente, la investigación y todas esas chorradas, no pienso salir de la habitación. Lacy necesita otro par de oídos y mi consejo.

Lacy no intervino.

—De acuerdo. No hablaré de trabajo —claudicó Michael con las manos levantadas.

Luego se sentó en una silla junto a la cama y le miró ese lado de la cara. La hinchazón casi había desaparecido y los moretones estaban cambiando de

color.

—¿Has cenado? —preguntó Gunther—. En la cafetería hay unos sándwiches congelados que prepararon hace un par de años y saben a tejas para el tejado. No es fácil recomendarlos, pero yo ya me he comido tres y sigo vivo.

—Bueno, me parece que paso.

—Un café, quizá. Es malo, pero se puede beber.

—Es una gran idea —aceptó Michael—. Gracias. —Lo que fuera para sacarlo de la habitación.

Gunther buscó sus zapatos y salió. Michael no perdió un instante.

—He pasado por casa de Verna esta tarde y, como es de imaginar, sigue habiendo un ambiente de lo más sombrío.

—Le he enviado dos emails, pero no he recibido ninguna respuesta. La he llamado dos veces y hablado con quienquiera que conteste a su móvil. Tengo que verla.

—Bueno, quería hablarte de eso, y cerraré el pico en cuanto tu hermano entre por la puerta. Prefiero que quede entre nosotros. Verna sigue como sonámbula en medio de esta pesadilla, como le pasaría a cualquiera, y continúa en estado de shock. Pero empieza a volver en sí y no sé si me gusta lo que estoy oyendo. Hay un grupo de amigos de Hugo, incluidos un par de colegas de la facultad de Derecho, que no dejan de darle consejos. Tienen grandes ideas sobre demandas judiciales, cuyo gran objetivo son los tappacola. Ahí es donde está la mina de oro, y sueñan con la mejor manera de llegar a ella. Francamente, y no estoy especializado en Derecho de daños, no consigo relacionar la responsabilidad. El hecho de que el accidente se produjera en la reserva no significa que los indios tengan ninguna culpa. El accidente también está sujeto a la ley tribal, que no sigue el usual Derecho de daños. Puesto que Hugo era funcionario del estado, Verna recibirá la mitad

de su sueldo durante el resto de su vida. Como sabemos, no es mucho. Hugo tenía un seguro de vida privado de cien mil dólares, que será fácil de cobrar. Luego está el seguro de la camioneta robada. Según el tipo que parece ser el principal portavoz, y es un charlatán de mucho cuidado, la camioneta estaba cubierta por Southern Mutual y tenía un límite de responsabilidad de doscientos cincuenta mil dólares. Aunque fue robada, seguía cubierta. Tal vez haya que poner una demanda, pero por lo visto está convencido de sus posibilidades. Yo no estoy tan seguro. Ahora las cosas podrían complicarse. Se ha hablado mucho acerca de demandar a Toyota por el cinturón de seguridad y el airbag defectuosos. Eso te implicaría a ti necesariamente, y a tu compañía de seguros, y eso es lo que no me gustó del tono en el que hablaban.

—Me tomas el pelo, Michael. ¿Verna me culpa a mí?

—Ahora mismo, Verna culpa a todo el mundo. Está destrozada, aterrada, y no se muestra razonable. Y no estoy seguro de que la estén aconsejando bien. Tengo la impresión de que esos tipos están sentados alrededor de su mesa tramando el modo de demandar a cualquiera que esté relacionado, aunque solo sea de manera remota, con la muerte de Hugo.

—¿Han hablado de esto delante de ti?

—Bah, no les importa. La casa está llena a rebosar de gente; sigue llegando comida. Tías, tíos, primos, cualquiera que tenga una opinión puede coger un pastelito y ocupar una silla. Me he ido con un mal palpito.

—No me lo puedo creer, Michael. Verna y yo hace años que somos íntimas.

—Hará falta tiempo, Lacy. Tiempo para que tú te recuperes y para que ella también lo haga. Verna es una buena persona y, cuando supere el shock, lo verá todo con más claridad. Por ahora, sin embargo, yo me lo tomaría con calma.



—No me lo puedo creer —masculló de nuevo.

Gunther irrumpió en la habitación con una bandeja y tres cafés humeantes.

—Este mejunje huele incluso mal —comentó. Les acercó los cafés y se disculpó para entrar en el cuarto de baño.

—¿Cuándo va a marcharse? —susurró Michael inclinándose hacia ella.

—Mañana. Te lo prometo.

—Ya va siendo hora.

Ann Stoltz llegó a última hora de la mañana del lunes para pasar un par de días con su hija. Por suerte, su hijo no estaba en la habitación, aunque saltaba a la vista que aún no había cerrado su despacho allí y se había marchado. Lacy le dijo que Gunther estaba haciendo unos recados. La buena noticia era que se iría hacia mediodía porque, naturalmente, Atlanta se estaba derrumbando en su ausencia y tenía que salvar la ciudad. Mejor noticia aún era que su médico pensaba darle el alta al día siguiente. Ella le había convencido de que el pelo le volvería a crecer igual de rápido en casa.

Una enfermera le fue quitando los puntos de sutura mientras Ann parloteaba sobre los cotilleos de Clearwater. Llegó un fisioterapeuta para la sesión de media hora de estiramientos y le dio a Lacy un gráfico de ejercicios que debía hacer todos los días. Cuando Gunther volvió, traía una bolsa llena de sándwiches de una charcutería y la noticia urgente de que tenía que irse a casa. Después de una hora con su madre, Gunther se moría de ganas de marcharse del hospital. Y después de cuatro días con él, Lacy necesitaba un descanso.

Gunther estaba enjugándose unas lágrimas mientras se despedía. Suplicó a Lacy que le llamara para lo que fuese, sobre todo si iban a verla sanguijuelas como peritos de seguros y abogados en busca de sacar tajada del accidente. Sabía exactamente cómo lidiar con gente así. Cuando salía, le dio a su madre un mecánico besito en la mejilla y se marchó. Lacy cerró los ojos y disfrutó del silencio un buen rato.

Al día siguiente, martes, un celador la sacó en silla de ruedas del hospital y la ayudó a montarse en el coche de Ann. Lacy era perfectamente capaz de desplazarse por su propio pie, pero el hospital tenía sus normas. Quince minutos después, Ann aparcaba en el p rking junto al edificio de Lacy, que lo miró y comentó:

—Solo hace ocho días, pero parece que haya pasado un mes.

—Voy a por las muletas —dijo su madre.

—No necesito muletas, mamá, y no voy a usarlas.

—Pero el fisioterapeuta ha dicho...

—Por favor. No est  aquí, y ya s  qué puedo hacer o no.

Entró en el apartamento sin cojear y all  le esperaba Simon, su vecino británico. Había estado cuidado de Frankie, el bulldog francés, y cuando Lacy vio a su perro se arrodill  lentamente y lo abrazó.

— Qu  aspecto tengo? —le preguntó a Simon.

—Pues, a pesar de todo, yo diría que bastante bueno. Supongo que podría ser peor.

—Tendrías que haberme visto hace una semana.

—Me alegro de verte ahora, Lacy. Estábamos muy preocupados.

—Vamos a tomar un t .

Era estimulante estar fuera del hospital, y Lacy parlote  sin parar mientras Simon y Ann la escuchaban y reían. La conversación eludió a Hugo y el accidente. De eso se hablaría de sobra más adelante. Lacy cogió ritmo contando anécdotas de Gunther, que parecían más divertidas ahora que se había marchado.

—Lo educó su padre, no yo —comentaba Ann todo el rato.

Después de comer, Lacy llam  a algunos de sus amigos, dormiti  a ratos, hizo estiramientos y ejercicios tal como le habían prescrito, procur  no tomar

analgésicos, picó unos frutos secos y unas barritas de fruta y consultó algún que otro informe de trabajo.

A las cuatro de la tarde llegó Michael para reunirse con ella, y Ann se fue al centro comercial más cercano. Su jefe dijo que le dolía la espalda y prefería quedarse de pie. Empezó a caminar de aquí para allá en paralelo al amplio ventanal delantero del apartamento; hablaba y andaba, un hombre absorto en sus pensamientos.

—¿Seguro que no quieres cogerte la baja? —le preguntó—. Podemos mantenerte el sueldo durante treinta días.

—¿Y qué iba a hacer por aquí todo un mes, Michael? ¿Mesarme los cabellos a medida que me vayan creciendo?

—Necesitas descansar. Eso han dicho los médicos.

—Ni pensarlo —dijo con toda franqueza—. No voy a tomarme ningún descanso. La semana que viene iré a la oficina, con las cicatrices y todo.

—Ya me lo temía. ¿Has hablado con Verna?

—No. Me aconsejaste que no lo hiciera, ¿recuerdas?

—Es verdad. No ha cambiado nada desde el domingo. Está sin blanca, claro, eso no es ninguna sorpresa, y le urge cobrar el seguro de vida.

—Ya sabes lo que cobraba Hugo, Michael. Vivían al día. ¿No podemos ayudarles de algún modo?

—No creo. Ninguno cobramos precisamente un sueldazo. Además, tiene mucha familia. Sobrevivirá hasta que lleguen los cheques. A largo plazo, no obstante, será duro subsistir con cuatro críos y medio sueldo.

—A menos que las demandas den resultado.

—Eso es una gran incógnita. —Michael se detuvo a tomar un poco de agua. Lacy estaba recostada en el sofá, agotada después de sus primeras horas de libertad. Él continuó—: Tenemos dos semanas, Lacy. Dos semanas para o bien presentar la denuncia contra McDover o bien dejarla correr. ¿Sigues

queriendo el caso o se lo doy a Justin?

—Es mío, Michael, completamente mío, sobre todo ahora.

—¿Cómo es que no me sorprende? A decir verdad, no creo que Justin ya esté preparado para algo así, y además no lo quiere. No se le puede reprochar.

—Voy a seguir llevándolo yo.

—Bien, entonces, ¿tienes un plan? Tal como está ahora, la denuncia, firmada por nuestro amigo Greg Myers, que está escondido y más le vale seguir así, alega que hubo un soborno por medio de cuatro apartamentos en Rabbit Run, propiedades que McDover recibió de los promotores a cambio de sentencias favorables. La demanda contiene muy pocos detalles específicos y no aporta pruebas. Facilita los nombres de las empresas extranjeras que figuran como propietarios oficiales, pero no tenemos manera de demostrar que la juez está implicada entre bambalinas. Podemos presentarnos con citaciones y llevarnos sus actas y registros y demás, pero dudo mucho que averigüemos gran cosa. Si la actividad delictiva es tan sofisticada como Myers dice, me cuesta creer que McDover haya dejado ningún registro que la inculpe en un sitio donde se pueda encontrar. Así pues, probablemente es mejor dejar las citaciones para más adelante. McDover se rodeará de abogados y presentará más talento jurídico del que nadie pueda imaginar. Esto se convertirá en una trifulca en la que cada movimiento que hagamos recibirá una respuesta contundente por parte de los otros. Y, al cabo, hay excelentes probabilidades de que McDover sea capaz de demostrar que adquirió los apartamentos como inversiones, algo que no es inaudito en Florida.

—No pareces muy entusiasmado, Michael.

—Nunca me entusiasma ninguno de nuestros casos, pero en realidad no tenemos elección. A estas alturas los dos creemos a Myers. Creemos lo que dice la denuncia y el resto de sus historias acerca de la corrupción

generalizada, el blanqueo de dinero y los sobornos, por no hablar del homicidio.

—Bueno, ya que lo mencionas, vamos a hablar de homicidio. En esto estuvo implicada una banda, Michael. Primero, el informador que nos llevó con artimañas hasta un lugar apartado en el interior de la reserva y luego se desvaneció a media frase. Segundo, el tipo que conducía la camioneta. Tercero, su compañero, que se reunió con él en el lugar de los hechos, nos robó los móviles y luego se lo llevó en el vehículo en el que huyeron. Añade a eso el tipo que robó la camioneta. Alguien manipuló los cinturones de seguridad y los airbags de mi coche. O sea, que si hay tantos soldados rasos, tiene que haber un par de cerebros dirigiéndolos. Eso constituye una banda. Si damos por sentado que se trata de Dubose, y no sabría darte el nombre de ningún otro sospechoso, entonces me parece justo la clase de violencia en la que está especializado. Hugo fue asesinado, Michael, y no podemos resolver el caso. Dudo seriamente que puedan hacerlo los tappacola.

—¿Estás sugiriendo que llamemos al FBI?

—Tú y yo sabemos adónde va a llegar esto al final. La cuestión es cuándo. Si les invitamos a la fiesta ahora, corremos el riesgo de ahuyentar a Greg Myers, que sigue siendo el personaje clave en este asunto gracias al topo. Si Myers se enfada y desaparece, perdemos una fuente de información irremplazable. Una fuente magnífica que bien podría permitirnos ganar el caso algún día. Así que esperaremos. Presentaremos la denuncia y McDover se rodeará de abogados como tú bien dices, pero ignorará qué sabemos nosotros. Ella y Dubose darán por sentado que creemos que el pobre Hugo murió por culpa de un conductor borracho y que yo me vi atrapada en el fuego cruzado. Supondrán que no sabemos nada acerca de las aficiones de la juez por los jets privados, los viajes caros, los desplazamientos a Nueva York, Singapur, Barbados o donde sea. No tendrán ni idea de que

sospechamos de la existencia de Phyllis Turban. Lo único que tenemos es una denuncia más bien floja firmada por un tipo del que nunca han oído hablar y al que no pueden localizar.

—Entonces ¿por qué nos tomamos la molestia de presentarla? —preguntó Michael.

Decididamente, Lacy estaba de vuelta y su mente le seguía el compás. Después de la conmoción y la hinchazón, era evidente que no le habían quedado secuelas. Como siempre, recababa hechos más deprisa que nadie y lo escudriñaba todo para adoptar una perspectiva más amplia.

—Por dos razones, y ambas igual de importantes —dijo—. La primera, para tener a Myers contento y ocupado indagando. Si ganamos este caso, Michael, probablemente será gracias a los trapos sucios suministrados por el topo, que sabe mucho sobre el tema y tiene acceso a nuestra juez. La segunda, que necesitamos ver cómo reacciona McDover a la denuncia. Probablemente Myers está en lo cierto. Ella no tiene ni idea de lo que se le viene encima. Durante los últimos once años ella y Dubose han hecho lo que han querido, han arrasado el condado con excavadoras, se han llevado dinero del casino, han sobornado a cualquiera que levantase una ceja, han partido piernas, o cosas peores. El dinero les ha llegado con demasiada facilidad y seguramente les ha embotado los sentidos. Piénsalo, Michael, les ha estado llegando dinero en metálico durante once años y nadie que tuviera autoridad se ha pasado por allí a meter las narices. Aparecemos nosotros con la denuncia y se llevan un susto de mucho cuidado.

Geismar dejó de caminar y se quedó mirando un llamativo artilugio con cuatro patas desiguales.

—¿Es una butaca? —preguntó.

—Desde luego, una imitación de una Philippe Starck.

—¿Ese vive por aquí?

—No, qué va. Cumple su función. Siéntate.

Michael se acomodó lentamente en la butaca y pareció sorprenderse de que no se rompiera. Miró por la ventana y vio el Capitolio a lo lejos.

—Bonita vista.

—Ese es mi plan —dijo Lacy—. ¿Tienes tú algún otro?

—No, por ahora no.



El miércoles, Lacy ya estaba aburrida y se planteaba volver al trabajo. Su cara tenía mucho mejor aspecto, pero aún le daba cierto apuro que sus colegas la vieran. Ann hacía la compra, los recados y todo aquello que Lacy quisiera, pero también se estaba aburriendo. Llevó a su hija en coche a la tienda de comestibles, a una cita con el médico y luego al despacho de un perito de seguros que le dio un cheque por el Prius, un siniestro total. Ann era una conductora horrible e iba a lo suyo al margen del tráfico. A Lacy le inspiraban temor los vehículos en movimiento, y la conducción temeraria de su madre no se lo estaba poniendo más fácil.

Lacy dormía sin problema y no tomaba medicación contra el dolor. La fisioterapia le estaba yendo bien y había ido recuperando el apetito. Así pues, no fue ninguna sorpresa que el miércoles a la hora de cenar anunciara a Ann que tenía que volver a su casa. Muy diplomáticamente, Lacy la animó a hacerlo. Apreciaba los cuidados y la preocupación de su madre, pero era evidente que estaba mejorando y no necesitaba una canguro que la cuidase. Quería todo su espacio para ella misma.

Y algo aún más importante, había conocido a alguien, un fisioterapeuta que se había pasado el martes a última hora para una sesión rápida, un hombre al que Ann había observado con atención. Se llamaba Rafe y tenía en torno a veinticinco años, por lo menos diez menos que ella, cosa que a Lacy no le incomodaba en absoluto. Notó un par de chispazos mientras él se centraba en su rodilla, y quizá otro cuando se despidió de ella. No pareció que le molestaran para nada los cortes y las magulladuras. Le envió un saludito por

email el miércoles por la noche y él respondió antes de una hora. Se mandaron varios mensajes, y quedó claro que ninguno de los dos tenía pareja y que a los dos les apetecía tomar una copa.

Finalmente, pensó Lacy, tal vez saliera algo bueno de esa catástrofe.

En la cama, mientras hojeaba una revista, Lacy se vio sorprendida por un correo de Verna, que decía:

Lacy: Siento no haber escrito ni llamado antes. Espero que estés bien y vayas recuperándote. Fue un alivio que tus lesiones no fueran tan graves como podrían haber sido. Yo estoy colgando de un hilo. De hecho, todo me supera. Los niños están fatal y no quieren ir al colegio. Pippin llora incluso más que antes. A veces todos se echan a sollozar a la vez y siento ganas de rendirme. Pero me niego a venirme abajo delante de ellos. Necesitan a alguien que sea fuerte, así que me escondo en la ducha y lloro a lágrima viva. Apenas soy capaz de sobrevivir día a día y no quiero ni pensar en mañana. Un mañana sin Hugo. La semana que viene, el mes que viene, el año que viene sin Hugo. No alcanzo a entender el futuro. El presente es una pesadilla. El pasado parece tan lejano y tan feliz que me da asco. Mi madre y mi hermana están conmigo, así que tengo mucha ayuda con los niños. Pero nada es real; todo parece artificial. No pueden quedarse mucho tiempo, se irán pronto y yo me quedaré aquí con cuatro hijos y sin marido. Me gustaría verte, pero todavía no. Necesito tiempo. Cuando pienso en ti me acuerdo de Hugo y de cómo murió. Lo siento. Dame un poco más de tiempo, por favor. No contestes ahora mismo. Verna.

Lacy lo leyó dos veces y volvió a la revista. Ya pensaría en Verna mañana.

Ann se marchó por fin el jueves hacia mediodía, varias horas después de lo que Lacy esperaba. Maravillosamente sola por primera vez en diez días, se tumbó en el sofá con Frankie y disfrutó de la quietud. Cerró los ojos y no oyó nada: era fantástico. Luego pensó en Verna y en todos los ruidos horribles que debían de resonar en el domicilio de los Hatch: llantos de niños, tonos de móviles y parientes venga a entrar y salir. Se sintió culpable por el contraste.

Cerró los ojos y estaba a punto de dar una cabezada cuando Frankie dejó escapar un gruñido. Había un hombre plantado delante de su puerta.

Lacy se acercó a la ventana delantera para verlo más de cerca. La puerta estaba cerrada. Se sintió a salvo. Bastaba con pulsar con rapidez un botón en el panel de seguridad y entrarían en funcionamiento toda suerte de alarmas. El hombre le resultaba vagamente conocido: muy bronceado, con abundante pelo largo y canoso.

El señor Greg Myers, decidió. En tierra firme.

—Hola —dijo por el interfono.

—Busco a Lacy Stoltz —respondió una voz que le resultó familiar.

—¿Y quién la busca?

—Me apellido Myers.

Lacy abrió la puerta con una sonrisa y le saludó. Mientras él entraba, escudriñó el aparcamiento y no vio nada fuera de lo normal.

—¿Dónde están el panamá y la camisa de colores? —preguntó.

—Eso lo reservo para el barco. ¿Qué ha sido del pelo tan bonito que tenías?

Lacy se señaló la fea cicatriz de la cabeza.

—Veinticuatro puntos de sutura, y aún me encuentro bastante dolorida.

—Estás estupenda, Lacy. Temía que hubieras salido mucho peor parada. La prensa no decía gran cosa sobre tu estado, solo que habías sufrido una

herida en la cabeza.

—Siéntate. Supongo que quieres una cerveza.

—No, he venido en coche. Solo agua.

Lacy sacó dos botellas de agua con gas de la nevera y se sentaron a una mesita en el rincón del desayuno.

—Así que te has mantenido al tanto gracias a la prensa, ¿eh? —comentó ella.

—Sí, supongo que se trata de una vieja costumbre. Desde que vivo en un barco, necesito algún contacto con la realidad.

—Yo no he leído la prensa desde el accidente.

—No te has perdido gran cosa. Por lo que respecta a Hugo y a ti, ya han pasado página.

—Supongo que no te ha costado mucho encontrarme aquí.

—Nada. No intentas ocultarte, ¿verdad?

—No. Yo no vivo así, Greg. No tengo miedo.

—Debe de ser agradable. Mira, Lacy, acabo de conducir cinco horas desde Palm Harbor. Quiero saber lo que ocurrió. Tienes que contármelo. No fue un accidente, ¿verdad?

—No, no lo fue.

—Bien. Soy todo oídos.

—Habla sobre ello, pero primero tengo una pregunta. ¿Sigues usando los mismos móviles que hace un mes?

—Uno de ellos —dijo tras pensárselo un segundo.

—¿Y dónde está ahora mismo?

—En el barco. En Palm Harbor.

—¿Está a bordo Carlita?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Puedes llamarla ahora mismo y decirle que busque el móvil y lo tire al

agua? ¡Ahora mismo! No tienes elección.

—Claro. —Myers sacó un móvil desechable e hizo lo que le decía. Cuando cortó la llamada, dijo—: Vale, ¿de qué iba todo eso?

—Es parte de la historia.

—Venga, cuéntame.

Durante el relato, Myers mostraba pesar unas veces, pero otras parecía indiferente a la tragedia.

—Qué error —masculló en más de una ocasión mientras Lacy le contaba cómo habían mordido el anzuelo del informador.

—¿Se le hizo la autopsia? —preguntó. Hasta donde Lacy sabía, nadie había hecho mención de tal cosa.

—No. ¿Por qué iban a hacerle una autopsia?

—No lo sé. Tenía curiosidad.

Lacy cerró los ojos y empezó a darse palmadas en la frente como si estuviera sumida en un trance.

—¿Qué pasa? —preguntó Myers.

—Tenía una luz, una luz en la cabeza, como la linterna de un minero o algo así.

—Un frontal.

—Supongo. Ahora lo veo. Me miró por la ventanilla, que se había roto.

—¿Le viste la cara?

—No, la luz era muy intensa.

Lacy se cubrió la cara con las dos manos y se masajó suavemente la frente con las yemas de los dedos. Transcurrió un minuto, y luego otro.

—¿Viste al otro tipo? —preguntó Myers con delicadeza.

—No, eso se me ha borrado, no lo recuerdo —respondió Lacy mientras negaba con la cabeza—. Tengo claro que eran dos y que había dos figuras merodeando a nuestro alrededor. Uno de ellos llevaba el frontal ese del que te hablaba y creo que el otro llevaba una linterna de las normales. Oí los pasos de ambos al pisar el vidrio roto.

—¿Dijeron algo?

—Nada que yo recuerde. Estaba aturdida.

—Claro que lo estabas, Lacy. Habías sufrido una conmoción. Eso te fastidia la memoria.

Ella sonrió, se puso en pie, fue a la nevera y sacó un zumo de naranja.

—¿Qué móviles eran? —preguntó Myers.

—Unas Blackberry de un modelo más bien antiguo que nos había facilitado la CCJ. —Sirvió dos vasos y los dejó en la mesita—. Yo tengo un iPhone, pero lo había dejado aquí. Hugo usaba el teléfono del trabajo para todo. No sé si tenía otro. Nuestro informático dice que es imposible hackear los teléfonos del estado.

—Pues es posible hacerlo. Si pagan lo suficiente, pueden contratar a hackers.

—Nuestro informático dice que no nos preocupemos. También intentó rastrear los móviles pero no hay señal de ellos, lo que probablemente significa que están en el fondo del mar.

—Yo me preocupo por todo. Gracias a eso sigo vivo.

Lacy fue hasta la ventana alta de la cocina y miró las nubes.

—A ver, Greg, dime —planteó a Myers de espaldas a él—: ¿Qué ganaron matando a Hugo?

Myers se levantó y estiró las piernas.

—Intimidación —respondió después de tomar un sorbo de zumo de

naranja—. De alguna manera se enteraron de que estabais metiendo las narices, así que reaccionaron. Por lo que a la policía respecta, parece un accidente. Pero al llevarse los móviles os envían un mensaje a ti y a la CCJ.

—¿Yo podría ser la siguiente?

—Lo dudo. Te tenían contra las cuerdas y podrían haberte dado la puntilla sin problema. Un muerto es advertencia suficiente. Si te ocurriera algo a ti, el gobierno federal irrumpiría con todo su peso.

—¿Y qué hay de ti?

—Ah, yo no estaré nunca a salvo. Su primer objetivo será buscar a Greg Myers, quien demonios quiera que sea, y acabar con él, es decir conmigo, con discreción. Pero no me encontrarán nunca.

—¿Pueden dar con el topo?

—No, no creo.

—Eso son muchas incertidumbres, Greg.

Fue hacia la ventana y se situó junto a ella. Había empezado a llover y caían gotas contra la ventana.

—¿Quieres dejarlo? —preguntó Myers—. Puedo retirar la denuncia y seguir con mi vida. Igual que tú. Ya se ha derramado bastante sangre. La vida es muy corta.

—No puedo hacer eso, Greg, ahora no. Si nos desentendemos, ganan los malos. Hugo habría muerto por nada. La CCJ quedaría en ridículo. No, sigo implicada.

—¿Y cuál es el objetivo?

—Sacar a la luz la corrupción. Que McDover y Dubose y compañía sean acusados y juzgados. Que el topo reciba su recompensa. Que la muerte de Hugo se investigue y los responsables respondan ante la justicia. Que Junior Mace salga libre después de quince años en el corredor de la muerte. Y que los asesinos de Son Razko y Eileen Mace vayan a juicio.

—¿Nada más?

—No, creo que eso me tendrá ocupada por lo menos un mesecito.

—No puedes hacerlo tú sola, Lacy. Necesitas mucha ayuda.

—Sí, así es, y ahí entra en juego el FBI. Tienen los recursos y la experiencia; nosotros no. Si quieres que el caso salga adelante y los malos acaben entre rejas, tienes que acceder a que el FBI nos ayude.

—¿Das por sentado que lo investigarán?

—Sí, aunque quizá peque de optimista.

—¿Cuándo te pondrás en contacto con ellos?

—Es poco probable que el FBI se implique si no lo hacemos nosotros primero. Como sabes, la agencia se ha mostrado sumamente reacia a inmiscuirse en los asuntos de los indios. Así pues, nuestro plan consiste en presentar la denuncia contra McDover. Ella tendrá treinta días para responder. Iremos paso a paso.

—Tenéis que proteger mi identidad en todo momento, Lacy. Si no puedes prometérmelo, entonces me largaré ahora mismo. Y no pienso trabajar directamente con el FBI. Tú sí puedes hacerlo, y te facilitaré toda la información que obtenga del topo, pero yo no tendré ningún contacto con el FBI. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y ten cuidado, Lacy. Son gente peligrosa y están desesperados.

—Lo sé, Greg. Mataron a Hugo, ¿verdad?

—Lo hicieron, y lo siento. Ojalá no os hubiera llamado.

—Ya es demasiado tarde para eso.

Myers se sacó un delgado móvil de usar y tirar del bolsillo y se lo tendió.

—Utilízalo durante este mes. Yo tengo otro.

Lacy lo sostuvo en la palma de la mano como si fuera un objeto robado, pero al final asintió.



—De acuerdo, supongo.

—Dentro de treinta días te haré llegar otro. Tenlo cerca en todo momento. Si se hace con él quien no debe, soy hombre muerto, y tampoco apostaría mucho por ti.

Lacy vio cómo se marchaba en un coche de alquiler con matrícula de Ohio y se aferró a aquel móvil barato mientras se preguntaba cómo demonios se había metido en semejante lío. Durante sus primeros nueve años en la CCJ, el caso más interesante que había llevado había sido el de un juez de distrito del condado de Duval que usaba su lista de casos pendientes para aprovecharse de mujeres atractivas inmersas en desagradables divorcios. También acosaba a taquígrafas judiciales, funcionarias y secretarias; en realidad, a cualquier mujer que tuviera una figura bonita y la mala suerte de estar cerca de su tribunal. Lacy lo obligó a dimitir y luego acabó en la cárcel.

Pero no había sido nada parecido a esto.

Había llegado el momento inevitable, y Lacy no estaba preparada para afrontarlo. Nunca lo estaría; por tanto, no tenía otra opción. Simon, su vecino, accedió a acompañarla y a darle indicaciones. Ella se acercó vacilante al pequeño Ford de alquiler, un vehículo en préstamo que la víspera le había proporcionado y entregado su aseguradora. Abrió la portezuela y se sentó con ademanes lentos al volante. Lo agarró con fuerza y notó que el pulso le martilleaba en las manos. Simon se montó en el coche, se abrochó el cinturón y sugirió que ella hiciera lo mismo. Lacy metió la llave, arrancó el motor y se quedó paralizada mientras el aire acondicionado cobraba vida poco a poco.

—Respira hondo —le aconsejó él—. Esto es pan comido.

—Esto no tiene nada de fácil. —Puso marcha atrás con suavidad y soltó el freno. Cuando el coche empezó a moverse, notó que le sobrevenía un mareo

y pisó el freno otra vez.

—Venga, Lacy. Vamos a quitarnos esto de encima —insistió Simon, un británico que sabía mantener el tipo—. No tienes otra opción.

—Lo sé, lo sé.

Volvió a soltar el freno y retrocedió centímetro a centímetro. Giró y dejó la plaza libre, luego paró y metió primera. No había ningún otro coche en marcha en el aparcamiento de su edificio pero, aun así, le daban miedo.

—Ahora, Lacy, hay que dejar de pisar el freno para que el vehículo avance —dijo Simon en un tono demasiado alegre.

—Lo sé, lo sé —repitió ella, casi mascullando.

El coche empezó a avanzar, luego giró y se detuvo en el acceso a la calle, que estaba ligeramente transitada en un día ajetreado.

—Gira a la derecha —le indicó él—. No viene nadie.

—Me sudan las manos —dijo Lacy.

—A mí también. Hace un calor de mil demonios. Ahora, adelante, Lacy. Lo estás haciendo bien. Todo va de maravilla.

Salió a la calzada y pisó el acelerador. Era imposible desterrar los recuerdos de la última vez que condujo, pero lo intentó con todas sus fuerzas. Murmurar le servía de ayuda.

—Esto marcha —decía una y otra vez—. Esto marcha.

—Vas estupendamente, Lacy. Acelera un poco, si quieres.

Ella miró el cuentakilómetros, que llegaba a los treinta, y empezó a frenar al ver una señal de stop. Recorrió una manzana, luego otra. Quince minutos después, estaba de nuevo en su apartamento, con la boca seca y empapada en sudor.

—¿Lo hacemos otra vez? —preguntó Simon.

—Dame una hora —respondió ella—. Tengo que tumbarme.

—Como quieras, cielo. Llámame.

Ninguno de los tres había estado nunca en Sterling, una población de tres mil quinientos habitantes, y tras dar una vuelta rápida por los horrendos juzgados estaban seguros de que no volverían a pasarse por allí otra vez. Michael aparcó el todoterreno cerca de un monumento a los caídos y se apearon los tres. Convencidos de que los estaban observando, fueron a paso firme hasta la acera donde estaba la puerta principal y entraron. Para esta sombría ocasión Michael y Justin llevaban un traje oscuro, como si fueran a asistir a un juicio importante. Justin iba solo como acompañante, aparte de para hacer un poco de bulto y dar la impresión de que la CCJ tenía personal suficiente e iba en serio.

Lacy llevaba unos pantalones negros y unos zapatos de suela plana. Caminaba sin cojear, pero aún tenía inflamada la rodilla izquierda. También llevaba una blusa beige y un pañuelo de seda Hermès en la cabeza. Se había planteado ir a la reunión sin sombrero ni pañuelo que le disimulara el cráneo rasurado y el corte dentado de las marcas de los puntos de sutura todavía recientes. Por una parte, quería que Claudia McDover observara las heridas, que se viera obligada a contemplar a una víctima de carne y hueso de su corrupción. Pero, en cambio, la vanidad de Lacy la llevó a cubrirse.

Subieron la escalera hasta la tercera planta y fueron al despacho de la honorable Claudia F. McDover, juez del tribunal del Vigésimo Cuarto Distrito Judicial. Una vez dentro, una recepcionista les saludó sin sonreír.

—Soy el señor Geismar; creo que he hablado con usted por teléfono —dijo Michael—. Tenemos una cita con la juez a las cinco.

—La avisaré.

Las cinco llegaron y se fueron. A las cinco y cuarto, la recepcionista abrió la puerta y anunció: «La juez McDover». Entraron en su despacho y ella los recibió con una sonrisa a todas luces forzada. Lacy eludió estrecharle la mano. En un rincón del amplio despacho, dos hombres se levantaron de una mesa de reuniones y se presentaron como los abogados de la juez McDover. Su presencia no era una sorpresa. Michael había llamado la víspera para concertar la reunión; así pues, la juez McDover había dispuesto de veinticuatro horas para empezar a rodearse de abogados.

El mayor de ellos era Edgar Killebrew, un abogado defensor de Pensacola con mala fama especializado en delincuentes de guante blanco. Era alto y robusto, iba elegantemente vestido con un traje de raya diplomática azul marino, y el pelo entrecano y ralo peinado hacia atrás le llegaba hasta debajo del cuello de la camisa. Tenía reputación de ser escandaloso, extravagante y amedrentador, pues siempre estaba dispuesto a pelear y rara vez perdía ante un jurado. Su socio era Ian Archer, un tipo poco risueño que se negó a estrecharle la mano a nadie y hedía a hosquedad.

Se dispusieron con incomodidad en torno a la mesa de reuniones. La juez McDover se sentó a un lado con un abogado a la derecha y el otro a la izquierda. Michael tomó asiento enfrente de ella, con Lacy y Justin a los lados. La charla intrascendente estaba de más. ¿A quién le importaba el tiempo que hacía?

—Hace cuarenta y cinco días se presentó una denuncia formal contra la juez McDover —empezó Michael—. Hemos llevado a cabo la evaluación y, como ya saben, nuestro umbral inicial no es muy alto. Si parece que la denuncia puede tener fundamento, se la presentamos al juez. Por eso estamos hoy aquí.

—Lo entendemos —respondió Killebrew con aspereza.

Lacy miró fijamente a McDover y se preguntó si sería todo verdad. Los años de sobornos a cambio de sentencias favorables; el robo descarado a los tappacola; el asesinato de Hugo Hatch; los jets privados y el dinero sin límite y las casas por todo el mundo; la condena injusta de Junior Mace. No, de hecho, en ese momento no le parecía posible que esa mujer atractiva, una juez electa de una población pequeña, pudiera estar involucrada en delitos tan repugnantes y graves. ¿Y qué veía McDover cuando miraba a Lacy? ¿El pañuelo que le ocultaba las heridas? ¿Una chica afortunada que podría haber muerto? ¿Un incordio del que se ocuparía más adelante? ¿Una amenaza? Fuera lo que fuese lo que la juez estaba pensando, no dejó entrever nada. Su semblante era por completo profesional, pese a lo ingrato del asunto.

Lo mejor de la estrategia de Lacy era que en ese momento McDover no tenía idea de lo que el topo ya les había contado. No tenía idea de que estaban al tanto del dinero, los jets, las casas, todas las chucherías. La juez estaba a punto de averiguar que sus cuatro apartamentos habían despertado sospechas, pero nada más.

—¿Podemos ver la denuncia? —pidió Killebrew.

Michael deslizó por encima de la mesa el original y tres copias. McDover, Killebrew y Archer los cogieron y empezaron a leerlos, aunque tuvieron buen cuidado de no reaccionar. Si la juez se llevó una sorpresa, la disimuló muy bien. Nada. Ni ira ni incredulidad. Nada más que una lectura serena y desapasionada de las acusaciones. Sus abogados leyeron la denuncia y se las apañaron para ofrecer una impresión de indiferencia engreída. Archer tomó unas cuantas notas en un bloc. Los minutos iban transcurriendo lentamente. La tensión era densa, palpable.

—Esto es ridículo —dijo McDover al final, sin mostrar un ápice de emoción.

—¿Quién es Greg Myers? —preguntó Killebrew con toda tranquilidad.

—No vamos a revelar su identidad por el momento —repuso Michael.

—Claro, ya la averiguaremos, ¿no? Bueno, esto es una puñetera difamación y lo demandaremos de inmediato por un montón de dinero. No puede ocultarse.

—Demanden a quien quieran —dijo Michael encogiéndose de hombros—. No es asunto nuestro.

—Durante la evaluación, ¿descubrieron algún indicio de que estas alegaciones tengan fundamento? —preguntó Archer con un odioso tono nasal que parecía querer indicar que era mucho más inteligente que cualquiera de los presentes.

—No estamos obligados a divulgar esa información de momento. Como seguro que saben, después de revisar minuciosamente las leyes, la juez McDover tiene treinta días para responder por escrito. Durante ese período, seguiremos investigando. Una vez que recibamos su contestación, contestaremos nosotros.

—Puedo darles una respuesta ahora mismo —rezongó Killebrew—. Esto es una puñetera mierda difamatoria y calumniosa. Son todo mentiras. La Comisión de Conducta Judicial debería someterse a una investigación por tomarse en serio esta bazofia y manchar el nombre de uno de los jueces mejor valorados del estado de Florida.

—¿También nos van a demandar a nosotros? —le preguntó Lacy con descaro, y eso lo descolocó. Killebrew la fulminó con la mirada, pero no mordió el anzuelo.

—Me inquieta la confidencialidad —señaló la juez McDover—. No me preocupan todas estas alegaciones, porque no tienen ninguna base y lo demostraremos en un tiempo breve. Pero tengo que proteger mi reputación. Es la primera denuncia que se presenta contra mí después de diecisiete años como magistrada.

—Eso no demuestra nada —repuso Lacy, que tenía ganas de enzarzarse en una escaramuza.

—Es verdad, señora Stoltz, pero quiero tener la seguridad de que este asunto se llevará con discreción.

—Estamos perfectamente al tanto de que la discreción es necesaria, de que tenemos reputaciones en nuestras manos y, por eso, nos ceñimos a la ley que exige la confidencialidad de nuestras investigaciones —respondió Michael.

—Pero hablarán con posibles testigos —señaló Killebrew—. Y se podría correr la voz. Ya sé cómo van estas investigaciones. Pueden convertirse en cazas de brujas en las que se disparan los rumores y hay gente que sale perjudicada.

—Ya ha habido gente perjudicada —dijo Lacy fulminando con la mirada, sin parpadear siquiera, a la juez McDover, que se la sostuvo como si no le importara lo más mínimo.

Por un instante en el despacho no hubo aire que respirar.

—Nos ocupamos de investigaciones así todos los días, señor Killebrew —dijo Michael al final—. Le aseguro que sabemos cómo llevarlas con discreción. No obstante, el cotilleo parece provenir a menudo del otro lado.

—Buen intento, caballero, pero por nuestra parte no habrá ningún chismorreo —dijo Killebrew—. Presentaremos una petición para que se desestime la denuncia en cuanto se pueda y se desechará esta bazofia.

—Llevo casi treinta años en la CCJ y aún no he visto un caso en el que la Comisión desestime la denuncia antes de que se presenten las respuestas. Pero, adelante, pruébenlo.

—Eso está muy bien, señor Geismar, y en sus años de amplia experiencia, ¿con qué frecuencia se presentan denuncias en las que la identidad de la parte denunciante no se revela?

—Se llama Greg Myers. Su nombre está ahí, en la primera página.

—Gracias. Pero ¿quién es el señor Greg Myers y dónde vive? No hay dirección, ni información de contacto, nada.

—Sería inapropiado que se pusieran en contacto con el señor Myers.

—Yo no he dicho que quiera hacerlo. Solo queremos saber quién es y por qué acusa a mi cliente de algo que equivale a aceptar sobornos. Eso es todo.

—Ya lo abordaremos más adelante —dijo Michael.

—¿Algo más? —preguntó McDover. La juez estaba al mando y lista para levantar la sesión.

—No, por nuestra parte no —respondió Michael—. Esperaremos su respuesta en treinta días, si no antes.

Sin estrecharse la mano ni despedirse con un gesto de la cabeza, se levantaron y salieron del despacho. No dijeron nada mientras iban camino del coche y se alejaban de allí.

—Bien, ¿qué os ha parecido? —preguntó Michael cuando la ciudad ya se desvanecía a sus espaldas.

—El hecho de que haya contratado al abogado más caro que hay por aquí antes de saber lo que se le venía encima resulta sospechoso —respondió Justin en primer lugar—. ¿Lo habría contratado si no fuera culpable de nada? ¿Y cómo se lo puede permitir con su sueldo de juez? Narcotraficantes y otros delincuentes de primera tienen el dinero suficiente para pagar a un tipo como Killebrew, pero una juez de distrito no.

—Supongo que sí que tiene el dinero —señaló Lacy.

—A pesar de su serenidad, he percibido miedo —dijo Michael—. Y no a ver su reputación manchada. Eso es lo que menos le preocupa. ¿No te parece, Lacy? ¿Has podido calarla?

—No me ha dado la impresión de que estuviera asustada. Tiene demasiada sangre fría para eso.

—Bueno, sabemos lo que va a hacer —dijo Justin—. Presentará una



respuesta bien gruesa en la que alegará que compró los apartamentos hace años como inversiones. No va contra la ley hacerlo por medio de empresas en paraísos fiscales. Puede parecer sospechoso, pero no es ilegal, ni siquiera poco ético.

—Bien —dijo Lacy—, pero ¿cómo puede demostrar que los pagó?

—Aportará alguna clase de registro —aventuró Michael—. Tiene a Vonn Dubose oculto entre bambalinas manipulando la contabilidad y ahora a Edgar Killebrew levantando una cortina de humo. Esto no va a ser fácil.

—Eso lo hemos sabido desde el primer momento —comentó Lacy.

—Necesitamos que Myers nos dé algo más —dijo Michael—. Nos hace falta la pistola humeante.

—Sí, es verdad, y Myers tiene que hacer todo lo posible por permanecer oculto —añadió Justin—. Ya habéis visto las ganas que tienen de dar con él.

—No van a localizarlo —dijo Lacy con autoridad, como si supiera más que sus colegas.

Habían conducido durante dos horas para una reunión de quince minutos, pero así era su trabajo. Si había tiempo, Lacy quería por lo menos ver su coche destrozado y buscar pertenencias olvidadas en la guantera y el maletero. Michael había intentado convencerla de que no lo hiciera. Todo lo que hubiera podido dejarse allí —CD viejos, un paraguas, calderilla— no compensaría el horror de ver las señales de las heridas mortales de Hugo.

Pero, dado que estaban por allí y disponían de unos minutos, Michael quería saludar al alguacil Gritt y presentárselo a Lacy. Este había estado en el lugar del accidente y había participado en el rescate de ella, y Lacy deseaba al menos darle las gracias. Eran casi las seis de la tarde cuando llegaron a la comisaría cercana al casino. Un poli holgazaneaba en torno a la recepción y, cuando Michael preguntó por el alguacil Gritt, le informó de que ya no trabajaba allí. Había un nuevo alguacil y ya se había marchado a casa.

—¿Qué le ha pasado a Gritt? —preguntó Michael, que se mostró suspicaz de inmediato.

—Puede preguntárselo al jefe de la tribu, pero dudo que obtenga alguna respuesta —contestó el poli encogiéndose de hombros, como si no tuviera la menor idea.

Recorrieron en coche las dos manzanas que había hasta el cementerio de vehículos y, a través de una puerta de tela metálica cerrada con candado, vieron una decena de coches hechos polvo. La triste colección no incluía el Prius de Lacy ni la camioneta Dodge Ram que había chocado contra él. Habían desaparecido.

—Dios santo —masculló Michael—. Gritt me aseguró que los vehículos estarían a salvo. Le dije que tal vez se llevaba a cabo una investigación. Pensé que nos habíamos entendido.

—¿Cuánto tiempo llevaba de alguacil? —indagó Lacy.

—Creo que dijo cuatro años.

—Supongo que tenemos que hablar con él.

—Vamos a ir con mucho cuidado, ¿verdad, Lacy?

El nuevo alguacil era Billy Cappel, hijo del jefe y miembro del Consejo Tribal. Cuando el jefe anunció el nombramiento de Billy, les explicó a los miembros del cuerpo de policía que solo era temporal. Su hijo solo desempeñaría el trabajo hasta que se pudiera llevar a cabo una selección adecuada y contratar al hombre idóneo para el cargo. Puesto que el nuevo alguacil sin duda sería un miembro de la tribu, no les llevaría mucho tiempo hacer la selección. En realidad, tanto el jefe como Billy sabían que el puesto provisional no tardaría en convertirse en un cargo más permanente. Billy ganaba cincuenta mil dólares al año como miembro del consejo, además de sus dividendos mensuales. Como alguacil, su nuevo sueldo triplicaba esta cifra, y además, gracias a una nueva ley, podría combinar los cargos de jefe de policía y miembro del consejo. Era un buen apaño, sobre todo para el clan de los Cappel.

El currículum de Billy como agente de la ley era más bien escaso, pero en realidad no necesitaba ninguno. Había trabajado una breve temporada en el equipo de seguridad del casino, antes de su nombramiento, y se había presentado voluntario a la brigada de rescate antes de que estuviera formada por personal a jornada completa.

Durante el segundo día en su nuevo puesto, la policía de Foley le comunicó su interés en detener a Berl Munger, el hombre del vídeo que había sido cómplice en el robo de la Dodge Ram. Dado que la policía de Foley no podía cruzar la frontera estatal para realizar la detención y que la policía tappacola no tenía jurisdicción fuera de su reserva, la situación era un tanto

complicada. Billy prometió ponerse en contacto con la policía de DeFuniak Springs y pedirles ayuda. Sin embargo, no hizo tal cosa; en cambio, llamó a su padre, que pasó el recado. Berl Munger no tardó en enterarse de que Alabama había emitido una orden de detención contra él.

Billy no conseguía encontrar el vídeo del que hablaba la policía de Foley. Lo buscó en la comisaría, en todos sus archivos y ordenadores, y no encontró nada. Sospechaba que Lyman Gritt lo había escondido de alguna manera o se lo había llevado. Volvió a llamar a su padre y le dijo que tal vez tenían un problema. Llamó a Foley y les pidió el vídeo, pero la policía de allí ya tenía la mosca detrás de la oreja y se estaba preguntando: «¿Qué demonios están haciendo esos indios?». Le dijeron que ya se lo enviarían, pero no iban a apresurarse en hacerlo.

Berl Munger se esfumó. Billy y el jefe visitaron en su casa a Lyman Gritt, quien, en un tenso encuentro, juró que no sabía nada del vídeo. No tenía ni idea de qué hablaban los polis de Foley. El jefe lanzó las típicas amenazas, pero Gritt no se dejaba intimidar fácilmente y, al final, les pidió que se marcharan de su propiedad. En su época de alguacil, el jefe le había parecido un tipo entrometido y poco honrado. Ahora que estaba en el paro, creía que era despreciable, al igual que el resto de su familia.

El vídeo estaba escondido en el ático de Gritt, junto con una copia del que Frog Freeman había grabado en su tienda. Gritt se tenía por un policía honrado despedido por políticos que se veían en peligro. Si alguna vez llegaba el día de ajustar cuentas, necesitaría algo con lo que ejercer presión.

Honrado, y también bastante capaz. Dos días después del accidente, a medida que se acumulaban las preguntas y las respuestas se mostraban esquivas, Gritt había ido, solo, al lugar del accidente. Tenía ante sí tres enigmas evidentes. El primero: ¿por qué iba a robar un ladrón de coches un vehículo de casi treinta mil dólares y conducirlo casi tres horas hasta un lugar

remoto de una reserva india? La carretera del condado a la que había ido a parar estaba en mitad del territorio tribal y no iba, literalmente, a ninguna parte. Salía de la zona trasera de los terrenos del casino, serpenteaba hacia el interior de la reserva y solo la utilizaban un puñado de tappacolas que vivían en el quinto pino. Gracias a sus inflados presupuestos, la tribu la mantenía asfaltada y cuidada, pero lo mismo podía decirse ahora de casi todos los senderos para cerdos y caminos rurales del territorio. A juzgar por lo que hacía en el vídeo, el ladrón tenía experiencia, y los veteranos como él acostumbraban a vender los coches que robaban a talleres clandestinos de piezas en cuestión de horas. No vagaban por lugares extraños a medianoche bebiendo Jack Daniel's y conduciendo como locos. Además, que Gritt supiera, no había talleres para vehículos robados en el condado de Brunswick. Le resultaba imposible creer que el conductor, bebiendo o incluso borracho, pudiera sobrevivir a una colisión frontal, ni siquiera contra un pequeño Prius, encajar el golpe del airbag e irse andando sin más. ¿Y adónde iba a dirigirse? La reserva era en buena parte un terreno pantanoso e inhabitable. Las tierras altas estaban cubiertas de densos bosques. Los únicos terrenos decentes los había ocupado el casino. A medianoche, un intruso que merodeara por lo más profundo de la reserva se perdería sin remisión en cinco minutos. Si el tipo que sangraba por la nariz en el vídeo de Frog era en efecto el conductor de la camioneta robada, entonces tenía un cómplice, uno que llevaba otra camioneta con matrícula falsa de Florida.

Ese era el primer enigma y ninguna de las piezas encajaba con él.

El segundo era aún más confuso: ¿qué hacían en la reserva a medianoche dos abogados cuyo trabajo consistía en investigar casos de falta de ética profesional por parte de jueces? No habían entrado ilegalmente —pese a todos sus esfuerzos, de momento los nativos americanos no habían sido capaces de impedir el paso a los forasteros—, pero no tenían ninguna

jurisdicción allí. El tribunal tribal tenía tres miembros, bien pagados pero sin la menor preparación jurídica. La Comisión de Conducta Judicial de Florida no podía ni siquiera rozarlos.

El tercer enigma resultaba igual de evidente: ¿cómo se produjo el accidente? Por lo visto no había más tráfico, solo los dos vehículos en un tramo de carretera llano y oscuro. El tiempo estaba despejado. No había señales de límite de velocidad pero, con las vueltas y revueltas de la carretera, cualquier conductor habría tenido problemas para superar los setenta y cinco kilómetros por hora. Incluso bajo los efectos del alcohol, el conductor tendría que haber sido capaz de mantenerse en su carril.

Plantado en el punto exacto del impacto, y mirando el asfalto marcado por las cicatrices que habían dejado los fluidos del motor y los restos del choque, Gritt reconocía que estaba perplejo. No era un caso de colisión mortal y conductor en fuga de los que se abrían y se cerraban en un santiamén. Saltaba a la vista que ocultaba muchas más cosas.

Una decena de vehículos de emergencia habían dejado un laberinto de marcas de neumáticos en los arcenes e incluso en las cunetas y la llanura hacia el este. Si la segunda camioneta, la que llevaba una matrícula falsa de Florida, recogió al conductor, entonces ¿adónde se habría dirigido? Quizá se habría mantenido fuera de la carretera y así habría evitado que la viera algún tappacola que salía del casino después del turno de noche. Hasta el momento, Gritt había hablado con todos los vecinos de la zona y ninguno había visto nada; la mayoría de ellos estaban dormidos. Solo la señora Beale había oído el estruendo del impacto.

En la tierra que se encontraba al otro lado de una cuneta poco profunda, Gritt se había fijado en unas huellas de neumático que se alejaban del escenario. Neumáticos y carrocería anchos, tracción potente, con toda probabilidad una camioneta. Siguió las huellas unos cincuenta metros y, en

unos matorrales de cadillos, encontró un rebujo de papel absorbente, cuatro toallitas arrugadas y unidas por una sustancia reseca que solo podía ser sangre. No las tocó, sino que volvió al coche patrulla y sacó del maletero una bolsa de plástico con autocierre. Sirviéndose de una ramita, metió con cuidado las toallitas de papel en la bolsa y luego continuó siguiendo las rodadas. Las perdió al llegar a una zona de maleza y hierba, y las localizó de nuevo a cuatrocientos metros escasos de su coche. Cruzaban el lecho seco de un riachuelo, continuaban unos cien metros y doblaban a la izquierda por un camino de grava que no había visto nunca. A partir de ahí, era imposible seguir las huellas. El camino describía curvas de aquí para allá durante unos setecientos metros, pasaba por delante de una casa a lo lejos e iba a morir a una carretera asfaltada llamada Sandy Lane. Gritt había regresado entonces poco a poco hasta el lugar del accidente y se había montado en su coche. Gracias al vídeo de Frog, tenía una imagen clara del rostro del tipo. Ahora, con un poco de suerte, tendría una muestra de su sangre.

El conductor de la camioneta conocía el área mejor que el alguacil.

El encuentro tuvo lugar en un apartamento sin amueblar en Seagrove Beach, uno de los muchos construidos y vendidos por otra entidad anónima perdida en el laberinto de la organización de Dubose. Cuando el jefe Cappel llegó solo al aparcamiento, lo acompañó al interior del edificio un hombre al que únicamente conocía como Hank. Después de años haciendo tratos con Dubose, el jefe seguía asombrándose de lo poco que sabía acerca de aquel tipo y de quienes lo rodeaban. Suponía que Hank debía de tener cierta autoridad porque permaneció presente en la habitación durante toda la reunión, sin decir nada pero escuchándolo todo.

Dubose estaba al final de un largo día. Dos horas antes se había reunido

con Claudia McDover en su apartamento de Rabbit Run, donde ella le había informado de su encuentro con la CCJ. Había leído la denuncia, planteado las preguntas habituales acerca de quién demonios era Greg Myers y había intentado calmar a la juez, que estaba muy inquieta. Luego lo habían llevado en coche al apartamento, donde aguardó a que llegara el jefe de la tribu.

Cappel llevaba un maletín, del que sacó un portátil que dejó encima del mostrador de la cocina. No había sillas ni asientos en el apartamento nuevo, que todavía olía a recién pintado.

—Hay dos vídeos —dijo Cappel—. El primero es de la policía de Foley, Alabama, y por fin hemos obtenido una copia esta tarde. Estamos casi seguros de que la enviaron la semana pasada y de que Gritt se las apañó para perderla, esconderla o lo que sea. No está en el expediente y no hay ninguna referencia al respecto. Aquí está.

El jefe pulsó unas teclas y Dubose se acercó. Vieron el vídeo del robo de la Dodge Ram del aparcamiento de Foley.

—Póngalo otra vez —dijo Dubose, que no había comentado nada hasta que terminó.

Lo vieron de nuevo.

—¿Qué se sabe? —preguntó Dubose.

—La camioneta Honda es propiedad de un hombre llamado Berl Munger, que recibió una llamada y ha desaparecido. ¿Qué sabe usted de él?

Dubose retrocedió y caminó de aquí para allá por el apartamento.

—Nada. Fue un encargo. Nos hacía falta una camioneta robada, así que hicimos una llamada. Munger no forma parte del club, no es más que un contratista autónomo. No sabe nada.

—Bueno, se encontró con alguien cuando entregó la camioneta y recibió el dinero. Puede contar algo.

—Es cierto, sí. Supongo que se le dijo que se perdiera y siguiera así.



—Así es. ¿Quién era el otro tipo, el que robó la Dodge Ram?

—No tengo ni idea, supongo que uno que trabajaba con Munger. Como decía, no conocemos a esos tipos. Solo pagamos dinero en efectivo por una camioneta robada. —Dubose volvió hacia el mostrador y se quedó mirando la pantalla—. A ver ese otro vídeo.

El jefe pulsó varias teclas más y apareció el vídeo de Frog. Dubose lo vio y empezó a negar con la cabeza, indignado.

—Gilipollas, gilipollas, gilipollas —maldijo mascullando tras haberlo visto por segunda vez.

—Entonces conoce a estos tipos, ¿verdad?

—Sí.

—Y el chaval de la nariz destrozada conducía la Dodge Ram cuando chocaron, ¿no?

—Joder, joder, joder.

—Supongo que eso significa: sí, sí, sí. ¿Sabe, Vonn?, la verdad es que no me gustan todos estos secretos. Hace este trabajito en nuestro territorio y no me dice nada. Yo no quiero ser su socio, pero en muchos aspectos estamos unidos como siameses. Si hay una fuga en el dique, tengo que saberlo.

Dubose se había puesto a caminar otra vez, mordisqueándose una uña; intentaba mantener la calma, pero quería estallar.

—¿Qué quiere saber? —le espetó.

—¿Quién es el tipo de la nariz destrozada? ¿Y cómo puede recurrir a gente que es obviamente tan idiota? Van a las tantas de la noche a un comercio rural, no aparcan entre las sombras, sino justo delante de la tienda, como si pidieran a gritos que las cámaras de vigilancia los grabasen, y, como por arte de magia, tenemos fotos de sus hombres justo después del gran trabajo.

—Son idiotas, ¿vale? ¿Quién ha visto este vídeo, el segundo?

—Usted, yo, Billy, Frog, el sheriff Pickett y Gritt.

—Entonces podemos contenerlo, ¿verdad?

—Quizá. Gritt me preocupa. Mintió sobre el primer vídeo, dijo que no sabía nada al respecto, pero los polis de Foley le dijeron a Billy que lo habían enviado hace más de una semana. Gritt se trae algo entre manos y, ahora que se ha quedado sin trabajo, está realmente cabreado. No me sorprendería que tuviera copias de los dos vídeos escondidas en alguna parte. Intenté hablar con él, pero la conversación no fue bien.

—¿Qué demonios está haciendo ese?

—Tuve que despedirlo, ¿recuerda? Usted participó en esa decisión. Teníamos que librarnos de él para controlar la investigación. La CCJ está husmeando y tienen unas sospechas de mil demonios. ¿Quién sabe? Es posible que acudan a los federales y los convenzan de que echen un vistazo más de cerca. A Gritt nunca se le ha dado bien jugar en equipo. Teníamos que sacárnoslo de encima.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Dubose mientras miraba a través de la puerta corredera hacia la oscuridad que había más allá—. Vamos a hacer lo siguiente: tendrá que quedar con Gritt y convencerlo de que está jugando con fuego. Se está alejando de la reserva, así que dele un tirón de las riendas.

—Esa metáfora no me hace mucha gracia.

Dubose se dio la vuelta y caminó hacia el jefe como si fuera a darle un puñetazo. Los ojos le brillaban; estaba a punto de perder los estribos.

—Me importa un carajo que le haga o no gracia. No vamos a hundirnos porque Gritt se ofendió al perder su trabajo. Explíquele con quién se las está viendo. Tiene mujer y tres hijos y la vida le va bastante bien, incluso sin ese uniforme de alguacil tan mono. Se juega demasiado para ver la luz a estas alturas. Que cierre la boca, entregue lo que tenga escondido y cierre filas. O que se prepare. ¿Entendido?

—No pienso hacerle daño a un hermano.

—No tendrá que hacerlo. No entiende lo que es la intimidación, jefe. Yo escribí las normas. Es lo que he hecho desde siempre. Y lo que me gusta. Y Gritt tiene que entenderlo. Si yo me hundo, también lo hace usted y muchas más personas. Pero no va a ocurrir tal cosa. Su trabajo consiste en convencer a Gritt de que se calle y cierre filas. Hágalo y todo irá bien.

El jefe alargó el brazo y cerró el portátil.

—¿Y qué pasa con el sheriff Pickett? —preguntó.

—No tiene jurisdicción sobre el accidente. Usted sí. Para él es un lío menos del que preocuparse. Además, del sheriff puedo encargarme yo. Consiga que Gritt cierre filas. Asegúrese de que Munger haya desaparecido de verdad. Deles largas a los chicos de Foley. Y capearemos este temporal sin problemas.

—¿Y el tipo que sangraba por la nariz?

—Estará a mil kilómetros de aquí para mañana a mediodía. Ya me encargo yo de él.

Lacy había vuelto a la oficina a jornada completa y, aunque su presencia elevó la moral de la gente un poco, la ausencia de Hugo seguía siendo un enorme vacío. Ella y Geismar se habían guardado casi todos los detalles, pero ahora todos daban por sentado que su muerte había sido algo más que un trágico accidente. Para un organismo diminuto, la misteriosa muerte de uno de los suyos era algo inquietante. Ningún funcionario de la CCJ había pensado nunca que su trabajo fuera peligroso.

Aunque sus movimientos eran lentos y llevaba la cabeza cubierta por una colección cada vez más amplia de pañuelos —de lo más modernos, eso sí—, Lacy estaba encantada de acudir a la oficina y ser un motivo de inspiración para sus colegas. Estaba recuperando las fuerzas y cada vez trabajaba más horas.

Dos días después de presentarle la denuncia a Claudia McDover, Lacy estaba sentada a su mesa cuando recibió una llamada de Edgar Killebrew.

—El caso, señora Stoltz, es que cuanto más profundizo en esta denuncia, más espantosa me parece —empezó en tono agradable, aunque incluso por teléfono seguía sonando pomposo—. No tiene ninguna base jurídica y me asombra que la Comisión se planteara siquiera darle curso.

—Eso ya lo dijo el otro día —repuso Lacy con calma—. ¿Tiene alguna objeción a que grabe esta conversación?

—Me importa un carajo lo que haga.

—Bien, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó tras pulsar el botón de grabación del teléfono.

—Puede desestimar esta puñetera denuncia, eso es lo que puede hacer. Y también decirle al señor Greg Myers que voy a tenerlo con el culo pegado a los tribunales durante los próximos diez años defendiéndose de pleitos por difamación.

—Ya le transmitiré su mensaje, pero estoy segura de que el señor Myers tiene claro que no hay nada difamatorio ni calumnioso en su denuncia, porque no se ha hecho pública.

—Eso ya lo veremos. He decidido no presentar una moción para que se desestime, sencillamente porque solo llamaría la atención sobre este asunto. La junta tiene cinco miembros, todos ellos políticos de tres al cuarto que dan coba al gobernador, y no confío en ninguno de ellos cuando se trata de guardar secretos, del mismo modo que tampoco lo hago en nadie de su Comisión. ¿Lo entiende, señora Stoltz?

—Ya estuvimos hablando sobre esto hace un par de días en el despacho de la juez McDover.

—Bueno, pues estamos volviendo a hablar acerca de lo mismo. Y, además, me gustaría saber algo más sobre su investigación. No me cabe duda de que no va a ninguna parte, por lo que me temo que se desesperarán y empezarán a ponerse en contacto por cualquier medio con todos los posibles conocidos de mi cliente. Así es como empiezan los rumores, los más feroces, señora Stoltz, y, bueno, sencillamente no confío en que usted ni ninguna otra persona vaya a llevar este asunto con discreción.

—Se preocupa demasiado, señor Killebrew. Hacemos esto a diario y sabemos lo que es la confidencialidad. Y no estoy autorizada a hablar con usted sobre nuestra investigación.

—Bueno, le advierto que si este caso se convierte en una caza de brujas y la reputación de mi cliente se ve perjudicada, los demandaré a usted y al señor Geismar y a todos los demás miembros de la Comisión de Conducta

por difamación.

—Adelante. Y nosotros responderemos con otra demanda por presentar un litigio sin el menor fundamento.

—Qué bonito. Pero qué bonito. Me encantaría tener la oportunidad de verlos en los tribunales. Yo vivo allí, señora Stoltz, y ustedes no.

—¿Algo más, señor Killebrew?

—Nada. Que pase un buen día.

A pesar de la serenidad que había mostrado Lacy al teléfono, la llamada había resultado perturbadora. Killebrew era un abogado litigante sin miedo a nada y tristemente famoso por sus tácticas de tierra quemada. Una demanda semejante acabaría por desestimarse a la larga, pero la perspectiva de mantener una disputa legal con Killebrew la intimidaba. Y él tenía razón al decir que se ganaba la vida, y muy bien, delante de jurados, y Lacy nunca había visto ninguno. Le puso la grabación de la llamada a Michael, que se las arregló para reír. Él ya había recibido amenazas así; ella no. Siempre y cuando la CCJ hiciera su trabajo y no se metiera en terreno vedado, era un organismo prácticamente inmune a las demandas civiles. De no ser así, no presentarían nunca una denuncia.

Volvió a su mesa e intentó concentrarse en otros asuntos. Llamó por segunda vez a la oficina del alguacil y preguntó por Billy Cappel. Estaba muy ocupado en ese momento. Volvió a telefonar una hora después y seguía reunido. Llamó a su aseguradora y al final consiguió localizar al perito que se había ocupado de su Prius destrozado. La informó de que había vendido el coche hecho polvo a un cementerio de automóviles ubicado cerca de Panama City por mil dólares, el precio habitual en un caso de siniestro total. Aseguró que no sabía demasiado de lo que ocurría con vehículos así después de que fueran a parar a los desguaces, pero creía que o bien se trituraban y se enviaban a plantas de reciclaje o bien se vendían a talleres para que

aprovecharan las piezas. Tras dos llamadas de teléfono al cementerio de coches no consiguió ninguna información. Después de comer le dijo a Michael que tenía una visita en el médico y que no volvería al trabajo esa tarde.

Sin embargo, en vez de hacer eso, condujo hasta Panama City, el primer viaje por carretera que hacía sola. Se ciñó al límite de velocidad e intentó no estremecerse cada vez que se cruzaba con un coche pero, aun así, le resultó angustioso. Le costaba respirar y notaba un grueso nudo en el estómago, pero estaba decidida a ir hasta allí y volver. En el cementerio de coches estacionó en un aparcamiento de grava entre una grúa y una camioneta averiada y le preguntó a un anciano con la camisa mugrienta y la barba aún más sucia dónde estaba la oficina. Este indicó con un gesto de la cabeza una estructura de metal con las paredes melladas y la puerta principal abierta. Lacy la cruzó y entró en una sala con un largo mostrador donde unos mecánicos compraban piezas de vehículos de segunda mano. Las paredes estaban cubiertas de una colección impresionante de tapacubos, aunque había un rincón reservado para calendarios de chicas semidesnudas. La presencia de una mujer atractiva interrumpió todas las transacciones.

—Vaya, hola, señorita, ¿en qué podemos ayudarle? —dijo un tipo que llevaba el nombre Bo estarcido en la camisa mientras sonreía.

—Estoy buscando mi coche —respondió ella tras sonreír y avanzar unos pasos—. Sufrió un accidente hace tres semanas en la reserva de los tappacola y lo trajeron aquí. Me gustaría verlo y recoger algunos efectos personales.

—Bueno, si lo trajeron aquí, entonces ya no es su coche —dijo Bo, ya sin sonreír—. Doy por sentado que fue un siniestro total.

—Sí. He hablado con la aseguradora y me han dicho que estaba aquí.

—¿Tiene el número de identificación del vehículo? —preguntó Bo mientras se acercaba a un ordenador.

Lacy le entregó una fotocopia del título de propiedad del coche. Él pulsó unas teclas a golpetazos mientras su colega Fred se unía a ellos. Dos mecánicos los observaban con atención desde el otro extremo del mostrador. Bo y Fred fruncieron el entrecejo y mascullaron algo, aunque parecían confusos.

—Por aquí —dijo Bob, y salió del mostrador.

Lacy lo siguió por un corto pasillo hasta una puerta lateral. Detrás del edificio, oculto a las miradas por una verja alta, había un campo de coches, camionetas y furgonetas hechos polvo, centenares de ellos. A lo lejos, una máquina torpe e inmensa aplastaba un vehículo accidentado. Bo hizo un gesto con la mano a otro hombre, que al rato se acercó. Llevaba una camisa blanca, mucho más limpia que la de Bo o la de Fred, en la que no había ningún nombre, y parecía estar al mando.

—La señorita está buscando aquel Prius que trajeron de la reserva india —dijo Bo al tiempo que le entregaba un papel—. Dice que era suyo.

El hombre frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No está aquí. Hace unos días vino un tipo y lo compró al contado. Se lo llevó en una grúa de plataforma.

—¿Quién lo compró? —preguntó Lacy, aunque sabía que pisaba terreno poco firme.

—No se lo puedo decir, señora, y lo cierto es que no lo sé. Me parece que no dio ningún nombre, solo quería el coche y traía la pasta en efectivo. Pasa continuamente. Hay tipos que compran vehículos destrozados y los venden por piezas. Pero a ese no lo había visto nunca.

—¿Y no llevan ningún registro?

Bo se echó a reír y su jefe sonrió como si quisiera poner de manifiesto la ignorancia de Lacy.

—No, señora —contestó el jefe—. Una vez que el coche es declarado



siniestro total y el título de propiedad queda invalidado, a nadie le importa lo que sea de él. Las ventas al contado no son infrecuentes en este negocio.

Lacy no sabía muy bien qué preguntar a continuación. Supuso que le estaban diciendo la verdad. Miró hacia las hectáreas de vehículos destrozados y se dio cuenta de que una búsqueda sería inútil.

—Lo siento, señora —dijo el jefe, y se alejó.

El SMS de Verna decía: «¿Quieres hablar?».

Cruzaron varios mensajes más y acordaron verse.

Lacy llegó al domicilio de los Hatch después de la cena. Verna estaba sola con los niños. Los dos mayores estaban haciendo deberes en la mesa de la cocina. Pippin y el otro pequeño estaban durmiendo. Verna dijo que no había habido tanto silencio en la casa desde antes de la muerte de Hugo. Tomaron té verde en el patio y contemplaron las luciérnagas en la oscuridad. Verna se sentía aliviada por que los parientes se hubieran marchado por fin, aunque su madre volvería al día siguiente para ayudarla con Pippin. Verna estaba agotada, pero dormía más. Todavía despertaba soñando que Hugo estaba a su lado, pero se las apañaba para regresar a la realidad. Con cuatro hijos, no podía permitirse el lujo de llorar a su esposo como era debido. La vida no iba a aflojar el ritmo.

—Hoy he recibido el cheque del seguro de vida —dijo—, así que no estoy bajo tanta presión, por lo menos de momento.

—Es una buena noticia, Verna.

—Estaremos bien durante un año o así, pero luego tendré que buscar trabajo. Hugo ganaba sesenta mil al año y nunca ahorramos ni un centavo. Tengo que guardar parte de este dinero para el futuro, para los niños.

Verna tenía ganas de hablar y quería hacerlo con alguien que no fuera de la

familia. Se había graduado en Salud Pública en la Universidad Estatal de Florida y había trabajado de asistente social durante un año o así antes de quedarse embarazada por primera vez. Después del tercer hijo, había dejado de lado cualquier idea de desarrollar una carrera.

—Me gusta la idea de tener un empleo —dijo—. He sido madre a jornada completa durante mucho tiempo y estoy lista para un cambio. Hugo y yo lo hablábamos a menudo y habíamos decidido que, en cuanto Pippin empezase primaria, yo volvería a trabajar. Tal vez con dos sueldos podríamos tener una casa más grande, quizá empezaríamos a ahorrar para los niños. Hugo me apoyaba mucho, Lacy. Tenía un ego enorme, ya sabes, no podía evitarlo, pero no se sentía amenazado porque su mujer trabajara.

Lacy la escuchaba y asentía. Verna le había hablado de desarrollar carrera una decena de veces.

Verna tomó un sorbo de té y cerró los ojos un momento.

—¿Puedes creer que ya ha venido gente a pedirme dinero? —dijo, saliendo de su ensimismamiento—. De momento dos primos de Hugo se quedaron por aquí el tiempo suficiente para pedirme un préstamo. Les dije que ni de coña y me deshice de ellos, pero volverán. ¿Qué le pasa a la gente que hace cosas tan horribles como estas, Lacy?

Esa pregunta no tenía respuesta.

—No lo sé —contestó Lacy.

—Tengo a muchísima gente dándome consejos ahora mismo —continuó Verna—. Incluso antes del funeral todos sabían que iba a recibir cien mil dólares del seguro de vida y algunas de esas sanguijuelas ya estaban intentando buscar la manera de colarse aquí dentro. Estoy harta de ellos, la verdad. No de mi madre ni de mis hermanas, sino de algunos de esos primos, una gente a la que Hugo y yo apenas habíamos visto en los últimos cinco años.

—Geismar dijo que había algunos abogados en tu casa, tramando demandas.

—También me libré de ellos. Un bocazas dijo que podría sacar dinero de la póliza de seguro que cubría la camioneta robada. Resulta que no es así. Cuando roban un vehículo de esa manera, la póliza queda invalidada, por lo menos en lo que respecta a la responsabilidad. Se habló de un montón de grandes demandas. Una contra Toyota por el airbag y el cinturón de seguridad defectuosos, pero no estoy segura de que sea buena idea. Tengo una pregunta, Lacy. Cuando tú y Hugo fuisteis al casino esa noche, ¿su cinturón funcionaba bien?

—Lo cierto es que no. Se quejó de que no se quedaba abrochado. Nunca me había pasado. Estuvo enredando con él y consiguió que encajara varias veces, pero algo le pasaba.

—¿Crees que alguien lo manipuló?

—Sí, Verna. Tengo la impresión de que desactivaron el airbag y estropearon de algún modo el cinturón de seguridad.

—Y entonces ¿el accidente no fue un accidente?

—No, no lo fue. Nos embistió deliberadamente una camioneta que pesaba el doble que el Prius.

—Pero ¿por qué? Tienes que decírmelo, Lacy. Merezco saber lo que está pasando.

—Te contaré todo lo que pueda, pero tienes que prometer mantenerlo en secreto.

—Venga, Lacy. Ya me conoces.

—¿Tienes un abogado?

—Sí. Un amigo de Hugo de la facultad de Derecho se está ocupando de todo. Confío en él.

—De acuerdo, pero ni siquiera él tiene por qué saber la historia, al menos

no por ahora.

—Cuéntamela, por favor.

Eran casi las diez cuando Roderick abrió la puerta.

—Mamá, Pippin está llorando —dijo.

—Vaya, qué sorpresa. Esa niña... —respondió Verna mientras se enjugaba rápidamente las lágrimas de las mejillas.

—Voy a quedarme esta noche, ¿vale? —dijo Lacy a la vez que ambas se levantaban y entraban en la casa—. Me ocuparé de Pippin e igual podemos seguir hablando.

—Gracias, Lacy. Tengo algunas preguntas más.

—Seguro que sí.

La reunión se celebró en las oficinas del FBI en Tallahassee, a diez minutos a pie de la CCJ. El supervisor era un adusto hombre de carrera apellidado Luna y, desde el mismo momento en que se dispusieron en torno a su amplia mesa de reuniones, pareció dudar de la importancia de aquel encuentro. A su derecha había un agente especial atractivo y afable llamado Pacheco, de unos treinta y cinco años, sin alianza, y con una mirada que pareció engullir a Lacy desde el momento en que se saludaron. En el extremo opuesto de la mesa, como si su presencia fuera necesaria pero no del todo deseada, estaba el tercer agente, Hahn. Lacy se sentó frente a Luna y Pacheco, con Geismar a su derecha.

—En primer lugar, gracias por concedernos su tiempo

—empezó—. Sabemos que están ocupados y esto no será rápido. ¿Tenemos problemas de tiempo?

—No. Les escuchamos —dijo Luna negando con la cabeza.

—Bien. Ayer, cuando hablamos por teléfono, le pregunté por un hombre llamado Vonn Dubose. Sentimos curiosidad por si saben algo sobre él.

—Sí, bueno, pero no mucho —respondió Pacheco mientras echaba mano a un documento—. Dubose no tiene antecedentes penales, estatales ni federales. A la Mafia del Siluro, o Mafia de la Costa, como pasó a denominarse, la conocemos desde hace mucho. Creo que ya tienen su historial. Una banda pequeña de pasado pintoresco, pero sin nada reseñable aquí en Florida. Hace unos veinte años un hombre llamado Duncan fue detenido con una camioneta cargada de marihuana cerca de Winter Haven. La

DEA sospechó que trabajaba para un grupo organizado, probablemente la misma Mafia de la Costa, pero no llegaron a ninguna parte porque Duncan no quiso hablar ni negociar. Cumplió una larga sentencia y salió en libertad condicional hace tres años. Nunca dijo una sola palabra. Eso es más o menos todo. Por lo que respecta al hombre conocido como Vonn Dubose, seguimos sin encontrar nada sobre él.

—Por lo que a nosotros nos concierne, en realidad no existe ninguna organización conocida como la Mafia de la Costa —añadió Luna—. Hoy en día nos centramos en entidades conocidas: Al-Qaeda, narcotraficantes, esa clase de tipos estupendos.

—Bien —dijo Lacy—. Tenemos un informador que creemos que dice la verdad, aunque habríamos preferido que no fuera así. Es un exabogado, también exconvicto, y parece saber dónde están enterrados los cadáveres. No en el sentido literal, claro, pero está convencido de que existe una banda organizada, controlada con mano dura por Dubose. El informador se puso en contacto con nosotros hace unos dos meses.

—¿Se trata de Greg Myers? —preguntó Pacheco.

—Sí, es el nombre que figura en la denuncia que les envié ayer. Pero este es su nuevo nombre, no el real. Según Myers, Vonn Dubose y su hermano fueron tiroteados durante un asunto de drogas que se torció, hace muchos años, en el sur de Florida. Su hermano murió pero Vonn sobrevivió. ¿No tienen ninguna información al respecto?

Pacheco ya estaba negando con la cabeza.

—Nada. ¿Cómo es posible que Myers lo supiera?

—No tengo la menor idea. Vive como un fugitivo y se muestra muy reservado.

—¿De quién huye? —se interesó Luna.

—No estoy segura, pero no los elude a ustedes ni a ningún otro organismo

de seguridad. Cuando se declaró culpable, delató a un montón de gente y ahora se siente amenazado.

—¿Se le acusaba de cargos federales? —preguntó Pacheco.

—Sí, así es, y cumplió condena en un centro penitenciario federal. Pero, por razones que quizá podamos aportar más adelante, hagan el favor de no malgastar su tiempo intentando localizar al auténtico Greg Myers. Él no es el motivo de que estemos aquí. Ya han leído la denuncia formal presentada contra la juez McDover. Llevamos a cabo nuestra evaluación y nos pareció que tenía fundamento. La historia auténtica va mucho más allá de lo que se dice en la denuncia. Según Myers, Vonn Dubose y la tribu tappacola hicieron un trato hace casi veinte años para construir un casino y llevan desviando fondos en metálico casi desde el primer día. Muchísimo dinero en efectivo, parte del cual comparten ahora con la juez McDover.

—¿La juez está aceptando dinero? —preguntó Luna.

—Sí, según Myers.

—¿Y por qué tendrían que dárselo?

—La denuncia formal es nuestra prueba A; ya tienen una copia. Aquí está nuestra prueba B. —Geismar deslizó unas copias por la mesa. Lacy continuó —: Es un resumen conciso de los tappacola, su territorio, su reconocimiento federal y sus esfuerzos para construir un casino. Implica al menos dos asesinatos y a un hombre llamado Junior Mace, que ahora está en el corredor de la muerte en Starke. Les sugiero que se tomen unos minutos y lean la prueba.

Ya estaban haciéndolo, poco a poco. De momento, la historia había captado su atención. Pasaban las páginas metódicamente; Pacheco iba un poco adelantado. En el extremo opuesto, Hahn se abría camino a través del texto en silencio. El ambiente era denso mientras sopesaban hasta la última palabra. Lacy garabateaba notas sin sentido en un bloc mientras Michael leía

emails en su móvil.

—Nuestra prueba C es un relato bastante detallado de la construcción del casino, la creación de un peaje y todos los pleitos que rodearon ambos hechos —dijo Lacy cuando los agentes terminaron de leer—. Con una juez en el bolsillo, Dubose pudo defenderse de cualquiera que se cruzara en su camino y Treasure Key se inauguró en 2000. —Geismar les deslizó unas copias de la prueba C.

—¿Y quieren que leamos esto ahora? —preguntó Luna.

—Sí.

—De acuerdo. ¿Le gustaría tomar un café mientras lo leemos?

—Si son tan amables, gracias.

Hahn se levantó con gesto marcial y salió a buscar a una recepcionista. El café llegó en tazas de verdad, no de cartón, pero ni Luna ni Pacheco parecieron darse cuenta de ello. Estaban absortos en la prueba C.

Pacheco terminó primero y, en vez de interrumpir a su jefe, tomó notas en los márgenes y aguardó a que este acabara.

—Una pregunta —dijo Luna mientras bajaba su copia—. ¿Debemos sospechar que este Junior Mace que se encuentra en el corredor de la muerte quizá no cometió los dos asesinatos a los que hace referencia la prueba anterior?

—Sinceramente, no lo sabemos —respondió Michael—, pero Greg Myers cree que al señor Mace le tendieron una trampa y que es inocente.

—Me he reunido con Mace en el corredor de la muerte —añadió Lacy— y, desde luego, él afirma que es inocente.

—Dudo que sea el único allí que dice que no lo hizo —bromeó Pacheco.

Hubo sonrisas, pero ninguna carcajada. Luna echó un vistazo al reloj de pulsera y miró el papeleo que Geismar tenía delante.

—¿Cuántas pruebas de esas tienen? —preguntó.



—No muchas.

—Bueno, en la prueba D se les presenta a la juez —dijo Lacy. Geismar volvió a deslizarles las copias—. Primero verán fotos de ella en uno de sus apartamentos en Rabbit Run.

—No está precisamente posando para la cámara —dijo Pacheco al mirar las fotos—. ¿Quién las hizo?

—No lo sabemos —contestó Lacy—. Greg Myers tiene un informador cuyo nombre no conocemos y él tampoco. Se comunican a través de un intermediario.

Desde el otro extremo, Hahn lanzó un suspiro que parecía de incredulidad.

—Es una historia complicada y va a peor —dijo Lacy mirando a Hahn—. Volvamos a la prueba. Hay algunos antecedentes sobre McDover, pero no gran cosa, porque procura pasar inadvertida. Su cómplice, o uno de ellos, es una abogada de Mobile especializada en Derecho inmobiliario llamada Phyllis Turban. Esa foto está sacada del colegio de abogados de la zona. Estas mujeres se conocen desde hace mucho tiempo, son íntimas, les gusta viajar a todo tren y siempre lo hacen juntas. Gastan mucho más de lo que ganan. La prueba resume sus viajes a lo largo de los últimos siete años.

Evidentemente intrigados, los tres agentes ya estaban revisando la prueba D. La sala volvió a quedar en silencio mientras pasaban las páginas.

La taza de café de Lacy estaba vacía. Llevaban una hora sentados a la mesa y estaba encantada de la recepción que habían tenido hasta el momento. Michael y ella no sabían qué esperar a su llegada. Habían supuesto que la historia que estaban a punto de relatar les resultaría fascinante, pero no tenían idea de cómo la iban a recibir. Ahora ya habían captado la atención del FBI. Aunque los agentes eran conscientes del tiempo, no parecían tener prisa.

Luna la estaba mirando.

—Siguiente.

—La siguiente es la prueba E, la más breve hasta el momento, y es una cronología de nuestra implicación en el caso —explicó mientras Geismar repartía más documentos.

La leyeron de cabo a rabo.

—¿Cómo reaccionó McDover cuando le presentaron la denuncia? —preguntó Pacheco.

—Se mostró bastante serena —dijo Lacy—. Lo negó todo, claro.

—A mí me pareció asustada, pero mis dos colegas no son de la misma opinión —comentó Michael—. No estoy seguro de que eso tenga mucha importancia.

—Bueno, debe de ser culpable de algo si contrató a Edgar Killebrew—dijo Pacheco.

—Es lo primero que he pensado yo —dijo Hahn, tomándolos por sorpresa—. Es un picapleitos sin escrúpulos.

Luna levantó una mano levemente para cortarlo.

—¿Alguna prueba más? —preguntó.

—Sí, la última —respondió Lacy—. Seguro que se enteraron de que nuestro colega Hugo Hatch murió en un accidente de tráfico en la reserva.

Asintieron con expresión triste.

—Bueno, yo conducía el coche cuando esto ocurrió. Llevo este pañuelo porque me afeitaron la cabeza en el hospital. Tenía cortes y abrasiones, un montón de puntos de sutura y una conmoción cerebral, pero tuve suerte. No recuerdo mucho de lo que pasó, pero estoy empezando a recuperar imágenes. Fuera como fuese, mi amigo y colega falleció allí mismo y su muerte no fue un accidente. Creemos que se trató de un asesinato.

Geismar les pasó copias de la prueba F, que cogieron con un poco más de entusiasmo que las anteriores.

Fotos del Prius y de la Dodge Ram, y también del lugar del accidente;

resúmenes de las conversaciones con el alguacil; una descripción del airbag y el cinturón que no funcionaron; los móviles y el iPad desaparecidos; y la conclusión de que había alguien detrás del accidente, y por lo tanto del asesinato, y que ese alguien era Vonn Dubose y su banda. Ella y Hugo se dejaron atraer por medio de artimañas a lo más profundo de la reserva con la promesa de obtener información, y cayeron en una emboscada. El motivo era asustarlos, intimidarlos y hacerles ver que se habían metido en una situación que los superaba de largo, y que Dubose recurriría a cualquier medida para proteger su imperio. Según Myers, y no tenían razones para dudar de él, ninguna persona que tuviera autoridad había ido nunca a husmear en el casino y a hacer preguntas. Los de la CCJ eran los primeros en hacerlo, y Dubose había reaccionado de manera tajante para enviar un mensaje. Conocía los límites de la autoridad de la CCJ a la hora de investigar y suponía, acertadamente, que el organismo no tenía apenas capacidad para combatir el crimen. Dio por sentado que un buen susto les haría salir corriendo.

—Vaya —dijo Pacheco al tiempo que dejaba la prueba—. No se andan con tonterías.

—Tenemos un amigo muerto —repuso ella—. Y no vamos a desentendernos.

—Pero, al mismo tiempo, no tenemos recursos ni autoridad para investigar a fondo esta corrupción —apostilló Michael—. Ahí es donde entran ustedes.

—No lo sé —titubeó Luna, mostrando por primera vez un indicio de algo que podía ser fatiga o frustración—. Esto podría ser un caso muy, pero que muy grande.

Si bien Luna se mostró reacio a implicarse, Pacheco parecía dispuesto a ello.

—Es un caso inmenso —dijo a la vez que dirigía otra sonrisa hacia Lacy.

—Así es —convino ella—. Demasiado importante para nosotros.

Simplemente no podemos investigar el crimen organizado. Nuestro mundo gira en torno a jueces que han perdido la integridad y han hecho estupideces. Vulneran la ética, pero rara vez infringen la ley. Nunca habíamos visto un caso así.

Luna apartó el montón de papeleo que tenía ante él y entrelazó las manos detrás de la cabeza.

—De acuerdo; usted no es poli, pero es investigadora. Lleva las últimas semanas metida en este asunto. Si estuviera en nuestro lugar, señora Stoltz, ¿cómo procedería?

—Empezaría por el asesinato de Hugo Hatch. Yo tengo una implicación emocional en él, claro, pero resolverlo podría resultar más sencillo que penetrar en un centenar de entidades con domicilios en paraísos fiscales y seguir el rastro del dinero. Alguien robó una camioneta. Quizá otra persona la conducía. Trabajaban para una organización, para un jefe que ordenó la colisión. Paradójicamente, creo que el asesinato fue un regalo. Dubose se arriesgó demasiado, reaccionó de manera exagerada e hizo algo que se le podría volver en contra. Ha pasado toda su vida en un mundo de violencia e intimidación. Y a veces esos tipos se pasan de la raya. Se sintió amenazado y su instinto lo llevó a golpear con todas sus fuerzas.

—¿Y no hay dudas de que se llevaran los dos móviles y el iPad? —preguntó Pacheco.

—Ni la menor duda. Evidentemente querían los dispositivos por la información, pero el robo también fue una advertencia. Tal vez Dubose quería dar a entender sin demasiada sutileza que habían estado allí, en el escenario del accidente.

—¿Y usted sabe que fue así? —indagó Pacheco con delicadeza.

—Sí. No recuerdo gran cosa, pero sí que alguien merodeaba en torno al coche, alguien con una especie de linterna en la cabeza. La luz me iluminó la

cara un instante. Recuerdo el ruido de pasos sobre los cristales rotos. Creo que había dos hombres moviéndose por allí, pero es verdad que apenas estaba consciente.

—Naturalmente —asintió Pacheco.

—Los tappacola no están dispuestos a investigar el accidente como es debido —continuó Lacy—. Han destituido a su alguacil y, por casualidad, su sustituto es hijo del jefe. Podemos suponer que están implicados en ello y dispuestos a darle carpetazo como si fuera otro trágico accidente de tráfico.

—¿Dan por sentado que el jefe tiene tratos con Dubose? —preguntó Luna.

—Desde luego. El jefe gobierna como un rey y lo sabe todo. Es imposible creer que están llevándose dinero en efectivo del casino sin que él esté implicado.

—Volvamos a esos teléfonos móviles —dijo Pacheco—. ¿Están seguros de que no obtuvieron ninguna información de ellos?

—Sí —respondió Michael—. Esos móviles los facilita el estado. Tienen, o tenían, la típica clave de cinco números, pero luego había una barrera codificada. Nuestros informáticos están seguros de que siguen a salvo.

—Pero ahora se puede hackear cualquier dispositivo —señaló Luna—. Y si de alguna manera hubieran conseguido hacerlo, ¿qué habrían encontrado?

—Sería sumamente perjudicial —reconoció Michael—. Tendrían los registros telefónicos, un historial de todas las llamadas. Y tal vez podrían localizar a Greg Myers.

—Y supongo que el señor Myers sigue vivo y coleando, ¿no? —se interesó Luna.

—Claro que sí —dijo Lacy—. No van a encontrarlo. Estuvo en Tallahassee hace dos semanas y se pasó por mi apartamento para ver cómo me encontraba. Todos sus antiguos teléfonos están en el fondo del mar y tiene un stock completo de móviles desechables.

—¿Y el iPad? —preguntó Pacheco.

—No contiene nada que pueda serles de ayuda. Es todo personal.

Luna deslizó la silla hacia atrás y se levantó.

—Hahn —dijo estirando las piernas.

En el otro extremo de la mesa, Hahn movía la cabeza y se mostraba ansioso por dar su opinión. Lacy pensó que tal vez el agente fuera su arma secreta.

—No lo sé —dijo Hahn—. Pongamos que nos presentamos allí con media decena de agentes. ¿Qué pasa entonces? El dinero en efectivo se desvanece en su red de cuentas en el extranjero. Dejan de esquilmar el casino. Los indios tienen miedo de Dubose y todo el mundo se cierra en banda.

—Me encanta —dijo Pacheco entre dientes.

—Yo no haría eso —intervino Lacy—, sino que me dedicaría discretamente a la tarea de buscar al conductor de la camioneta. Supongamos que tienen suerte y trincan al tipo. Ante la perspectiva de pasar el resto de su vida en la cárcel, quizá querría hablar, hacer un trato.

—¿Protección de testigos? —preguntó Pacheco.

—Es su juego y seguro que saben cómo desarrollarlo.

Luna volvió a su asiento, apartó el montón de papeles un poco más y se frotó los ojos como si de repente se notara cansado.

—A ver, nuestro problema es el siguiente —dijo—. Nuestro jefe está en la oficina de Jacksonville. Nosotros le hacemos una recomendación y él toma la decisión. Parte de nuestro trabajo consiste en estimar los recursos humanos y el número de horas que puede requerir este caso en total. Sinceramente, siempre es una pérdida de tiempo porque el objetivo está en continuo movimiento y es imposible saber adónde puede llevar una investigación. Pero las normas son las normas y, a fin de cuentas, se trata del gobierno federal. Así pues, nuestro jefe le echa un vistazo a nuestra recomendación. Ahora

mismo no está pensando en un soborno de tercera en un casino indio. Probablemente no le impresione demasiado un accidente de tráfico que podría haber sido algo más. No, hoy en día luchamos contra el terrorismo. Dedicamos el tiempo a rastrear células durmientes y adolescentes estadounidenses que chatean con yihadistas, y a idiotas nacidos aquí que intentan hacerse con los componentes para fabricar bombas. Y les aseguro que están ocurriendo cosas pero que muy graves. Andamos faltos de personal y a menudo tenemos la sensación de que cada vez nos quedamos más atrás. Nunca olvidamos que llegamos con veinticuatro horas de retraso el 11 de septiembre. Este es nuestro mundo. Esta es la presión a la que estamos sometidos. Lamento haberles soltado este discurso.

Por un momento nadie pronunció palabra.

—Creo que lo entendemos, pero el crimen organizado sigue haciendo de las suyas —dijo Michael rompiendo el silencio.

—Desde luego que sí —replicó Luna con una sonrisa—. Y creo que este es un caso perfecto para el FBI, pero no estoy seguro de que nuestro jefe vaya a estar de acuerdo conmigo.

—¿Puedo preguntar cuál será su recomendación? —indagó Lacy.

—Hágalo, pero no puedo darle una respuesta ahora mismo. Lo analizaremos aquí un par de días y luego lo enviaremos a Jacksonville con un informe.

Su lenguaje corporal sugería que no quería involucrarse, mientras que el de Pacheco indicaba que estaba listo para sacar la placa y empezar a buscar testigos. El de Hahn no revelaba nada.

Lacy recogió sus documentos y los dejó en un pulcro montoncito. La reunión había terminado.

—Bueno, gracias por escucharnos —dijo—. Han sido muy generosos con su tiempo. Seguiremos adelante con nuestra investigación y esperaremos

noticias tuyas.

Pacheco los acompañó hasta que salieron del despacho y entró con ellos en el ascensor, dispuesto a pasar en su compañía tanto tiempo como fuera posible. Michael lo observó con atención.

—Ese te llamará en menos de veinticuatro horas, y no tendrá nada que ver con un casino —le dijo a Lacy cuando ya estaban a solas en su coche.

—Tienes razón —replicó ella.

—Has hecho un buen trabajo ahí dentro.



Como un reloj, la recepcionista llamó a la puerta a las nueve de la mañana en punto y, sin esperar respuesta, dejó el correo matinal encima del escritorio de Lacy, que sonrió y le dio las gracias. Habían cribado toda la publicidad basura y se la habían reservado a «¡Florida recicla!». Después de eso habían quedado seis sobres a nombre de Lacy, cinco de ellos con el debido remite. El sexto parecía un tanto sospechoso, de modo que fue el primero que abrió. En letra escrita a mano, ponía:

Para Lacy Stoltz:

Soy Wilton Mace. Intenté llamarla pero su teléfono no funciona. Tenemos que hablar, y pronto. Mi número es el 555-996-7702. Estoy en la ciudad esperando que me llame.

WILTON

Desde el teléfono de su escritorio llamó de inmediato a ese número. Wilton contestó y mantuvieron una breve conversación. Estaba en el hotel DoubleTree, a tres manzanas del Capitolio; llevaba allí desde la víspera aguardando su llamada y quería encontrarse con ella cara a cara. Tenía información importante. Lacy dijo que iba de camino hacia allí y, de inmediato, puso al corriente de la conversación a Geismar, quien estaba siendo excesivamente protector con ella, hasta tal punto que la irritaba. Sin embargo, convino en que un encuentro en un hotel concurrido del centro no

encerraba mucho peligro. Le había insistido para que lo informara de cualquier desplazamiento o entrevista relacionados con el caso McDover. Ella había accedido, aunque dudaba mucho que fuera a cumplirlo, a pesar de que sus ansias de riesgo habían disminuido de manera considerable.

Tal como habían acordado, Wilton se reunió con ella cerca de la entrada principal y buscaron una mesa tranquila en una cafetería situado en un extremo del vestíbulo. Para su viaje a la ciudad se había vestido exactamente igual que la vez que lo había visto a la sombra de su árbol hacía unas semanas. Parecía que hubiera transcurrido un año. Tela vaquera de la cabeza a los pies, cuentas en torno al cuello y las muñecas, y el pelo largo recogido en una cola de caballo. Lacy recordó lo mucho que se parecía a su hermano. Mientras esperaban a que les sirvieran el café, Wilton le dio su más sentido pésame por Hugo, un hombre que le había caído bien. Le preguntó por sus heridas y le dijo que tenía un aspecto estupendo.

—¿Qué sabe sobre el accidente? —preguntó Lacy—. ¿Qué se comenta en la calle?

Sus palabras eran igual de pausadas en la ciudad que en la reserva. Era un hombre perpetuamente tranquilo.

—Muchas sospechas —dijo.

Una camarera les dejó las tazas delante: tueste oscuro para Wilton, uno con leche para Lacy.

—Bien, le escucho —dijo ella tras una larga pausa.

—¿Le suena de algo el nombre de Todd Short? —preguntó él.

—Es posible, supongo, de alguna parte. Ayúdeme.

—Era uno de los dos presos soplones que testificaron contra mi hermano. En momentos distintos antes del juicio, los polis metieron a cada uno de los soplones en la celda de Junior y luego los sacaron un par de días más tarde. Ambos mintieron al jurado y dijeron que Junior alardeaba de haber matado al

hijoputa que pilló con su mujer. Y, por si acaso, también la mató a ella. Fueron unos testimonios muy efectivos que acabaron con Junior.

Lacy tomó un sorbo de café y asintió. No tenía nada que añadir y no quería sacárselo a la fuerza. El encuentro lo había solicitado él.

—Sea como sea, no mucho después del juicio, Todd Short desapareció. Y también sucedió lo mismo con el otro soplón, un granuja llamado Robles. Pasaron los años y todo el mundo supuso que se los habían cargado, probablemente los mismos que mataron a Son y Eileen. Ahora, quince años después, Short ha reaparecido y hemos hablado.

Una pausa mientras tomaban un poco más de café. Lacy estaba a punto de preguntar: «¿Va a contarme lo que le dijo?».

—Nos vimos hace tres días, fuera de la reserva —continuó tras carraspear y mirar a su alrededor con disimulo—. Cuando le vi, recordé cuánto lo odiaba. Le habría aplastado gustoso la cabeza con una piedra, pero estábamos en un lugar público, un antro de pollo frito. Empieza diciéndome que lo siente y todas esas chorradas. Era un vagabundo enganchado a la droga con antecedentes penales y su vida no iba a ninguna parte. No conocía muy bien a Robles pero, no mucho después del juicio, le llegó el rumor de que probablemente se lo habían cargado, así que se largó. Se fue a California, donde lleva viviendo bajo una piedra desde entonces. De hecho, se desintoxicó y lleva una vida decente. Ahora se está muriendo de cáncer y quiere saldar sus deudas, desnudar su alma y confesar sus pecados.

—¿Qué pecados?

—Por aquel entonces estaba en la cárcel en Sterling por otro delito de droga, uno por el que iban a caerle cuatro años en la trena. Ya había cumplido condena y no quería volver, así que era carnaza fácil para la poli. Le ofrecieron un trato. El fiscal accedió a que se declarara culpable de un cargo ridículo y, después de pasar unas semanas en la cárcel del condado, quedaría

en libertad. Lo único que tenía que hacer era pasar un par de días en la celda con Junior y luego testificar en el juicio. Yo estaba en la sala del tribunal y lo vi todo. Short fue un testigo estupendo, muy creíble, y el jurado se tragó hasta la última palabra de su testimonio. Era irresistible. ¿A quién no le gusta una buena historia sobre sexo ilícito? Según él, Junior disfrutaba contando cómo llegó a casa temprano, oyó ruidos en el dormitorio, se dio cuenta de lo que pasaba, cogió la pistola, abrió la puerta de la habitación de una patada y allí estaba su mujer con Son Razko, dale que te pego en la cama. En un acceso de ira, le metió dos tiros a Son en la cabeza y, como Eileen no dejaba de gritar, también la mató a ella. Luego, y eso nunca tuvo sentido, cogió el billetero de Son y se largó del escenario. Todo patrañas, claro, pero Short convenció al jurado de la historia. Reconocer que se trataba de un acto pasional, de un impulso irresistible, habría sido admitir los asesinatos. Puesto que Junior no había tenido nada que ver con ello, no pudo recurrir a la defensa más evidente. Como dije, tuvo un mal abogado.

—¿Recibió Short algún dinero?

—Dos mil dólares, que un poli le entregó después de que testificara. Se quedó por los alrededores unas semanas, hasta que oyó los rumores sobre Robles. Luego se dio el piro.

El móvil de Lacy estaba encima de la mesa, silenciado. Vibró y ella lo miró.

—¿Por qué cambió de número de teléfono? —preguntó Wilton.

—Se trata de teléfonos que nos facilita el estado. Me robaron el viejo del coche justo después del accidente. El nuevo tiene un número distinto.

—¿Quién se lo llevó?

—Probablemente los mismos que provocaron el accidente. Entonces ¿qué quiere hacer ahora Short?

—Quiere contar su historia a alguien que le preste oídos. Mintió, y los

polis y el fiscal lo sabían, y ahora se siente fatal por lo que hizo.

—Todo un héroe —comentó Lacy al tiempo que tomaba otro sorbo de café y paseaba la mirada por el concurrido vestíbulo. No había nadie observando ni escuchando, pero de un tiempo a esa parte no podía evitar fijarse en la gente—. Mire, Wilton, esto podría suponer un avance importante, pero este no es mi caso, ¿de acuerdo? De las apelaciones de Junior han estado encargándose esos abogados de Washington, y tiene suerte de contar con unos profesionales tan buenos. Tiene que reunirse con ellos y dejarles decidir qué deben hacer con Todd Short.

—Les he llamado un par de veces, pero están muy ocupados. Ni una palabra. El último recurso de hábeas corpus de Junior fue desestimado hace ocho días. Suponemos que no tardarán en poner una fecha a la ejecución. Sus abogados han luchado a brazo partido, pero hemos llegado al final del camino.

—¿Se lo ha dicho a Junior?

—Lo veré mañana. Querrá saber qué va a pasar ahora que uno de los soplones se ha retractado de su declaración. Confía en usted, Lacy, y yo también.

—Gracias, pero no soy una abogada defensora de causas penales y no tengo ni idea de si eso es relevante después de quince años. Hay limitaciones a la hora de aportar nuevas pruebas, pero no conozco muy bien la ley. Si busca asesoramiento, no soy ni la persona adecuada ni la abogada más indicada. Le ayudaría si estuviera en mi mano, pero esto está muy por encima de mis posibilidades.

—¿Podría hablar con esos abogados de Washington? Yo no lo consigo.

—¿Por qué Junior no puede hablar con ellos?

—Dice que en la cárcel siempre hay alguien escuchando. Cree que los teléfonos están pinchados. Y hace mucho tiempo que no ve a los abogados de

Washington. Cree que puede que se estén olvidando de él ahora que se acerca el final.

—No estoy de acuerdo. Si aparece un soplón con una historia distinta y declara bajo juramento que los polis y los fiscales sabían que estaba mintiendo, y que le pagaron dinero en efectivo, le aseguro que los abogados de Washington se llevarán una alegría.

—Entonces ¿cree que aún hay esperanza?

—No sé qué pensar, Wilton. Como le decía, esta no es mi especialidad.

Él sonrió y guardó silencio. Un grupo de vaqueros de rodeo con botas y sombreros Stetson a juego desfilaron por el vestíbulo, seguidos por el coro sordo y quejumbroso de sus bolsos idénticos con ruedecitas.

—¿Se ha reunido con Lyman Gritt, el exalguacil? —preguntó Wilton después de que hubieran pasado y se acabara el barullo.

—No. Tengo entendido que lo han sustituido. ¿Por qué?

—Es un buen hombre.

—Seguro que sí. ¿Y por qué saca a relucir su nombre?

—Es posible que sepa algo.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que puede saber, Wilton? No me venga con jueguitos.

—No, no lo sé. Lo despidió el jefe. Están enemistados. Lo echaron solo unos días después de su accidente. Corren muchos rumores, Lacy. La tribu está intranquila. Un tipo negro y una chica blanca estaban por la reserva a medianoche, husmeando en busca de algo. Y él acaba muerto en circunstancias sospechosas.

—¿Que fuera negro es sospechoso?

—La verdad es que no. No le damos mucha importancia al color de la piel. Pero tiene que reconocer que fue bastante raro. Desde hace mucho tiempo existe la opinión generalizada de que hay mala gente detrás del casino,

conchabados con nuestros supuestos líderes. Ahora, por fin, podría estar saliendo todo a la luz. Alguien, usted y Hugo, se atrevió a presentarse allí y empezar a hacer preguntas. Él tuvo un final trágico. Usted estuvo cerca de tenerlo. Nuestro nuevo alguacil, que no es de fiar, está echando tierra sobre la investigación. Hay muchos rumores y especulaciones, Lacy. Y ahora, salido de la nada, Todd Short vuelve a aparecer en escena con una historia diferente. Resulta inquietante, como mínimo.

«Pues ya verá cuando llegue el FBI», pensó Lacy.

—¿Promete mantenerme al corriente?

—Depende de lo que oiga.

—Llamaré a los abogados de Washington —dijo ella—. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Gracias.

—Y salude a Junior de mi parte.

—¿Por qué no va a verle? No recibe muchas visitas y parece que el final puede estar cerca.

—Lo haré. ¿Sabe lo de Hugo?

—Sí. Se lo dije yo.

—Dígale que intentaré pasar por allí en cuanto pueda.

—Se alegrará, Lacy.

Lacy informó de la reunión a Michael y luego dio un rápido repaso al expediente de Junior. Llamó al bufete de Washington y al final consiguió sacar de una reunión a un abogado llamado Salzman. Su megabufete tenía miles de letrados y una reputación excelente en cuanto al trabajo de oficio. Habían dedicado innumerables horas a representar a Junior desde que lo condenaron quince años antes. Le dijo que Todd Short había vuelto de entre

los muertos y que ahora se enfrentaba a un final más inevitable. Salzman se mostró incrédulo al principio. Short y Robles llevaban tanto tiempo al margen del asunto que era casi imposible creer la noticia. Lacy confesó su ignorancia en la especialidad y preguntó si era demasiado tarde.

—Bueno, es tarde —dijo Salzman—. Muy tarde, pero en esta profesión nunca nos damos por vencidos, no hasta el instante final. Iré en cuanto pueda.

En realidad, no le sorprendió lo más mínimo que el agente especial Allie Pacheco pasara por su oficina a hacerle una visita. Ya era última hora y le dijo por teléfono que estaba a la vuelta de la esquina y que solo necesitaba unos minutos. Habían transcurrido cuatro días desde la reunión en el despacho de Luna. Para sorpresa de Lacy y de su jefe, Pacheco no la había llamado ni tampoco enviado ningún email.

Se reunieron en el despacho de Michael, en un extremo de su atestada mesa de trabajo, y de inmediato resultó evidente que Pacheco estaba de un humor muy distinto. Su sonrisa fácil había desaparecido.

—Luna y yo estuvimos todo el día de ayer en Jacksonville presentándole el caso a nuestro jefe —empezó—. Nuestra recomendación fue abrir una investigación de inmediato. Respaldamos su estrategia de que el primer paso tendría que ser intentar resolver el asesinato de Hugo Hatch. Al mismo tiempo emprenderíamos la tremenda tarea de infiltrarnos en el laberinto de compañías en paraísos fiscales y de rastrear el dinero. Pondríamos bajo vigilancia a la juez McDover, Phyllis Turban, el jefe Cappel y su hijo Billy, y quizá hasta obtendríamos órdenes para pinchar sus teléfonos y poner micrófonos en sus despachos. Nuestra recomendación preveía la necesidad de cinco agentes para empezar, conmigo a cargo de la investigación. Esta mañana, el jefe ha dicho que no, que sencillamente no puede permitirse



dedicarle ahora mismo esos recursos humanos. He insistido un poco, pero ese tipo es tajante y no da su brazo a torcer. Le he preguntado si me permitía investigar el asunto con uno o dos agentes durante el próximo mes o así. Ha vuelto a decirme que no. Nuestra respuesta oficial es no. Lo siento. Hemos hecho cuanto estaba en nuestras manos y apretado todo lo posible, teniendo en cuenta las circunstancias, aunque «apretar» quizá no sea la palabra más adecuada.

Michael permaneció impasible. Lacy sintió deseos de maldecir.

—¿Hay alguna posibilidad de que cambien las cosas si obtenemos más información? —preguntó, en vez de soltar algún taco.

—¿Quién sabe? —repuso Pacheco, evidentemente exasperado—. Las cosas también pueden cambiar en sentido contrario. Florida es un punto de acceso privilegiado, siempre lo ha sido. Estamos desbordados de chivatazos sobre inmigrantes ilegales que intentan colarse en el país, y no para fregar platos o trabajar con hormigón. Están organizando a los talentos locales para la yihad. Localizarlos, controlarlos y detenerlos es muchísimo más prioritario que la corrupción que tanto nos entusiasmaba en otros tiempos. Pero no vamos a perder el contacto. Manténganme informado. Si ocurre algo, quiero saberlo.

«Si ocurre algo...» Después de que se fuera, Michael y Lacy permanecieron sentados a la mesa de trabajo un buen rato y compararon puntos de vista. Reconocieron su decepción y luego la dejaron de lado. Sin acceso a muchos recursos, se verían obligados a recurrir al ingenio. A esas alturas, su principal arma sería la citación judicial. Sirviéndose de uno de los memorandos de Sadelle, decidieron preparar una lista de la veintena de casos en los que McDover había fallado a favor de las misteriosas entidades que aspiraban a ocuparse del desarrollo urbanístico de diversas zonas del condado de Brunswick. Once de esos pleitos estaban relacionados con los

procedimientos de expropiación que desembocaron en la construcción del peaje de los tappacola.

Puesto que tenían mucha libertad a la hora de redactar la citación, decidieron solicitar las actas de McDover correspondientes solo a la mitad de los pleitos. Pedirlas todas delataría su jugada y permitiría a la juez saber qué sospechaban. Solicitarían ahora parte de las actas, verían lo que ella y su excelente equipo jurídico estaban dispuestos a facilitarles, y ya volverían a por más en otro momento si surgía la necesidad. Killebrew y compañía tendrían que dedicar horas de trabajo a acatar la citación, con sus carísimos contadores en marcha.

Todos los pleitos estaban archivados en las oficinas de los juzgados del condado de Brunswick, y Sadelle había conseguido copias de las voluminosas actas tiempo atrás. Ahora estaban perfectamente indexadas y referenciadas, y no había duda de que los sumarios de la CCJ estarían mucho mejor organizados que cualquier documentación que Killebrew enviase. Pero todos los jueces guardaban en sus despachos actas que no pasaban a formar parte de los archivos públicos. Sería fascinante ver hasta qué punto cedía McDover.

Lacy trabajó en la citación hasta que se hizo de noche. Así no pensó en el FBI.

Gunther había regresado. Arruinó una perezosa mañana de sábado con la noticia de que iba a tomar un vuelo y llegaría hacia media tarde. Aunque Lacy no tenía nada planeado, hizo un débil intento de parecer ocupada. Pero él no quiso ni siquiera oír sus excusas. Echaba de menos a su hermanita, estaba muy preocupado por ella y se disculpó una y otra vez por no haber regresado antes. Sabía que ella lo necesitaba.

Lacy estaba ante uno de los ventanales de la terminal de aviación general, mirando cómo despegaban y aterrizaban aviones privados. A las tres de la tarde, la hora de llegada prevista de Gunther, vio que un pequeño bimotor se acercaba por la pista hasta la terminal y apagaba los motores. Gunther se bajó de él, solo. Su accidentada carrera como piloto abarcaba las dos últimas décadas y se había visto interrumpida al menos en dos ocasiones cuando la Administración Federal de Aviación le arrebató la licencia. Tenía problemas con la autoridad y alguna vez había acabado discutiendo con controladores aéreos en pleno vuelo. Los pilotos nunca ganan esas discusiones y Gunther se vio obligado a permanecer en tierra. Evidentemente, ahora se las había ingeniado de algún modo para recuperar la licencia.

Llevaba un bolso de viaje pequeño, cosa que ella interpretó como un buen augurio, así como un maletín bien grueso, lleno a rebosar sin duda de planes para hacer grandes negocios. La abrazó con ferocidad en el vestíbulo, le dijo que tenía un aspecto magnífico y dio la impresión de estar al borde de las lágrimas mientras hablaba de lo mucho que la había echado en falta. Ella hizo un intento pasable de transmitirle los mismos sentimientos.

—Así que vuelves a pilotar —le dijo Lacy cuando salían de la terminal.

—Sí, esos idiotas de la AFA no pueden denegarle el permiso a un hombre cabal. Recuperé la licencia hace un par de semanas.

—Qué avión tan mono.

—Me lo ha prestado un colega.

Fueron al coche de Lacy, el utilitario Ford que seguía conduciendo, y Gunther hizo un comentario sobre lo pequeño que era.

—No es más que un coche en préstamo —dijo Lacy—. Aún no me he decidido por uno nuevo.

Gunther sabía todo lo necesario acerca de coches y de inmediato inició una disertación sobre los diversos modelos que debía tener en cuenta.

—Si tenemos tiempo —dijo—, deberíamos ir a comprar un coche.

—Qué idea —respondió ella.

Ahora Gunther conducía un lujoso Mercedes. Lacy alcanzaba a recordar un Maserati, un Hummer, un Porsche, un SUV Range Rover de color negro y, en algún momento, él había hablado de un Rolls-Royce. A pesar de los altibajos en el negocio inmobiliario, Gunther siempre se paseaba por Atlanta a todo tren. Era la persona menos indicada que conocía para ayudarle a escoger un coche nuevo con su presupuesto.

Estaban en la calle, en mitad del tráfico, y el estilo defensivo de Lacy al volante saltaba a la vista.

—¿Vas cómoda conduciendo? —preguntó Gunther.

—La verdad es que no, pero estoy progresando.

—Yo nunca he tenido un accidente grave. Supongo que hace falta tiempo para volver a cogerle el tranquillo.

—Mucho tiempo.

—Tienes un aspecto magnífico, Lacy —dijo por tercera vez—. Me gusta cómo te queda el pelo. ¿No te has planteado llevarlo así de corto?

—No, ni por un instante —respondió entre risas.

Un mes después de salir del hospital, tenía el cuero cabelludo recubierto por una fina capa de pelo que se veía más oscuro del que le habían rasurado, pero no estaba preocupada. Por lo menos seguía creciendo. Había dejado de llevar pañuelos y no le importaba que alguien la mirase.

Gunther quería que le pusiera al día de las últimas novedades en su investigación de la juez corrupta y el casino, y Lacy le puso en parte en antecedentes. Gunther sabía guardar un secreto y, evidentemente, no tenía nadie a quien contarle aquello en Atlanta, pero Lacy no podía saltarse así como así las normas de confidencialidad. Reconoció que habían topado con un muro cuando el FBI rehusó involucrarse.

El comentario dio pie a Gunther para que se pusiera a perorar y no abandonó su tribuna improvisada hasta que llegaron al apartamento. Despotricó contra el gobierno federal, su abotargamiento y sus incontables organismos, sus burócratas inútiles y sus políticas sin sentido. Mencionó sus propios encontronazos con la Agencia de Protección Medioambiental, la Comisión para la Igualdad de Oportunidades en el Empleo, Hacienda e incluso el Departamento de Justicia, aunque no dio detalles de ningún problema con la ley y Lacy no le preguntó al respecto. ¿Cómo podía el FBI, con un millón de agentes y mil millones de dólares, negarse a perseguir un caso de corrupción tan evidente? Habían asesinado a un hombre y, aun así, los federales rehusaban investigarlo. Estaba atónito, incluso furioso.

Una vez dentro, lanzó el bolso y el maletín a la habitación de invitados y Lacy le ofreció té o agua. Gunther pidió un refresco light. Llevaba casi diez años en proceso de rehabilitación de su alcoholismo y había dejado atrás hacía mucho tiempo la fragilidad de sus primeros tiempos de sobriedad. Su época de borracheras había formado parte de la leyenda familiar antes de volverse oscura y aterradora. Ante la insistencia de la familia, había pasado

dos veces por un proceso de desintoxicación, aunque sin éxito. Le cayeron al mismo tiempo un cargo por conducir bajo los efectos del alcohol, un divorcio y una bancarrota, y a los treinta y dos años Gunther dejó la bebida y la droga y claudicó ante un poder superior. Llevaba años radicalmente sobrio, hasta tal punto que hacía de voluntario en clínicas de desintoxicación para adolescentes. Cuando se lo pedían, hablaba sin tapujos de sus adicciones.

Gunther, como bien sabía Lacy, hablaba sin cortapisas de todo. Para mantener la conversación alejada de asuntos más delicados, le contó su encuentro con Wilton Mace en un hotel del centro. De ahí pasó a un largo relato sobre los asesinatos de Son Razko y Eileen Mace, y de los juicios de Junior y demás. Ella no llevaba el caso, las actas eran del dominio público y la confidencialidad no era importante.

Gunther, como la mayoría de los blancos, creía que la idea de que un inocente estuviera en el corredor de la muerte era absurda. Seguro que Junior era culpable de algo, o no habría ido a parar allí. Eso los llevó a una larga y a menudo frustrante y encendida conversación sobre el sistema de justicia penal. El Derecho era la vida de Lacy, y entendía sus fallos. Gunther vivía y respiraba propiedades inmobiliarias y ganar dinero y no tenía mucho interés en nada más. Reconocía que rara vez leía la prensa, a menos que echase un vistazo a la sección de economía. No había oído ni una sola palabra acerca de dos recientes exoneraciones en Georgia gracias al ADN que habían sido muy sonadas: una de ellas de un hombre que había cumplido veintinueve años de condena por una violación y un asesinato cometidos por otra persona. En opinión de Gunther, las cárceles estaban llenas por causa del crimen, que estaba fuera de control.

Hablando de negocios, tenía que hacer varias llamadas. Lacy estaba agotada y también necesitaba un respiro. Le indicó una pequeña terraza a la que se accedía por la cocina. Una mesa de hierro forjado era el lugar perfecto

para que montara su despacho.

Para cenar, fueron a un restaurante tailandés cerca del campus de la Universidad Estatal de Florida. Después de haberse acomodado en sus sillas, Gunther metió de pronto la mano en un bolsillo y sacó un móvil.

—Tengo que enviar un email, hermanita —dijo pulsando ya botones.

Lacy lo observó con el ceño fruncido hasta que Gunther terminó.

—Vamos a hacer lo siguiente —dijo luego—. Todos los teléfonos encima de la mesa, silenciados, y al primero a quien le vibre paga la cuenta.

—Iba a invitarte de todos modos.

—Eso seguro.

Lacy sacó el iPhone de su bolso y también la nueva BlackBerry que le había facilitado la CCJ. Gunther dejó al lado dos móviles suyos.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando la BlackBerry.

—Nos los proporciona el estado. El anterior era el que me robaron del coche.

—¿Y ni rastro?

—Nada. Nuestros informáticos dijeron que no hay manera de hackearlos. Supongo que estamos a salvo. —Metió la mano en un bolsillo delantero de los pantalones y dijo—: Ay, casi se me olvida. —Sacó el móvil desechable de prepago que Myers le había dado.

—¿Llevas tres teléfonos? —preguntó Gunther.

—En realidad, este no cuenta —dijo mientras añadía el de prepago a la pulcra hilera que formaban los otros—. Es lo que usa Myers. Creo que utiliza varios de estos todos los meses.

—Un tipo listo. ¿Cuándo hablaste con él por última vez?

—Hace unas semanas. El día que me dio este teléfono.

En ese momento apareció una exótica chica asiática para tomarles nota. Gunther pidió té y animó a Lacy a pedirse una copa de vino. Era un ritual por el que habían pasado un centenar de veces. Ella no hacía nada que pudiera provocarlo, pero él se enorgullecía de estar más allá de toda tentación. Además, nunca había sido un bebedor de vino. Era demasiado suave, muy civilizado. Lacy pidió una copa de Chablis. Se decidieron por un plato de rollitos de primavera crujientes para abrir boca. Cuando llegaron las bebidas y estaban comparando sus conversaciones más recientes con su madre, Ann, uno de los móviles emitió un tenue sonido. De la impresionante colección desplegada en el centro de la mesa, era el menos esperado.

Myers se estaba poniendo en contacto con ella.

—Supongo que más vale que conteste —dijo Lacy, no sin antes suspirar y vacilar.

—Claro. Y luego puedes encargarte también de la cuenta.

Lacy abrió lentamente el móvil, mirando a su alrededor mientras lo hacía.

—Más vale que sea importante —contestó en voz baja.

—Estoy buscando a Lacy Stoltz —contestó una voz desconocida.

Ella titubeó de nuevo, convencida de que no se trataba de Greg Myers.

—Soy Lacy. ¿Quién es?

—No nos hemos visto nunca, pero ambos conocemos a Greg. Soy el intermediario, el contacto, el que media con el topo. Tenemos que hablar.

Aquello era tan extraño que Lacy se quedó sin respiración y notó que se mareaba. En su cara debió de traslucir el terror, porque Gunther alargó la mano y le acarició el brazo.

—¿Dónde está Greg? —preguntó Lacy.

Gunther entornó los ojos con preocupación.

—No lo sé. Tenemos que hablar de eso. Estoy en la ciudad, no muy lejos de usted. ¿Cuándo podemos vernos?



—Estoy cenando. Yo...

—Entonces dentro de dos horas. Vamos a quedar directamente a las diez. Entre el Capitolio y la antigua sede de este hay un patio. Nos veremos en la escalera de entrada a las diez.

—¿Cuál es el nivel de peligro ahora, si puede saberse?

—Ahora mismo, entre nosotros dos, yo diría que no hay peligro inmediato.

—De acuerdo, pero me acompañará mi hermano, y le gusta jugar con armas de fuego. ¿Debe llevar una por si acaso?

—No, Lacy, estamos en el mismo bando.

—¿Le ha ocurrido algo a Greg?

—Ya hablaremos luego de eso.

—He perdido el apetito. Estaré allí en media hora.

Los terrenos del Capitolio estaba bien iluminados y había algunos otros peatones deambulando por allí. Al fin y al cabo, era sábado por la noche y todos los funcionarios del estado disfrutaban del fin de semana. La figura solitaria cerca de la escalera de la antigua sede del Capitolio iba vestida con bermudas, zapatillas de deporte y un gorra de béisbol, y no habría llamado la atención en ninguna parte de la ciudad. Le dio una última calada a un cigarrillo, pisó la colilla y fue hacia ellos.

—Debes de ser Lacy —dijo con la mano tendida.

—Sí. Este es mi hermano, Gunther.

—Me llamo Cooley —dijo mientras todos se estrechaban las manos con rapidez. Asintió y les pidió—: Vamos.

Pasearon sin un rumbo concreto por el patio en dirección a la sede administrativa.

—Ignoro qué sabes de mí, probablemente muy poco —comenzó Cooley.

—Ni siquiera conocía tu nombre —admitió ella—. ¿Qué está pasando?

Para entonces ya se había dado cuenta de que le había ocurrido algo a Greg; si no, Cooley no habría entrado en escena y no se habrían reunido.

—Hace cuatro días —dijo Cooley en voz baja mientras caminaban—, Myers y su chica, Carlita, estaban en Cayo Largo haciendo submarinismo.

—Conocí a Carlita.

—Atracaron allí y él dijo que iba a reunirse con alguien en un bar. Se fue por el muelle y ella se quedó en el barco. No volvió. Unas horas después Carlita empezó a preocuparse. Hacia el anochecer, se fijó en un par de desconocidos que miraban la embarcación desde lejos, o eso le pareció. El puerto estaba concurrido, había muchos barcos y gente de fiesta en las cubiertas, y los dos hombres no se quedaron allí mucho rato. Carlita me llamó esa misma noche, siguiendo nuestro plan de emergencia. Greg rara vez desembarcaba y, si lo hacía, ella sabía exactamente cuándo regresaría. Compraban provisiones aquí y allá, pero era Carlita quien por lo general se encargaba de eso. Se aventuraban a ir al cine o a un restaurante, pero siempre juntos. Greg se andaba con cuidado y planificaba sus movimientos.

Estaban en Duval Street, alejándose del Capitolio; parecían solo tres amigos dando un paseo una noche calurosa.

—¿Y sus móviles, el portátil, los archivos, los expedientes? —preguntó Lacy.

—Hay parte de eso en el barco, bajo la vigilancia de Carlita. A decir verdad, no sé qué tiene. Greg no conoce la identidad del topo. Él y yo hablábamos cara a cara o por medio de móviles de usar y tirar, con cuidado de no dejar rastro. Pero es un abogado, ¿verdad? Así que es posible que tenga notas y actas. Por ahora, Carlita sigue en el barco, a la espera. A la espera de que él vuelva, de que yo le diga qué hacer. No puedo correr el riesgo de ir allí.

—¿Podrían identificarte? —inquirió Lacy.

—¿Quieres hacer conjeturas acerca de quiénes podrían ser? No, no creo que pudieran reconocerme en persona, pero ¿quién sabe? No puedo acercarme a ella.

—¿Y no puede mover el barco? —preguntó Gunther.

—Ni pensarlo. Ni siquiera sabe arrancar el motor y dar marcha atrás. ¿Adónde iría?

—Me apetece sentarme —dijo Lacy al fijarse en un banco.

Ella y Gunther tomaron asiento —y él le cogió la mano— mientras Cooley encendía otro cigarrillo y observaba el tráfico. No había ningún otro peatón cerca.

—Greg nos contó que llevaba viviendo en la clandestinidad desde hacía años —dijo Lacy—, que había hecho muchos enemigos cuando se metió en líos. ¿Cabe la posibilidad de que esa parte de su pasado le haya dado alcance?

Cooley lanzó una nube de humo.

—Lo dudo. Nos conocimos en la cárcel. Yo también fui abogado hasta que me obligaron a dejar la profesión. Así que no éramos más que un par de tipos inhabilitados cumpliendo condena en una cárcel federal de Texas. Yo había oído a otro preso contar la historia de Vonn Dubose y el casino indio, de modo que, cuando salí, regresé a Florida y empecé a husmear. Es una larga historia, pero conocía al topo y puse el asunto en marcha. Ahora me parece una estupidez. Tú saliste herida. Tu amigo ha muerto. Myers probablemente está a merced de las corrientes, a treinta metros de profundidad, con un pedrusco atado al cuello.

—¿Crees que es obra de Dubose? —indagó Gunther.

—Yo voto por él. Greg tenía enemigos, claro, pero esa historia se remonta a mucho tiempo atrás. Y conozco a algunos a los que delató. No eran gente del crimen organizado. Desde luego que les hizo una faena, pero no son de

esa clase de individuos que se pasarían años buscando a Greg para poder meterle un balazo en la cabeza y complicarse aún más la vida. Kubiak, el cabecilla, sigue cumpliendo condena. Ahora Greg firma con su nombre la denuncia y amenaza al clan de Dubose y, mira por dónde, en cuestión de días se ha desvanecido. ¿Puedo plantear una pregunta relativa al procedimiento?

Lacy se encogió de hombros. Lo que fuera.

—¿Puede seguir adelante la denuncia formal que presentó Myers contra la juez McDover si la parte denunciante desaparece?

Lacy reflexionó un momento sobre ello.

—No estoy segura. Que yo sepa, nunca ha ocurrido nada similar.

—¿Estáis seguros de querer que siga adelante? —terció Gunther.

Ni Cooley ni Lacy respondieron. El primero se terminó sin prisas el cigarrillo y lanzó la colilla a la acera como si nada, un gesto muy poco cívico sobre el que ella bien podría haber dicho algo. Ahora, en cambio, carecía de importancia.

—¿Cuál es nuestra prioridad? —preguntó Lacy.

—Carlita no se puede quedar en el barco mucho más tiempo —contestó Cooley—. Le queda poca comida y agua, y el capitán de puerto está dándole la lata para que le abone la tarifa de atraque. Me gustaría rescatarla de algún modo y poner a buen recaudo el material de Myers: móviles, expedientes, todo lo que tenga que estar protegido. Pero, como decía, es demasiado arriesgado. Hay muchas probabilidades de que alguien esté vigilando y a la espera.

—Puedo encargarme yo —se ofreció Gunther.

—Ni soñarlo —dijo Lacy, sorprendida—. No vas a meterte en esto.

—Oye, tengo una avioneta en el aeropuerto. Puedo plantarme en Cayo Largo en dos horas. Esos tipos, si de verdad están allí, no tienen ni idea de quién soy. Carlita estará al tanto de mi llegada, así que me esperará. Nos dirá

exactamente dónde está ubicado el barco. Entraré y saldré de él antes de que nadie sepa qué está pasando. Si despiertan y de algún modo se las arreglan para seguirnos hasta el aeropuerto, es imposible que consigan un avión lo bastante aprisa para poder perseguirnos. La dejaré a ella en algún sitio por el camino y puede coger un autobús para dirigirse a donde quiera ir.

—¿Y si alguien te planta cara? —preguntó Cooley.

—Ya has oído a mi hermana. Me gustan las armas y llevo una encima. No me asusto con facilidad.

—No sé, Gunther —dijo Lacy.

Cooley se estaba haciendo a la idea rápidamente. Ella no.

—Vamos a hacerlo, ¿vale, hermanita? El riesgo es bajo y la recompensa elevada. Lo voy a hacer para arrimar el hombro y protegerte.

Geismar se opuso terminantemente al plan bien entrada la noche del sábado. Estaba furioso por que Gunther se las hubiera ingeniado otra vez para meter las narices en el asunto de McDover y regañó a Lacy por haber quebrantado su discreción profesional. Ella se defendió como pudo explicándole que Cooley había llamado durante la cena y que no había tenido manera de ocultárselo a su hermano, quien, como bien sabían a esas alturas, tenía siempre la antena puesta y era bastante prepotente. Lacy le recordó a su jefe que él le había contado mucho más de lo necesario a Gunther tomando un café con él en el hospital mientras ella seguía en coma. Aquella no era una investigación típica y requería normas distintas.

La cuestión más importante era la desaparición de Myers y todos los delicados inconvenientes que provocaba. Lacy insistió en que se reunieran el domingo a primera hora en la CCJ. Geismar acabó por ceder, pero insistió en que Gunther no asistiera. Así pues, su hermano esperó en el coche, vociferando sin parar por el móvil a un banquero al que había sacado de la cama.

A Geismar se le había pasado el enfado durmiendo y estaba más dispuesto a escucharla. Lacy le contó las novedades más recientes sobre Cooley. Él había hablado con Carlita a primera hora de aquella misma mañana y seguía sin haber cambios. Desde luego no había ni rastro de Myers. Ella estaba trajinando en el barco como si no pasara nada, fregando la cubierta, limpiando las ventanas y procurando que todo pareciera normal, sin hacer otra cosa en realidad que observar los movimientos de todo aquel que veía.

Estaba desconsolada, aterrada, varada y lista para volver a casa, a Tampa, pero no tenía apenas dinero y tampoco ningún plan. Había revisado los documentos de Myers, pero no estaba segura de qué era importante. Había una caja de «papeleo judicial» bajo la cama, pero él guardaba la mayor parte de «sus documentos» en alguna parte de Myrtle Beach. También había dos móviles y un portátil. Cooley le prometió que la ayuda estaba en camino, pero solo lo dijo para tranquilizarla.

Lacy sostuvo que tenían la obligación de rescatarla, siempre que esto pudiera hacerse sin correr demasiados riesgos. A todas luces, la situación de Carlita era un resultado directo de su investigación. En esos momentos no había nadie más en posición de ayudarla. Estaba en posesión de actas, teléfonos y un portátil que podían resultarle dañinos. Gunther era un bala perdida, eso sin duda, pero estaba dispuesto a ir allí en avión y regresar por su cuenta. De lo contrario, el trayecto de ida en coche les llevaría por lo menos diez horas. El tiempo era crucial.

—Michael, no voy a aceptar un no por respuesta —le dijo Lacy en más de una ocasión.

—¿Por qué no llama a la policía y denuncia la desaparición de Myers? —repuso él—. Que se ocupen ellos. Carlita puede abandonar el barco con lo que quiera llevarse y luego irse a casa. Si se ha cometido algún crimen por allí, hay que informar a la policía.

—Cooley le mencionó esto y Carlita se mostró atemorizada. No estamos seguros del porqué, pero tampoco sabemos gran cosa sobre Myers y su barco. Quizá ella no quiere que la poli meta las narices. Tal vez no tiene papeles.

—Dile que destruya los archivos y todo aquello que parezca sospechoso, que conserve el móvil que está usando y tire el otro, junto con el portátil, por la borda.

—Eso suena muy bonito y eficiente aquí sentado en tu despacho, Michael,

pero no tenemos ni idea de qué sabe ella. Y podrías estar pidiéndole que destruya pruebas. Sea como sea, no va a hacerlo. Está aterrorizada y no sabe qué hacer. Tenemos que ayudarla.

—Si se marcha, ¿qué pasa con el barco?

—¿Qué más da? Supongo que acabarán por llamar a la poli. En algún momento decidirán que hay una persona desaparecida implicada en esto y harán lo que deban. Bastantes problemas tenemos nosotros.

—Tú no vas a ir, Lacy. No voy a correr el riesgo de que vuelvas a salir herida.

—De acuerdo, entonces Gunther puede ocuparse por sí solo. Puede ir a buscar a Carlita y sacarla del barco.

—¿De verdad confías en él?

—Sí. En ciertas situaciones es completamente fiable.

Michael estaba muy preocupado. Otra baja. Quizá Myers se había dejado algo crucial. La CCJ no tenía experiencia en cuestiones así. ¿Dónde estaban los polis de verdad?

—¿Eres consciente, Lacy, de que si detrás de todo esto está Dubose —dijo tras tomar un sorbo de café de una taza de cartón—, entonces saben que la denuncia contra McDover la firmó un tipo que ha sido neutralizado? Se ha terminado el juego, Lacy. No podemos continuar sin la parte denunciante.

—Ya nos preocuparemos de eso mañana, por favor. Ahora mismo tenemos que rescatar a Carlita y cualquier cosa que Myers pueda haberse dejado.

—Se ha acabado, Lacy.

—No, nada de eso, y no voy a aceptar un no por respuesta.

—Eso me temía.

—Te propongo una idea, Michael. Tú y Gunther vais juntos a Cayo Largo en avión y la rescatáis. El clima es ideal. Mi hermano dice que la avioneta tiene capacidad para cuatro pasajeros. Un viaje sencillo.



—No me gustan los aviones pequeños.

—Ni tampoco los grandes. Échale valor, Michael. Estarás de regreso antes de darte cuenta. No estamos infringiendo ninguna ley. No se trata más que de ir volando allí, recogerla, dejarla en algún lugar y volver a casa.

—¿Y tengo que estar encerrado con Gunther durante cuatro horas en una avioneta?

—Lo sé, lo sé, pero ten en cuenta que es importante.

—¿Para qué tomarse la molestia, Lacy? Este caso está a punto de cerrarse.

—No si el FBI se implica en él. Cuando se enteren de que ha desaparecido un testigo clave, tal vez cambien de parecer.

—Suena bastante desesperado.

—Eso es porque lo estamos.

Michael respiró hondo y negó con la cabeza en un gesto de frustración.

—No puedo ir. Esta tarde celebramos una fiestecita en honor a mi suegra. Cumple noventa años.

—Entonces iré yo. No me pasará nada, te lo juro. Mira, no es más que un agradable vuelo en un domingo precioso. Es mi día libre. Si quiero volar, ¿quién va a impedírmelo?

—Te autorizaré a ir con una condición: no puedes acercarte al barco. Si alguien lo vigila, podría reconocerte. Nadie conoce a Gunther, pero ese no es tu caso. Asegúrate de que recoge los documentos de Myers, los móviles y el portátil. Carlita te conoce y confiará en ti más que en tu hermano. ¿Quién no lo haría? Sea como sea, déjala en algún lugar por el camino, dale algo de dinero para un taxi o un autobús, y asegúrate de que entiende que no debe hablar con nadie.

Lacy ya iba hacia la puerta.

—De acuerdo, Michael.

Una hora después despegaron en el Beech Baron del aeropuerto de Tallahassee. Gunther, que estaba disfrutando del momento y se mostraba encantado con la aventura, iba sentado a la izquierda pilotando el avión. Lacy, con auriculares, iba a su lado, cautivada por el parloteo entre los controladores y el tráfico aéreo. Pusieron rumbo directo hacia el sur y enseguida estaban sobrevolando el golfo. A nueve mil pies de altitud tomaron una trayectoria horizontal y alcanzaron una velocidad máxima de trescientos setenta kilómetros por hora. El estrépito de los motores a pistón se atenuó un poco, aunque la cabina era mucho más ruidosa de lo que Lacy había experimentado nunca.

Dos horas después empezaron a descender, y Lacy contempló el océano y las islas. Tomaron tierra a las 11.40. Gunther había pedido de antemano un coche de alquiler en la terminal de aviación general. Condujo él y Lacy le dio indicaciones con ayuda de un mapa turístico. Cooley seguía en algún lugar cerca de Tallahassee, en contacto con Carlita. Cuando estuvieron cerca del puerto deportivo de Cayo Largo, Cooley le dio a Gunther un número para facilitar la recogida. Había ajeteo en el puerto: algunos marineros se hacían a la mar y los barcos de pesca llegaban con la captura matinal. Una embarcación de submarinismo acababa de atracar y una decena de buceadores descargaban sus equipos. Lacy se quedó en el coche y se dedicó a observarlo todo mientras Gunther paseaba por el muelle, matando el tiempo y admirando los barcos. Carlita desembarcó del *Conspirator* y se las arregló para sonreír como si todo fuera bien. Llevaba tres bultos: una mochila, un bolso de nailon lleno a rebotar de lo que parecía ser ropa, y la bolsa en bandolera de color aceituna de Myers. Gunther le cogió dos de los bultos y volvieron caminando como si nada hacia el aparcamiento. Desde el coche, Lacy escudriñó el puerto entero y no vio a nadie que pareciera estar

observándolos. Carlita se mostró encantada de ver una cara conocida.

Gunther, siempre dispuesto a dar su opinión, creía que después de cinco días sin establecer ningún tipo de contacto, los responsables de la desaparición de Myers ya debían de estar lejos de allí. Si hubieran querido hablar con Carlita o registrar el barco, ya lo habrían intentado a esas alturas. Una hora después de haber salido del aeropuerto, volvieron a la terminal de aviación general, se apresuraron a cargar el Baron y despegaron a la 13.15. Lacy llamó a Geismar, pero este no contestó. Debía de estar en la fiesta de su suegra. Le envió un mensaje de texto para decirle que habían llevado a cabo con éxito la misión.

Lacy y Carlita se sentaron en la parte trasera de la cabina, bien juntas. Una vez en el aire, Carlita se echó a llorar. Lacy le tomó la mano y le aseguró que ahora estaba a salvo. La mujer quería saber si Lacy había tenido alguna noticia de Myers. No, no había sabido nada de él. Nada en absoluto. ¿Qué iba a pasar con el barco? Lacy dijo que no estaba segura. El plan era notificar a las autoridades que Greg Myers había desaparecido y dejar que ellos se ocuparan del asunto. Interrogó a Carlita acerca del barco: ¿cuánto hacía que vivía en él? ¿Dónde lo compró o lo arrendó Myers? ¿Era completamente suyo o había recurrido a un préstamo bancario? ¿Habían recibido alguna otra visita en el *Conspirator*?

Ella sabía muy poca cosa. Llevaba viviendo en el barco en torno a un año, pero no sabía nada de su procedencia. Myers, según dijo, no hablaba de sus negocios. De vez en cuando, desembarcaba para reunirse con alguien, pero siempre regresaba al cabo de una hora. Era muy precavido y tenía miedo. No cometía errores. Cuando desapareció, solo iba a tomar una copa al puerto, nada más. Sencillamente se desvaneció.

Cuando tomaron la trayectoria horizontal y Cayo Largo quedó muy atrás, Carlita dejó de derramar lágrimas y se quedó en silencio. Lacy le preguntó si

podían quedarse la bolsa en bandolera y la mochila. La mujer le contestó que claro, que no quería saber nada del papeleo. Dijo que Myers había tenido cuidado con lo que dejaba en el barco porque podían registrarlo, ya fueran los malos o las autoridades. Por medio del servicio postal, nunca de servicios de mensajería, había enviado muchos documentos a su hermano en Myrtle Beach. No estaba segura de qué había dejado en el *Conspirator*, pero parecía convencida de que no era importante.

Una hora después, aterrizaron en Sarasota. Gunther había pedido con antelación un taxi y Lacy le dio a Carlita dinero suficiente para que llegara a su domicilio en Tampa. Lacy le dio las gracias, la abrazó y se despidió de ella, consciente de que nunca volvería a verla.

Otra vez en el aire, con Gunther ocupado pilotando, Lacy abrió la bolsa en bandolera. Sacó el liviano portátil de Myers y lo encendió, pero la clave de seguridad la detuvo. Encontró un móvil de prepago y unos expedientes. En uno de ellos estaba la matriculación del barco, a nombre de una compañía en las Bahamas, junto con garantías, procedimientos operativos y una gran cantidad de letra pequeña sobre seguros. Otro expediente estaba lleno de antiguos casos que implicaban a jueces corruptos. Lacy no vio una sola palabra acerca de McDover, los tappacola, Cooley, el topo ni ella misma. La mochila estaba igual de limpia; nada salvo la antigua investigación y los recortes de prensa sobre Ramsey Mix, alias Greg Myers. Evidentemente, guardaba la información sobre la denuncia actual en algún lugar en tierra firme, por lo menos la que estaba por escrito. Le asaltó la sospecha de que su portátil estaba lleno a rebosar de pruebas que podrían haber resultado devastadoras en manos equivocadas.

Cuando aterrizaron en Tallahassee, Lacy esperaba que Gunther se quedara en el avión y siguiera trayecto hasta Atlanta. Pero, por lo visto, a él ni se le había pasado por la cabeza tal cosa. De camino en coche hacia el apartamento

de ella, quedó claro que ahora Gunther se consideraba un miembro activo del equipo de investigación de la CCJ. Planeaba quedarse unos días más para tener vigilada a su hermana.

Lacy volvió a llamar a Geismar para hacerle un informe detallado. Acordaron verse el lunes a primera hora. A media tarde, mientras Gunther caminaba de aquí para allá por la terraza llamando a un socio o abogado, contable o banquero tras otro, Lacy estaba contestando emails cuando recibió una sorpresa de Allie Pacheco. Su SMS decía simplemente: «¿Tienes tiempo para una copa?».

Ella respondió: «¿Extraoficial, fuera de horas, no relacionada con el trabajo?».

«Claro», respondió él.

Pero el trabajo era exactamente lo que ella tenía en la cabeza. Lo invitó a su apartamento, le advirtió que también estaba allí su hermano y que el encuentro no iba a ser tan íntimo.

Pacheco llegó en bermudas y polo a las siete y media. Lacy le sacó una cerveza y le presentó a Gunther, que empezó a interrogarlo.

El estatus extraoficial de la pequeña cita duró unos cinco minutos, hasta que Gunther le soltó:

—Tenemos que hablar de Myers.

Pacheco dejó el vaso y miró a Lacy

—Vale, ¿qué pasa con Myers? —preguntó.

—Hace cinco días que ha desaparecido —contestó ella—. Ahí encima del mostrador está su portátil. Lo hemos recogido esta mañana de su barco en Cayo Largo.

—Es una larga historia —comentó Gunther.

Pacheco se los quedó mirando. Levantó las dos manos y les mostró las palmas.

—Esto es muy irregular, ¿de acuerdo? Contadme todo lo que podáis y luego ya decidiré qué hacer con ello.

Gunther permaneció extraordinariamente callado mientras Lacy le contaba la historia.

—Es necesario poner el barco en lugar seguro y, para eso, hay que avisar a la policía —dijo Pacheco por fin mientras tomaba su segunda cerveza—. Aquí no hay ningún asunto federal, por lo menos de momento, de modo que no podemos hacerlo nosotros.

—Pero podéis informar a la policía, ¿verdad? —preguntó Lacy—. Preferiría no llamar yo, porque entonces tendría que contestar un montón de preguntas. No quiero que mi nombre se vea relacionado con el caso de una persona desaparecida.

—Ya estás vinculada a él: tienes su portátil y sus archivos.

—Pero no tienen nada que ver con su desaparición.

—Eso no lo sabes. No tienes ni idea de qué hay en el portátil. Es probable que haya alguna pista, una referencia a una cita el día que desapareció.

—Estupendo —dijo Gunther—. Os lo daremos todo y vosotros se lo entregaréis a la policía. Ellos se tomarán las cosas mucho más en serio si se lo notifica el FBI.

—Eso podría dar resultado —dijo Pacheco—. ¿Cabe la posibilidad de que Myers simplemente se marchara? Teniendo en cuenta su pasado, y su presente, no es del todo inverosímil.

—Claro, me he planteado algo así —respondió Lacy—. Tal vez algo lo asustó. Puede que se aburriera del barco, de la mujer o de ambos, y decidiera esfumarse. Por lo menos estaba pensando en dejar correr la denuncia. Cuando vino a mi apartamento, se ofreció a abandonarla y largarse. Lamentaba

mucho lo de Hugo, se culpaba de ello y dijo que ojalá nunca hubiera puesto todo este asunto en marcha. Quizá se deshizo de los registros, borró el ordenador y se echó a la carretera.

—Tú no crees eso de verdad —dijo Gunther.

—No, no lo creo. Ya he hablado de esto con Cooley, y se niega a creer que Myers fuera capaz de huir y ocultarse de nuevo; necesita el dinero. Es un expresidiario de sesenta años y sin mucho futuro. Contaba con recibir unos cuantiosos beneficios gracias a la ley de protección del denunciante. Se conocía la ley del derecho y del revés y ya estaba contando los billetes. Creía que McDover y Dubose habían robado decenas de millones y que buena parte del dinero podía recuperarse. No sé cómo pagó el barco, pero estaba muy orgulloso de él. Le encantaba ir de isla en isla y navegar por los Cayos. Era un tipo feliz a punto de hacerse rico. Así que no, no creo que se largara.

—Bueno, hace ya cinco días de su desaparición y la investigación ni siquiera ha empezado —dijo Pacheco—. A estas alturas será muy difícil seguirle el rastro.

—¿Y el FBI no puede hacer nada? —preguntó Gunther.

—Lo cierto es que no. La policía local tiene que actuar primero. Si se trata de un secuestro o algo parecido, podrían llamarnos. Pero lo dudo. Sinceramente, creo que hay muy pocas probabilidades de encontrar a Myers con vida.

—Razón de más para ir a por Dubose —señaló Lacy.

—Estoy de acuerdo, pero yo no puedo tomar esa decisión.

—¿Cuántos muertos más necesitáis? —preguntó Gunther.

—Te repito que no es decisión mía. Lacy puede decirte que yo me habría involucrado hace ya una semana.

Gunther salió como un huracán de la habitación y volvió a su terraza.

—Lo siento —dijo Lacy.

Pacheco había ido a su apartamento con la idea de pasar un rato agradable tomando una copa con una mujer bonita. Y se marchó de allí con la bolsa en bandolera y la mochila de Myers y sin la menor idea de qué hacer a continuación.



Lacy despertó el lunes a primera hora con un nuevo plan para deshacerse de su hermano. Conllevaba una visita al corredor de la muerte, un lugar en el que no sería bienvenido. E iría ella sola porque las normas de la CCJ no se podían adaptar a voluntad para que él la acompañase. Ensayó la historia mientras se preparaba el café. Se llevó una grata sorpresa cuando Gunther apareció recién duchado y completamente arreglado. Como era de esperar, un acuerdo se estaba desmoronando y le informó de que requerían su presencia en casa. De hecho, apenas tuvo el tiempo suficiente para devorar una tostada antes de que salieran a toda prisa hacia el coche de ella. En el aeropuerto, Lacy volvió a darle las gracias y se aseguró de que él prometiera regresar. Mientras el Beech despegaba, ella sonrió, respiró hondo y se alegró de no ir a bordo.

En la oficina se reunió con Michael y le describió de manera pormenorizada el viaje a Cayo Largo. Le detalló el contenido de la bolsa en bandolera y la mochila de Myers, y le explicó que ya estaban en posesión del FBI, junto con su portátil.

—¿Te has reunido con el FBI? —preguntó Michael, irritado.

—Pacheco está colado por mí y se pasó ayer por mi casa a tomar una copa. Una cosa llevó a otra y, con la ayuda entusiasta de Gunther, empezamos a hablar de Myers. Pacheco accedió a ponerse en contacto con la policía y denunciar su desaparición. Creyó que era mejor que el FBI estuviera en posesión del material del barco.

—Por favor, dime que tu hermano se irá de la ciudad.

—Ya lo ha hecho. Se ha marchado esta mañana.

—Gracias a Dios. Por favor, Lacy, dime que es capaz de tener la boca cerrada.

—No te preocupes. Esto no le interesa a nadie en Atlanta y, además, siempre hace lo mejor para mí. Tranquilo.

—¿Tranquilo? Es el caso más importante que hemos llevado y se están derrumbando todos los frentes. Supongo que no habrás tenido noticias de Killebrew, ¿verdad?

—No, y no espero tenerlas. Les quedan dieciocho días para contestar y estoy segura de que mantendrán la sangre fría hasta el último momento. Cualquier indicio de agitación por su parte sería prematuro y podría revelar su estrategia. Son demasiado listos para ponerse en contacto con nosotros ahora. La citación se presentó el viernes pasado y es probable que aún le estén dando vueltas.

—Lo único que podemos hacer es esperar.

—Soy incapaz de quedarme con los brazos cruzados, Michael. Voy a visitar a Junior Mace al corredor de la muerte. Te lo digo para que sepas dónde estoy.

—No sabía que representaras a Junior Mace.

—Claro que no, pero prometí visitarlo. Sus abogados de Washington se reunirán con él esta tarde y Salzman, el letrado principal, me invitó para que estuviera presente. A Junior no le importa. Le caigo bien.

—No te impliques demasiado.

—Salzman confía en que todo se demorará. Si el soplón se presenta y se desdice de su testimonio, Salzman cree que detendrán la ejecución y quizá incluso haya un nuevo juicio.

—Un nuevo juicio después de ¿qué, quince años?

—Algo así.

—¿Y dónde encajas tú exactamente?

—No he dicho que lo hiciera. Digamos que no quiero estar todo el día mano sobre mano en la oficina. Además, la condena injusta de Junior Mace forma parte de la gran conspiración. Si se anula, podrían aparecer nuevas pruebas. Si suponemos que el rastro conduce hasta Dubose, el asunto podría empezar a desenmarañarse. Es importante que sigamos de cerca su caso.

—Ten cuidado, por favor.

—El corredor de la muerte es un sitio bastante seguro, Michael.

—Si tú lo dices...

Lacy cerró la puerta del despacho y cogió una gruesa carpeta con los memorandos de Sadelle. Sacó uno del montón y lo volvió a leer. Se titulaba «Los asesinatos de Son Razko y Eileen Mace» y decía:

Junior y Eileen Mace vivían con sus tres hijos en una casa con entramado de madera en Tinley Road, a unos tres kilómetros de la reserva tappacola. (Por entonces más o menos la mitad de los tappacola vivían en territorio tribal, con muchos otros dispersos por las inmediaciones. En torno al ochenta por ciento vivía en el condado de Brunswick, pero algunos residían en lugares tan alejados como Jacksonville.) La tarde del 17 de enero de 1995, mientras sus tres hijos estaban en la escuela, Son Razko fue de visita al domicilio de los Mace. Razko y Junior Mace eran amigos y habían encabezado la oposición al casino. Junior conducía un camión de reparto de una empresa de Moreville, Florida, y estaba trabajando. Si Son y Eileen tenían una aventura, el objetivo de la visita era evidente. Si no, nunca se ha sabido qué la motivó. En cualquier caso, cuando el primogénito de los Mace

volvió de clase, hacia las cuatro de la tarde, los encontró desnudos y muertos en el dormitorio. Un patólogo que declaró como testigo del estado calculó que la hora de la muerte se situaba entre las dos y las tres de la tarde.

Se sabía que Junior bebía y, después de hacer sus entregas, volvió al almacén de Moreville, cogió su camioneta particular y fue a un bar. Se tomó un par de cervezas y jugó a los dardos con un hombre que nunca ha sido identificado. En torno a las seis y media lo encontraron en el aparcamiento del bar, cerca de la camioneta, inconsciente y supuestamente borracho. El arma utilizada en los dos asesinatos fue un revólver Smith and Wesson del calibre 38 de cañón corto que no estaba registrado. Se encontró bajo el asiento de la camioneta de Junior, junto con un billetero que pertenecía a Son. Mace fue trasladado al hospital de Moreville. La policía, siguiendo un soplo anónimo, fue hasta allí y le dio la noticia de la muerte de su esposa y Son. Junior pasó la noche en el hospital antes de que lo trasladaran a la cárcel. Lo acusaron de los dos asesinatos y no se le permitió asistir al funeral de su mujer. Sostuvo su inocencia, pero se ignoraron sus proclamas.

En el juicio, que fue trasladado por la juez Claudia McDover del condado de Brunswick a Panama City, Mace presentó dos testigos de su coartada que trabajaban en negocios donde había hecho entregas aquella tarde. El primer testigo lo situó a unos cuarenta y cinco kilómetros del escenario del crimen entre las dos y las tres de la tarde. El segundo lo ubicó a unos veintidós kilómetros. A juzgar por las actas del juicio, ninguno de los dos causó especial efecto, y el fiscal hizo hincapié en que Junior podría haber hecho las dos entregas y haber tenido tiempo para pasar por su casa entre las dos y las tres. Nunca quedó claro cómo había podido aparcar el camión semirremolque, montarse en su camioneta,

conducir hasta su casa, matar a dos personas y luego cambiar de vehículo otra vez.

La fiscalía dependía en buena medida del testimonio de dos presos soplones: Todd Short y Digger Robles. Ambos declararon que habían compartido celda con Junior en momentos diversos, y que este se jactaba de que había pillado a su mujer en la cama con otro hombre y de que los había matado a ambos a tiros. En unos testimonios que fueron extraordinariamente similares relataron al jurado que Junior se enorgullecía de lo que había hecho, que no tenía ninguna clase de remordimientos y que tampoco entendía por qué lo juzgaban. (Según rumores y suposiciones locales, los dos soplones desaparecieron de la zona no mucho después del juicio.)

La presencia del billetero de Son en la camioneta de Junior fue clave. Según las leyes de Florida, un caso en el que está en juego la pena capital debe incluir el asesinato, evidentemente, pero también otro delito: violación, allanamiento, secuestro y demás. Así pues, el hecho de que Junior le robase el billetero elevó el caso de asesinato en primer grado a asesinato capital.

La presencia del arma en la camioneta de Junior resultó fatal para la defensa. Expertos en balística del laboratorio forense estatal atestiguaron que no había duda de que las balas extraídas de los cadáveres habían sido disparadas con aquel revólver del calibre 38.

Desoyendo los consejos de su abogado (un novato de oficio en su primer caso de pena capital), Junior salió a declarar en su defensa. Negó con vehemencia haber tenido nada que ver con las muertes de su esposa y su amigo. Aseguró que le habían tendido una trampa como venganza por su oposición al casino. Dijo que alguien le había echado algo en su bebida en el bar, que solo se tomó tres cervezas, y luego perdió el

conocimiento y no recordaba haber salido del local. El camarero declaró que Junior se había tomado por lo menos tres cervezas y que él le había ayudado a llegar hasta la camioneta y que lo dejó allí.

En la tribuna, según se deduce de las actas del juicio, Junior se comportó con dignidad, aunque el turno de repreguntas fue bastante largo.

Con el arma, el billetero, dos informadores, una defensa que solo aportó dos testigos precarios de la coartada y un acusado que, por lo visto, estaba borracho y no recordaba gran cosa de lo que había pasado, el jurado tuvo suficiente para condenarlo. Durante la fase de la sentencia, el abogado defensor subió al estrado a su hermano Wilton y a un primo, quienes declararon que Junior era un marido y padre abnegado, no bebía más de la cuenta, no tenía armas y hacía años que no disparaba ninguna.

El jurado regresó con dos veredictos de pena capital.

Durante los ocho días que duró el proceso, la juez McDover, que presidía su primer juicio de pena capital, falló a favor de la fiscalía prácticamente en todos los puntos. Solo al acceder a cambiar el lugar del juicio mostró algún interés por los derechos de Mace. Concedió una enorme libertad a los testigos del estado en sus declaraciones y desestimó una y otra vez las protestas de la defensa. Con los testigos de la defensa, admitió casi todas las protestas de la fiscalía. Su manera de llevar el juicio ha sido puesta en entredicho repetidas veces en las apelaciones, y se han señalado motivos de preocupación en diversos fallos de apelación. Sin embargo, los tribunales han confirmado una y otra vez las condenas.

Durante el trayecto de dos horas y media a la cárcel, Lacy estuvo pensando en Hugo mientras conducía. Menos de dos meses antes, habían hecho ese mismo viaje juntos, los dos sin haber dormido lo suficiente y tomando café para seguir despiertos. Habían hablado de que desconfiaban de Greg Myers y de que eran reacios a aceptar su teoría de una gran conspiración. Habían reconocido la sensación de peligro que percibían.

Qué ingenuos habían sido.

Entró en el condado de Bradford y siguió las señales hacia Starke, y luego a la cárcel. Le llevó media hora llegar hasta la galería Q. Era el mediodía de un lunes y por allí no había ningún otro letrado. Esperó en una pequeña sala de reuniones durante quince minutos hasta que Junior apareció encadenado. Los guardias le quitaron las esposas, y tomó asiento al otro lado del tabique de plástico.

—Gracias por venir —dijo tras coger el auricular y sonreír.

—Hola, Junior. Me alegra volver a verte.

—Tienes buen aspecto, Lacy, a pesar de lo que ocurrió. Espero que te estés recuperando bien de tus heridas.

—Bueno, me está creciendo el pelo y eso es lo único que me importa.

Él soltó una risilla al oír aquello. Estaba más animado y mejor dispuesto a hablar. Lacy supuso que estaba esperando con ilusión la llegada de sus abogados de Washington. Por primera vez en muchos años había esperanza.

—Siento lo de tu amigo Hugo —dijo—. Me cayó bien.

—Gracias.

En realidad Lacy no quería hablar sobre Hugo aunque, con tanto tiempo por delante, podían conversar acerca de cualquier cosa. Lacy le dijo que la familia de Hugo se las apañaba e intentaba salir adelante, pero los días eran largos y difíciles. Junior quería más detalles sobre el accidente: cómo y cuándo ocurrió y qué habían averiguado desde entonces. Dudaba que hubiera

sido un accidente y ella le aseguró que no lo fue. A él le pareció curioso que nadie «de fuera» hubiera intervenido para investigar la muerte de Hugo. Midiendo sus palabras, ella le explicó que, con suerte, las cosas irían en esa dirección. Hablaron de Wilton, Todd Short, los abogados de Washington y un poco sobre la vida en el corredor de la muerte.

—Ayer tuve una visita, y no la esperaba para nada —dijo él tras una larga pausa, una de las muchas que hubo.

—¿Quién vino?

—Un hombre llamado Lyman Gritt. ¿Has oído hablar de él?

—Sí, de hecho, coincidimos en persona, aunque no lo recuerdo. Me dijeron que iba con el equipo de rescate que acudió al lugar del accidente y me trasladó al hospital. Pasé por su despacho para saludarle y darle las gracias, pero resultó que lo habían reemplazado. El momento elegido parece sospechoso.

Junior sonrió y se acercó un poco más al tabique.

—Todo es sospechoso, Lacy. Los engranajes están en movimiento y más vale que te andes con cuidado.

Ella se encogió de hombros para darle a entender que siguiera hablando.

—Gritt es un buen hombre —dijo él—. Estaba a favor del casino, así que hace un tiempo estuvimos en bandos enfrentados. Pero tenemos una historia común. Mi padre y su tío se criaron juntos en una choza justo a las afueras de la reserva. Eran como hermanos. No puedo decir que nuestras familias estén unidas ahora, porque nos enfrentamos por el casino. Pero Gritt tiene conciencia y sabe lo de la corrupción. El jefe nunca le cayó bien; ahora lo detesta con saña tanto a él como a su familia. El hijo del jefe ha ocupado el puesto de alguacil, de modo que cualquier investigación sobre tu accidente no irá a ninguna parte. Lo están encubriendo todo, como seguro que sospechas. Pero Gritt sabe la verdad y cree que tiene pruebas para demostrarla. Por eso



quiere hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Así es. Cree que puede confiar en ti. No se fía de los chicos locales del condado de Brunswick, aunque esos ni se plantearían involucrarse. Como probablemente ya habrás averiguado, nuestra tribu no confía en los forasteros, sobre todo en los que llevan placas. Pero Gritt tiene pruebas.

—¿Qué clase de pruebas?

—No lo dijo, o no quiso decirlo. Hay veces que estas paredes oyen más de la cuenta, así que nos anduvimos con cuidado. Debes entender, Lacy, que Gritt ha recibido amenazas. Tiene esposa y tres hijos, y el jefe y sus colegas pueden resultar muy intimidantes. La tribu entera vive bajo una nube de miedo y la gente sencillamente no habla. Además, con el casino todos viven mejor hoy que en el pasado, así que ¿para qué causar problemas?

Lacy tenía muchas dudas de que las autoridades de la cárcel escucharan a escondidas las conversaciones entre los abogados y sus clientes en el corredor de la muerte, pero entonces cayó en la cuenta de que el encuentro con Gritt había tenido lugar en otra parte de la galería Q. Gritt no era abogado.

—¿Por qué cree que puede confiar en mí? No hemos hablado nunca.

—Porque no eres poli y fuiste la primera persona que se plantó en la reserva e hizo preguntas. Tú y el señor Hatch.

—De acuerdo. ¿Cómo se supone que debo ponerme en contacto con Gritt?

—Wilton hará de mediador.

—Entonces ¿quién dará el siguiente paso?

—Gritt y yo acordamos que me pondré en contacto con Wilton y él lo preparará todo. Si estás dispuesta a hablar con él, claro.

—Desde luego que lo estoy.

—Entonces se lo haré saber a Wilton. No es necesario que te diga, Lacy, que esto hay que llevarlo con la mayor delicadeza posible. Todo el mundo

tiene miedo. Están vigilando a Gritt y, probablemente, también a Wilton.

—¿Saben esos, sean quienes sean, que Todd Short ha vuelto a la ciudad?

—No creo. Mis abogados se han reunido con él esta mañana, en algún lugar alejado de la reserva. Si cumple su promesa de retractarse de su testimonio, no tardará en saberlo todo el mundo. A partir de entonces, será un hombre marcado.

—No pueden seguir matando a más gente, Junior.

—Asesinaron a tu colega, el señor Hatch. Y a Son y Eileen. Y tal vez se ocuparon de Digger Robles, el otro soplón, descanse en paz.

«Por no hablar de Greg Myers», pensó Lacy.

—Y están perfectamente dispuestos a dejar que el estado de Florida me mate a mí —continuó él—. No se detendrán ante nada, Lacy. No lo olvides nunca.

—¿Cómo iba a hacerlo?

Salzman y un asociado llamado Fuller llegaron justo después de la una de la tarde. Iban vestidos de manera informal con pantalones caquis y mocasines, nada parecido al mundo de la raya diplomática oscura propia del Derecho en Washington. Su bufete contaba con un millar de abogados en todos los principales continentes. Sus actividades de oficio en representación de asesinos condenados eran dignas de elogio, incluso pasmosas. Lacy había leído cosas sobre el bufete en internet y se asombró al ver los recursos humanos que empleaban en la lucha contra la pena de muerte.

Su encuentro con Todd Short había ido maravillosamente bien. El soplón les había brindado una declaración de dos horas grabada en vídeo en la que reconocía que la policía y la fiscalía lo habían reclutado para que ofreciera un falso testimonio a cambio de indulgencia y dinero. Les había parecido que

resultaba creíble y que estaba arrepentido de verdad. Junior odiaría toda la vida al tipo que lo había enviado al corredor de la muerte, pero aun así estaba entusiasmado con su cambio de parecer.

Salzman explicó que presentarían de inmediato una petición de desagravio posterior a la condena ante un tribunal estatal y exigirían que se pospusiera la ejecución. Una vez que tuvieran eso bajo control, arremeterían contra la fiscalía general de Florida y acudirían a un tribunal federal en caso necesario. La magnitud de los posibles pleitos era abrumadora, al menos para Lacy, pero Salzman había pasado por ello muchas veces. Era un experto curtido en el mundo del hábeas corpus y rezumaba una seguridad en sí mismo que resultaba contagiosa. Su objetivo era un nuevo juicio, uno que se celebrara bien lejos de las manipulaciones en su propio interés de Claudia McDover.

El móvil desechable que Lacy tenía en el bolsillo vibró el martes a primera hora. La llamaba Cooley, aunque solo para informarle de que no había tenido noticias de Greg Myers. No era ninguna sorpresa. También le dijo que le había enviado por correo otro móvil de prepago que debería llegarle a lo largo de la mañana. Cuando lo tuviera, tenía que destruir aquel con el que estaba hablando en ese instante.

Quedó para almorzar con Allie Pacheco en un bar de sándwiches cerca del Capitolio. Mientras tomaba un cuenco de sopa, él le transmitió la información de que la policía de Cayo Largo había requisado el *Conspirator* y que la embarcación se encontraba ahora a buen recaudo. Se reuniría con ellos en un día o así y les entregaría el portátil, la bolsa en bandolera y la mochila. La investigación era de ellos, no suya, pero el FBI prometía plena colaboración. La policía estaba entrevistando a algunos habituales del puerto deportivo, pero hasta el momento nadie había visto nada fuera de lo normal. Sin fotos y solo con una descripción general de la persona desaparecida, por no hablar de que para empezar ya se le había perdido la pista hacía días, encontrar a Myers parecía casi imposible.

—Esta sopa está bien, pero ¿por qué no quedamos para cenar? —dijo Pacheco después de que ya hubieran estado hablando de trabajo durante unos minutos.

—¿Dónde estamos profesionalmente? —preguntó ella.

—Ah, creo que pisamos terreno firme —respondió él con una sonrisa—. Por supuesto, estamos del mismo lado. Desde el punto de vista ético se

supone que no debo ligar con chavalas que trabajen para el FBI, así que no hay ningún inconveniente.

—¿Chavalas?

—Es solo una manera de hablar. No iba con mala intención. Tengo treinta y cuatro años. Calculo que tú estás más o menos en esa franja de edad. Los dos estamos solteros, y, francamente, da gusto conocer a una mujer agradable en la vida real y no en uno de esos sitios web de citas. ¿Tú tienes citas online?

—Dos veces, ambas desastrosas.

—Bueno, yo podría contarte más de una historia, pero no quiero aburrirte. ¿Qué hay de lo de ir a cenar?

Si Lacy aceptaba, lo haría solo porque era simpático y bien parecido, aunque un poco engreído; sin embargo, también era verdad que nunca había conocido a un agente joven del FBI que no rebosara confianza en sí mismo. No accedería únicamente porque la CCJ necesitaba ayuda de manera desesperada.

—¿Cuándo? —preguntó.

—No sé. ¿Esta noche?

—¿Y si en un momento dado el FBI se implica en mi pequeña conspiración? ¿No se sentiría incómodo tu jefe?

—Ya conociste a Luna. Siempre se siente incómodo; lo prefiere así. Pero no, no veo ningún conflicto. Como decía, estaríamos trabajando en el mismo lado de la calle. Además, ya nos lo has contado todo. No hay secretos, ¿verdad?

—Hay muchos. Lo que pasa es que aún no los conozco.

—Y yo no voy a preguntarlos. Y tu jefe, ¿qué?

—Convencerlo está tirado.

—Ya me parecía a mí. Me dio la impresión de que, cuando estás tú

presente, más o menos eres la que manda. ¿Cena, una buena botella de vino, qué demonios, igual hasta unas velas? Paso a recogerte a las siete, suponiendo, claro está, que tu hermano no ande por ahí.

—Ya no está.

—Bien. Vaya pieza.

—Gunther se muestra muy protector con su hermanita.

—No se lo reprocho. ¿A las siete?

—Siete y media. Y busca un sitio agradable pero no demasiado elegante. Olvídate de las velas. Trabajamos para el gobierno y pagamos a escote.

—Trato hecho.

Pasó a buscarla en su SUV último modelo, un vehículo recién lavado, brillantado y sometido a una limpieza con aspirador para la ocasión. Durante los cinco primeros minutos, hablaron de coches. Lacy estaba harta del automóvil de alquiler que había estado conduciendo y buscaba un vehículo nuevo. Le encantaba su antiguo híbrido pero, después del accidente, pensaba en algo un poco más sólido. Se dirigían al sur, en dirección contraria al centro.

—¿Te gusta la comida cajún? —preguntó Pacheco.

—Me encanta.

—¿Has estado alguna vez en Johnny Ray's?

—No, pero tengo entendido que es estupendo.

—Vamos a probar.

A Lacy le gustaba el SUV, pero le resultaba un tanto masculino. Sentía curiosidad por su precio. Por medio de una búsqueda rápida había averiguado que el sueldo base actual de un agente especial era de cincuenta y dos mil dólares. Allie llevaba cinco años en el FBI, así que supuso que debían de

estar ganando más o menos lo mismo. Él le había comentado lo bonito que era su apartamento y le había contado que él compartía piso con otro agente. La reasignación era una forma de vida en el FBI, y no se decidía a comprar una casa.

Cada uno aportó la información de rigor sobre su pasado, aunque ambos sabían que el otro había estado indagando en internet. Allie Pacheco creció en Omaha; universidad y facultad de Derecho en Nebraska. Fuera de servicio, tenía la soltura relajada de la gente del Medio Oeste, con una absoluta falta de pretenciosidad. Lacy tenía una titulación universitaria por William & Mary y había estudiado en la facultad de Derecho de Tulane. Encontraron un territorio común en Nueva Orleans, donde él había pasado sus dos primeros años con el FBI. Ninguno de los dos echaba mucho de menos aquella ciudad: había demasiada humedad y delincuencia, aunque por la manera en que hablaron de ella cualquiera habría dicho que se morían de nostalgia. Para cuando aparcaron y entraron en el restaurante, Lacy le estaba poniendo al chico una puntuación bien alta en todos los aspectos. «Tómalo con calma —se dijo—, siempre acaban por decepcionar.»

En una mesa tranquila en un rincón abrieron las cartas.

—Te lo recuerdo: vamos a pagar a escote —dijo ella cuando el camarero se alejó.

—De acuerdo, pero preferiría encargarme yo de la cuenta. Después de todo, te he invitado.

—Gracias, pero pagaremos a medias. —Y ahí acabó esa conversación.

Decidieron empezar por una docena de ostras frescas y acordaron pedir una botella de Sancerre.

—Bueno, ¿de qué quieres hablar? —dijo él cuando se llevaron las cartas.

Su franqueza le hizo soltar una risita a Lacy.

—De cualquier cosa menos del caso.

—Muy bien. Escoge tú un tema y luego elijo yo otro. Y aquí vale todo, lo que sea excepto el casino y demás.

—Eso es muy amplio. Empieza tú y a ver cómo va la cosa.

—Vale, tengo una pregunta estupenda. Y si no quieres hablar de ello, lo entiendo. ¿Cómo es eso de estamparte contra un airbag?

—Supongo que todavía no has disfrutado de esa experiencia.

—Así es, todavía no.

Lacy tomó un sorbo de agua y respiró hondo.

—Hay un estruendo repentino, una sacudida. En un momento está ahí mismo, invisible dentro del volante, nunca le has prestado atención, y una milésima de segundo después te estalla en la cara a trescientos kilómetros por hora. Eso, junto con el impacto, me dejó fuera de combate. No mucho rato, porque recuerdo que alguien se movía alrededor del coche. Después perdí el conocimiento del todo. El airbag me salvó la vida, pero es un método muy brusco. Con una vez es suficiente.

—Eso seguro. ¿Te has recuperado por completo?

—En gran parte. Sigo notando un poco de dolor aquí y allá, pero estoy mejor con cada día que pasa. Ojalá me creciera el pelo más rápido.

—Estás preciosa con el pelo corto.

Llegó el vino. Lacy lo cató y dio su aprobación. Brindaron y tomaron un trago.

—Te toca a ti —dijo él.

—¿Cómo? ¿Ya te has cansado de hablar de airbags?

—Solo era curiosidad. Tenía un amigo que tuvo que dar un volantazo para esquivar a un peatón. En cambio, chocó contra un poste de electricidad a unos treinta kilómetros por hora. No le habría pasado nada de no ser porque el airbag le metió un viaje de mucho cuidado. Tuvo que pasar una semana poniéndose bolsas de hielo en la cara.



—Yo prefiero tomarme el hielo. ¿Por qué estudiaste Derecho?

—Mi padre es abogado en Omaha y sencillamente me pareció lo más indicado. Nunca me planteé cambiar el mundo, como la mayoría de los alumnos de primero de Derecho; solo pensaba en un buen trabajo. A mi padre le ha ido bastante bien y, de hecho, ejercí con él durante un año. Me aburrí enseguida y decidí que había llegado la hora de irme de Nebraska.

—¿Por qué el FBI?

—La emoción. Nada que ver con la rutina de un trabajo de ocho a cinco detrás de una mesa. Cuando persigues a maleantes, ya sean grandes o pequeños, listos o idiotas, no hay muchos ratos aburridos. ¿Y tú? ¿Cómo es que decidiste investigar a jueces?

—Bueno, no es que fuera algo con lo que soñaba cuando empecé a estudiar Derecho. El mercado laboral estaba bastante bien cuando me licencié y, además, no tenía muchas ganas de pasar por la rutina de los grandes bufetes. Por fin están contratando a muchas mujeres, la mitad de mi promoción eran chicas, pero no quería trabajar cien horas a la semana. Tengo amigos que siguieron ese camino y están todos fatal. Mis padres se habían jubilado en Florida. Vine aquí y vi una oferta de trabajo en la Comisión de Conducta Judicial.

—Acudiste a la entrevista y te dieron el puesto. Qué sorpresa.

Las ostras llegaron sobre lechos de hielo, y la conversación se interrumpió mientras pasaban por el ritual, al estilo de Nueva Orleans, de exprimir limones y añadir rábano picante a la salsa cóctel. Pacheco las engulló directamente de la concha mientras que Lacy se ayudó con galletitas saladas, ambos métodos aceptables.

—Así que ayer fuiste a ver a Junior Mace —dijo él.

—Sí, por segunda vez. ¿Has estado en alguna ocasión en el corredor de la muerte?

—No, pero seguro que algún día iré. ¿Algo interesante?

—¿Andas a la caza de información?

—Siempre. No puedo evitarlo. Lo llevo en el ADN.

—Quizá una señal, una pista, algo. Junior podría tener información. Pero, sobre todo, creo que simplemente le gusta recibir visitas.

—Entonces ¿no vas a contarme nada nuevo?

—No, bueno, tal vez. Seguro que ya has revisado ese documento nuestro en el que se detallaban su juicio y su condena.

—He leído hasta la última palabra.

—Así pues, recuerdas la parte de la historia en la que los dos presos soplones desaparecieron poco después del juicio.

—Todd Short y Digger Robles.

Lacy sonrió. Impresionante.

—Eso es. Durante años corrió la leyenda de que se los cargaron antes de que tuvieran ocasión de retractarse, cosa que los soplones hacen a menudo. Parece ser que uno desapareció de verdad. El otro, en cambio, ha regresado milagrosamente. Ha vuelto de entre los muertos, por así decirlo, y está hablando. Se muere de cáncer y quiere redimirse.

—Es una noticia magnífica, ¿no?

—Es posible. Los abogados de Junior en Washington acudieron ayer a Starke y me pidieron que asistiera a la reunión. Están bastante entusiasmados con sus posibilidades de, primero, suspender la ejecución y, segundo, conseguir que se celebre otro juicio.

—¿Un nuevo juicio? ¿Cuánto hace de aquello, quince años?

—Sí, quince. Me parece una posibilidad muy lejana, pero esos tipos conocen su oficio.

—De todos modos, no es tu caso, ¿verdad? No estás implicada en los recursos de hábeas de Junior. O sea, que fuiste a verlo por algún otro motivo.

—Sí. Como decía, él cree que podría saber algo.

Allie sonrió y lo dejó pasar. Era evidente que Lacy no iba a contarle nada más. Terminaron las ostras y empezaron a discutir sobre los platos principales. Se decidieron por otra docena de ostras. Ella pidió un cuenco de gumbo.

—¿A quién le toca ahora? —preguntó él.

—A ti, me parece.

—Vale, ¿en qué otros casos interesantes estás trabajando?

Ella sonrió y tomó más vino.

—Bueno, dentro de los límites de la confidencialidad y sin mencionar ningún nombre, estamos intentando inhabilitar a un juez que empina el codo a base de bien. Se han quejado dos abogados y dos litigantes. El pobre tipo lleva mucho tiempo luchando contra el alcoholismo y ahora lleva las de perder. No programa vistas hasta después de comer y a veces se le olvidan por completo. Una de las taquígrafas de su tribunal dice que lleva una petaca bajo la toga y se va sirviendo en una taza de café. Tiene una larga lista de casos pendientes acumulados y nadie está contento. Es bastante triste, la verdad.

—Entonces debería ser fácil.

—Nunca es sencillo inhabilitar a un juez. Les gustan sus trabajos y por lo general no tienen adónde ir cuando cuelgan la toga. Me toca a mí. ¿En qué estás trabajando?

Se contaron batallitas durante una hora. El trabajo de Pacheco de perseguir células durmientes y narcotraficantes era mucho más emocionante que ir a la caza de jueces negligentes, pero él no se mostró crítico, sino más bien fascinado con el trabajo de Lacy. Cuando se acabó el vino, pidieron café y siguieron hablando.

Una vez a la altura del apartamento de Lacy, la acompañó hasta la entrada

como un caballero y se detuvo ante la puerta.

—¿Podemos hablar del asunto? —preguntó.

—Si te refieres al sexo, la respuesta es no. Aún me duele demasiado el cuerpo para estar con ánimos.

—No estaba pensando en el sexo.

—¿Es la primera mentira que dices esta noche?

—Puede que la segunda. —Se puso frente a ella y se acercó—. Luna está a punto, Lacy. La desaparición de Myers ha captado nuestra atención. He pasado la mayor parte del día intentando convencerlo de que este caso tiene el potencial de ser mucho más grande de lo que podemos imaginar. Necesitamos algo más, otra arma humeante, y Luna podría estar listo.

—¿Y tu jefazo de Jacksonville?

—Es duro, pero también es ambicioso. Si ve el potencial al igual que nosotros, se lo repensará. Tú danos algo más.

—Lo estoy intentando.

—Ya lo sé. Y estoy esperando junto al teléfono.

—Lo he pasado bien esta noche.

—Yo también.

Allie le dio un besito en la mejilla y le deseó buenas noches.

Wilton Mace dijo que llamaba desde una cabina y, de hecho, sonaba nervioso, asustado incluso, como si estuviera mirando detrás de él por encima del hombro. Mañana, Lyman Gritt iba a llevar a su mujer a un médico en Panama City, a algún especialista. Quería verse con Lacy en la consulta del médico, un lugar que nadie sospecharía. Wilton le dio los detalles y le preguntó si iba a ser capaz de identificar a Gritt. Ella respondió que no, porque nunca lo había visto, pero su jefe sí. Y este iba a insistir en acompañarla. Wilton no estaba seguro de qué le iba a parecer aquello a Gritt, pero ya lo resolverían en la consulta del médico. Sin embargo, no debía sorprenderle que a Gritt no le hiciera la menor gracia.

Lacy y Michael llegaron con una hora de antelación. Mientras él se quedaba en el coche, ella entró en el edificio, que formaba parte de un concurrido complejo médico con doctores y dentistas en cuatro plantas. Se entretuvo en la planta baja, leyó el directorio, pasó por una cafetería y luego tomó el ascensor hasta la tercera planta. La consulta pertenecía a un grupo de ginecólogos, y su gran y moderna sala de espera estaba llena de mujeres, solo dos de las cuales iban acompañadas por hombres. Lacy volvió al coche y esperó mientras Michael entraba y cubría el mismo territorio. A su regreso, coincidieron en que el lugar no encerraba ningún peligro. Un sitio perfecto para un encuentro clandestino. Decenas de pacientes entraban y salían del edificio. A las dos menos cuarto, Michael señaló con un gesto de la cabeza a una pareja que se apeaba de su coche y dijo:

—Ese es Gritt.

Medía en torno a un metro ochenta, y era delgado pero con algo de barriga. Su esposa tenía el pelo largo y moreno recogido en trenzas, y era mucho más baja y corpulenta.

—¿Los has visto bien? —preguntó Michael.

—Sí.

Cuando entraron en el edificio, Lacy se bajó del coche y los siguió. Michael la esperaba en el vehículo confiando en que no iba a recibir ninguna llamada desesperada de auxilio. Observó con atención a los peatones, con la esperanza de no ver nada sospechoso. Dentro, Lacy volvió a leer el directorio, estuvo dando vueltas unos minutos y al final tomó el ascensor hasta la tercera planta. Entró en la sala de espera y vio a Gritt y su esposa sentados contra la pared del fondo, con el mismo aire de incomodidad que todos los demás que estaban allí. Cogió una revista y buscó asiento en la otra punta de la sala. Amy Gritt tenía la mirada fija en el suelo como si esperara alguna noticia horrible. Lyman hojeaba con despreocupación un ejemplar de *People*. Lacy no sabía si Wilton le había descrito su aspecto a Gritt, pero este no parecía mostrar el menor interés en ella. La recepcionista estaba muy ocupada para reparar en la mujer joven que no se había molestado siquiera en darle su nombre. Llamaron a una paciente, que se acercó a paso lento al mostrador, fue recibida por una enfermera agobiada y desapareció a la vuelta de una esquina. El ritmo lánguido continuó durante media hora a medida que iban llegando más mujeres para reemplazar a las que se marchaban. Lacy miraba por encima de la revista a Gritt. Una hora después, él miró el reloj de pulsera, mientras su frustración iba en aumento. Al final llamaron a Amy Gritt, que se acercó al mostrador. En cuanto ella desapareció, Lacy se levantó y clavó la vista en Lyman. Cuando este le sostuvo la mirada, ella hizo un ligero gesto con la cabeza y salió de la sala de espera. Caminó hasta el final del pasillo y aguardó unos segundos antes de que Gritt cerrara la puerta a su

espalda y se acercara a ella.

—Soy Lacy Stoltz —dijo en voz queda mientras le tendía la mano.

Él se la estrechó con suavidad, sonrió y de manera instintiva miró hacia atrás por encima del hombro.

—Soy Lyman Gritt, y usted tiene mucho mejor aspecto que la última vez que la vi.

—Lo llevo bien. Gracias por lo de aquella noche.

—Me dedico a eso. Fue un accidente tremendo. Lamento lo de su amigo.

—Gracias.

Gritt fue hacia una ventana y se apoyó en ella, de cara al pasillo y a la gente que iba de un lado a otro. Entraban y salían pacientes de diversas consultas, pero nadie les prestaba atención.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Gritt—. No estoy involucrado en ninguno de los chanchullos que tienen lugar en nuestro territorio. Soy policía, un policía honrado, y tengo una familia que proteger. Mi nombre no puede figurar en ninguna investigación. No prestaré testimonio ante ningún tribunal. No señalaré a ningún miembro de mi tribu o a los delincuentes con los que tienen tratos. ¿Entendido?

—Entendido, pero ya sabe que yo no puedo controlar todo lo que pase. Le doy mi palabra y eso es lo único que puedo mantener bajo control.

Gritt metió la mano en un bolsillo delantero de los vaqueros y sacó una memoria USB.

—Aquí hay dos vídeos. El primero es propiedad de la policía de Foley, Alabama. Les sonrió la suerte cuando alguien, no sé quién, grabó en vídeo el robo de la camioneta. El segundo vídeo lo grabaron unos quince minutos después del accidente, en una tienda rural al norte de Sterling. Creo que se ve con absoluta claridad al tipo que conducía la camioneta cuando chocó contra su coche. He incluido un informe con todos los detalles de los que tengo

conocimiento.

Lacy cogió la memoria USB.

Gritt metió la mano en otro bolsillo y sacó una bolsa de plástico.

—Estos son unos trozos de toallitas de papel que, creo, están cubiertos de sangre. Los encontré a unos cuatrocientos metros del escenario dos días después del accidente. Tengo la teoría de que la sangre pertenece al copiloto del segundo vídeo. En su lugar yo encargaría de inmediato una prueba de ADN y rezaría para que haya una coincidencia con la base de datos. Si tiene suerte, conseguirá un nombre con el que poder emparejar al tipo del vídeo.

Lacy cogió la bolsa de plástico.

—¿Y tiene copias?

—Sí, además del resto de las toallitas de papel, aunque nadie será capaz de encontrarlas.

—No sé qué decir.

—No diga nada. Haga su trabajo y trinque a esos cabrones. Y deje mi nombre al margen.

—Se lo prometo.

—Gracias, señora Stoltz. Este encuentro nunca ha tenido lugar.

Gritt empezó a alejarse a paso ligero.

—Gracias, espero que su mujer esté bien —dijo ella.

—Está bien. Solo se trata de una revisión rutinaria. Le dan miedo los médicos, por eso la acompaño.

Ni a Michael ni a Lacy se les había ocurrido llevar un portátil en el maletín; si no, habrían estacionado en el aparcamiento vacío de algún garito de comida rápida, pedido unos cafés, buscado una mesa apartada y visionado las grabaciones de principio a fin. En cambio, volvieron a casa a toda velocidad, sin dejar de especular acerca de lo que revelarían los vídeos.



—¿Por qué no le has pedido más detalles? —le preguntó Michael con cierta irritación.

—Porque tenía prisa —espetó ella—. Me lo ha dado, ha dicho lo que quería y se ha ido.

—Yo habría indagado más.

—Tú no sabes lo que habrías hecho. Deja de quejarte. ¿Quién es el director del Departamento de Seguridad del Estado?

—Gus Lambert. Es nuevo y no lo conozco.

—Bueno, ¿a quién conoces?

—A un viejo amigo.

Michael lo llamó dos veces, pero no lo localizó. Lacy telefoneó a una amiga de la fiscalía general y obtuvo el nombre de un supervisor del laboratorio forense regional en Tallahassee. Este estaba ocupado, no se mostró muy dispuesto a cooperar y prometió que les devolvería la llamada al día siguiente.

—El laboratorio forense no lo hará —afirmó Michael cuando ambos ya habían colgado— a menos que se implique el Departamento de Seguridad.

—Llamaré a Gus Lambert —dijo Lacy—. Seguro que consigo derretirlo con mi encanto.

La secretaria del comisario Lambert estaba blindada a prueba de encantos; dijo que su jefe estaba en una reunión y que era un hombre muy ocupado. El viejo amigo de Michael le devolvió la llamada y preguntó qué ocurría. El jefe de la Comisión le explicó, mientras iban a todo trapo por el carril rápido de la Interestatal 10, que era urgente abordar la muerte sospechosa de un funcionario del estado. Abbott, su amigo, dijo que recordaba la historia de la muerte de Hugo Hatch.

—Nos sobran motivos para creer que fue algo más que un grave accidente de tráfico —continuó Michael—. Contamos con una fuente dentro de la tribu

y ahora estamos en posesión de una muestra de sangre que podría ser importante. ¿Cómo logramos tener acceso al laboratorio forense?

Mientras hablaban, Lacy navegaba por la red con su móvil. Puesto que nunca había tenido que vérselas con análisis de ADN, no sabía prácticamente nada al respecto. Según un artículo en un sitio web científico, ahora los técnicos forenses pueden analizar el ADN de un sospechoso en dos horas, lo bastante rápido para que la policía lo introduzca en sus bases de datos y determine si un detenido ha cometido el crimen en cuestión, además de algún delito más. Hace apenas cinco años, el análisis se demoraba entre veinticuatro y setenta y dos horas, tiempo suficiente para que el sospechoso pagara la fianza y saliera de la cárcel.

—No, no hay ninguna investigación abierta, ni de la policía local ni del Departamento de Seguridad —decía Michael—. Ocurrió en territorio tribal y los tappacola están al cargo. Eso es parte del problema. Estoy hablando de un favor, Abbott. Y de uno rápido. —Michael escuchó un instante, dijo «Gracias» y puso fin a la llamada—. Dice que intentará ver al comisario.

Eran casi las cinco de la tarde cuando Michael y Lacy llegaron al laboratorio forense regional del Departamento de Seguridad que había a las afueras de Tallahassee. Abbott esperaba a la entrada, junto con el doctor Joe Vasquez, director del laboratorio. Se presentaron rápidamente y lo siguieron hasta una salita de reuniones. Lacy dejó la bolsa de plástico con autocierre encima de la mesa que había ante el doctor Vasquez, que la miró, pero no la tocó.

—¿Qué sabemos sobre esto? —preguntó.

—No mucho —respondió Lacy—. Lo hemos obtenido hace menos de dos horas, de manos de nuestra fuente confidencial. Son trozos de toallitas de papel con sangre, en su opinión.

—¿Quién se ha ocupado de recogerlos?

—Ignoro todos los detalles. Sin embargo, nuestro contacto se considera un profesional de la seguridad y de la ley. Me juego lo que sea a que apenas lo ha tocado.

—¿Cuánto se tardará? —preguntó Michael.

—Denos un par de horas —contestó Vasquez con una sonrisa de orgullo.

—Es increíble.

—Desde luego. La tecnología está cambiando a toda velocidad, y creemos que, en un par de años, los inspectores podrán analizar sangre y semen en el escenario del crimen con un dispositivo portátil. Se denomina «análisis de ADN en chip».

—¿Y cuánto se tardará en contrastar los resultados con la base de datos del estado? —preguntó Lacy.

Vasquez miró a Abbott.

—Media hora —contestó este mientras se encogía de hombros.

Pararon a comprar comida china para llevar en su restaurante preferido cerca del Capitolio. Tal como esperaban, la CCJ estaba desierta cuando llegaron, justo después de las seis. Dejaron de lado la cena y fueron directos al portátil de Michael para conectar la memoria USB. Vieron los dos vídeos, imprimieron las dos páginas del informe de Gritt, las leyeron con atención, las discutieron frase por frase y volvieron a ver los vídeos una y otra vez. Lacy estaba casi aturdida al comprender que estaba mirando el arma homicida, la camioneta, y quizá incluso al asesino, aquel granuja con la nariz ensangrentada.

Había dos hombres en cada vídeo; los cuatro eran distintos. ¿Podía ser que estuvieran viendo por primera vez a otros miembros de la familia criminal de

Dubose? Tenían fotos de Vonn entrando en el apartamento de Rabbit Run, pero de nadie más. El conductor del segundo vídeo, el de la tienda de Frog, resultaba de lo más fascinante. Era mayor que los otros tres, tenía quizá unos cuarenta y cinco años, e iba mejor vestido, con una camisa de golf y pantalones caquis planchados. Había planeado las cosas lo bastante bien para ponerle a la camioneta unas placas de matrícula de Florida falseadas a la perfección. No era Vonn, pero ¿podía ser un miembro importante de la banda? ¿Estaba a cargo de la operación? ¿Podía haber estado en el escenario del accidente con una luz, hurgando en torno al Prius destrozado de Lacy, en busca de los móviles mientras Hugo se desangraba hasta morir? A pesar de lo inteligente que era, había cometido el estúpido error de aparcar justo delante de la tienda de Frog y dejarse grabar en vídeo. Allie había comentado en más de una ocasión que hasta los delincuentes más listos cometen estupideces.

Al final comieron frío el chow mein de pollo, pero ninguno de los dos tenía apetito. El móvil de Michael vibró a las ocho menos diez.

—Tenemos a vuestro chico —anunció Abbott con alegría.

La sangre pertenecía a un tal Zeke Foreman, un joven de veintitrés años en libertad condicional con dos condenas por asuntos de drogas en su haber. Su ADN figuraba en la base de datos del estado desde hacía cinco años, cuando lo habían detenido por primera vez. Abbott tenía tres fotos, dos de las fichas policiales y una de los archivos de la cárcel. Iba a enviárselas por email.

Michael le dijo a Abbott que le debía una, y de las grandes, y le dio las gracias.

Lacy estaba al lado de la impresora cuando salieron las tres fotos. Michael puso en pausa el segundo vídeo con una imagen nítida de las dos caras. El copiloto, incluso con la nariz ensangrentada, se parecía mucho a Zeke Foreman.

Allie Pacheco se mostró encantadísimo de pasarse por el piso de Lacy para tomar una copa a altas horas de la noche, aunque ella no se lo había propuesto en un tono precisamente romántico. Dijo que era urgente, pero no le dio más pistas. Vieron los vídeos y analizaron las fotos. Leyeron el informe de Gritt y hablaron sobre el caso hasta medianoche, y mientras tanto, se terminaron una botella de vino.

Zeke Foreman vivía con su madre cerca de la pequeña población de Milton, Florida, no muy lejos de Pensacola. El FBI vigiló su casa durante dos días, pero no vio ningún rastro de él ni de su Nissan de 1998. Su agente de la condicional dijo que le tocaba presentarse para su control mensual el día 4 de octubre y que nunca se había saltado una cita. Si lo hacía, esto podría conllevar una revocación de la condicional y su reingreso en la cárcel. Foreman hacía trabajillos y se las había apañado para no meterse en problemas durante los últimos trece meses.

Como era de esperar, el día 4 Foreman entró en la oficina de libertad condicional situada en el centro de Pensacola y saludó a su agente. Cuando este le preguntó dónde había estado, le ofreció la respuesta, muy bien ensayada, de que había conducido la camioneta de un amigo hasta Miami. «Espera aquí —le dijo el agente de la condicional—, hay un par de tipos que quieren saludarte.» Abrió la puerta, y los agentes Allie Pacheco y Doug Hahn entraron y se presentaron. El agente de la condicional salió de la sala.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Foreman, que ya se estremecía ante la súbita aparición del FBI.

Ninguno de los dos agentes se sentó.

—El lunes 22 de agosto, estabas en la reserva india de los tappacola en torno a medianoche —dijo Pacheco—. ¿Qué hacías allí?

Foreman hizo todo lo posible por mostrarse sorprendido, aunque parecía más bien a punto de desmayarse.

—No sé muy bien de qué hablan —dijo mientras se encogía de hombros y

ponía cara de bobo.

—Lo sabes perfectamente. Conducías una camioneta robada y te viste implicado en un accidente. Huiste del escenario. ¿No recuerdas nada de eso?

—Se han equivocado de hombre.

—¿No se te ocurre nada mejor? —Pacheco le dirigió un gesto con la cabeza a Hahn, y este sacó unas esposas. A continuación ordenó a Foreman —: Levanta. —Y añadió—: Estás detenido por asesinato capital.

—Tienen que estar de broma.

—Sí, claro, esto es un sketch cómico. Levanta y pon las manos a la espalda.

Lo esposaron, lo cachearon, le quitaron el móvil y lo sacaron de la oficina por una salida lateral del edificio. Lo metieron en el asiento trasero del coche y condujeron cuatro manzanas hasta las oficinas del FBI. Nadie dijo ni una palabra durante el trayecto.

En el interior de su edificio lo llevaron hasta un ascensor que se detuvo en la sexta planta. Atravesaron un laberinto de pasillos y entraron en una salita de reuniones. Les esperaba una abogada joven.

—Señor Foreman, soy Rebecca Webb, ayudante del fiscal de Estados Unidos —dijo con una sonrisa—. Haga el favor de sentarse.

—Es posible que estés aquí durante un buen rato —le anunció el agente Hahn mientras le quitaba las esposas. Luego dio un empujoncito a Foreman para que se sentara, y todos los demás hicieron lo mismo.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Foreman.

Aunque solo tenía veintitrés años, no daba la sensación de ser un crío asustado. Había tenido tiempo para recuperar la compostura y volvía a ser un tipo duro. Había vivido lo suyo, tenía el pelo largo, las facciones marcadas y toda una colección de tatuajes carcelarios baratos.

Pacheco le leyó sus derechos según la ley Miranda y le entregó un

formulario con las mismas palabras por escrito. Foreman lo leyó poco a poco y luego firmó al pie, para dejar constancia de que entendía lo que estaba pasando. No era la primera vez que vivía una situación similar.

—Te enfrentas a cargos federales por asesinato punible con la pena capital, pena de muerte, inyección letal y toda esa mandanga —dijo Pacheco.

—Bueno, ¿a quién he matado?

—A un hombre llamado Hugo Hatch, el copiloto del otro coche, pero no vamos a discutir por eso. Sabemos que estabas en la reserva aquella noche, al volante de una camioneta robada, una Dodge Ram bien grande, y también que cruzaste deliberadamente la mediana y chocaste contra un Toyota Prius. Lo sabemos con seguridad, así que esto no es objeto de discusión.

Foreman mantuvo el tipo y no traslució nada.

—Quince minutos después de huir del lugar del accidente, tú y tu colega parasteis en una tienda rural y comprasteis hielo, cerveza y alcohol —continuó Pacheco—. ¿Te suena de algo?

—No.

—Ya me lo imaginaba. —Pacheco sacó de un expediente una foto del vídeo de Frog y la deslizó por encima de la mesa hacia Foreman—. Supongo que ese no eres tú, con la nariz machacada.

Foreman la miró y negó con la cabeza.

—Creo que necesito un abogado.

—Te conseguiremos uno en un momento. Pero antes déjame explicarte que esto no es lo que podría denominarse uno de nuestros típicos interrogatorios. No estamos aquí para apretarte las tuercas sobre tu implicación, porque sabemos lo que pasó. Puedes negar todo lo que tú quieras, nos da igual. Tenemos las pruebas y estaremos encantados de verte ante un tribunal. Voy a dejar que la señora Webb te ponga al corriente de por qué estamos aquí en realidad.



Foreman se negó a mirarla.

—Tenemos un trato que proponerte, Zeke —dijo ella mientras sí le miraba con fijeza—. Y es estupendo. Sabemos que, si robaste la camioneta y por alguna razón te metiste en lo más profundo de la reserva, provocaste un accidente, huiste del escenario y dejaste a un hombre agonizando, no fue solo por el placer de la aventura. Sabemos que trabajabas para otras personas, unos delincuentes serios y sofisticados. Probablemente te pagaron un buen fajo de billetes, y luego te dijeron que te fueras de la ciudad durante una temporada. Puede que hayas hecho algún otro trabajo sucio para ellos. ¿Quién sabe? Lo único que nos interesa es el asesinato y los hombres que lo planearon. Aquí vamos detrás de maleantes más importantes, Zeke, y tú no eres más que un pringado. Un asesino, sí, pero un pez pequeño por lo que a nosotros respecta.

—¿Qué clase de trato? —preguntó mirándola.

—Un trato, literalmente, que vale por toda una vida. Hablas y sales libre. Nos cuentas todo lo que sepas, nos das nombres, nos facilitas números de teléfono, historiales, todo, y al final desestimaremos los cargos. Te meteremos en un programa de protección de testigos, te pondremos un apartamento bonito en algún sitio lejano, algo así como California, te daremos un nombre nuevo, documentación nueva, un trabajo nuevo; en resumen, una nueva vida. Tu pasado caerá en el olvido y serás libre como un pájaro. Si no, vas directo al corredor de la muerte, donde te pudrirás durante diez, quizá quince años, hasta que se agoten las apelaciones y te pinchen con la aguja.

Los hombros se le encorvaron por fin a la vez que se le descolgaba la barbilla.

—Y el trato está sobre la mesa ahora, y solo ahora —continuó Webb—. Si dices que no y sales de esta sala, no volverás a respirar como un hombre

libre.

—Creo que necesito un abogado.

—De acuerdo, la última vez que te condenaron te representó un abogado de oficio llamado Parker Logan. ¿Te acuerdas de él?

—Sí.

—¿Quedaste satisfecho con sus servicios?

—Supongo.

—Está esperando abajo. ¿Quieres hablar con él?

—Sí, claro.

Hahn salió de la sala y regresó unos minutos después con Parker Logan, un veterano del desagradecido y pesado trabajo con los menos favorecidos de Pensacola. Los que estaban en torno a la mesa se presentaron rápidamente y Logan estrechó la mano a su antiguo cliente.

—Bien, ¿qué ocurre? —dijo Logan mientras se sentaba al lado de su cliente.

—El magistrado lo ha nombrado para representar al señor Foreman — anunció Webb a la vez que sacaba unos documentos de un expediente—. Aquí está la documentación, junto con la citación judicial.

Logan cogió los documentos y empezó a leerlos.

—Parece que tienen prisa, ¿eh? —dijo tras pasar una página.

—Llegaremos a eso en un momento —respondió Webb.

Logan continuó leyendo y, cuando terminó, firmó con su nombre un formulario y se lo dio a Foreman.

—Firma aquí.

Foreman estampó su firma.

Webb sacó más papeleo y se lo entregó a Logan.

—Aquí está el acuerdo —dijo—. Los cargos quedarán precintados y permanecerán en suspenso hasta que la fiscalía ya no necesite al señor

Foreman.

—¿Protección de testigos? —preguntó Logan.

—Eso es. A partir de hoy mismo.

—Bien, bien. Tengo que hablar con mi cliente.

Webb, Pacheco y Hahn se levantaron y se dirigieron a la puerta.

—Necesito el móvil —dijo Pacheco después de pararse—. Nada de llamadas.

Eso irritó a Logan, que dudó por un instante. Luego sacó el móvil y se lo entregó.

Una hora después, Logan abrió la puerta y anunció que estaban preparados. Webb, Pacheco y Hahn volvieron a entrar en la sala y tomaron asiento.

—En primer lugar —empezó Logan, que se había quitado la chaqueta y llevaba la camisa remangada—, como abogado defensor, tengo la obligación de preguntar al menos qué pruebas tiene el gobierno contra mi cliente.

—No vamos a perder el tiempo hablando de pruebas —contestó Pacheco—, pero baste con decir que tenemos ADN de una muestra de sangre hallada cerca del escenario. Su cliente estuvo allí.

Logan se encogió de hombros como si quisiera decir «No está mal».

—Bien, entonces ¿qué pasará cuando mi cliente salga de esta habitación, suponiendo que acepte el trato? —preguntó, en cambio.

—Como sabe —repuso Webb—, de la protección de testigos se ocupa el Cuerpo de Alguaciles de Estados Unidos. Lo trasladarán desde aquí, lo sacarán de la ciudad, y de Florida, y lo reubicarán en algún lugar lejano. Un sitio agradable.

—Está preocupado por su madre y su hermana menor.

—Tendrán la opción de acompañarle. No es insólito que el programa de protección de testigos traslade a familias enteras.

—Y he de señalar que los alguaciles nunca han perdido a un solo testigo

—dijo Pacheco—, y eso que han protegido a más de cinco mil. Por lo general se enfrentan a grandes sindicatos del crimen organizado que operan a escala nacional, no local, como los tipos a los que perseguimos.

Logan fue asintiendo, sopesó sus palabras, y al final miró a su cliente.

—Como tu abogado, te recomiendo aceptar este trato.

—Pues venga —replicó Foreman mientras cogía el bolígrafo.

Webb cogió una pequeña cámara de vídeo montada sobre un trípode y enfocó a Foreman mientras Hahn le dejaba una grabadora delante en la mesa. Cuando él y su abogado terminaron de firmar el acuerdo, Pacheco le enseñó una fotografía. Luego señaló al conductor de la camioneta con matrícula falsa.

—¿Quién es este? —preguntó.

—Clyde Westbay.

—De acuerdo, dinos todo lo que sepas sobre él. Ahora estamos en el mismo bando, Zeke, o sea, que quiero la historia al completo. Todo.

—Westbay es dueño de un par de hoteles en Fort Walton Beach. Yo...

—Nombres, Zeke, ¿los nombres de los hoteles?

—El Blue Chateau y el Surfbreaker. Conseguí un trabajo allí hace un par de años, un curro a media jornada limpiando las piscinas y arreglando los jardines; me pagaban en efectivo, en negro. Veía a Westbay por allí de vez en cuando y alguien me dijo que era el dueño. Un día me pilló en el aparcamiento del Surfbreaker y me preguntó por mis antecedentes penales. Dijo que normalmente no contrataba a delincuentes, así que más me valía portarme bien. Al principio era bastante cabrón, pero luego se ablandó un poco. Me llamaba Presidiario, cosa que no me hacía mucha gracia, pero lo dejaba pasar. No es un tipo de esos a los que se les puede replicar. Los hoteles son mejores que los de la media y tenían bastante clientela. Me gustaba el trabajo porque siempre había cantidad de tías en las piscinas, la

vista estaba guay.

—No estamos aquí para hablar de chicas —dijo Pacheco—. ¿Quién más trabajaba en los hoteles? Y no me refiero a curritos como tú? ¿Quién era el director, el subdirector, tipos así?

Foreman se rascó la barba, les facilitó unos cuantos nombres e intentó acordarse de alguno más. Hahn estaba tecleando de manera compulsiva. En la oficina del FBI en Tallahassee, dos agentes observaban a Foreman en un monitor y se afanaban con sus portátiles. En cuestión de minutos averiguaron que el Blue Chateau y el Surfbreaker eran propiedad de una compañía llamada Starr S, con domicilio fiscal en Belice. Cruzando referencias comprobaron rápidamente que la empresa poseía un pequeño centro comercial en el condado de Brunswick. Una piececita del puzle que era el imperio de Dubose encajó en su lugar.

—¿Qué sabes sobre Westbay? —preguntó Pacheco.

—No gran cosa, la verdad. Después de trabajar para él unos meses, oí rumores de que tenía algún chanchullo con unos tipos que tenían un montón de terrenos y campos de golf y hasta bares y clubes de striptease, pero era todo muy secreto. No eran más que rumores, nada concreto. Aunque también es verdad que yo no era, como dice, más que un currito.

—Háblanos del 22 de agosto, del lunes aquel.

—Bueno, la víspera, Westbay me llevó aparte y me dijo que tenía un trabajillo para mí, uno que podía ser peligroso y requería la mayor discreción, dijo que sacaría cinco mil pavos en efectivo y me preguntó si estaba interesado. Le respondí que claro, ¿por qué no? Bueno, en realidad no pensé que estuviera en posición de decirle que no. Supongo que quería impresionarlo y, además, Westbay es uno de esos tíos que me despediría si se cabreaba conmigo. No es fácil encontrar trabajo con antecedentes penales, ¿saben? Bueno, pues el lunes por la tarde estaba en el Blue Chateau, y esperé

y esperé hasta el anochecer; entonces él y yo nos montamos en su camioneta y vinimos aquí, a Pensacola. Paramos en un bar al este de la ciudad y me dijo que esperara en la camioneta. Estuvo dentro media hora y, cuando salió, me dio las llaves de otra camioneta, la Dodge Ram, que también estaba aparcada delante del bar. Me fijé en que llevaba matrícula de Alabama, pero no tenía ni idea de que fuera robada. Me monté en la camioneta y lo seguí hasta el casino. Aparcamos en la parte de atrás. Se montó en mi camioneta y me explicó lo que íbamos a hacer: íbamos a provocar un accidente. Nos adentramos más en la reserva por una carretera llena de curvas y dijo que era allí donde iba a tener lugar. Había de chocar contra un pequeño Toyota, bajarme, y él estaría allí para recogerme. He de reconocer que en ese momento sentí deseos de largarme y dejarlo todo, pero no tenía adónde ir. Volvimos al casino y él se montó en su camioneta. Regresamos al interior de la reserva, al mismo tramo de carretera, y esperamos un buen rato en un bosque. Él estaba dando vueltas alrededor de mi camioneta, bastante nervioso, mientras hablaba por teléfono. Al final, dijo que nos pusiéramos en marcha. Me dio un casco de moto negro y unos guantes y rodilleras con protección, como los que llevan los que hacen motocross. Vimos unas luces a lo lejos que venían en nuestra dirección y dijo que ese era el coche. Tenía que tomar tanta velocidad como fuera posible y luego cruzar la mediana. La camioneta pesaba el doble que el coche y me aseguró que no me pasaría nada. Yo estaba bastante asustado, la verdad. No creo que el coche fuera muy rápido. Me puse a unos setenta y cinco por hora y en el último instante crucé la mediana. El airbag me pegó un golpe de la hostia, me dejó atontado un par de segundos y, para cuando me bajé de la camioneta, Westbay ya estaba allí. Me quité el casco, los guantes y las rodilleras y se los di. Se fijó en que me sangraba la nariz y echó un vistazo al airbag de la camioneta para ver si había sangre. No encontró nada. No tenía la nariz rota y al principio no me

sangraba tanto, pero luego empezó a salirme a borbotones. Anduvimos alrededor del coche. La chica, la que conducía, intentaba moverse y hablar, pero estaba mal. El tipo negro estaba empotrado en el parabrisas y hecho polvo de verdad. Había cantidad de sangre.

La voz se le quebró un poquito y tragó saliva con dificultad.

—Había una botella de whisky rota en la camioneta

—preguntó Pacheco—. ¿Es que estuviste bebiendo?

—No, ni una gota. Formaba parte del número, supongo.

—¿Llevaba Westbay una linterna?

—No, se había puesto un frontal de esos pequeños. Me dijo que me montara en la camioneta, en la suya, y supongo que eso hice. Pasó un par de minutos en el coche. Yo estaba un poco mareado y no me acuerdo con seguridad de gran cosa. Aquello estaba ocurriendo deprisa y yo andaba muy asustado, para ser sincero. ¿Alguna vez ha salido por su pie de un choque frontal?

—No que yo recuerde. Cuando Westbay volvió a la camioneta, ¿llevaba algo?

—¿Como qué?

—Como dos móviles y un iPad.

Negó con la cabeza.

—No, no recuerdo haber visto nada de eso. Tenía prisa. Me miró y dijo algo sobre la sangre. Llevaba un rollo de toallitas de papel en la camioneta y arrancó unas cuantas. Me limpié la nariz.

—Tenemos una muestra de las toallitas de papel, con la sangre —dijo Pacheco mientras miraba a Logan.

—Ya está hablando, ¿no? —replicó Logan.

—¿Te hiciste alguna otra herida? —inquirió Pacheco.

—Me di un golpe en la rodilla y me dolía de la leche, pero nada más.

—Así pues ¿os fuisteis de allí?

—Supongo. Westbay atajó por en medio del campo, cosa bastante complicada porque llevaba las luces apagadas. Yo no tenía ni idea de adónde íbamos. Creo que seguía nervioso después de haber visto al tipo negro cubierto de sangre. Recuerdo haber pensado que aquello valía mucho más de cinco mil pavos. Sea como sea, llegamos a un camino de grava y allí encendió los faros. Cuando salimos a una carretera asfaltada, aceleró y dejamos atrás la reserva. En un momento dado, le pregunté: «¿Quién era esa gente?». Y me respondió: «¿De qué gente hablas?». Así que cerré el pico. Dijo que necesitábamos hielo para ponérmelo en la nariz, paró en una tienda que estaba abierta a esas horas de la noche. Supongo que de ahí han sacado la foto.

—¿Y después de salir de la tienda?

—Volvimos al Blue Chateau de Fort Walton. Me alojó en una habitación para que pasara la noche, me dio una camiseta limpia y me avisó de que me pusiera hielo en la cara. Dijo que, si alguien preguntaba, tenía que decir que me había metido en una pelea. Eso es lo que le conté a mi madre.

—¿Y te pagó?

—Sí, al día siguiente; me dio el dinero y me advirtió que tuviera la boca cerrada. Dijo que, si alguien llegaba a descubrirlo, me acusarían de haber huido del lugar del accidente y probablemente de algo peor. He de reconocer que estaba cagado de miedo, así que mantuve la boca cerrada. Tenía miedo de la poli, pero también de Westbay. Unas cuantas semanas después supuse que ya había pasado el peligro. Pero entonces Westbay me pilló por banda un día en el hotel y me dijo que me montara en el coche y me largase de Florida de inmediato. Me dio mil pavos y me dijo que no volviera por allí hasta que me llamara.

—¿Lo ha hecho?



—Una vez, pero no contesté. Me planteé no volver nunca, pero me preocupaba mi madre y no quería saltarme la cita con el agente de la condicional. He vuelto hoy a la ciudad medio a escondidas y tenía planeado visitar a mi madre esta noche.

Una vez establecido el relato general, Pacheco volvió al principio de la historia y fue sacándole más detalles. Diseccionó todos y cada uno de sus movimientos, y obligó al testigo a recordar hasta el último nombre. Después de cuatro horas, Foreman estaba agotado y deseoso de volver a marcharse de la ciudad. Cuando Pacheco descansó por fin, entraron dos alguaciles en la sala y se fueron con Zeke Foreman. Lo llevaron a un hotel en Gulfport, Mississippi, donde pasó la primera noche de su nueva vida.

Clyde Westbay vivía con su segunda esposa en una bonita casa protegida por verjas no lejos de la playa en el condado de Brunswick. Había cumplido cuarenta y siete años y carecía de antecedentes penales. Tenía carnet de conducir de Florida y un pasaporte válido de Estados Unidos, y nunca se había registrado para votar, por lo menos en Florida. Según los registros estatales de empleo del estado, era director del hotel Surfbreaker en Fort Walton Beach. Llevaba dos móviles y usaba dos líneas fijas, una en su despacho y otra en casa. Tres horas después de que Zeke se marchara de Florida, los agentes del FBI ya tenían pinchados sus cuatro teléfonos.

El correo matinal incluía tres gruesos paquetes con remite del bufete de Edgar Killebrew. Lacy los abrió a regañadientes y encontró la carta de presentación. Con su típico estilo seco y arrogante, explicaba que la documentación «adjunta» era la respuesta de la juez McDover a las «frívolas» citaciones de Lacy. Junto con la carta había una demanda formal para que todas las alegaciones contra su cliente se desestimaran y se pusiera punto final a la investigación. En caso contrario, exigía «una vista inmediata y confidencial ante la Comisión de Conducta Judicial en pleno».

Lacy había reclamado todas las actas de su cliente, tanto oficiales como personales, relativas a diez juicios específicos. Cuando empezaba a revisar el legajo, se dio cuenta de que no se aportaba nada nuevo. Killebrew y sus asociados se habían limitado a copiar los archivos judiciales y a amontonarlos de cualquier manera. Había algún que otro memorando dictado por la juez y no archivado, e incluso algunas notas manuscritas, pero nada que revelase sus pensamientos, intenciones u observaciones; nada que la implicara por haber favorecido a una parte u otra. Pero en los diez casos había fallado a favor de entidades anónimas en paraísos fiscales y en contra de los dueños de propiedades y litigantes locales.

Como era de esperar, el papeleo estaba mucho menos organizado que el material indexado por Sadelle hacía tiempo. Aun así, Lacy no tuvo otra opción que revisar todos y cada uno de los documentos y actas. Cuando terminó, puso al corriente a Geismar.

El 5 de octubre, el primer miércoles del mes, la juez McDover salió de su despacho una hora más temprano de lo habitual y fue en coche al mismo apartamento de Rabbit Run, su segunda visita desde que se había presentado la denuncia donde se le acusaba de recibir la vivienda a modo de soborno en una intriga. Aparcó el Lexus en la misma plaza, dejando sitio para otro vehículo, y entró en el apartamento. No dio la menor señal de estar nerviosa o inquieta, ni tampoco miró una sola vez atrás por encima del hombro o hacia ambos lados de la calle.

Una vez dentro, comprobó la puerta del patio y todas las ventanas. Fue a su cámara acorazada y pasó unos momentos admirando sus «bienes», piezas que llevaba coleccionando desde hacía tanto tiempo que ahora creía que se las merecía. Dinero en efectivo y diamantes en pequeñas cajas fuertes portátiles a prueba de incendios. Armarios de acero cerrados con llave y llenos de joyas, monedas raras, cálices, copas y cubertería de plata, primeras ediciones limitadas y dedicadas de novelas famosas, cristalería antigua y pequeños cuadros de artistas contemporáneos. Todo lo había adquirido con dinero del casino, blanqueado con habilidad por medio de la compra sistemática a decenas de comerciantes que en ningún momento habían sospechado que Phyllis Turban y ella estuvieran infringiendo esas odiosas leyes de declaración. La genialidad de su plan estribaba en la paciencia. Comprar bienes poco comunes y de gran calidad en pequeñas cantidades y, con el tiempo, ver cómo aumentaba su colección. Buscar a los proveedores adecuados, eludir a aquellos que hicieran preguntas o parecieran vacilar, y, cuando fuera posible, sacar los bienes del país.

Adoraba su colección, pero por primera vez en once años notó un amago de pánico. Tendría que haber enviado o trasladado de manera clandestina todo aquello a un lugar más seguro. Ahora la habían acusado. Alguien sabía

lo de sus apartamentos y las misteriosas compañías que figuraban como propietarias. Quizá Vonn Dubose tuviera hielo en las venas, pero Claudia McDover no era así. Su apetito insaciable de dinero se estaba aplacando por fin. Ya tenía suficiente. Phyllis y ella podían viajar por el mundo a todo tren y reírse de los indios. Y, lo que era más importante, podía cortar todos sus vínculos con Dubose.

Él llegó y se sirvió un vodka doble. Ella tomó un té verde mientras se sentaban a la mesa del desayuno y contemplaban el campo de golf. Las dos carteras estaban en el sofá: una llena con el botín; la otra, vacía.

—Háblame de Killebrew —dijo él después de la típica charla intrascendente.

—Los ha cargado de papeleo; a quinientos pavos la hora, por cierto. Y, por supuesto, ha exigido que se desestime todo. Está levantando una cortina de humo acerca de una vista inminente, pero cree que puede demorarla por lo menos seis meses. ¿Dónde estaremos entonces, Vonn?

—Aquí mismo, contando nuestro dinero. No va a cambiar nada, Claudia. ¿Estás preocupada?

—Claro que lo estoy. No son ningunos estúpidos. Puedo enseñarles los cheques cancelados de cuando compré los apartamentos, diez mil de entrada por cada uno cuando el valor de mercado era muy superior. Puedo enseñarles el pagaré de la hipoteca, la mayor parte de la cual sigo debiendo a un banco caribeño de lo más turbio.

—Has ido haciendo pagos a lo largo de los años. Tu acuerdo con el banco no es asunto suyo.

—Pagos muy pequeños, Vonn, muy pequeños. Y se me devolvieron por medio de otro banco con sede en un paraíso fiscal.

—Eso no podrán rastrearlo nunca, Claudia. ¿Cuántas veces lo hemos hablado?

—No lo sé, Vonn. ¿Y si dimito sin más?

—¿Dimitir?

—Piénsalo, Vonn. Puedo achacarlo a problemas de salud, filtrar a la prensa algún embuste y jubilarme. Killebrew montaría una buena y afirmarí que la CCJ ya no tiene jurisdicción. Hay muchas posibilidades de que la denuncia cayera en saco roto.

—Sea como sea, no tiene ningún futuro.

Ella respiró hondo y tomó un sorbo de té.

—¿Myers?

—Ha desaparecido.

—Ya no lo soporto más, Vonn —dijo Claudia tras apartar la taza y el platillo—. Es tu mundo, no el mío.

—Ha huido, ¿vale? Aún no lo hemos cogido, pero cada vez estamos más cerca.

Pasaron un rato sin decir nada mientras ella contaba los cadáveres y él pensaba en la pasta extra que podría embolsarse una vez jubilada la juez.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Claudia.

—Un abogado inhabilitado de Pensacola llamado Ramsey Mix. Cumplió condena durante algún tiempo en un trullo federal, salió, recogió el dinero que había escondido cuando los federales se le echaron encima, adoptó el nombre de Greg Myers y desde entonces vivía en un barco con su chavalita mexicana.

—¿Cómo lo encontrasteis?

—Eso no importa. Lo importante es que la CCJ no puede seguir adelante sin él. Se ha acabado, Claudia. Ha sido un buen susto, pero se ha acabado. Ahora ya puedes relajarte.

—Yo no estaría tan segura. He estudiado las normativas de la CCJ del derecho y del revés, y no hay ningún procedimiento definitivo que desestime

los cargos cuando la parte denunciante pierde interés.

Claudia era abogada. Él no, y no iba a discutir con ella.

—¿Estás segura de que te dejarán en paz si te jubilas?

—Como te decía, no puedo prever lo que harán. Sus procedimientos no están siempre claros. Pero, si no soy magistrada, ¿para qué iban a preocuparse?

—Quizá no lo hagan.

Ella no estaba al tanto de los dos vídeos y los frenéticos esfuerzos de Vonn por contener los daños que podían haber provocado. No estaba al tanto de Lyman Gritt y sus sospechosas actividades. Había muchas cosas que no sabía porque, en el mundo de Dubose, el conocimiento podía ser peligroso. Se podía convencer a confidentes fiables para que hablasen. Había secretos que salían a la luz. De todos modos, Claudia ya tenía bastantes preocupaciones.

Hubo otra larga pausa en la conversación. Ninguno parecía tener ganas de hablar, aunque ambos estaban dándole vueltas a las cosas sin cesar.

—Bueno, juez, la cuestión sigue siendo cómo averiguó Myers lo de los apartamentos —dijo él haciendo tintinear los cubitos de hielo—. Cualquier posible rastro de papeleo no lo habría llevado a ninguna parte. Hay demasiados cortafuegos, demasiadas empresas extranjeras regidas por leyes impenetrables. Alguien se lo contó a Myers, lo que significa, claro está, que ha habido una filtración. Fíjate en la gente que me rodea a mí y fíjate en la gente que te rodea a ti. Mis hombres son profesionales que dirigen una organización sin fisuras y llevamos en el negocio mucho tiempo sin que nunca se hayan producido filtraciones. ¿Qué me dices de ti, juez?

—Ya hemos hablado de esto.

—Y lo estamos haciendo otra vez. ¿Qué hay de Phyllis? Ella lo sabe todo. ¿Hasta qué punto es seguro su bufete?

—Phyllis es mi cómplice, Vonn. Es tan culpable como yo.

—No sugiero que haya hablado ella. Pero ¿de quién se rodea hoy en día? Sé que no tiene socios, solo lacayos, pero ¿quiénes son?

—Es una fanática de la seguridad. No guarda nada delicado en el despacho, ni tampoco en su casa. Las cosas importantes las lleva desde un despachito que nadie conoce. Es todo muy seguro.

—¿Y tu despacho?

—Ya te lo he dicho, Vonn. Tengo una secretaria a jornada completa que cambio cada dieciocho meses o así. Ni una sola de ellas ha durado dos años porque no quiero que se sientan cómodas y empiecen a meter las narices donde no deben. De vez en cuando, tengo una becaria durante un año, pero esas pobres crías no soportan la presión. Y tengo una taquígrafa judicial que lleva años conmigo y a la que le confiaría mi vida.

—JoHelen.

—JoHelen Hooper. Una chica muy dulce que hace su trabajo de maravilla, pero mantiene las distancias respecto de cualquier otra cosa relacionada con los tribunales.

—¿Y cuánto tiempo hace que es tu taquígrafa judicial?

—Siete u ocho años. Nos llevamos bien porque no dice gran cosa, me besa el culo cuando es necesario y por lo demás me deja en paz.

—¿Cómo es que confías en ella por completo?

—Porque la conozco. ¿Cómo es que tú confías tanto en tus chicos?

—¿Tiene acceso a tu despacho? —indagó, haciendo caso omiso a la pregunta de la juez.

—Nunca. Nadie lo tiene.

—Eso de la confianza absoluta no existe, juez. Y a menudo es aquel en quien más confías el que te cortará el cuello por el precio adecuado.

—Seguro que tú sabes de eso.

—Claro que sí, maldita sea. Échale un ojo, ¿de acuerdo? No confíes en

nadie.

—No confío en nadie, Vonn, y en ti menos aún.

—Así me gusta. Yo tampoco lo haría.

Consiguieron lanzar una risilla forzada a la vez ante su propia maldad. Vonn fue a por más vodka y ella siguió tomando té frío.

—Vamos a hacer lo siguiente —dijo mientras se sentaba—: Vamos a ir semana a semana; nos veremos aquí todos los miércoles a las cinco y lo repasaremos todo. Y dame un tiempo para pensar en lo de tu jubilación.

—Ah, seguro que mi plan te resultará cada vez más atractivo. Ya estás contando la pasta extra mensual.

—Es verdad, pero, como he podido ver, viene muy bien tener a un juez en el bolsillo. Me has consentido demasiado, Claudia, y no sé si podré encontrar otro juez tan fácil de corromper.

—Tengamos fe en que no.

—¿Te estás volviendo religiosa con la edad?

—Qué va. Es que estoy harta de trabajar. Hoy he tenido que quitarle un hijo a su madre. Es adicta a la meta y está hecha unos zorros, y el niño se encontraba en peligro, pero no resulta fácil. Es la tercera vez que le he arrebatado un crío a esa mujer y, después de una vista de seis horas, con toda suerte de emociones e increpaciones, he tenido que ordenar a los servicios sociales que se llevaran al niño. Entonces, cuando la madre ya se iba, anuncia ante toda la sala: «Eh, no pasa nada, vuelvo a estar embarazada».

—Qué manera tan horrible de ganarse la vida.

—Estoy harta. Robarles a los indios es mucho más divertido.

Lacy estaba en una estera de yoga, soportando el dolor que le producía poder culminar una flexión hacia delante en posición de sentada que llevaba



haciendo muchos años, aunque no lo había logrado ninguna vez desde el accidente. Con las dos piernas rectas y juntas en el suelo, casi alcanzaba a tocarse los dedos de los pies cuando el móvil de Cooley resonó sobre la mesita de centro. Como no podía vivir sin él de un tiempo a esa parte, había aprendido a despreciarlo. Aun así, se desentendió de inmediato del yoga y cogió el teléfono.

—Solo llamaba para dar señales de vida, Lacy —dijo—. No hay noticias de Myers. Aunque tampoco las esperaba; aun así, es inquietante. Los polis de Cayo Largo lo están buscando, pero hace ya demasiado que desapareció. Un banco volvió a tomar posesión de su barco hace un par de días. Acabo de hablar con el topo. Nada nuevo por ahí tampoco, solo que nuestra chica se ha reunido con Dubose hoy para la fiesta mensual del reparto de pasta.

—¿Cómo lo sabe? —dijo Lacy, pero a esas alturas aquella era ya una pregunta antigua.

—Igual algún día se lo puedes preguntar directamente, pero yo no lo sé. Mira, Lacy, si los malos logran hallar a Myers, también me encontrarán a mí. Estoy muy asustado. En los últimos días no he dejado de moverme, voy de un motel barato a otro, y estoy agotado, la verdad. Mañana voy a enviarte un paquete con otro teléfono desechable, junto con un número. Es el de un teléfono en posesión del topo. Lo cambiamos todos los meses. Si me pasa algo a mí, llama a ese número.

—No te va a pasar nada.

—Gracias, pero no tienes ni idea de lo que hablas. Myers creía que era un tipo listo.

—Es verdad, pero también firmó la denuncia con su nombre. Los malos ignoran quién eres tú.

—Ya no estoy tan seguro de eso. Sea como sea, debo colgar. Ten cuidado, Lacy.

La llamada se interrumpió y Lacy se quedó mirando aquel móvil barato, esperando algo más.

Con la temporada de otoño cada vez más cerca, el Surfbreaker estaba preparándose para la invasión anual de canadienses. El vestíbulo estaba tranquilo; la piscina y el aparcamiento, prácticamente vacíos. Clyde Westbay entró en el ascensor para subir a la tercera planta, donde iba a supervisar la reforma de unas habitaciones. Un huésped con bermudas y sandalias se metió también en el ascensor justo antes de que las puertas se cerraran y pulsó el botón de la sexta planta.

—¿Tiene unos minutos, señor Westbay? —dijo el huésped mientras el ascensor empezaba a subir.

—¿Se aloja usted aquí? —preguntó Clyde tras examinarle.

—Sí, en la suite Dolphin. Me llamo Allie Pacheco y soy del FBI.

Clyde bajó la vista hacia sus sandalias mientras Allie sacaba la placa.

—¿Qué hace el FBI en mi hotel?

—Pagar un precio muy inflado por una suite normalita. Hemos venido a hablar con usted.

El ascensor se detuvo en la tercera planta, pero Clyde no se bajó. Tampoco entró nadie. La puerta se cerró y continuaron subiendo.

—Tal vez ahora mismo esté ocupado.

—Nosotros también. Solo queremos hacerle unas cuantas preguntas, nada más.

Clyde se encogió de hombros y se bajó en la sexta planta. Siguió a Pacheco hasta el final del pasillo y le miró mientras abría la puerta de la suite Dolphin.

—¿Qué le parece mi hotel? —preguntó Clyde.

—Está bien, sin más. El servicio de habitaciones es una porquería. Esta mañana me he encontrado una cucaracha en mi ducha. Muerta.

Dentro había otros tres caballeros, todos con bermudas y sandalias, junto con una mujer joven que iba vestida como si estuviera a punto de jugar a tenis. Los hombres eran del FBI. Ella era Rebecca Webb, ayudante del fiscal de Estados Unidos.

—Bueno, la verdad es que no me gusta el cariz de esta reunión —dijo Westbay a la vez que paseaba la mirada por la espaciosa habitación—. Supongo que podría echarlos de mi hotel.

—Claro, nos iremos encantados —dijo Pacheco—, pero usted se viene con nosotros, con esposas y grilletes, cruzando el vestíbulo principal, escoltado como un preso para deleite de sus huéspedes y empleados. Igual hasta avisamos a los periodistas locales.

—¿Estoy detenido?

—Lo está, por asesinato capital.

Se quedó pálido y le flaquearon las rodillas. Buscó apoyo en el respaldo de una silla y se dejó caer en ella. El agente Hahn le tendió un botellín de agua, que bebió a grandes tragos mientras le resbalaban gotas por la barbilla. Respiró hondo y miró a los agentes a los ojos, buscando ayuda con desesperación. Un hombre inocente quizá ya habría protestado.

—Esto no puede estar ocurriendo —masculló al final.

Pero sí que estaba sucediendo, y la vida de Westbay se había ido al garete. Ahora estaba sumiéndose en una pesadilla.

—Aquí está la acusación, sellada y dictada ayer por un gran jurado federal en Tallahassee —dijo Rebecca Webb mientras le ponía unos documentos en el regazo—. Un cargo de asesinato capital, punible con la muerte. El asesinato de Hugo Hatch se realizó por encargo; así pues, las circunstancias agravantes lo convierten a usted en un asesinato capital. Además, la

camioneta robada que compró al contado cruzó una frontera estatal. No fue muy inteligente.

—Yo no lo hice —casi gimoteó—. Lo juro.

—Jure todo lo que quiera, Clyde. No va a servirle de nada —dijo Pacheco con compasión fingida.

—Quiero un abogado.

—Estupendo. Le conseguiremos uno. Pero, antes, algo de papeleo. Vamos a sentarnos a la mesa y a charlar un poco.

La mesa era pequeña y redonda, con solo dos sillas. Westbay ocupó una y Pacheco se sentó enfrente. Hahn y los otros dos agentes se quedaron detrás de Pacheco, una demostración de fuerza intimidante a pesar de las camisas de golf, las bermudas y las piernas pálidas.

—Hasta donde hemos podido determinar, no tiene antecedentes penales, ¿verdad? —dijo Pacheco.

—Cierto.

—Entonces ¿es su primera detención?

—Eso creo, sí. —Le resultaba difícil pensar. Estaba perplejo y su mirada se columpiaba de cara en cara.

Pacheco leyó poco a poco y con sequedad a Clyde sus derechos según la ley Miranda y luego le dio una hoja con el texto impreso. Él negó con la cabeza mientras lo leía y por fin su rostro recuperó un ligero color. Firmó al pie con un bolígrafo que Pacheco le alcanzó con amabilidad.

—¿Tengo derecho a hacer una llamada de teléfono? —preguntó Westbay.

—Claro, pero tiene que saber que llevamos escuchando sus llamadas desde hace tres días. Tiene por lo menos dos móviles y, si usa uno de ellos, oiremos hasta la última palabra.

—¿Que ustedes qué? —preguntó Westbay, incrédulo.

La señora Webb sacó otro fajo de documentos y lo dejó sobre la mesa.

—Aquí tiene la orden para pinchar sus teléfonos, firmada por un magistrado de Estados Unidos.

—Al parecer usa el iPhone para la mayoría de las llamadas personales —dijo Pacheco—. El Nokia lo paga el hotel y parece que lo usa para asuntos de trabajo, y para llamar a su novia, Tammy James, excamarera sexy de Hooters. Supongo que su esposa no sabe lo de la señorita Tammy.

A Clyde se le descolgó la mandíbula, pero no pudo decir palabra. ¿Acaso las revelaciones sobre Tammy eran más perturbadoras que la acusación de asesinato? Quizá, pero notaba el cerebro frito y nada tenía sentido.

Pacheco estaba disfrutando del momento.

—Y, por cierto —continuó—, tenemos una orden para pinchar asimismo el teléfono de Tammy; también se acuesta con un tal Burke y un tal Walter, aunque podría haber más. Pero más le vale olvidarse de Tammy, porque sus posibilidades de volver a tocar su cálido cuerpo son muy escasas.

De alguna parte de la garganta de Westbay brotó un ruido gutural envuelto en eructos que solo un agente fue capaz de interpretar. Cogió una papelera de plástico y dijo: «Aquí», justo cuando el acusado se daba la vuelta y empezaba a sufrir unas sonoras arcadas. La cara se le puso de color rojo sangre mientras se atragantaba, jadeaba y conseguía por fin vomitar como es debido. Todo el mundo apartó la mirada unos segundos, aunque los sonidos seguían siendo igual de repugnantes. Cuando por fin todo su desayuno estuvo en el fondo de la papelera, Westbay se limpió la boca con el dorso de la mano. Mantuvo la cabeza gacha y emitió un extraño gimoteo. Un agente le tendió una toallita húmeda, y volvió a limpiarse la boca. Al cabo, se irguió en la silla y rechinó los dientes, como si hubiera recobrado las fuerzas y estuviera listo para el pelotón de fusilamiento.

De la papelera empezó a emanar un olor pútrido. Un agente la llevó al cuarto de baño.

—Además, tenemos registros de todas las llamadas en ambos teléfonos durante los últimos dos años —dijo Hahn en tono orgulloso mientras daba un paso hacia la mesa—. Estamos rastreando los números en estos precisos instantes. Vonn Dubose está en alguna parte por ahí. Acabaremos por encontrar su número.

Dio la impresión de que Westbay dejaba de respirar. Miró con los ojos fuera de las órbitas a Pacheco, que seguía al otro lado de la mesa.

—Quiero un abogado —se las apañó para decir al final.

—¿A quién tiene en mente?

Su mente estaba paralizada en esos momentos. Cerró los ojos e intentó pensar el nombre de un abogado, cualquiera, o al menos alguno que tuviese la menor posibilidad de rescatarlo. Había un abogado inmobiliario con el que jugaba al golf; otro especializado en quiebras con el que se iba de copas; uno de divorcios que le había librado de su primera mujer; y así sucesivamente.

—De acuerdo, Gary Bullington —dijo al final.

—Llámele —respondió Pacheco mientras se encogía de hombros—. Esperemos que haga visitas a domicilio.

—No tengo su número.

—Yo sí —dijo otro de los agentes, y miró su portátil.

Recitó de corrido el número, pero a Westbay le temblaban demasiado las manos para marcar. Lo logró al tercer intento y se acercó el teléfono a la oreja. El señor Bullington estaba en una reunión, pero Westbay no pensaba darse por vencido.

—¿Pueden concederme un poco de intimidad? —preguntó mientras esperaba, mirando a Pacheco.

—¿Para qué? —repuso Pacheco—. Le vamos a escuchar de todos modos. Un juez nos ha dado permiso.

—Por favor.

—Claro. Es su hotel. En el dormitorio.

Pacheco lo acompañó hasta allí, pero se quedó con él. Fue divertido oír cómo Westbay se presentaba a Bullington cuando por fin se puso al teléfono. Si los dos se conocían, no se hizo patente. Westbay intentó explicar el apuro en que se encontraba, pero Bullington, el abogado, lo acribilló a preguntas. De espaldas a Pacheco, Westbay se esforzaba por terminar alguna frase.

—No, sí, mire, están aquí ahora mismo, el FBI, un montón de agentes, en Fort Walton, en el hotel... Sí, la acusación... federal, pero... ¿Quiere hacer el favor de escucharme? Necesito que venga al hotel de inmediato. Déjelo todo... ¿Sus honorarios? Claro, cuánto... Me está tomando el pelo... Sí, asesinato capital federal... Tengo a un agente del FBI mirándome ahora mismo, oyendo hasta la última palabra... De acuerdo... —Westbay se volvió hacia Pacheco y dijo—: El abogado dice que salga de la habitación.

—Dígale al abogado que me la suda. No voy a marcharme.

—Dice que se la suda —continuó Westbay mientras se daba la vuelta otra vez—. Mire, ¿cuánto solo por hoy, ya sabe, por venir aquí y aconsejarme antes de que me pongan la soga al cuello...? Vaya. ¿Por qué tanto...? Entiendo, entiendo. De acuerdo, pero dese prisa. —Colgó y anunció a Pacheco—: Dice que tardará una hora.

—No tenemos prisa, Clyde. De hecho, hemos cogido la suite para dos días, a un precio que se supone que es de temporada baja pero, aun así, es demasiado caro.

Volvieron a la sala, donde Hahn y los otros agentes enredaban con dos cámaras sobre trípodes.

—Bien, Clyde, esto no es un interrogatorio —empezó Pacheco—. Esperaremos a su abogado antes de comenzar con las preguntas. Pero, para ir sobre seguro, vamos a grabar todo lo que ocurra a partir de este momento. No queremos que algún abogado matón alegue más adelante que se violaron sus



derechos, ¿verdad? Mientras esperamos al señor Bullington, tenemos una grabación de vídeo que igual despierta su interés.

Westbay estaba sentado a la mesa, como Pacheco. Había un portátil entre ambos y Hahn pulsó una tecla.

—Esto es una grabación real del robo de la Dodge Ram en Foley, Alabama —le dijo Pacheco—, ya sabe, la que usted pagó en efectivo en un bar al este de Pensacola la noche del 22 de agosto, mientras el joven Zeke Foreman esperaba en su camioneta, la de las matrículas falsas de Florida. Échele un vistazo.

Los ojos de Westbay se convirtieron en finas ranuras mientras miraba la pantalla.

—¿Quién grabó el vídeo? —preguntó después de ver el vídeo por segunda vez.

Pacheco levantó las manos.

—¡Alto ahí! Usted no interroga. Nosotros tampoco. No hasta que llegue su abogado. Esto es simplemente para su información. Quizá estos vídeos le ayuden a tomar buenas decisiones a lo largo del día.

Hahn le explicó de qué iba el segundo vídeo, el de la tienda de Frog Freeman. Cuando Clyde se vio aparcando la camioneta y apeándose de ella, los hombros se le encorvaron varios centímetros. Entre el encorvamiento, los vómitos, el amago de desmayo, la palidez del rostro y la voz débil y temblorosa, Westbay se estaba convirtiendo en masilla. Allie intuyó que iba a capitular enseguida, aunque el abogado podía complicar las cosas, como tienen por costumbre.

—Qué estupidez aparcar directamente delante de la tienda y dejarse grabar —dijo Pacheco para hundir el cuchillo en la herida.

Westbay asintió, derrotado.

Hahn le puso el segundo vídeo dos veces.

—¿Ya ha visto suficiente? —preguntó luego.

Westbay asintió y se retrepó en la silla.

—Puesto que tenemos un rato por delante, hay un vídeo mucho más largo que creo que también le resultará fascinante —dijo Allie—. Tuvimos una charla con su amigo Zeke Foreman hace unos días. ¿Se acuerda de él?

—No voy a contestar ninguna pregunta.

—Claro. Pues resulta que le apretamos un poco las tuercas, la verdad es que asustamos al chaval, y empezó a cantar. Quiero decir que cantó de plano. Pon la música, Hahn.

La cara atemorizada de Zeke apareció en el portátil. Juró decir la verdad y luego lo hizo durante cincuenta y seis minutos. Clyde escuchó con atención mientras su vida se le escapaba con cada minuto que pasaba.

Para cuando llegó Gary Bullington, el FBI ya había accedido a su perfil, que no era tan impresionante. Tenía cuarenta años y era, en esencia, un buscavidas de tres al cuarto con dos vallas publicitarias a su nombre en la calle y un bufete que aspiraba a encargarse de lucrativos accidentes de tráfico, pero sobrevivía a base de gestionar indemnizaciones para trabajadores y casos de droga de medio pelo. En la valla parecía un abogado joven y bien vestido, con una cintura delgada y abundante pelo, una imagen a todas luces retocada con Photoshop por motivos publicitarios y de vanidad. En persona, lucía un traje arrugado que le tiraba en torno al vientre y llevaba despeinado el pelo entrecano y más bien ralo. Después de unas presentaciones incómodas se llevó a su cliente al dormitorio, cerró la puerta con fuerza y lo tuvo allí otra hora.

Mientras tanto, Pacheco pidió una bandeja de sándwiches al servicio de habitaciones y se planteó cargar la comida al propietario del hotel. No lo

hizo; no sacaría nada causando a Westbay más vergüenza de la que ya iba a pasar.

Cuando Westbay y Bullington volvieron a la sala, parecía que acababan de tener una acalorada discusión. Pacheco les ofreció sándwiches y plátanos. Bullington cogió uno de cada, pero su cliente no tenía apetito.

—¿Procedemos? —preguntó Pacheco.

—He aconsejado a mi cliente que no conteste ninguna pregunta —respondió Bullington con la boca llena.

—Estupendo. Pero no estamos aquí para un interrogatorio.

—Entonces ¿qué coño...?

Rebecca Webb estaba sentada en un sofá pequeño, tomando notas en un bloc.

—Estamos dispuestos a ofrecerle un acuerdo —dijo la ayudante del fiscal—. Culpable de un cargo de asesinato en primer grado. La acusación capital se desestimará más adelante, conforme avance el asunto. El asesinato en primer grado conlleva la perpetua, pero pediremos mucho menos.

—¿Cuánto menos? —preguntó Bullington.

—Empezaremos con veinte años y veremos cómo va. Existirá la posibilidad de que a su cliente se le conmute la pena de prisión por trabajo.

—¿De qué clase?

—Trabajo desde dentro. Información. Dudamos que sea necesario que se infiltre, porque su cliente ya forma parte de la banda. Tendrá que llevar un micrófono, provocar unas cuantas conversaciones, cosas así.

Westbay le lanzó una mirada de puro terror.

—En resumidas cuentas, señor Bullington —dijo Pacheco—, queremos que su cliente nos entregue a la Mafia de la Costa.

—¿Y qué obtiene a cambio?

—Quizá una pena de solo cinco años —respondió Webb—. Esa sería

nuestra recomendación, aunque, como bien sabe, la decisión final correrá a cargo del juez.

—Cinco años y luego una vida cómoda en protección de testigos —dijo Pacheco—. Eso, o los diez próximos años en el corredor de la muerte antes de la cita con el verdugo.

—No amenace a mi cliente —le advirtió Bullington con furia.

—No es una amenaza. Es una promesa. Ahora mismo es absolutamente culpable de asesinato capital, y al fiscal no le costará nada demostrarlo. El maravilloso trato que le ofrecemos incluye la posibilidad de que el señor Westbay quede libre en cinco años.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Bullington, que se terminó el sándwich de un gran bocado—. Déjenme ver esos puñeteros vídeos.

Eran casi las cuatro y media de la tarde cuando abogado y cliente volvieron a salir del dormitorio después de otra tensa reunión. Dos agentes jugaban al gin rummy en la mesa. Rebecca Webb hablaba por teléfono. Hahn descabezaba un sueño en el sofá. Pacheco le decía a la limpiadora que saliera. Habían prometido al señor Bullington que la reunión duraría toda la noche, si era necesario. No tenían ningún sitio adonde ir en esos momentos y, si no podían llegar a un acuerdo, se irían con el señor Westbay esposado y lo llevarían a Tallahassee, donde lo meterían en una celda, la primera de las muchas en las que pasaría encerrado el resto de su vida. Si salían de allí sin un acuerdo, no habría otra oportunidad.

La chaqueta de Bullington colgaba del pomo de una puerta. Llevaba unos tirantes rojos que a duras penas le sujetaban los pantalones. Se plantó en el centro de la habitación y se dirigió a los representantes del gobierno.

—Creo que he convencido a mi cliente de que el caso contra él es bastante

sólido y la probabilidad de que se alcance un veredicto de inocencia parece bastante remota. Como es normal, desea evitar tanto tiempo en la cárcel como sea posible, por no hablar del asunto de la inyección letal.

Westbay envejecía por momentos. Estaba pálido y, si ya de entrada no era muy grande, parecía haberse visto reducido a un estado casi inerte. Evitaba mirar a los ojos a casi todos los que había en la sala y su cabeza, evidentemente, se encontraba en otra parte. Los agentes lo observaban de cerca y, durante la última reunión entre abogado y cliente en el dormitorio, coincidieron en que les preocupaba. Para entrar en una habitación con Vonn Dubose provisto de un micro harían falta agallas y sangre fría, así como ser capaz de hacer un papel convincente. Westbay, que ahora parecía tan desmejorado, no les inspiraba confianza. Al principio a los agentes les había gustado el numerito del tipo duro, como se esperaban, pero les sorprendía la rapidez con la que se había venido abajo.

Bueno, uno no siempre puede elegir a sus soplones, y habían adiestrado a otros mucho más flojos.

—Y bien, ¿qué pasa ahora? —preguntó Bullington.

—Será acusado de asesinato capital junto con el resto de la banda —respondió Rebecca Webb—. Esa acusación quedará en suspenso mientras vemos hasta qué punto está dispuesto a cooperar. Si cumple con su parte, se declarará culpable de asesinato en primer grado y presionaremos todo lo posible para que le caiga una sentencia leve. Si hace alguna estupidez como huir y delatarse, bajaremos la barrera e irá a prisión de por vida.

—Eso me parecía. ¿Señor Westbay?

Clyde levantó con suavidad las manos en un gesto de rendición y soltó una risilla boba.

—¿Acaso tengo otra elección?

Nunca había estado claro, por lo menos para Clyde, si Vonn Dubose era un nombre real o un alias. Clyde no era uno de los cinco «Primos», como se apodaba a los miembros que dirigían la banda. Ninguno de los otros cuatro usaba el apellido Dubose. El hermano menor de Vonn había muerto a tiros en una venta de drogas que había salido mal en Coral Gables en 1990, y se llamaba Nash Kinney. Según las investigaciones del FBI, Nash Kinney había nacido en Luisiana en 1951 y no tenía hermanos.

Clyde reconoció que la mayor parte de lo que sabía sobre la historia de la banda procedía de retazos de conversación y era poco fiable. Los chicos no se sentaban alrededor de la mesa de póquer y charlaban sobre sus épocas de gloria. En realidad, había pasado muy poco tiempo con los Primos. De hecho, ni siquiera estaba seguro de que estuviesen emparentados de verdad. Clyde ya llevaba en nómina dos años cuando por fin conoció a los cinco.

Vonn Dubose no tenía dirección, carnet de conducir, número de la seguridad social, número de identificación fiscal, pasaporte, cuentas de banco ni tarjetas de crédito. Eso lo había verificado el FBI, que había elaborado la teoría de que el nombre era un alias creado y cuidadosamente protegido a lo largo de los años. No había registro de que dicha persona hubiera presentado nunca una declaración de renta. Según Greg Myers, Dubose se había casado y divorciado más de una vez. Sin embargo, el FBI no había hallado pruebas de licencias matrimoniales ni sentencias de divorcio.

Henry Skoley era el primer Primo al que debían desentrañar. Se hacía llamar Hank y supuestamente era sobrino de Vonn, el hijo del hermano al que

habían matado a tiros. Pero si no había ningún hermano, ¿quién demonios era Hank? La historia ya se estaba desmoronando desde el inicio.

Hank tenía en torno a cuarenta años y trabajaba para Vonn de chófer, guardaespaldas, compañero de copas, pareja de golf o lo que hiciera falta. Todo lo que Vonn quería o necesitaba estaba a nombre de Hank. Si Vonn deseaba un coche nuevo, enviaba a Hank a comprarlo en su nombre. Si Vonn quería ir a Las Vegas a correrse una juerga un fin de semana, Hank organizaba el vuelo, la limusina, las habitaciones de hotel, las prostitutas y, naturalmente, lo acompañaba para trabajarse los detalles. Y lo que era aún más importante, Hank transmitía las órdenes de Vonn a los demás. Vonn no usaba teléfono ni email, por lo menos no para su trabajo sucio.

Clyde les entregó sus dos móviles, les facilitó las contraseñas y vio cómo dos agentes empezaban a descargar sus datos. Había dos números de Hank Skoley, pero el FBI ya lo sabía.

Clyde no sabía dónde vivía Vonn en la actualidad. Se desplazaba mucho, pasaba unos meses aquí y otros allá en apartamentos nuevos que había construido por toda la península de Florida. Tampoco sabía si Dubose vivía solo.

A dos Primos, Vance y Floyd Maton, se les tenía por parientes de Dubose. Contando a Hank, ya sumaban cuatro. El quinto era Ron Skinner, un presunto sobrino de Vonn que vivía en la costa cerca de Panama City y dirigía los bares, las licorerías, las tiendas de veinticuatro horas y los clubes de striptease de la banda, establecimientos que eran esenciales en el blanqueo de dinero. Los hermanos Maton se ocupaban de los negocios inmobiliarios de la banda, en continua expansión. Hank supervisaba los hoteles, los restaurantes y los parques de atracciones. Formaban un equipo de administración estricto y disciplinado: Vonn tomaba todas las grandes decisiones y todo quedaba afianzado gracias a la pasta que sacaban de Treasure Key.

El siguiente nivel lo conformaban los gerentes, hombres como Clyde que dirigían muchos de los negocios, en apariencia legales. Eran en torno a una decena, aunque Clyde no los conocía a todos. Como él había dicho, no formaban una gran familia feliz corporativa con picnics anuales y días para llevar a los niños al trabajo. Parecía que Vonn no quisiera que cada sección supiera gran cosa sobre las otras. Diez años antes, Clyde trabajaba en un hotel en Orlando cuando se enteró de que había una oferta de empleo en Fort Walton Beach. Hizo el cambio porque le apetecía vivir cerca del océano. Un año después consiguió un trabajo de subdirector en el Blue Chateau y entró sin saberlo en el mundo criminal de la Mafia de la Costa, aunque nunca había oído hablar de ella. Conoció a Hank, le cayó muy bien y enseguida le ascendieron a director con un aumento de sueldo enorme. Cobraba mucho, muy por encima de la media del sector, y creía que era algo habitual en todo el imperio de Dubose. Compraba la lealtad. Una vez que Clyde estuvo al mando del hotel e hizo un buen trabajo, Hank le informó de que la compañía acababa de adquirir el Surfbreaker, a escasos ochocientos metros playa adelante. La compañía, una extraña empresa con sede fiscal en Belice, estaba siendo reestructurada, y Clyde dirigiría los dos hoteles en el área de Fort Walton Beach. Volvieron a doblarle el sueldo y le dieron un cinco por ciento de las acciones de Starr S, la nueva compañía. Le dieron a entender que Hank y otros socios poseían el noventa y cinco por ciento restante, pero no lo sabía con seguridad. Más adelante, descubriría que todo formaba parte de la misma conspiración.

Su carrera criminal comenzó cuando Hank llegó un día con cuarenta mil dólares en efectivo, en billetes de cien. Hank le explicó que era difícil blanquear dinero a través de los hoteles porque casi todas las transacciones se realizan con tarjetas de crédito. Sin embargo, todos los hoteles tenían bares concurridos donde muchos clientes seguían pagando en efectivo. Hank



procedió a detallarle cómo el dinero sucio se añadiría de manera sistemática a los ingresos en metálico de cada bar. Hank nunca usó el término «blanqueo de dinero», sino que optó por la vieja expresión de «amañar las cuentas». A partir de aquel día, de los recibos de caja diarios en efectivo de los bares se encargaría Clyde y nadie más. Con el tiempo aprendió a ajustar los números según el flujo de clientes en los hoteles. Incluso diseñó un método para desviar dinero sucio a través de los ingresos brutos que se producían en los mostradores de recepción. Las cuentas amañadas tenían un aspecto impoluto. Los contables de Pensacola lo felicitaron por la buena marcha del negocio, pero nunca indagaron acerca de nada sospechoso.

Clyde llevaba las cuentas en un bloc, al margen de los ordenadores, y le bastó con echar un vistazo para decirle al FBI con exactitud cuánto dinero había blanqueado a través de los hoteles y bares que dirigía a lo largo de los últimos nueve años. Calculaba que unos trescientos mil dólares anuales. Y eso era calderilla. El blanqueo de verdad se llevaba a cabo en los bares, las licorerías y los clubes de striptease.

La banda fue involucrándolo poco a poco. Después de dos años como director lo invitaron a una juerga de amigotes en Las Vegas. Voló hasta allí en jet privado con Hank y los hermanos Maton. Luego una limusina los llevó a un casino imponente donde Clyde tenía suite propia. Todos los gastos corrían a cargo de Hank: filetes para comer, vinos excelentes, prostitutas preciosas. El sábado por la noche, Hank lo invitó a una suite del ático para tomar una copa con Vonn. Solo Vonn Dubose y los Primos, y Clyde Westbay, ahora un miembro de confianza de la organización. Al día siguiente, Hank y él tomaron un café en un bar del casino, y le explicó unas cuantas reglas. Eran básicas y venían a decir: (1) haz lo que se te diga; (2) mantén la boca cerrada; (3) no confíes en nadie, salvo nosotros; (4) mantén los ojos abiertos y no olvides nunca que estás infringiendo la ley, y (5) no te

chives jamás porque hacerlo puede ser fatal para ti y tu familia. Se le exigía lealtad y, a cambio, Clyde ganaría un montón de dinero. No tuvo ningún problema con esas reglas.

Los gerentes también tenían la obligación de ir al casino por lo menos dos veces al mes. El blanqueo era sencillo. Hank le daba a Clyde entre cinco mil y diez mil dólares en efectivo para apostar, un dinero que había salido del casino, a través de Dubose, de Hank y de Clyde, y que ahora volvía al casino. A cambio del dinero, Clyde, el jugador, recibía un montón de fichas de cien dólares. Su juego preferido era el blackjack y era capaz de jugar lo bastante bien para no sufrir pérdidas. Después de adquirir, pongamos por caso, dos mil dólares en fichas, jugaba durante una hora y se tomaba un descanso. En lugar de irse con las fichas, le decía al encargado de la mesa que se las «cambiara por efectivo» y añadiera el saldo a su cuenta de la casa, una que tenía bajo un nombre ficticio. Una vez al año, transfería el saldo a una cuenta bancaria controlada por Hank. El año anterior, 2010, Clyde había sacado ciento cuarenta y siete mil dólares de dinero blanqueado del casino.

Estaba casi seguro de que los Primos y los gerentes blanqueaban dinero de esa manera por medio de fichas del casino.

Al volver la vista atrás, no recordaba el momento exacto en que decidió cruzar el límite y empezar a infringir la ley. Hacía lo que su jefe le decía que hiciera, y no parecía haber nada malo en ello. Sabía que blanquear dinero era ilegal, pero resultaba facilísimo. Era imposible que te pillaran. Coño, ni siquiera sus propios contables se enteraban de nada. Además, le pagaban mucho dinero, gastaba a espuestas y la vida le iba bien. Trabajaba para una organización criminal, claro, pero su minúsculo papel en semejante tinglado no podía tener demasiada importancia. Con el tiempo, se convirtió en su vida, su seguridad. Iba conduciendo por la costa del condado de Brunswick, se fijaba en algún rascacielos en construcción o veía anuncios de una nueva

urbanización vallada con campo de golf, y sentía una punzada de orgullo porque Vonn lo estaba petando. Si alguna vez los federales venían a husmear, seguro que irían a por los peces gordos, los Primos, y no se preocuparían de un peón como él.

Pero nadie les prestaba atención. No parecía importarle a nadie. Después de unos años, aquello se había convertido en el pan de cada día.

Por eso le sorprendió tanto que Hank le llamara para decirle que podía haber un problema. La juez McDover, a quien no conocía, estaba siendo objeto de cierta atención indeseada. Clyde vivía en otro distrito judicial y apenas le sonaba su nombre. No entendía el papel que desempeñaba ella en la organización de Dubose, pero supuso que era importante, teniendo en cuenta el nivel de alarma que había suscitado. Hank, que rara vez mencionaba a su tío, reconoció que Dubose estaba preocupado. Había que hacer algo.

Hank visitó a Clyde en su despacho del Surfbreaker y, mientras tomaban café en una mesa junto a la piscina, le informó de que Vonn necesitaba que le hiciera un favor. Vonn en persona había escogido a Clyde Westbay para un asunto sucio porque nadie sospecharía de él. En ningún momento se habló de asesinato. Tenía que ser solo intimidación, aunque de la naturaleza más violenta. Un accidente de coche, en territorio indio, a las tantas de la noche. Evidentemente, Clyde no quería hacerlo, pero le fue imposible negarse. De hecho, se las arregló para tomárselo con calma, como si formara parte de su trabajo cotidiano: por los Primos, haría lo que fuera.

Hank estuvo de acuerdo en que Zeke Foreman sería un secuaz adecuado. Hank organizó la entrega de la camioneta robada; Clyde no estaba al tanto de esos preparativos. Era típico de la banda: limitar la información para poder controlar las filtraciones. Hank le facilitó las placas de matrícula falsas de Florida para la camioneta que Clyde conduciría. La operación fue muy bien, con Hank sobre el terreno y dirigiendo el tráfico por teléfono. Clyde no

conocía la identidad del hombre que había fingido ser un informador y había atraído a Lacy y Hugo a la reserva. Segundos después de la colisión, Clyde aparcó detrás de la Dodge Ram y le dijo a Zeke que se alejara del Prius y se montara en su camioneta. Para entonces, a Zeke ya le sangraba la nariz. Clyde había revisado el airbag de la Dodge y no encontró sangre. Hugo estaba hecho polvo, empotrado contra el parabrisas roto, venga a gemir, patear y sangrar como loco. Llevaba el móvil en el bolsillo de atrás de los vaqueros. Clyde se fijó en que no se había abrochado el cinturón de seguridad, pero no habría sabido decir si el airbag del copiloto había saltado.

No, no tenía conocimiento de que nadie hubiera manipulado el cinturón de seguridad ni el airbag. No, no tocó a Hugo en absoluto salvo para quitarle el móvil. Llevaba guantes de goma y le horrorizaba estar tan cerca de un hombre que luchaba por seguir con vida y sangraba mucho. Westbay reconoció que se sintió fatal por estar allí. Pero tenía órdenes. El móvil y el iPad de Lacy estaban en la parte de atrás del suelo del coche, pero la puerta trasera de su lado había quedado bloqueada por el choque. Se las arregló para abrir la puerta detrás de Hugo y recogerlos. Ella sangraba, mascullaba e intentaba moverse.

Clyde relató esa parte sin mostrar ninguna emoción. Si sentía remordimientos, se los guardó. Lo que sí necesitó fue hacer una pausa para ir al cuarto de baño. Eran casi las seis de la tarde.

Zeke y él se fueron de allí por un camino de tierra, una ruta que Hank y él habían localizado la víspera. No, no recordaba que Zeke tirase nada por la ventanilla. Pacheco le enseñó una muestra de la toallita de papel ensangrentada. No pudo explicar por qué había aparcado delante de la tienda de Frog. Su única excusa era que no estaba seguro de que ni siquiera

estuviese abierta. Además, con esa pinta de cuchitril, ¿de veras podía tener cámaras de vigilancia? Una enorme estupidez, al volver la vista atrás. Zeke y él se tomaron una cerveza mientras salían del condado de Brunswick. Se detuvieron en un área de descanso en la Interestatal 10 y allí esperaron a Hank. Clyde le dio una bolsa de la compra con los dos móviles y el iPad. Desde allí volvieron a Fort Walton Beach y al Blue Chateau, donde el chico pasó la noche en una de las habitaciones. Al día siguiente Clyde lo llevó al médico y los rayos X revelaron que no tenían ningún hueso roto. Le dio a Zeke cinco mil dólares en efectivo y pensó que todo iba a quedar atrás. Clyde estuvo viendo las noticias toda la mañana y se quedó de piedra cuando oyó que Hugo Hatch había muerto. Más o menos una semana después, Hank pasó por el despacho, furioso y echando pestes por culpa del vídeo. Dijo que Vonn estaba hecho un basilisco y estaba removiendo tierra y cielo para contener los daños. Enviaron a Zeke lejos de la ciudad con instrucciones de que no volviera hasta nuevo aviso.

No, él, Clyde, no había hablado con Vonn desde mucho antes del accidente, y precisamente ahora no le apetecía hacerlo. Aunque Clyde había estado supervisándolo todo y durmiendo muy mal, la situación parecía haberse calmado, por lo menos hasta hoy. Ahora el mundo estaba patas arriba.

Hahn pidió más sándwiches y fruta y, cuando los subieron, Westbay y Bullington entraron otra vez en el dormitorio. Eran casi las ocho de la tarde y Westbay dijo que su esposa estaría preocupándose. La llamó y le comunicó que se estaba ocupando de un asunto inesperado.

Mientras comían, Allie Pacheco y Rebecca Webb se turnaron para hacer otra ronda de interrogatorio. Cuando por fin terminaron, casi a las diez, habían grabado en vídeo durante más de seis horas a Clyde Westbay, quien había aportado suficiente información para lanzar el ataque contra Dubose y

los Primos. Allá en Tallahassee, otro grupo de agentes lo habían visto y escuchado todo, y ya estaban tejiendo su red.

Clyde había salido del Surfbreaker como un hombre libre, libre en el sentido de que no llevaba esposas ni grilletes. Pero se había dejado el alma allá arriba en la suite Dolphin, con todo debidamente grabado en vídeo y archivado para poder atormentarlo más adelante. Disfrutaría de unos pocos días, quizá unas semanas, de libertad antes de que lo detuvieran en una redada con gran repercusión. Pánico por parte de su esposa y sus hijos; fotos en primera plana; llamadas frenéticas de familiares y amigos. Clyde, miembro de un sindicato del crimen, acusado de asesinato capital.

Mientras conducía sin rumbo por Destin, pensó de pasada en su exnovia Tammy. ¡La muy zorra! Se había acostado con media ciudad, incluido ese gusano de Walter. Quizá su mujer no llegara a enterarse nunca de aquel asunto. ¿Y cuánto debía contarle ahora? ¿Sería mejor soltárselo todo de buenas a primeras o esperar a la redada, al horror de que se lo llevaran cargado de cadenas?

¿Cómo demonios iba a saber qué hacer? Su vida se había ido al carajo.

Cuanto más conducía, más atractiva le parecía la idea de meterse un balazo en el cerebro, de abandonar la vida imponiendo él las condiciones, y no como resultado de algún cruel golpe ordenado por Dubose. O quizá mediante un buen salto desde un puente alto o un frasco de pastillas. El FBI lo tenía grabado.

Del trabajo más sucio de Vonn se encargaba un veterano matón conocido como Delgado. No estaba claro si era un nombre real o una más de las ficciones del mundo de Vonn.

La ocupación diaria de Delgado era regentar un bar, uno de los muchos antros de blanqueo y fuentes de ingresos de la compañía, pero su auténtica valía para la organización estribaba en su pluriempleo. Poseía unas asombrosas aptitudes técnicas para las armas, la mecánica y la electrónica. Delgado había llevado a Son Razko a casa de los Mace y había disparado con toda tranquilidad contra él y Eileen en el dormitorio, para luego desvanecerse sin dejar rastro. Una hora más tarde, se topó con Junior en un bar y le invitó a una copa.

Después del juicio de Junior, Delgado llevó al primer soplón, Digger Robles, a dar un paseo en barco a medianoche y lo lanzó al golfo con los tobillos encadenados. El segundo soplón, Todd Short, estuvo a cinco segundos de que le volara la cabeza el proyectil de un rifle para ciervos con el que Delgado le apuntaba. La bala le habría alcanzado en la oreja izquierda antes de que ninguno de sus oídos hubiera captado el disparo, pero otra cabeza entró en el objetivo y Todd vivió para contarlo. Luego tuvo el buen juicio de huir de la zona. Delgado estuvo a punto de atraparlo en Oklahoma.

El error definitivo de la carrera de Vonn fue escoger a Clyde Westbay, en lugar de a Delgado, para cargarse a Hugo. Eligió a un aficionado y no a un profesional. Su razonamiento había sido sólido: nadie sospecharía nunca de Clyde; no había armas de por medio; era una operación sencilla en términos

relativos y Vonn quería que Clyde ascendiera en la organización. Veía talento en él y necesitaba que su lealtad fuera más profunda. Si implicaba a Clyde en un delito más siniestro, Vonn lo tendría pillado de por vida. El factor decisivo, no obstante, que solo surgió en el último momento, había sido que Delgado sufrió un súbito cólico nefrítico, un acceso tan grave que tuvo que estar tres días hospitalizado. El dolor debilitante lo asaltó solo unas horas después de haber abierto el coche de Lacy para manipular el cinturón de seguridad y el airbag del lado del copiloto. Con Delgado temporalmente incapacitado, y puesto que la situación era urgente, Vonn dio instrucciones a Hank para que fuera a ver a Clyde y le expusiera el plan.

Delgado vivía en un mundo de cámaras de vigilancia y nunca se habría dejado grabar en la tienda de Frog.

Fuera como fuese, ahora tenía los riñones limpios y estaba otra vez en activo. Aparcó su pequeña camioneta roja de CONTROL DE PLAGAS BLANN'S en el sendero de acceso de una casita situada en un campo de golf ocho kilómetros al norte del golfo. Toda la urbanización era una comunidad vallada, pero Delgado sabía el código de entrada. La había construido una compañía de las Bahamas, propiedad de una empresa de Nevis. En algún lugar prominente de la nómina de titulares figuraba Vonn Dubose. La propietaria de esa casa en particular estaba en el juzgado, donde trabajaba. Tomaba nota de las cuestiones importantes para la juez McDover, quien le había sugerido que comprase aquella vivienda.

Delgado vestía un bonito uniforme, camisa roja y gorra a juego, y llevaba un voluminoso pulverizador como si fuera a aniquilar todos los insectos de la península de Florida. Llamó al timbre, pero sabía que no había nadie en casa. Introdujo con destreza un fino destornillador entre el pestillo y el hueco de la cerradura y giró el pomo. Con la llave adecuada no habría abierto la puerta más rápido. La cerró a su espalda y oyó la señal de advertencia de la alarma.



Unos segundos después empezó a pitar. En treinta segundos se armaría un escándalo de mil demonios. Se acercó al panel que había detrás de la puerta y pulsó con toda tranquilidad el código de cinco cifras que había obtenido hackeando la empresa de seguridad. Delgado respiró hondo y apreció el silencio absoluto. Si el código no hubiera surtido efecto, sencillamente habría salido de la casa y se habría marchado en su camioneta.

Se puso un par de guantes de goma ceñidos y comprobó que tanto la puerta delantera como la trasera estuvieran cerradas. Ahora se lo podía tomar con calma. Había dos dormitorios. El grande lo usaba a todas luces la propietaria; en el pequeño había unas literas baratas. Delgado sabía que la mujer vivía sola. Tenía cuarenta y tres años y estaba divorciada, sin hijos. Registró dos cómodas y no encontró nada más que ropa. Lo mismo en los armarios y en los dos cuartos de baño. En su atestado despachito casero encontró un ordenador de mesa y una impresora encima de unos archivadores bajos. Lenta, metódicamente, revisó todos los cajones, todos los expedientes, todos y cada uno de los documentos.

¡Había un hombre en su casa! JoHelen Hooper tocó la pantalla de su iPhone. La aplicación de seguridad del hogar la alertó de que su sistema había sido desactivado a las 9.44, dos minutos antes. Volvió a pulsar la pantalla y buscó las imágenes. La cámara oculta en el ventilador del techo de la sala de estar lo había captado cuando pasaba por allí en dirección a la parte de atrás. Un hombre blanco de unos cuarenta años, con una camisa y una gorra rojas de aspecto estúpido, haciéndose pasar por otra persona. La cámara oculta en el respiradero encima de su cama lo captó cuando entraba en su dormitorio y empezaba a registrar con cuidado sus cajones. Lo tocó todo.

Ella tragó saliva con dificultad y procuró mantener la compostura. Estaba

sentada a menos de seis metros de la juez McDover, en la sala principal del tribunal de Sterling, esperando mientras un grupo de abogados con aspecto de agobio se arracimaban delante de la tribuna del jurado e intentaban llegar a una decisión. Por suerte, no había jurado; su señoría solo estaba atendiendo peticiones.

JoHelen tenía su estenotipia sobre el soporte de trípode. Encima de su mesa había un bloc de notas, algo de papeleo y su iPhone, cuya pantalla intentaba mirar de refilón sin parecer asustada. ¡Asustada! Había un hombre en su casa revisando poco a poco su ropa interior. Ahora cerraba ese cajón y pasaba al de abajo.

Un abogado se puso a hablar y JoHelen comenzó a tomar nota. Era una vista sin importancia en un caso de pacotilla y si se perdía alguna que otra palabra siempre podía recurrir a la grabación. Le daba vueltas la cabeza y estaba aterrada, pero miró al abogado, fijó la vista en sus labios y procuró concentrarse. La aplicación grabaría todo el metraje de las cuatro cámaras ocultas en su casa, así que no se perdería nada cuando las revisase durante el almuerzo.

«Tranquila, mantén la calma, pon cara de aburrida mientras recoges sus galimatías jurídicos a doscientas palabras por minuto», se dijo. Después de ocho años como intachable taquígrafa judicial casi podía hacer su trabajo dormida. Dormir, en cambio, sería a partir de ahora otra cosa muy distinta.

Por fin había llegado su gran momento. A lo largo de la semana anterior, su señoría se había puesto en evidencia con un brusco cambio de temperamento. Aunque nunca había sido demasiado cariñosa, había prodigado a JoHelen un trato agradable y profesional, y habían disfrutado mutuamente de su compañía, pues a menudo cotilleaban y se reían de cosas que ocurrían en el tribunal. No eran amigas íntimas, porque Claudia era demasiado distante para las relaciones normales de amistad. Reservaba sus

atenciones para Phyllis Turban, una persona a la que JoHelen conocía bien, aunque solo de oídas.

Desde el día en que los funcionarios de la CCJ habían llegado para presentar la denuncia, Claudia no había sido la de siempre. Se mostraba más crispada, distante en cierto modo, como si estuviera distraída y preocupada. Por lo general, mantenía sus emociones a raya y no era propensa a los cambios de humor. Últimamente, sin embargo, y sobre todo a lo largo de los últimos días, había estado brusca y cortante con JoHelen, e incluso intentaba esquivarla, procurando a la vez disimular sus sentimientos con una sonrisa falsa y algún comentario complaciente de pasada. Durante ocho años, las dos mujeres habían pasado casi toda su jornada laboral en la misma sala. JoHelen sabía que algo había cambiado.

¿Y qué pasaba con la alarma? Era un sistema nuevo con monitores en todas las puertas y ventanas, instalado por Cooley hacía dos meses. Para puentearlo, el tipo de la camisa y la gorra rojas tenía que ser un profesional.

Hubo una breve pausa mientras el abogado buscaba un documento y JoHelen lanzó una mirada rápida al móvil. El intruso apenas era visible en su armario mientras registraba su ropero. ¿Debería llamar a la policía y que trincaran a aquel tipo? ¿Debería llamar al grupo de vigilancia vecinal? No; las llamadas dejaban rastros y, de un tiempo a esa parte, parecía que la mayoría de ellos conducían hasta JoHelen.

De pronto dos abogados empezaron a hablar al mismo tiempo, cosa que ocurría a diario en su mundo, y ella separó con destreza a ambos en el acta oficial sin saltarse una sola palabra. A título personal, lo único que podía irritarla era que tres abogados hablaran a la vez. Una simple mirada suya al estrado y la juez McDover ponía orden. A menudo se comunicaban por medio de leves movimientos de la cara o las manos, pero hoy JoHelen intentaba no mirar a su jefa.

El intruso no encontraría nada incriminatorio. No era tan estúpida como para esconder actas en un sitio donde fuera tan fácil encontrarlas. Sus archivos estaban en otra parte, guardados a buen recaudo. Pero ¿qué harían a continuación? Habían matado a un hombre para intimidar a la CCJ y obstaculizar su investigación. A todas luces, habían localizado a Greg Myers y lo habían silenciado. Ahora Cooley, su amigo, confidente, contacto y coconspirador, se estaba largando o ya lo había hecho, aterrado y al borde de una crisis nerviosa. Le aseguró a JoHelen que ella estaba a salvo, que su identidad nunca saldría a la luz, pero aquellas no eran más que palabras vacías de la semana pasada.

Su señoría suspendió la sesión durante diez minutos y JoHelen caminó con calma por el pasillo hasta su despachito, donde cerró la puerta con llave y observó, en tiempo real, al intruso. El hombre seguía en su casa y registraba ahora los cajones de la cocina, sacando con cuidado las cacerolas y dejándolas exactamente como las había encontrado. No era un ladrón y no dejaría huellas: llevaba guantes. Al final llegó a su estudio, donde se sentó y miró alrededor. Empezó a sacar expedientes de los cajones como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Aquel hombre trabajaba para Vonn Dubose. Y ahora sospechaban de ella.

Allie Pacheco se pasó a mediodía para ponerse al corriente. Se reunieron en el despacho de Geismar, en torno a una mesa de trabajo llena a rebosar de expedientes de otros casos pendientes. Allie no alardeó al hablar de su éxito con Clyde Westbay, pero saltaba a la vista que estaba orgulloso de su trabajo. Y lo mejor estaba aún por llegar.

Todas sus peticiones para pinchar teléfonos y llevar a cabo tareas de vigilancia las había aprobado un juez federal, y su equipo técnico escuchaba

decenas de teléfonos. El FBI había localizado los domicilios de Vance y Floyd Maton, Ron Skinner y Hank Skoley, cuatro de los cinco Primos. Su jefe, el señor Dubose, vivía actualmente en una casita de campo en Rosemary Beach. La noche anterior, Hank había llevado a Vonn a un restaurante de postín cerca de Panama City, donde se habían reunido con un tercer hombre, un tipo que por casualidad era supervisor del condado de Brunswick. El objetivo de la reunión no estaba claro y el FBI no estaba escuchando la conversación.

Dubose seguía desconcertándolos. Ahora estaban de acuerdo en que aquel nombre tenía que ser falso y que él había hecho un trabajo maravilloso viviendo durante treinta o cuarenta años como otra persona. En cuanto a los parentescos, el pasado era turbio. Teniendo en cuenta los caprichos morales de sus antepasados, resultaba difícil determinar qué grado de consanguinidad real existía entre los Primos. Pero eso solo tenía importancia por lo que concernía a la búsqueda de la auténtica identidad de Vonn.

Clyde les facilitó los nombres de otros siete gerentes. Hasta el momento, el FBI había identificado casi treinta bares, restaurantes, hoteles, centros comerciales, clubes de striptease, licorerías, tiendas de veinticuatro horas, complejos residenciales, urbanizaciones privadas y campos de golf presuntamente gestionados por ocho hombres, entre ellos Clyde. Todas y cada una de las entidades eran propiedad de empresas con sede en paraísos fiscales, la mayor parte de las cuales registradas en Belice, las Bahamas o las Islas Caimán.

La investigación se expandía con cada hora que pasaba. Su jefe en Jacksonville estaba destinando todos los hombres y recursos que Tallahassee pedía. Luna, el supervisor de Pacheco, lo había dejado todo para dirigir la operación. La fiscalía de Estados Unidos tenía a cuatro abogados trabajando codo con codo con el FBI.

Pacheco estaba tenso y centrado por completo en el asunto. Estaban dedicándole veinte horas al día; no parecía mostrar demasiado interés en Lacy, al menos fuera del trabajo.

—¿Te estás viendo con él? —le preguntó Geismar a Lacy mientras Pacheco se iba a toda prisa.

—Acabo de verlo.

—Ya me entiendes.

—Hemos comido juntos una vez, hemos cenado dos veces y nos hemos tomado una botella de vino a las tantas de la noche en dos ocasiones. Creo que me gusta, pero estamos yendo con mucha calma.

—¿No vas siempre así?

—Pues sí. ¿Te preocupa?

—Un poco. Está en un área gris.

—Hemos hablando del asunto. Estamos en el mismo lado de la calle, pero no en el mismo organismo. No podría salir con otra agente en esta ciudad, pero sus normas no me incluyen a mí. ¿Quieres que corte con él?

—¿Y si te digo que sí?

—Eres el jefe y acataría tus órdenes. Seguirá por aquí. No va a irse a ninguna parte.

—No te estoy pidiendo nada. Me parece bien que salgas con él, pero ten cuidado con lo que dices. Puedes estar segura de que él no nos lo cuenta todo.

—Es verdad, pero sabe mucho más que nosotros.

Durante el lento viaje de regreso en coche a casa, JoHelen sopesó sus opciones y cayó en la cuenta de que ninguna era muy atractiva. No podía largarse y desaparecer sin más. Tenía que intentar por lo menos entrar en casa y ver si faltaba algo, aunque las imágenes mostraban con claridad que el intruso se había ido sin nada suyo. Había estado dentro durante noventa y tres minutos, mucho más tiempo del necesario para el servicio mensual. Había entrado y salido sin llave, pero provisto del código de su alarma. ¿Qué le impedía volver a las dos de la madrugada para hacer otra visita a domicilio? ¿Debería quedarse en casa o marcharse? Si se iba, ¿adónde se dirigiría?

Maldijo a Cooley con una amargura que la sorprendió. Cooley y ella habían puesto en marcha esa pequeña conspiración mano a mano, cómplices en una intriga para hacer algo bueno y de paso sacar una pasta con ello, pero ahora él se había rajado. Había desaparecido, había huido antes de que Dubose pudiera echarle el guante también a él y la había dejado atrás, desprotegida, vulnerable, asustada y sin rumbo.

La verja de entrada se abrió de manera automática gracias al adhesivo magnético de aparcamiento que llevaba en el parabrisas. Sandy Gables, apartamento 58. Estacionó en el sendero de acceso a su vivienda, la miró y supo que nunca más sería igual. Había llegado el momento, ¿verdad? ¿Se quedaba? ¿Huía? ¿Se escondía? ¿Cómo iba a saberlo? En ese instante crítico, en teoría tenía un amigo que la protegería.

Cogió el bolso, se apeó del coche y fue hasta la entrada. Abrió la cerradura, pero no la puerta. En la acera de enfrente vio al señor Armstrong trajinando

en su garaje. Se acercó y le explicó que la cerradura de su casa estaba abierta y que tenía miedo. ¿Podía acompañarla? Detestaba pedírselo y lo más probable es que fuera una reacción excesiva, pero hoy en día toda precaución era poca para una chica, ¿verdad? El señor Armstrong, jubilado y aburrido, era un alma caritativa y accedió encantado. Entraron juntos y ella desconectó la alarma. Él permaneció en la sala de estar y le habló sobre el acceso de herpes que había sufrido hacía poco su esposa, mientras JoHelen se apresuraba de aquí para allá, mirando todas las habitaciones a la vez que le planteaba hasta la última pregunta concebible sobre aquella dolencia. Hurgó en los armarios, miró debajo de las camas, en las duchas, la despensa, en cualquier lugar donde pudiera esconderse una persona. Sabía que no había nadie, pero daba igual. Si por lo menos no registraba la vivienda no podría ni soñar con quedarse allí.

Le dio las gracias al señor Armstrong y le ofreció un refresco light. Él aprovechó la oportunidad de charlar y una hora después seguía allí. JoHelen no tenía prisa por quedarse sola. Cuando su vecino por fin se marchó, tomó asiento en la sala de estar e intentó serenarse. En el ático crujió una tabla y se llevó un susto de muerte. Mientras el corazón se le desbocaba y respiraba con más intensidad, aguzó el oído para detectar cualquier otro ruido. ¿Podía haber sido un paso? Pero no había más que silencio. Tomó la decisión de irse, se cambió de ropa a toda prisa y se puso unos vaqueros. ¿Qué debería llevarse? Si la estaban observando y se iba con una maleta, sus planes resultarían evidentes. Esperaría hasta el anochecer y llevaría a escondidas un bolso al coche, tal vez dos, aunque no le apetecía nada quedarse en la casa después de que se hiciera de noche. Cogió su bolso de mano más voluminoso y metió artículos de tocador y ropa interior. En una bolsa de la compra de papel metió una bolsa de deporte vacía y dos mudas de ropa. Había tiendas en la zona; siempre podía comprar lo que necesitara.



Cuando se marchaba, se despidió con la mano del señor Armstrong y se preguntó cuándo volvería.

Se dirigió al sur hacia las playas, se desvió hacia el oeste por la Autopista 98 y se dejó llevar por el tráfico de la costa, cruzando comunidades costeras y algún que otro tramo de la orilla aún indemne. Mientras conducía, intentaba observarlo todo a su espalda, pero enseguida se dio por vencida. Si ellos querían seguir sus pasos por el país, ¿cómo iba ella a impedirselo? Repostó gasolina en Destin y siguió adelante, rodeando Pensacola por carreteras secundarias. Cuando se dio cuenta de que había llegado a Alabama, giró hacia el este e hizo un largo bucle de regreso hasta la Interestatal 10. Al anochecer paró en un motel y pagó en metálico la habitación.

JoHelen no había hablado nunca con Greg Myers. Sabía cómo se llamaba, pero él no conocía nada acerca de ella. A través de Cooley, había recibido una copia de la denuncia presentada por Myers contra su jefa. Él estaba dispuesto a correr el riesgo de tirar de la manta por una tajada del pastel, aunque ninguno de los tres —Myers, Cooley, JoHelen— tenía una idea concebible de cuándo se iniciaría la demanda del denunciante que iba a tirar de la manta. Myers, como abogado y acusador, tenía que encabezar los esfuerzos legales para reclamar el dinero. Cooley, el exabogado, se encargaría de hacer de intermediario entre Myers y JoHelen y de facilitar el asunto a cambio de una generosa suma. Lo mismo ocurría en el caso de Myers. Ella se llevaría el resto. El trato estaba bien atado y en teoría tenía buena pinta.

Ahora se daba a Myers por muerto. Cooley se había venido abajo y había huido. Y JoHelen Hooper estaba escondida en un motel barato, mirando un móvil de prepago de usar y tirar con un solo número al que llamar. No había

nadie más. Eran casi las diez de la noche cuando dijo las siguientes palabras:

—Señora Stoltz, me llamo JoHelen Hooper. Cooley me dio su número. ¿Se acuerda de él?

—Sí.

—¿Y este es el teléfono que le dio?

—Sí. ¿Es la informadora?

—Pues sí. El topo, la fuente, la informadora. De hecho, Cooley dijo que a Myers le gustaba referirse a mí como el Denunciante porque se supone que voy a airear los trapos sucios en el asunto de la juez McDover. ¿Qué sabe de mí?

—Nada, ni siquiera sabía que fuera una mujer. ¿Por qué me llama?

—Porque Cooley me dio su número, dijo que usted tenía un móvil de usar y tirar, y que la llamara si las cosas se torcían y me entraba miedo. Bueno, pues tengo miedo.

—¿Dónde está Cooley?

—No lo sé. Se rajó y huyó, dijo que se iba del país antes de que Dubose lo encontrara. A Myers lo pilló, ya sabe. No tengo nadie más con quien hablar.

—Bien, hablemos. ¿De qué conoce a la juez McDover?

—Llevo ocho años trabajando de taquígrafa judicial, pero esa es otra historia para otro día. Mientras estaba hoy en el juzgado, un hombre ha entrado en mi vivienda y ha registrado hasta el último rincón. Lo sé porque tengo cámaras ocultas en casa con una aplicación que me permite vigilarla en tiempo real por medio del móvil. No se ha llevado nada porque no era un ladrón. No ha encontrado nada porque no guardo documentos delicados en mi domicilio, por razones evidentes. Cooley y yo empezamos a planear esta aventurilla hace años, y hemos sido muy cautos. Así pues, él se ocupó de la seguridad en casa, de los móviles desechables, de guardar los archivos en un lugar seguro y de muchas otras costumbres y medidas de protección.

—¿Vive allí alguien más?

—Qué va. No tengo pareja; soy una divorciada sin hijos.

—¿Tiene alguna idea de quién era el visitante?

—Ni la más remota, pero me parece que lo reconocería, aunque dudo que tenga oportunidad de hacerlo. Seguro que trabaja para Dubose y sospecho que están dándome alcance. La información que facilité a Cooley y Myers sobre Claudia solo podía proceder de un número reducido de personas. Yo estoy en la lista. Lamento lo de su amigo.

—Gracias.

—Lo digo en serio. Seguiría vivo si yo no hubiera decidido hundir a la juez.

—¿Por qué quiere hacerlo?

—Esa también es otra historia. Vamos a dejarla para más adelante. Ahora mismo necesito consejo y no tengo nadie más a quien recurrir. Estoy escondida en un motel porque no podía quedarme en casa esta noche. No estoy segura de qué haré mañana. Si no voy a trabajar, sonará la alarma. No me he cogido muchos días libres en ocho años y Claudia ya sospecha de mí. Si voy a trabajar, corro el riesgo de volver a su terreno, y eso me pone nerviosa. ¿Y si ellos, sean quienes sean, han tomado la decisión de que tienen que librarse de mí? Soy un blanco fácil en el trabajo, tanto a la ida como a la vuelta. Ya sabe lo peligrosas que son las carreteras.

—Llame para decir que está enferma, un virus estomacal muy contagioso. Le pasa a cualquiera.

JoHelen sonrió. Qué sencillo, ¿cómo no se le había ocurrido? Igual porque la cabeza le daba vueltas y no veía nada con claridad.

—Es posible, pero ¿qué hago mañana?

—Siga moviéndose.

—¿Sabe que Cooley ocultó un dispositivo de localización en el coche de

Claudia? Pagó trescientos dólares por él y le llevó cosa de un minuto instalarlo. Dijo que estaba chupado. ¿Lo sabía?

—Teníamos conocimiento de que la estaban siguiendo, sí. Lo que ignorábamos era quién y cómo lo hacía.

—A lo que voy es que resulta fácil seguir a la gente, de modo que estar de aquí para allá no es la solución. Pueden poner un micrófono en mi coche, hackearme el móvil, quién sabe qué más. Dubose tiene dinero para comprar lo que haga falta. Ahora mismo me siento muy vulnerable, señora Stoltz.

—Llámame Lacy. ¿Hay un bar en el motel?

—Eso creo.

—Quédate en el bar hasta que cierre. Si aparece un joven increíblemente atractivo con una buena tableta, llévatelo a la habitación para pasar la noche con él. Si no tienes suerte, te montas en el coche y buscas un restaurante que esté abierto toda la noche, igual uno de camioneros. Pasa allí unas cuantas horas. Si el motel tiene un recepcionista toda la noche, te quedas en el vestíbulo hasta que amanezca.

—Eso puedo hacerlo.

—Solo debes permanecer con otras personas cerca de ti.

—Gracias, Lacy.

Tal como habían acordado, Clyde se reunió con Hank Skoley en un gran solar en construcción tres kilómetros al oeste de Panama City y kilómetro y medio al norte del golfo. Unas inmensas vallas publicitarias anunciaban la inauguración de Honey Grove, una comunidad planificada con casas preciosas, comercios fantásticos, golf en abundancia, y todo a escasos minutos de la Costa Esmeralda. A lo lejos, las excavadoras arrasaban un bosque. Más cerca, unas cuadrillas de obreros colocaban aceras y desagües. Y junto a la carretera principal se construían viviendas.

Clyde aparcó su coche y tomó asiento en el SUV Mercedes de color negro de Hank. Fueron por una de las pocas calles asfaltadas, sorteando decenas de camionetas de contratistas y furgonetas aparcadas de cualquier manera en solares de tierra. Cientos de obreros se afanaban de aquí para allá. Hacia el final de la calle las viviendas estaban casi acabadas y allí había tres flamantes casas piloto que se estaban utilizando para atraer compradores. Hank aparcó en uno de los senderos de acceso y entraron. La puerta del garaje estaba abierta. La casa estaba deshabitada y sin amueblar.

—Sígueme —dijo Hank, y subieron la escalera.

Vonn Dubose les esperaba en el dormitorio principal vacío. Miraba por una ventana delantera, como si admirase el trajín de otra urbanización más construida mediante el método de la tierra quemada. Hablaron, se dieron la mano y Vonn incluso sonrió y se mostró de buen humor. Clyde llevaba más de un año sin verle, pero se dijo que no había cambiado en absoluto. Esbelto, bien bronceado, con camisa de golf y pantalones caquis, simplemente otro

jubilado rico más.

—Bueno, ¿qué te preocupa? —preguntó Vonn.

El micrófono estaba engastado en el reloj Timex que llevaba Clyde en la muñeca izquierda, que era idéntico al que había llevado durante los tres últimos años. Clyde no se había fijado nunca en los relojes de Hank y Vonn, y estaba casi seguro de que ellos no habían prestado atención al suyo. Los hombres no solían fijarse en cosas así, pero Pacheco y sus técnicos no querían correr ningún riesgo. La correa de cuero estaba tensa debido a un diminuto dispositivo vibrante en la tapa trasera del reloj. Cuando la camioneta estuviera dentro del radio de recepción, la tapa vibraría y Clyde sabría que estaban grabando.

Era una reproducción exacta de una camioneta de reparto FedEx, que avanzó hasta detenerse delante de la casa de al lado. El conductor, vestido con uniforme oficial de FedEx, se bajó y abrió el capó; tenía algún tipo de problema mecánico. En la parte trasera estaba el FBI: Allie Pacheco y tres técnicos con su equipo. Cuando estaban a menos de sesenta metros del Timex, pulsaron un botón y el reloj vibró. En el interior del dormitorio, el micro del reloj podía captar un susurro a diez metros.

La víspera, Clyde había pasado cuatro horas con Allie Pacheco y otros dos agentes ensayando su papel. Ahora había llegado su gran momento. Si les entregaba a Vonn Dubose, él, Clyde Westbay, cumpliría una condena de unos pocos años y llegaría a viejo en libertad.

—Dos cosas, Vonn —empezó Clyde—. No encuentro a Zeke Foreman. Le dije que se perdiera hace un par de semanas y me llamara cada dos días.

Hablamos unas cuantas veces y luego su teléfono se quedó en silencio. Creo que el chaval probablemente se asustó y huyó.

Vonn miró a Hank, se encogió de hombros y luego fijó la vista en Clyde.

—Eso ya lo sé —dijo.

Clyde, al que el estómago le daba tales vuelcos que el Timex casi era capaz de registrarlos, arrastró los pies.

—Mira, Vonn, todo esto es culpa mía y me responsabilizo de ello —continuó—. Fue un error estúpido por mi parte y, bueno, ¿quién sabe qué podría pasar?

—Creía haberte dicho que transmitieras mi desagrado por lo ocurrido —dijo Vonn mientras se volvía hacia Hank. Luego miró a Clyde y añadió—: Claro, fue una estupidez, pero ya está hecho; lo he superado. Parece que se han podido contener los daños. Tú ocúpate de dirigir los hoteles y ya enviaré a otros a hacer el trabajo sucio.

—Gracias, Vonn —repuso Clyde—. Hay otra cosa que quiero que sepas: estoy dispuesto a irme de la ciudad durante un año o así. Creo que sería conveniente que, ya sabes, haga un viaje y me esfume hasta que todo esto se olvide. El caso, Vonn, es que a mi mujer y a mí no nos va muy bien desde hace un tiempo y, sinceramente, es un buen momento para que me aleje de ella. No lo estamos dejando, pero le parece bien que me eche a la carretera una temporada.

—Quizá no sea una mala idea. Lo pensaré.

—Es que..., mi cara es la que aparece en el vídeo, y no sé muy bien cómo comportarme si algún poli se presenta en el despacho haciendo preguntas. Estoy bastante nervioso, Vonn. Creo que prefiero irme durante un tiempo. Tengo gente competente a mi cargo y me mantendré en contacto con ellos todas las semanas. Los hoteles seguirán yendo bien.

—Ya te he dicho que me lo pensaré.

—De acuerdo.

Clyde se encogió de hombros como si no tuviera nada más que decir. Dio un paso hacia la puerta, se detuvo y se volvió hacia Vonn. Era el momento de ganarse el Oscar.

—Mira, Vonn, tengo que decirte que me encanta mi trabajo y estoy orgulloso de formar parte de tu organización, pero, bueno, has mencionado lo del «trabajo sucio» y... —Se le empezó a quebrar la voz, las palabras sonaban flojas—. Mira, Vonn, yo no tengo madera para eso, ¿sabes a qué me refiero? No tenía ni idea de que ese tipo iba a morir. No sabía que todo estaba, bueno, ya sabes, planeado. Alguien manipuló el cinturón y el airbag, y el pobre tipo salió disparado a través del parabrisas. Deberías haberlo visto, Vonn. Tenía la cara cubierta de cortes, sangraba por todas partes y se revolvía hacia todos lados. Me miró, Vonn. Me lanzó una mirada como diciendo: «¡Por favor! ¡Por favor!». Tengo pesadillas con ella, Vonn. Lo abandoné allí sin más. No sabía lo que estaba haciendo. Alguien tendría que haberme puesto al tanto de lo que pasaba, Vonn.

—Se te encargó un trabajo —rezongó Vonn, que se acercó un paso más.

—Pero no sabía que incluía cargarse a alguien.

—Se llama intimidación, Clyde. Así se llama el juego y así manejo yo las cosas. Si no fuera por la intimidación, yo no estaría aquí y tú no estarías ganando un dineral dirigiendo mis hoteles. A veces, en este negocio hay que poner a raya a algunos tipos, y a veces no entienden nada más que la intimidación. Si no quieres hacerlo, bien. Supongo que me equivoqué contigo. Creí que tenías huevos.

—Yo también lo pensaba, pero los perdí cuando vi a ese tipo desangrándose hasta morir.

—Forma parte del negocio.

—¿Alguna vez has visto a alguien morir desangrado, Vonn?



—Sí —se enorgulleció Vonn.

—Qué pregunta tan estúpida.

—¿Algo más? —Vonn miró a Hank como si quisiera decir: «Llévatelo de aquí».

Clyde levantó las manos en un gesto de rendición y retrocedió.

—Vale, vale, pero, de verdad, quiero irme un año para alejarme de todo esto. Por favor, Vonn.

—Lo pensaré.

En la camioneta, Allie Pacheco se quitó los cascos y sonrió a los técnicos.

—Qué maravilla —masculló para sí—. «Se llama intimidación, Clyde. Así se llama el juego y así manejo yo las cosas.»

El empleado de FedEx dio de pronto con la manera de poner en marcha la camioneta. Arrancó justo cuando Clyde y Hank salían de la casa piloto. Clyde se fijó en el vehículo, pero no tenía idea de que estuviera lleno de hombres del FBI.

Hank no dijo nada mientras se abría paso a través del laberinto de las obras. El tráfico estaba bloqueado por un camión cargado de ladrillos. Delante de ellos también estaba esperando la camioneta de FedEx. Hank repiqueteó con los dedos sobre el volante.

—Me pregunto qué hacen aquí los de FedEx —comentó—. Todavía no se ha mudado nadie.

—Supongo que están en todas partes —replicó Clyde.

El Timex volvió a vibrar. Pacheco estaba cerca y le avisaba de que siguiera hablando.

—¿Qué, Hank? —preguntó—. ¿Crees que he metido la pata al comentarle a Vonn lo que le he dicho acerca de que no quería encargarme del trabajo

sucio?

—No ha sido muy inteligente. Vonn desprecia a los débiles. Habrías hecho mejor en no decir nada. Querías reunirte con él para ofrecerte a desaparecer. Eso no tenía nada de malo. Pero que vayas de cagado no le hace ninguna gracia a Vonn.

—Intentaba dejar claro que no entré en este negocio para matar a gente.

—No, es verdad. Pero a Vonn le pareció ver algo en ti. Igual que a mí. Supongo que nos equivocamos.

—¿Y qué era? ¿Qué os pareció ver?

—Un tipo al que igual le gustaba ensuciarse las manos.

—¿Es que a ti te gusta?

—¿Por qué no te callas, Clyde? Ya has dicho suficiente por un día.

«Tú también», pensó Allie mientras volvía a sonreír.

Clyde se alejó de Honey Grove y, siguiendo las instrucciones que le habían dado, volvió al hotel Surfbreaker en Fort Walton Beach. Se puso al corriente con su secretaria, hizo una llamada de teléfono y se marchó. Por medio de una puerta trasera cerca de una rampa de carga y descarga, salió del edificio y se montó en el asiento trasero de un SUV gris. En los asientos delanteros iban dos agentes del FBI.

—Bien hecho —dijo por encima del hombre el que conducía, mientras salían del Surfbreaker—. Pacheco asegura que lo has hecho de maravilla. Le has dejado en evidencia.

Clyde no contestó nada. No quería hablar ni tampoco que lo felicitaran. Se sentía como un gusano por delatar a sus colegas y sabía que la situación no iba a hacer sino empeorar. No podía siquiera imaginarse entrar algún día en una sala de tribunal abarrotada y relatar, en beneficio de un jurado, la historia del asesinato de Hugo Hatch mientras Vonn Dubose lo miraba desde la mesa de la defensa.

Se quitó el reloj y se lo entregó al agente que iba delante de él.

—Voy a echar una siesta —dijo—. Despiértenme cuando llegemos a Tallahassee.

A las nueve de la mañana del viernes, Lacy no había tenido noticias de JoHelen, que no contestaba al móvil que había usado la noche anterior. Lacy puso al tanto de ello a Geismar y ambos se mostraron preocupados. Por medio de una línea fija de la oficina, Lacy llamó a la secretaria de distrito en Sterling y, después de que la pasaran de aquí para allá, le comunicaron que la juez McDover no estaba en los juzgados esa mañana. Quizá estuviera presidiendo el tribunal en la ciudad de Eckman. Puesto que cabía la posibilidad de que JoHelen hubiera ido a trabajar, Lacy llamó a la secretaria de Eckman, donde una chica le informó por teléfono de que sí, su señoría estaba en los juzgados, pero no presidiendo. No tenía ningún caso pendiente.

Después de unos cuantos callejones sin salida más, Lacy no tuvo otra opción que sentarse a esperar. Le devolvió una llamada a Gunther y tuvieron una agradable charla. No tenía nada planeado para el fin de semana, aparte de los típicos «tratos pendientes» y dijo que igual se acercaba a cenar con ella el sábado por la noche. Lacy prometió que le volvería a llamar.

Al despertar, JoHelen se encontró un sol ya brillante y un teléfono que no cobraba vida. El móvil de usar y tirar, el último que le había dado Cooley, se había quedado sin batería, y ella se había dejado el cargador en casa. Usando su propio móvil, llamó a Claudia y le soltó en un tono bastante convincente el rollo de que tenía el estómago revuelto. La juez pareció quedar convencida y se mostró levemente comprensiva. Por suerte, no había ningún caso

programado para ese día que requiriera la presencia de un taquígrafo. No era un día libre. JoHelen tenía pendientes de preparar un montón de actas judiciales atrasadas.

Necesitaba el puñetero cargador y, para recuperarlo, iba a tener que volver a casa. Se había quedado en el bar hasta que cerró a medianoche. El único compañero de cama en potencia había sido un camionero cuarentón con una barba descuidada que le llegaba hasta la voluminosa barriga. Ella dejó que la invitara a una copa, pero no se había sentido ni remotamente tentada de ir más allá.

Se marchó del motel a las nueve y condujo hacia las playas, una hora hacia el sur y el este. Por el camino se recordó repetidas veces que debía echar un ojo al retrovisor, pero no estaba para chorradas en plan agente secreto. Aparcó en el sendero de acceso con un nudo en el estómago y se dijo que nunca más sería capaz de volver a vivir en aquella casa. Hasta el último centímetro de su espacio privado había sido palpado y examinado por un hombre con intenciones aviesas. Aunque cambiara las cerraduras y doblara las medidas de seguridad, no volvería a estar tranquila allí. El señor Armstrong retiraba unas malas hierbas cerca del porche delantero de su casa y por lo visto quería charlar un poco más. JoHelen le invitó a acercarse con una gran sonrisa.

—Tomemos algo —dijo.

Entraron juntos en la casa y el señor Armstrong se quedó en la puerta mientras ella desactivaba la alarma. JoHelen fue hasta el dormitorio, y comprobó todas las habitaciones por el camino sin dejar de hablar en ningún momento, mostrando curiosidad por el herpes de la señora Armstrong y demás. Encontró el cargador donde lo había dejado, en la repisa del cuarto de baño. Conectó el móvil y volvió a la sala de estar.

—¿Dónde estuviste anoche? —preguntó el señor Armstrong.

Él y su esposa eran tristemente célebres por su curiosidad y su poca discreción. Controlaban todo lo que pasaba en la calle y querían estar al corriente de los asuntos de todo el mundo.

—En casa de mi hermana —respondió JoHelen, que ya suponía que iba a preguntárselo.

—¿Dónde vive?

—En Pensacola.

—Pensándolo mejor, vamos a tomar un refresco con Gloria —dijo ella tras comprobar que la casa era en apariencia segura.

—Ah, estará encantada.

Se sentaron a la sombra del porche trasero de los Armstrong y tomaron unas bebidas con pajitas. Por suerte, Gloria tenía el herpes en la parte baja de la espalda, y para mostrárselo como era debido tendría que haber enseñado más piel de lo aconsejable. JoHelen se libró del examen.

—¿Tienes alguna tubería embozada? —preguntó el señor Armstrong.

—No creo. ¿Por qué?

—El fontanero ese ha venido hacia las nueve de esta mañana.

¿Fontanero? JoHelen decidió de inmediato no preocuparlos.

—Hay una fuga, pero no tenía que venir hasta el lunes —contestó.

—Era un tipo prepotente, eso seguro. Yo que tú no confiaría en él.

—¿Por qué no?

—Bueno, le he visto ir a la puerta y llamar al timbre. Luego ha empezado a enredar con la cerradura, ya sabes, hasta ha echado mano al bolsillo y ha sacado una especie de cuchilla como si quisiera forzar la entrada. Espero que no te importe, pero le he gritado y me he acercado. Le he preguntado qué demonios hacía. Se ha guardado la cuchilla o lo que fuera en el bolsillo y ha intentado fingir que no pasaba nada. Le he dicho que no estabas en casa. Ha murmurado algo acerca de que volvería luego y se ha largado a toda prisa. Yo

me buscaría otro fontanero. Te juro que tenía una pinta sospechosa.

—No se puede confiar en nadie hoy en día —comentó JoHelen, y volvió a lo del herpes, un asunto que Gloria tenía ganas de tratar en profundidad. Mientras su vecina hablaba de la dolencia, su tercer acceso en veinte años, la cabeza de JoHelen iba a toda velocidad.

—¿Le has dicho lo del exterminador de plagas que vino ayer? —preguntó de pronto Gloria a su marido.

—No, lo había olvidado. Yo estaba en el campo de golf, y Gloria jura que ayer uno de esos de control de plagas estuvo en tu casa por lo menos una hora.

JoHelen prefirió una vez más no preocuparlos y dar pie a un centenar de preguntas más.

—Ah, no es más que el nuevo, Freddie —dijo—. Tiene llave.

—Pues tarda lo suyo en entrar —comentó Gloria.

A la primera oportunidad, JoHelen se escabulló de la conversación y dijo que iba a llamar a la empresa de fontanería para presentar una queja. Se despidió de ellos y cruzó la calle. Fue directa al móvil desechable, llamó a Lacy y la puso al corriente de su situación.

El actual gran jurado federal se reunió a la una de la tarde del viernes 14 de octubre. Cuando se organizó cuatro meses antes, tenía veintitrés miembros, todos votantes registrados y residentes debidamente cualificados de los seis condados que constituían el distrito norte de Florida. La participación en el gran jurado era una tarea exigente, sobre todo para aquellos ciudadanos que no se habían presentado voluntarios. La remuneración era escasa, cuarenta dólares diarios, que apenas servía para cubrir sus gastos. Sin embargo, era un trabajo importante y a veces emocionante, en especial cuando el FBI y la fiscalía de Estados Unidos iban tras los pasos de miembros del crimen organizado.

Diecisiete miembros fueron capaces de contestar al requerimiento sin apenas antelación y, puesto que bastaba con dieciséis para tener quorum, se pusieron manos a la obra de inmediato. Con una investigación que iba adquiriendo mayor envergadura por momentos, y con la posibilidad tan poco común de acusar a hombres blancos ricos de asesinato capital, la fiscal de Estados Unidos había tomado las riendas del caso. Se llamaba Paula Galloway, la había nombrado Obama y era una fiscal veterana. Su ayudante de mayor rango era Rebecca Webb, quien para entonces sabía más sobre el caso que cualquier otra persona salvo Allie Pacheco, a quien se citó como primer testigo.

Puesto que ya habían encausado a Zeke Foreman y Clyde Westbay, los miembros del gran jurado ya estaban al tanto de los hechos que rodeaban la muerte de Hugo Hatch. Allie los recapituló rápidamente y contestó unas

cuantas preguntas de los allí presentes. La señora Galloway los sorprendió llamando a declarar como su siguiente testigo al propio conductor.

Zeke Foreman surgió de las profundidades del mundo de la protección de testigos a cargo de los federales y juró decir la verdad. No debían abordarse ni su acuerdo con la fiscalía ni su paradero. Contó su historia, y los miembros del gran jurado quedaron cautivados. Puesto que ya lo habían encausado, parecieron quedar satisfechos con su decisión y fascinados por su detallado relato de lo acontecido el 22 de agosto. Plantearon muchas preguntas y Zeke manejó bien la situación. Se mostró relajado, arrepentido y por completo verosímil. Galloway, Webb, Pacheco y los demás agentes del FBI presentes en la sala lo observaron con atención. Algún día volvería a prestar testimonio ante un tribunal contra los Primos, y los abogados de estos intentarían aniquilarlo.

El siguiente testigo fue Clyde Westbay, que parecía a gusto en presencia del mismo gran jurado federal que lo había procesado por asesinato menos de una semana antes. Clyde acababa de sobrevivir a su primera gran prueba, una charla cara a cara con el jefe en persona mientras llevaba un micrófono para sacarle afirmaciones que lo incriminaran. Durante la primera hora, Clyde habló de su papel en el accidente de coche. A lo largo de las dos horas siguientes habló de la organización de Dubose y sus funciones en ella. No sabía nada del dinero que sustraían del casino, pero cautivó a los miembros del gran jurado con sus descripciones del blanqueo de dinero en las mesas de blackjack.

Uno de los miembros del jurado, un tal señor Craft de Apalachicola, confesó que era aficionado al blackjack y dijo que pasaba mucho tiempo en Treasure Key. Le fascinó el sistema de blanqueo e hizo tantas preguntas específicas que la señora Galloway sugirió que avanzaran con el testimonio.

A media tarde, Pacheco puso la grabación de audio de la conversación que



Clyde había mantenido ocho horas antes con Vonn Dubose.

Cuando Clyde hubo terminado, después de casi cinco horas de testimonio, la señora Galloway dio instrucciones a los miembros del gran jurado sobre las leyes federales aplicables. El cruce de fronteras estatales por parte de la camioneta robada suponía que el arma homicida había estado involucrada en una transacción de comercio interestatal. El pago a Zeke de cinco mil dólares por su papel ubicaba claramente el delito en la categoría de asesinato por contrato; así pues, era un crimen capital. Y el hecho de que se tratara de una banda criminal organizada y que uno o más miembros de ella hubieran cometido un crimen que beneficiaba a la organización conllevaba que todos los miembros de la banda podían ser perseguidos.

Eran casi las ocho de la tarde cuando el gran jurado votó unánimemente a favor de encausar a Vonn Dubose, Hank Skoley, Floyd Maton, Vance Maton y Ron Skinner por el asesinato capital de Hugo Hatch, y por la agresión con agravantes a Lacy Stoltz. Clyde Westbay fue añadido a la lista de acusados, pero más adelante se le eximiría. Su acuerdo con la fiscalía por asesinato en primer grado prevalecería sobre la acusación de crimen capital. Era crucial que Dubose y los demás pensaran que Clyde era otro coacusado y que seguía formando parte del equipo. Mucho más adelante se enterarían de su acuerdo con el gobierno.

Lacy estaba en la cocina, añadiendo el ingrediente final, los mejillones frescos, a su versión del *cioppino*, un guiso italiano de pescado que incluía vieiras, almejas, gambas y bacalao. La mesa estaba puesta, las velas encendidas y el Sancerre puesto en hielo. Allie llamó en cuanto salió del edificio federal, que se encontraba a diez minutos de allí. Ella salió a recibirlo a la puerta con un beso apropiado pero afectuoso. Seguían besándose; pero

nada más, por lo menos en el sentido físico. Sin duda se estaban tomando la medida el uno al otro y preguntándose qué les depararía el futuro. Lacy no estaba preparada ni física ni emocionalmente para dar el siguiente paso, y Allie no la presionaba en absoluto. Parecía adorarla y estar dispuesto a esperar.

Lacy le sirvió vino mientras él se quitaba la chaqueta y la corbata. Las jornadas de dieciocho y veinte horas empezaban a acumularse y estaba agotado. Aunque los procesos con un gran jurado se llevaban con sumo secreto, Allie sabía que podía confiar en Lacy. Después de todo, estaban en el mismo bando y ella entendía la confidencialidad.

Los cargos ya estaban formulados, y aunque de momento seguían siendo confidenciales, no tardarían en hacerse públicos en cuanto el FBI acorralara a la banda. No sabía exactamente en qué momento se producirían las detenciones, pero eran inminentes.

Paula Galloway y el FBI habían adoptado la estrategia de llevar a cabo dos encausamientos. El primero era el más urgente e importante, y también el más sencillo. Con el testimonio de Zeke Foreman y Clyde Westbay, el caso por asesinato estaba claro y las pruebas parecían demostrarlo más allá de cualquier duda razonable. Suponiendo que Dubose y sus chicos no tuvieran ni idea de lo que se les venía encima, los detendrían en cuestión de días y luego los encerrarían sin posibilidad de salir bajo fianza. Al mismo tiempo, el FBI registraría sus casas y despachos, junto con los de Claudia McDover, Phyllis Turban, el jefe Cappel, Billy Cappel y los abogados de Biloxi que llevaban veinte años representando a Dubose. Todos los negocios que se habían identificado hasta el momento como parte de la organización se registrarían, y muchos se cerrarían de forma temporal. Agentes con órdenes de registro se abalanzarían sobre el casino. La fiscalía de Estados Unidos intentaba convencer a un juez federal de que lo clausurase de manera

indefinida. El segundo encausamiento, por actividades relacionadas con el crimen organizado, incluiría una oleada de detenciones que se coordinaría con los registros, con McDover como cabeza de cartel, y quizá el jefe de la tribu como segunda espada.

—A Myers le gustaba llamar a esto una bomba racimo RICO contra el crimen organizado —dijo Lacy—. Eso fue lo que lo descubrió.

—Es una descripción bastante buena. Tendrá cinco centímetros de grosor. De modo que cuando Dubose esté tanteando el terreno en su celda y preguntándose cómo demonios lo han acusado de asesinato, le presentarán un regalito referente a la ley RICO contra el crimen organizado.

—Necesitará diez abogados.

—Es verdad, pero no puede contratarlos. Tendrá todas las cuentas congeladas.

—Myers, Myers... Me pregunto dónde estará. Me caía muy bien.

—Bueno, no creo que vuelvas a verlo.

—¿Llegaremos a saber qué le ocurrió?

—Lo dudo. La policía de Cayo Largo no ha encontrado nada. El rastro ya está frío y, si Dubose estaba detrás de este asunto, es probable que no lo sepamos nunca, a menos que se pueda convencer a alguno de sus matones para que confiese.

Lacy sirvió más vino. El gran jurado trabajaría el día siguiente, sábado, y el domingo si era necesario. La urgencia era evidente: una investigación prolongada con testigos arrastrados ante el gran jurado podría dar lugar a una filtración que revelara las intenciones de este. Los que trabajaban para la organización tenían medios y experiencia para desaparecer al instante. Una vez que los Primos fueran detenidos por asesinato, a sus gerentes, chicos de los recados, chóferes, guardaespaldas y correos les entrarían ganas de salir por piernas. Después de ocho días de escuchas intensivas llevadas a cabo las

veinticuatro horas del día, el FBI tenía veintinueve nombres en su lista de probables miembros de la banda.

—Así que disparáis primero y preguntáis después —comentó Lacy.

—Algo parecido. Y ten en cuenta que siempre podemos enmendar un encausamiento. Siempre podemos añadir y eliminar acusados. Es una investigación inmensa y hará falta mucho tiempo para revisarla, pero planeamos golpear con fuerza y encerrar a todos antes de que puedan manipular las pruebas. Me muero de hambre.

—¿Has almorzado?

—No. He comido una hamburguesa grasienta que he pedido y tomado en el coche.

Allie aliñó la ensalada mientras Lacy servía el *cioppino* con un cazo en dos cuencos.

—Esto es una salsa de tomate, así que creo que le puede ir mejor un tinto. ¿Tú qué opinas?

—Yo tomaría tinto.

—Bien. Abre ese Barolo de ahí.

Lacy sacó del horno una baguette untada con mantequilla y sirvió la ensalada. Se sentaron uno frente al otro y tomaron unos sorbos de vino.

—Huele delicioso —dijo él—. Gracias por esperarme.

—Lo cierto es que no quería comer sola.

—¿Sueles cocinar?

—No, normalmente no tengo necesidad. Tengo una pregunta para ti.

—Adelante.

—A estas alturas de la investigación, ¿qué papel desempeña el informador?

—¿Qué informador?

—El topo, el que estaba próximo a McDover, quien le suministraba

detalles a Cooley, que luego se los pasaba a Myers.

Allie masticó un bocado de ensalada y observó su rostro.

—Ahora mismo no es importante, pero lo necesitaremos más adelante.

—El topo es una mujer y me llamó ayer, muy asustada. Alguien forzó la entrada de su casa y registró sus cosas. Ve a McDover a diario y cree que la juez sospecha de ella.

—¿Quién es esa mujer?

—Juré no revelar su identidad, por lo menos de momento. Quizá más adelante. Ya te he dicho que está asustada y confusa, y no sabe en quién confiar.

—Con el tiempo, será un testigo importante.

—No estoy segura de que dé la cara.

—Es posible que no tenga otra opción.

—Pero no podéis obligarla a testificar.

—No, no podemos, aunque existen formas de convencerla. Este guiso está delicioso. —Allie mojó un trozo de pan en la salsa y se lo comió con los dedos.

—Me alegra que te guste. Entonces ¿mañana trabajas?

—Sí, claro. El gran jurado se reúne a las nueve. Tengo que estar allí a las ocho para lo que debería ser otra larga jornada. Y el domingo también.

—¿Siempre trabajáis así?

—No, pero rara vez tenemos casos tan importantes. Se dispara la adrenalina. Como esta mañana, cuando estaba en la parte trasera de la camioneta con tres de nuestros técnicos, a una temperatura de cuarenta y tantos grados, y escuchábamos el encuentro entre Westbay y Dubose. Algo así hace que el corazón te vaya a mil. Es un subidón, y uno de los motivos por los que me encanta este trabajo.

—¿Qué puedes contarme al respecto?

Allie paseó la mirada por la cocina como si hubiera espías cerca.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. ¿Qué ha dicho Dubose?

—Es una maravilla.

Lacy durmió el sábado hasta casi las siete, tarde para ella, y ni siquiera entonces estaba preparada para dar comienzo al día. Su perro Frankie, en cambio, ya estaba siguiendo su típica rutina de primera hora de la mañana olisqueando, resoplando y asegurándose de que ella no pudiera dormir porque él tenía que hacer sus necesidades. Por fin lo dejó salir y fue a por el café en grano. Mientras preparaba una taza, su iPhone emitió un zumbido. Allie Pacheco, las 7.02.

—Lo pasé muy bien en la cena —dijo—. ¿Qué tal has dormido?

—De maravilla. ¿Y tú?

—No, hay demasiadas cosas en marcha. Mira, anoche captamos una charla y es preocupante, por no decir otra cosa. Supongo que esa informadora que mencionaste durante la cena no será una taquígrafa de los juzgados, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Porque si es la taquígrafa de McDover, corre peligro. Tenemos pinchados muchos teléfonos ahora mismo y no sabría decirte las palabras concretas, era una especie de semicódigo estúpido, pero parece ser que el jefazo ha dado la orden.

—Sí, Allie, es la informadora. Myers se refería a ella como «el Denunciante».

—Bueno, pues van a por ella. ¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Puedes ponerte en contacto con ella?

—Lo intentaré.

—Hazlo y llámame luego.

Lacy dejó entrar a su perro y se sirvió un café. Cogió el móvil de usar y tirar y llamó al número de JoHelen.

—¿Eres Lacy? —respondió una tímida voz tras el quinto tono.

—Sí. ¿Dónde estás?

—¿Y si hay alguien escuchando? —contestó tras una larga pausa.

—Es imposible. Nadie sabe que estos móviles existen. ¿Dónde estás?

—En Panama City Beach, en un hotel barato, pagado en efectivo. Estoy mirando el océano.

—Acabo de hablar con el FBI. Uno de sus equipos de vigilancia ha captado una conversación a primera hora de esta mañana. Creen que corres peligro.

—Llevo dos días diciéndotelo.

—Quédate en tu habitación. Voy a llamar al FBI.

—¡No! No lo hagas, Lacy. Cooley me advirtió que no confiara nunca en el FBI. No les llames.

Lacy se mordió una uña y miró a Frankie, que ahora quería desayunar.

—Tienes que confiar en ellos, JoHelen. Tu vida está en peligro.

Se interrumpió la llamada. Lacy llamó dos veces, pero no obtuvo respuesta. Dio de comer rápidamente a su perro, se puso unos vaqueros y salió del apartamento. Al volante de su nuevo y reluciente Mazda descapotable, que había comprado cuatro días antes y al que aún estaba acostumbrándose, llamó a Allie y le contó lo que ocurría. Él dijo que en esos momentos estaba ocupado con el gran jurado, pero que lo mantuviera al corriente. JoHelen contestó por fin a la quinta llamada. Parecía aterrada y se negó a decir a Lacy el nombre del hotel. Lacy sabía que Panama City Beach era un tramo concurrido de la Autopista 98, con decenas de hotelitos amontonados en el lado del océano y garitos de comida rápida y tiendas de



camisetas al otro lado de la carretera.

—¿Por qué me has colgado hace un rato? —preguntó Lacy.

—No lo sé. Tengo miedo y temo que alguien nos esté escuchando.

—Estos teléfonos son seguros. Mantén la puerta cerrada y, si ves algo sospechoso, llama a recepción o a la policía. Voy de camino.

—¿Qué?

—Voy a recogerte, JoHelen. Aguanta. Llegaré en una hora o así.

Delgado tenía una habitación en la tercera planta al lado, en el West Bay Inn. Ella estaba en el Neptune. Los dos eran moteles de gama baja, medio llenos de turistas del norte que buscaban chollos después de la temporada de verano. La puerta de JoHelen daba a un estrecho pasillo de hormigón en la segunda planta, cerca de la escalera. De las barandillas colgaban toallas de playa y trajes de baño tendidos a secar. Pero JoHelen no había ido a nadar. Eso se lo habría puesto demasiado fácil.

A unos treinta y pico metros de distancia, Delgado vigilaba su puerta y su ventana. Ella había corrido las cortinas del todo, lo que le había salvado la vida. Con su rifle de francotirador, no necesitaba más que una ranura, pero de momento no la había tenido a su alcance. Así pues, esperaba pacientemente y, a medida que transcurrían las horas de la mañana del sábado, se planteó acercarse y llamar al timbre sin más. «Lo siento, señora, me he equivocado de habitación», luego abriría del todo la puerta de una patada y el asunto habría terminado en cuestión de segundos. El problema evidente era la posibilidad de que ella lanzara un breve grito o chillido, o hiciera alguna clase de ruido presa del pánico que llamara la atención; era demasiado arriesgado. Si salía de la habitación, la seguiría y esperaría una oportunidad, aunque no era optimista al respecto. Los moteles y cafés del bulevar no estaban

precisamente vacíos. Había demasiada gente por allí; no le gustaba la situación.

Esperó y se preguntó por qué se ocultaba. ¿Por qué esconderte si no tienes miedo o te sientes culpable? ¿Qué había ocurrido que la había asustado hasta el punto de huir y pagar en efectivo pequeñas habitaciones en hoteles baratos? Su casa estaba a menos de una hora de allí y era mucho más agradable que esos cuchitriles. Quizá los vecinos lo habían visto disfrazado de exterminador el jueves. Quizá el pesado de enfrente le comentó el torpe numerito del fontanero del viernes por la mañana. Ella sabía que era culpable y ahora estaba paranoica.

Delgado se preguntó si habría quedado con un hombre, alguien con quien no debía verse, pero no había ningún indicio de que tuviera relaciones sospechosas. Estaba allí sola, matando el tiempo sin más, esperando a saber qué. El sexo era probablemente lo último que tenía en la cabeza. Un paseo por la playa sería de lo más sensato. O un baño en el océano. Hacer lo mismo que todos los demás y crear oportunidades. Pero la puerta no se abría ni ella se movía lo más mínimo, al menos hasta donde Delgado atinaba a ver.

—Esto no me gusta, Lacy —dijo Pacheco—. No sabes lo que estás haciendo.

—Tranquilo.

—Deja que se ocupe la poli local. Consigue el nombre del hotel y llama a la poli.

—Ella no quiere dármelo y tampoco está dispuesta a hablar con la policía. Está aterrada y no actúa con racionalidad, Allie. Apenas habla conmigo.

—Puedo hacer que se personen dos agentes de nuestra oficina de Panama City de inmediato.

—No, el FBI le da miedo.

—Eso me parece una estupidez, teniendo en cuenta las circunstancias. ¿Cómo vas a encontrarla si no sabes dónde está?

—Espero que me lo diga cuando llegue allí.

—Vale, vale. Tengo que volver con el gran jurado. Llámame dentro de una hora.

—Así lo haré.

Se planteó llamar a Geismar para ponerlo al corriente, pero no quería estropearle el sábado. De hecho, Lacy tenía la obligación de informarle de cualquier desplazamiento que quisiera hacer, pero Geismar estaba siendo demasiado sobreprotector. Era su día libre y no le apetecía nada rendir cuentas. Y, además, ¿qué peligro había? Si encontraba a JoHelen, se la llevaría de allí y buscaría un lugar seguro.

JoHelen sabía que él estaba allí al lado, en el West Bay Inn, vigilando y esperando. Aquel tipo no era tan listo como se imaginaba. No tenía idea de que ella lo había visto en su pequeño vídeo casero, yendo de una habitación a otra, dejándose grabar a escondidas por las cámaras mientras admiraba su ropa interior y rebuscaba en sus archivos. Un hombretón, por lo menos medía un metro ochenta y cinco, con la cintura estrecha y los brazos gruesos, y una leve cojera en la pierna izquierda. Lo había visto justo antes de amanecer cruzando el aparcamiento del motel con un bolso que tenía una forma rara. Incluso sin aquel uniforme de exterminador tan mono estaba segura de que se trataba del mismo tipo.

Había llamado a Cooley, pero este no había contestado. Qué cobarde, qué lameculos, qué embustero sin agallas: se había largado y la había dejado sola. Sabía que era una pérdida de tiempo obsesionarse con su exsocio, pero estaba

resentida con él. Se había planteado llamar a Lacy, pero ella se encontraba en Tallahassee. ¿Qué podía hacer, de todos modos? Así pues, JoHelen esperaba e intentaba pensar con claridad. Tenía el número de emergencias en marcación rápida por si alguien llamaba a la puerta.

A las diez menos diez sonó el móvil desechable.

—Hola, Lacy —contestó con la mayor calma posible.

—Estoy en el bulevar. ¿Y tú?

—En un sitio que se llama motel Neptune, enfrente de un McDonald's. ¿Qué coche llevas?

—Un Mazda rojo descapotable.

—De acuerdo, te esperaré en el vestíbulo. Date prisa.

JoHelen salió con sigilo y cerró la puerta a su espalda. Caminó con paso firme, pero sin dejarse arrastrar por el pánico, y bajó la escalera hasta la primera planta. Cruzó un patio y bordeó la piscina, donde una pareja entrada en años se empapaba en protector solar. En el vestíbulo saludó al recepcionista y se situó junto al ventanal para observar el motel de al lado. Pasaron unos minutos. El recepcionista le preguntó si necesitaba algo. Claro, qué tal un rifle de asalto. «No, gracias», respondió. Cuando vio un reluciente descapotable rojo desviarse de la autopista al aparcamiento del motel, salió por una puerta lateral del vestíbulo y fue a su encuentro. Al abrir la portezuela miró de reojo hacia el West Bay Inn. El tipo corría por el pasaje lateral de la tercera planta, mirándola, pero era imposible que le diera alcance.

—Supongo que eres JoHelen Hooper —dijo Lacy mientras ella cerraba la portezuela.

—Sí. Me alegro de conocerte. Viene hacia aquí. Salgamos pitando.

Se incorporaron a la Autopista 98 y se dirigieron al este. JoHelen se volvió a observar el tráfico detrás de ellas.

—Vale, ¿quién es ese? —preguntó Lacy.

—No sé cómo se llama. No nos han presentado y la verdad es que no tengo ningunas ganas de conocerlo. Despístatelo.

Lacy dobló a la izquierda en un semáforo concurrido y luego a la derecha en el siguiente. No había señales de que nadie las estuviera siguiendo. JoHelen abrió un mapa en su iPhone y fue dándole indicaciones mientras zigzagueaban para salir de Panama City Beach y encaminarse hacia el norte, tierra adentro. El atasco fue remitiendo, al igual que el tráfico. Lacy iba a toda velocidad, sin miedo a la policía porque en esos momentos habría agradecido su presencia. Sin dejar de usar el mapa, fueron girando a derecha o izquierda en todas las carreteras del condado y autopistas estatales.

Las dos estaban atentas a la carretera que dejaban a su espalda y hablaban poco. Transcurrida una hora cruzaron bajo la Interestatal 10 y, media hora después, vieron un cartel que les daba la bienvenida a Georgia.

—¿Tienes alguna idea de adónde vamos? —preguntó JoHelen.

—A Valdosta.

—¿Quién ha escogido Valdosta?

—He supuesto que nadie esperará que vayamos allí. ¿Has estado alguna vez?

—Me parece que no. ¿Y tú?

—No.

—Se te ve muy distinta a la fotografía en ese sitio web, el de la CCJ.

—Entonces tenía pelo —repuso Lacy.

Había reducido a una velocidad razonable. En la ciudad de Bainbridge se detuvieron en un restaurante de comida rápida, fueron al servicio y decidieron comer allí y observar el tráfico. Las dos estaban convencidas de que nadie podía haberlas seguido, pero no debían relajarse. Se sentaron una al lado de la otra cerca del ventanal delantero, encorvadas sobre las hamburguesas y las

patatas, y vigilaron todos y cada uno de los coches que pasaban por la autopista.

—Tengo un millar de preguntas —dijo Lacy.

—No estoy segura de tener tantas respuestas, pero lo intentaré.

—Nombre, rango y número de serie. Lo esencial.

—Cuarenta y tres años, nacida en 1968 en Pensacola de una madre de dieciséis años que era en parte india. Una parte pequeña, que no era suficiente, por lo visto. Mi padre era un calavera que iba conquistando mujeres sobre la marcha, no llegué a conocerlo. He estado casada dos veces y ahora no tengo muy buena imagen del matrimonio. ¿Y tú, Lacy?

—Soltera, no me he casado nunca.

Las dos se morían de hambre y comieron deprisa.

—Lo de la sangre india ¿tiene algo que ver con esta historia? —preguntó Lacy.

—Desde luego que sí. Me crio mi abuela, una mujer excelente que era medio india. Su marido era un tipo sin sangre, ni india ni de ninguna otra clase, así que mi madre era una cuarta parte india. Aseguraba que mi padre era medio indio, pero no se pudo verificar porque desapareció hace mucho tiempo. Pasé años intentando localizarlo, no por razones afectivas ni sentimentales, sino puramente por dinero. Si es, o era, mitad indio, entonces yo tengo una octava parte de sangre india.

—Tappacola, ¿no?

—Claro, y una octava parte basta para quedar «registrada». Qué palabra tan horrible, ¿no crees? Se supone que hay que registrar a los criminales o los delincuentes sexuales, pero no a la gente real con sangre mestiza. Me enfrenté a la tribu por causa de mi herencia, pero sencillamente no tenía pruebas suficientes. Y, debido a algún antepasado de mi patrimonio genético, tengo los ojos de color avellana y el pelo tirando a rubio, así que no encajo en el

estereotipo. Sea como sea, los que estaban a cargo de la clasificación racial acabaron por fallar en mi contra y rechazaron mi ingreso en la tribu. Aunque también es cierto que nunca fui parte de la misma.

—Te quedaste sin dividendos.

—Me quedé sin dividendos. Hay quien tiene una línea de parentesco por consanguinidad más diluida y, sin embargo, pasó el corte y vive a expensas del casino, pero a mí me jodieron a base de bien.

—No he conocido a muchos tappacola, pero desde luego no tienes aspecto de serlo.

JoHelen era tres o cuatro centímetros más alta que Lacy, delgada y con buen tipo bajo los vaqueros y la blusa ceñidos. Sus grandes ojos de color avellana brillaban incluso estando preocupada. No tenía arrugas en el rostro ni ninguna otra señal de envejecimiento. No llevaba maquillaje ni tampoco lo necesitaba.

—Gracias, supongo. Mi aspecto no me ha traído más que problemas.

Lacy guardó el último bocado de hamburguesa con queso en la bolsa.

—Vámonos de aquí —dijo.

Condujo hacia el este por la Autopista 84. Con un ojo en la carretera a su espalda y sin demasiado tráfico del que preocuparse, se ciñó a los límites de velocidad. Y escuchó.

Como era de esperar, Cooley no era su auténtico nombre, y JoHelen no se lo reveló. Lo había conocido hacía casi veinte años, cuando su primer matrimonio se acabó. Tenía un pequeño bufete en Destin y una reputación decente como abogado especializado en divorcios. Su primer marido era un bebedor empedernido y la maltrataba físicamente, y JoHelen se convirtió en una gran admiradora de Cooley cuando él la protegió durante un altercado en

su despacho. Había quedado allí con él para hablar de unos asuntos cuando irrumpió su marido, borracho y con ganas de bronca. Cooley sacó un arma y se libró de él. El divorcio fue a las mil maravillas y su esposo desapareció. No mucho tiempo después, Cooley, que también se había divorciado, la llamó para ver qué tal le iba. Salieron de forma esporádica durante varios años, sin que ninguno de los dos estuviera dispuesto a comprometerse. Él se casó con otra, lo que fue una metedura de pata, y ella cometió el mismo error. Cooley se ocupó de su segundo divorcio y reanudaron el juegucito de las citas.

Era un buen abogado que habría podido ser mucho mejor si se hubiera mantenido alejado del lado oscuro. Le encantaba ocuparse de divorcios sórdidos y de casos criminales relacionados con camellos y moteros. Frecuentaba a tipos turbios que dirigían clubes de striptease y bares por toda la península. Era inevitable que su camino acabara por cruzarse con el de Vonn Dubose. No llegaron a hacer negocios y Cooley le había dicho a ella en más de una ocasión que, aunque no conocía a Dubose, envidiaba su organización. Quince años antes, Cooley había oído el rumor de que la Mafia de la Costa tenía tratos con los indios y su proyecto de casino. Él quería participar en aquel negocio, pero todo se fue al traste cuando los federales lo trincaron por evasión de impuestos. Perdió la licencia y fue a la cárcel, y allí conoció a un tal Ramsey Mix, otro abogado caído en desgracia y su futuro cómplice.

Ella no sabía el nombre de Greg Myers hasta que lo vio en la denuncia presentada contra Claudia McDover. Cooley y JoHelen estaban demasiado asustados para firmar una denuncia y acusar a la jefa de ella de mala praxis. Fue idea de él buscar a una tercera persona que lo hiciera, alguien que corriese el riesgo a cambio de una buena tajada.

JoHelen sentía curiosidad por la figura de Myers, así que Lacy le contó sus



historias: su primer encuentro en su embarcación en el puerto deportivo de Saint Augustine; su amiguita mexicana, Carlita; su segundo encuentro en el mismo lugar; la tercera vez, cuando almorzaron en Mexico Beach; la visita por sorpresa a su apartamento después de que Lacy sufriera el accidente; su desaparición en Cayo Largo, y el rescate de Carlita. Según su contacto en el FBI, la investigación de su desaparición no estaba llegando a ninguna parte.

Lacy quería saber de quién estaban huyendo, quién era el que estaba allí en el motel vigilándola. JoHelen no sabía su nombre, pero lo había grabado en vídeo. Lacy se detuvo en un comercio rural cerca de la población de Cairo y vio en el iPhone de JoHelen parte del vídeo de un hombre que registraba minuciosamente el apartamento de la taquígrafa. JoHelen le explicó que Cooley era un genio de la electrónica y los aparatitos, y que él mismo había instalado las cámaras. También fue él quien colocó un GPS en el interior del parachoques trasero del Lexus de Claudia y quien, asimismo, alquiló un apartamento en la acera de enfrente y tomó fotografías y vídeos de ella y Vonn yendo y viniendo el primer miércoles de cada mes.

¿Qué había pasado con Cooley? JoHelen no lo sabía con seguridad, pero estaba furiosa. Toda la operación había sido idea de él. Sabía lo suficiente sobre Vonn Dubose y el casino. Cooley y JoHelen habían intimado a temporadas durante muchos años, y él se aprovechó del rencor que ella guardaba a la tribu. La convenció para que entrase a trabajar como taquígrafa judicial de McDover cuando esta despidió a la anterior hacía ocho años. Una vez que ocupó el puesto de funcionaria estatal, vieron un camino claro para lograr resarcirse bajo la ley de protección del denunciante. Él conocía la ley y ahondó en los casos, las actas y las sentencias hasta llegar al convencimiento de que Vonn tenía a McDover en el bolsillo. Estudió el desarrollo urbanístico del condado de Brunswick e intentó rastrear el laberinto de empresas en paraísos fiscales que había en funcionamiento. Reclutó a Greg Myers para

que encabezara el ataque. Fue lo bastante listo para ocultar a Myers la identidad de JoHelen. Había estado urdiendo la trama durante años, elaborando de manera metódica su gran plan, y hubo ocasiones en que parecía brillante de veras.

Ahora Hugo Hatch había muerto y Myers estaba desaparecido, si es que no había muerto también. Cooley había desertado y la había dejado sola. A pesar de lo mucho que detestaba a Claudia McDover, se había arrepentido un millar de veces de haber accedido a acabar con ella.

JoHelen conjeturó que, si Dubose le echaba el guante a Myers, podría hacerle hablar, y sin perder tiempo. Llegados a ese punto, Cooley sería un hombre marcado. Tarde o temprano sospecharían que ella era la informadora, y nadie podría protegerla.

Antes de ir a la cárcel, Cooley había sido un tipo duro al que le gustaba ir armado y frecuentar a mafiosos de medio pelo. Pero sus tres años entre rejas lo habían cambiado. Perdió el engreimiento y el aplomo, y cuando salió necesitaba dinero de manera desesperada. Sin licencia para ejercer y con antecedentes penales, sus opciones eran limitadas. Una extorsión legal por medio de un denunciante que aireara los trapos sucios le pareció la operación perfecta para él.

No tuvieron problemas para encontrar la terminal de aviación general en el aeropuerto regional de Valdosta. Mientras Lacy cerraba el coche, miró alrededor una vez más y no vio nada sospechoso. Gunther estaba dentro, charlando con la chica que había detrás del mostrador, y abrazó a su hermana como si llevara años sin verla. Ella no le presentó a JoHelen porque no quería utilizar nombres.

—No lleváis equipaje —señaló Gunther.

—Suerte tenemos de llevar los bolsos de mano —dijo Lacy—. Vamos.

Salieron a toda prisa de la terminal, pasaron por delante de varias avionetas en la pista de despegue y se detuvieron ante el mismo Beech Baron que Gunther había usado para rescatar a Carlita. Volvió a decir que era propiedad de un amigo. A lo largo de la jornada, se darían cuenta de que Gunther tenía buenos amigos. Justo antes de entrar por la portezuela del aparato, Lacy llamó a Allie Pacheco para que la pusiera al corriente. Él contestó de inmediato, dijo que el jurado de acusación seguía reunido y trabajando duro, y le preguntó dónde demonios estaba. Lacy respondió que estaban a salvo y a punto de despegar. Le llamaría más tarde.

Gunther las ayudó a abrocharse el cinturón y se instaló en la cabina. El interior del avión parecía una sauna y empezaron a sudar al instante. Arrancó ambos motores y el aparato se estremeció desde las hélices hasta la cola. Cuando empezaba a rodar por la pista, abrió un poco una ventanilla y un airecillo alivió el calor sofocante. No había más tráfico y le dieron permiso para despegar. En el momento en que soltó los frenos y se lanzaron hacia

delante, JoHelen cerró los ojos y se aferró al brazo de Lacy. Por suerte hacía buen tiempo: todavía caluroso y húmedo, aunque ya era octubre. El 15 de octubre, para ser precisos, casi dos meses después de la muerte de Hugo.

JoHelen consiguió relajarse mientras ascendían a cinco mil pies de altitud. Ahora el aire acondicionado estaba en marcha, y la cabina resultaba acogedora. El rumor constante de los dos motores dificultaba la conversación, pero JoHelen lo intentó.

—Solo por curiosidad. ¿Adónde vamos?

—No lo sé —respondió Lacy—. No ha querido decírmelo.

—Estupendo.

El Baron tomó una trayectoria horizontal a los ocho mil pies de altitud y el bramido del motor se transformó en un zumbido. JoHelen había pasado dos noches en moteles de mala muerte, huyendo y esperando lo peor, y el cansancio se cebó con ella. Con la barbilla sobre el pecho, se sumió en un sueño profundo. Lacy, sin nada más que hacer, también dormitó un poco.

Cuando despertó una hora después, Gunther le pasó unos cascos. Lacy se ajustó el micro y dijo:

—Hola.

Él asintió y mantuvo la mirada al frente, sobre sus instrumentos.

—Bueno, ¿qué tal te va, hermanita? —preguntó.

—Bien, Gunther, y gracias.

—Y ella, ¿está bien?

—Parece que está en coma. Ha pasado un par de días malos. Ya te pondré al tanto cuando aterricemos.

—Cuando quieras. Me alegra ser de ayuda.

—¿Adónde vamos?

—A las montañas. Tengo un amigo con una cabaña que nadie puede encontrar. Te encantará.

Hora y media después, redujo la potencia un poco y el Baron empezó a descender lentamente. El terreno a sus pies era muy diferente de las llanuras que habían recorrido huyendo de Florida a Valdosta apenas unas horas antes. Hasta donde Lacy alcanzaba a ver, había estribaciones de montañas oscuras y ondulantes que ya mostraban tonalidades de rojo, amarillo y naranja. Se acercaban a ellas a medida que Gunther posicionaba el avión de cara a la aproximación final. Lacy le sacudió el brazo a JoHelen y la despertó. La pista de aterrizaje estaba en un valle rodeado de unas colinas preciosas y Gunther la embocó a la perfección. Rodaron por la pista hasta una pequeña terminal y pasaron por delante de otros cuatro aparatos estacionados, todos ellos modelos Cessna pequeños.

—Bienvenidas al aeropuerto del condado de Macon, Franklin, Carolina del Norte —anunció Gunther tras apagar los motores. Luego salió agachado de la cabina, abrió la portezuela y las ayudó a bajar a la pista. De camino hacia la terminal, dijo—: Hemos quedado con un tal Rusty, un tipo de la zona que nos va a llevar montaña arriba en coche; será un trayecto de una media hora. Es el vigilante de algunas de las cabañas que hay por aquí.

—¿Vas a quedarte? —preguntó Lacy.

—Claro. No pienso dejarte, hermanita. ¿Qué te parece el tiempo? Y eso que solo estamos a unos seiscientos metros de altitud.

Rusty era un oso con barba cerrada, pecho ancho y una sonrisa enorme que se volvió un poco lasciva al ver a aquellas dos mujeres tan atractivas. Conducía un Ford Explorer que tenía toda la pinta de haber pasado toda su existencia recorriendo senderos de montaña.

—¿Vamos a parar en el pueblo? —preguntó cuando salieron del aeropuerto.

—Estaría bien tener un cepillo de dientes —comentó Lacy.

Entraron en el aparcamiento de una pequeña tienda de comestibles.

—¿Hay provisiones en la cabaña? —preguntó Gunther.

—Hay whisky, cerveza, palomitas. Si queréis alguna otra cosa, más os vale comprarla.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos? —indagó JoHelen. Casi no había abierto la boca, como si el cambio de escenario la hubiera dejado conmocionada.

—Un par de días —respondió Lacy—. ¿Quién sabe?

Compraron artículos de tocador, huevos, pan y embutidos y queso envasados. A la salida de la población, Rusty tomó un camino de grava y dejó el asfalto muy atrás. Subió una colina, la primera de muchas, y Lacy se dio cuenta de que se le taponaban los oídos. Rusty hablaba sin cesar y con mucha más despreocupación de la cuenta mientras aceleraba bordeando precipicios y cruzaba puentes de madera bajo los cuales se precipitaban torrentes de agua. Resultó que Gunther había estado allí hacía solo un mes con su mujer para disfrutar durante una semana de temperaturas frescas y follaje temprano. Los hombres hablaban; las mujeres que iban en el asiento de atrás se limitaban a escuchar. El camino de grava dejó paso a otro más estrecho de tierra. La carga final colina arriba fue recta y aterradora y, cuando coronaron una estribación, se encontraron delante de un precioso lago. La cabaña estaba justo en la orilla.

Rusty les ayudó a descargar las provisiones y les enseñó el interior de la cabaña. Para cuando llegaron, Lacy esperaba encontrarse una especie de cobertizo rústico con retrete exterior, pero se equivocaba de medio a medio. La cabaña era espectacular, una estructura en forma de A con tres plantas, terrazas y porches, un muelle en el lago en cuyo extremo había amarrada una barca, y más comodidades modernas que su apartamento de Tallahassee. Había un reluciente Jeep Wrangler aparcado en un pequeño garaje. Gunther dijo que su propietario, un amigo, había ganado una fortuna con unos hoteles

y había construido ese lugar para huir de los bochornosos veranos de Atlanta.

Rusty se despidió y les dijo que le llamaran si necesitaban cualquier cosa. Había buena cobertura y los tres tenían llamadas que hacer. Lacy telefoneó al portero de su edificio de apartamentos y le pidió que le dijera a su vecino Simon que se ocupase de Frankie. Luego llamó a Pacheco y le explicó que estaban ocultos en las montañas, por completo a salvo. JoHelen telefoneó al señor Armstrong y le pidió que vigilara su casa, cosa que él y Gloria hacían por lo menos quince horas al día de todos modos. Gunther, naturalmente, tenía tratos pendientes y se puso a hablar por teléfono como loco.

Poco a poco se fueron relajando. Libres del calor de Florida, se maravillaron del aire nítido y liviano. Según un viejo termómetro en el porche, estaban a dieciocho grados. La cabaña, a una altitud de mil doscientos cincuenta metros, tenía de todo menos aire acondicionado.

A última hora de la tarde, mientras el sol se ponía detrás de las montañas, y Gunther estaba al teléfono caminando de aquí para allá por un porche alejado, Lacy y JoHelen se sentaron al final del muelle, cerca de la barquita de pesca, y se tomaron unas latas de cerveza fría.

—Háblame de Claudia McDover —dijo Lacy.

—Vaya. ¿Por dónde empiezo?

—Por el primer día. ¿Por qué te contrató y te mantuvo en el puesto durante ocho años?

—Bueno, digamos que soy muy buena en lo que hago. Después de mi primer divorcio, decidí convertirme en taquígrafa judicial y me esforcé mucho para lograrlo. Me preparé con los mejores, trabajé con los mejores y me mantuve al día de la tecnología en constante evolución. Cuando Cooley se enteró de que Claudia necesitaba una chica nueva, me instó a solicitar el

puesto. Tras conseguirlo, su plan maestro empezó a encajar porque de pronto tenía a alguien dentro. Los taquígrafos lo saben todo, Lacy, y cuando acepté el puesto ya sospechaba de Claudia. Ella no tenía ni idea de esto y eso me facilitó el trabajo. Me fijé en algunas cosas. Su vestuario era caro, pero intentaba disimularlo. Si tenía un día importante en el tribunal con mucha gente alrededor, se vestía con discreción. Pero un día cualquiera en el despacho, se ponía las prendas más elegantes. No podía evitarlo; le encantaba la ropa de marca. Siempre estaba cambiando de joyas, cantidad de diamantes y rubíes, sobre todo para un lugar como Sterling, Florida. Se gastaba una fortuna en ropa y joyas, más de lo que cabría esperar de alguien con su sueldo. Cambiaba de secretaria cada dos años como mucho porque no quería que nadie intimara demasiado con ella. Era reservada, distante, siempre severa, pero nunca sospechó de mí porque yo también mantenía las distancias. O eso creía ella. Un día, cuando estábamos en mitad de un juicio, le cogí el llavero. Cooley pasó por el juzgado y se lo di. Hizo una copia completa. Después de buscar las llaves como loca, las encontró al lado de una papelería y ni siquiera imaginó que se había hecho un duplicado. Una vez que Cooley tuvo acceso a su despacho, se aprovechó de ello al máximo. Pinchó los teléfonos y pagó a un hacker para que se introdujera en su ordenador. Así obtuvimos tanta información. Claudia se conducía con cautela, sobre todo cuando se trataba de Phyllis Turban. Utilizaba el ordenador de escritorio para los asuntos oficiales y un portátil para los personales. Luego tenía otro portátil que usaba para un montón de actividades secretas. Cooley no le contó a Myers nada de eso, porque decía que tenía miedo de que, si le pasaba algo a Myers, toda la operación se viera comprometida. Solo le facilitaba la información suficiente para convencerlo de que os persuadiera a vosotros para que empezara a investigar. —Tomó un largo trago. Se quedaron mirando cómo el agua formaba ondas allí donde los peces comían—. La ropa



y las joyas me llamaron la atención, pero cuando nos dimos cuenta de que ella y Phyllis se desplazaban en jet de aquí para allá, a Nueva York, Nueva Orleans, el Caribe, supimos que les estaba llegando mucho dinero de alguna parte. Y todos los viajes se reservaban a nombre de Phyllis, no de Claudia. Entonces descubrimos un apartamento en New Jersey, una casa en Singapur, una villa en Barbados, no me acuerdo de más. Y estaba todo bien escondido, o eso pensaban. Pero Cooley les seguía la pista.

—¿Por qué no acudió al FBI y nos dejó a nosotros al margen?

—Se lo plantearon, pero ninguno de los dos confiaba en los federales, sobre todo Myers. De hecho, dijo que no se implicaría en el asunto si el FBI se involucraba. Creo que se la jugaron cuando lo trincaron y les tenía miedo. Puesto que la policía estatal no tiene jurisdicción sobre los indios, al final optaron por el plan de implicar a la CCJ. Estaban al tanto de que vuestra autoridad es limitada, pero por alguna parte tenía que empezar la investigación. No había manera de predecir cómo se desarrollaría; aun así, nadie esperaba que hubiera muertos.

El móvil de Lacy vibró a su lado. Pacheco.

—Tengo que contestar —dijo.

—Claro.

—¿Sí? —respondió con voz suave mientras volvía hacia la cabaña.

—¿Dónde estáis?

—En mitad de las montañas de Carolina del Norte. Gunther nos ha traído en avión y está montando guardia, o algo parecido.

—¿O sea, que sigue metido en el asunto?

—Desde luego. Se ha portado de maravilla.

—Mira, el gran jurado ha levantado la sesión por hoy. Volverá a reunirse mañana. Tenemos órdenes de detención.

—¿Cuándo?

—Vamos a reunirnos ahora para decidirlo. Te mantendré informada.

—Ten cuidado.

—¿Cuidado? Esta es la parte más divertida. Creo que estaremos en danza toda la noche.

Al anochecer, encendieron una hoguera en un foso de piedra a orillas del lago y se acomodaron bajo unas mantas en unas viejas sillas de mimbre. Gunther encontró una jarra de vino tinto que a Lacy le pareció bebible. Ella bebió un poco, JoHelen menos aún. Gunther, abstemio por completo, tomó café descafeinado y se dedicó a ocuparse del fuego.

JoHelen quería oír el relato del terrible accidente y la muerte de Hugo, así que Lacy le ofreció su mejor versión. Gunther quería saberlo todo acerca de Cooley y sus asombrosos esfuerzos a la hora de seguir los pasos a McDover. JoHelen habló durante una hora. Lacy quería saber cómo su hermano había sobrevivido a tres bancarrotas y seguía en el negocio, y las batallitas de Gunther prolongaron la velada. Cenaron sándwiches de jamón y queso, de pan blanco, claro, junto al fuego, y charlaron y rieron hasta bien entrada la noche.

Las primeras detenciones vinieron regaladas.

De los siete campos de golf que Vonn poseía, su preferido era Rolling Dunes, un club exclusivo en la zona más al sur del condado de Brunswick, con pintorescas vistas del golfo y toda la intimidad que un golfista serio podría desear. Para ser un hombre que desconfiaba de los rituales, se permitía una indulgencia semanal. Todos los domingos a las ocho de la mañana, él y sus secuaces se reunían en el club de caballeros que había en la sede del Rolling Dunes para desayunar y tomar bloody marys. Siempre había un ambiente desenfadado, libre de convencionalismos, incluso bullicioso. Para unos hombres de entre sesenta y setenta años, era un rato de recreo sin mujeres cerca. Estaban a punto de pasar cinco horas en un campo precioso, bebiendo cerveza, fumando buenos puros, apostando en cada hoyo, maldiciendo a placer, contando chistes verdes y haciendo todo eso sin la interferencia de caddies ni de otros golfistas. Siempre empezaban el partido a las nueve en punto, y Vonn reservaba todo el campo desde media hora antes y hasta media hora después. Aborrecía las calles atestadas, y una vez despidió a un juez de salida en el acto cuando tuvo que esperar cinco minutos debido a cuatro jugadores rezagados que iban por delante de ellos.

Los hermanos Maton, Vance y Floyd, discutían constantemente y por tanto había que separarlos. Vonn siempre jugaba con Floyd. Ron Skinner siempre jugaba con Vance. El domingo 16 de octubre, cuatro de los cinco Primos dieron el primer golpe del partido a las nueve, ajenos por completo a lo que les esperaba. Estaban iniciando su último partido de golf.

El quinto, Hank Skoley, dejó a su jefe en el club de caballeros con instrucciones de pasar a recogerlo cinco horas después. Hank detestaba el golf y por lo general pasaba los domingos por la mañana junto a la piscina con su mujer y sus hijos pequeños. Volvía en coche a casa, pensando en sus asuntos, conduciendo con sensatez y sin exceder el límite de velocidad, cuando un patrullero de Florida le hizo parar en la Autopista 98. Hank se mostró menos que amable con el agente y, cuando aseguró que era inocente de cualquier posible infracción de tráfico, se le informó de que quedaba detenido por asesinato. Minutos después de que lo parasen, iba en el asiento trasero de un coche patrulla con las esposas bien apretadas.

El cuarto hoyo de Rolling Dunes era un largo par cinco con un abrupto ángulo hacia la derecha. Desde el punto de salida, el green no quedaba a la vista y estaba cerca del límite de la propiedad, junto a una calle pública protegida por árboles y una densa vegetación. Desde allí, Allie Pacheco y su equipo observaban y aguardaban. Cuando los dos cochecitos de golf pasaron traqueteando por el sendero para vehículos y se detuvieron cerca de un búnker al lado del green, los agentes esperaron hasta que Vonn, Floyd, Vance y Ron fueron hacia el green con sus putters. Estaban fumando puros y riendo cuando una decena de hombres de traje oscuro aparecieron de la nada y les informaron de que el partido había terminado. Los esposaron en el green, los condujeron por entre los árboles y la vegetación, y se los llevaron. Les incautaron los móviles y los billeteros, pero los palos, las llaves y las cervezas frías permanecieron en los cochecitos. Los putters, las pelotas y los puros quedaron desperdigados por el suelo.

Transcurriría media hora hasta que llegaran los próximos cuatro jugadores al escenario. El misterio de los golfistas desaparecidos tendría perplejo al club entero durante veinticuatro horas.

Llevaron a los Primos a vehículos distintos. Allie Pacheco iba en el asiento

de atrás con Vonn Dubose.

—Qué putada —dijo Dubose después de varios minutos de reclusión—. El partido me estaba yendo muy bien. Uno bajo par después de tres hoyos.

—Me alegra que lo haya disfrutado —dijo Allie.

—¿Le importa decirme de qué va todo esto?

—Asesinato capital.

—¿Y quién es la presunta víctima?

—Son demasiadas para recordarlas, ¿eh, Vonn? Hugo Hatch.

Lo encajó con calma y no dijo ni una palabra más. Fieles a su código, Hank Skoley, los hermanos Maton y Ron Skinner fueron a la cárcel en absoluto silencio.

En cuanto estuvieron esposados y con los teléfonos móviles incautados, varios equipos de agentes del FBI registraron sus domicilios y despachos y empezaron a llevarse ordenadores, teléfonos, chequeras, archivadores enteros, cualquier cosa que pudiera arrojar alguna prueba. Los Maton y Ron Skinner tenían oficinas en apariencia legales con ayudantes y secretarias pero, como era domingo, no había nadie por allí que fuera testigo de las intromisiones del FBI. Hank Skoley guardaba sus archivos en el sótano de su casa, y su esposa y sus hijos, aterrados, vieron cómo unos agentes con gesto adusto cargaban una camioneta de alquiler. Vonn Dubose no llevaba nada encima ni tampoco guardaba en su casa de campo nada que pudiera implicarlo en modo alguno.

Después de que les tomaran las huellas y los fotografiaran, los acusados recién fichados fueron a parar a celdas distintas. De hecho, transcurrirían meses antes de que ninguno de los cinco volviera a ver a otro.

Ofrecieron a Vonn un sándwich reseco para almorzar. Lo rehusó y lo

llevaron a una sala de interrogatorios donde Allie Pacheco y Doug Hahn lo esperaban. Rechazó café y agua y dijo que quería un abogado. Pacheco le leyó sus derechos según la ley Miranda, pero él se negó a firmar el formulario donde acusaba recibo. Una vez más, exigió un abogado y su derecho a hacer una llamada de teléfono.

—Esto no es un interrogatorio, Jack —dijo Allie con serenidad—. No es más que una charla, una especie de sesión para conocernos un poco ahora que sabemos cómo te llamas de verdad. Las huellas. Las hemos introducido en el sistema y hemos obtenido una coincidencia procedente de tu detención en 1972 por agresión con agravantes e intento de asesinato. Entonces te llamabas Jack Henderson y formabas parte de una banda de delincuentes a la antigua usanza que se dedicaba a la droga, las putas y las apuestas. Después de ir a parar a Slidell, Luisiana, decidiste que la cárcel no era lo tuyo y te marcaste una desaparición impecable. Te deshiciste de tu antiguo nombre, pasaste a ser Vonn Dubose y, durante los últimos cuarenta años, te las has ingeniado de maravilla para ser el hombre invisible. Pero la fiesta se ha acabado, Jack.

—Quiero un abogado.

—Claro, te traeremos uno, pero no algún embaucador de esos que tienes en mente. Esos tipos cuestan un ojo de la cara y, desde las nueve de esta mañana, estás sin blanca, al igual que tu papi cuando se ahorcó en la cárcel. Todas tus cuentas bancarias quedan congeladas, Jack. Todo ese dinero, inmovilizado para siempre, fuera de tu alcance.

—Que venga un abogado.

A Clyde Westbay se le concedió la cortesía de una detención semiprivada. El domingo a primera hora recibió la llamada de un agente del FBI que le

informó de que había llegado el momento. Clyde le dijo a su mujer que había surgido un contratiempo en la oficina y se marchó de casa. Condujo hasta el aparcamiento vacío de un centro comercial y estacionó al lado de un Chevy Tahoe de color negro. Dejó las llaves en el suelo del vehículo, se apeó, permitió que lo esposaran y tomó asiento en la parte de atrás del Tahoe. No le había contado a su mujer lo que estaba a punto de ocurrirle. Sencillamente no tenía las agallas suficientes para hacerlo.

Con las llaves de su despacho, dos unidades de agentes del FBI registraron las oficinas de los hoteles que dirigía en nombre de Starr S, la compañía con domicilio en un paraíso fiscal. El lunes, pedirían a todos los huéspedes que se fueran y todas las reservas quedarían anuladas. Los hoteles se cerrarían de manera indefinida.

Cuando por fin autorizaron a los Primos a hacer llamadas de teléfono, enseguida se filtraron las noticias de las detenciones; luego se propagaron como un incendio descontrolado por toda la organización. Huir o no huir: esa era la aterrorizada cuestión que se planteaban los gestores. Antes de que tuvieran ocasión de decidir, el FBI detuvo a la mayoría de ellos mientras prácticamente se desvalijaban sus despachos.

En Biloxi, un abogado llamado Stavish entraba en una iglesia católica con su mujer para oír la misa dominical cuando dos agentes lo abordaron y le anunciaron un cambio de planes. Una vez que le dejaron claro que a él y a su socio se los acusaba de infracciones de la ley RICO contra el crimen organizado y que estaba detenido, le dieron a elegir entre entregar las llaves de su bufete o dejar que el FBI tirara la puerta a patadas. Stavish se despidió de su mujer con un beso, hizo caso omiso a las miradas de incredulidad de los miembros de su congregación y, deshecho en lágrimas, se fue con los agentes camino de su despacho.

En Treasure Key, cuatro agentes fueron en busca del gerente de guardia y

le informaron de que el casino estaba a punto de cerrar. «Haga el anuncio, que salga todo el mundo.» Otro agente telefoneó al jefe Cappel y le pidió que acudiera al casino. Era urgente. Cuando llegó veinte minutos después, se le detuvo por procedimiento de urgencia. Una brigada de alguaciles de Estados Unidos ayudó a desalojar a los indignados jugadores del edificio y a llevarlos al aparcamiento. Los huéspedes de los dos hoteles recibieron instrucciones de hacer el equipaje y marcharse de inmediato. Cuando Billy Cappel llegó de prisa y corriendo, él también fue detenido, junto con Adam Horn y tres gerentes del casino. Dejaron a los alguaciles a cargo del caos mientras jugadores, huéspedes y empleados deambulaban por allí, reacios a irse, aunque veían que estaban poniendo candados en todas las puertas.

En torno a las tres de la tarde del domingo, Phyllis Turban estaba tomándose un té con hielo en la galería mientras leía un libro. Su móvil emitió un zumbido y vio que le llamaban de un número desconocido.

—Has sido acusada junto con tu amiguita McDover, Vonn Dubose y unos trescientos delincuentes más —dijo la voz—. El FBI está registrando oficinas por toda la costa y la tuya será la siguiente.

Mediante un móvil desechable, aunque se trataba de uno del que el FBI ya tenía conocimiento, telefoneó de inmediato a Claudia, que no se había enterado de nada. La juez llamó a su contacto, Hank Skoley, pero no obtuvo respuesta. Las dos mujeres escudriñaron internet en busca de noticias, pero no vieron nada. Phyllis sugirió que hicieran un viaje para curarse en salud y llamaron a una compañía de vuelos chárter en Mobile. Había un jet disponible, que podía estar preparado en dos horas.

Siguiendo las instrucciones que había recibido, la compañía de vuelos chárter llamó al FBI. Unos agentes siguieron a Phyllis cuando se dirigía a toda prisa a su despacho secreto en un centro comercial de lujo situado en una zona residencial de las afueras cerca del aeropuerto. Ella entró sin otra



cosa en la mano que las llaves, pero salió con dos voluminosos bolsos Prada. Continuaron siguiéndola de camino a la terminal de aviación general del aeropuerto regional de Mobile.

La compañía de vuelos chárter informó al FBI de que su cliente, una habitual, quería hacer escala en Panama City para recoger a otro pasajero y que su destino final era Barbados. El FBI, en colaboración con la Administración Federal de Aviación, dio instrucciones a la compañía de vuelos para que procediera. A las cinco menos diez, un Lear 60 despegó de Mobile para realizar un vuelo de veinte minutos a Panama City.

Mientras tanto, la juez McDover fue a la carrera a su apartamento preferido en Rabbit Run, recogió unos cuantos artículos, los metió en un bolso de mano bien grande y se dirigió a toda prisa al aeropuerto. Estaba allí a las cinco y cuarto cuando el Lear rodó por la pista hasta detenerse, y ella se apresuró a acercarse. El capitán la saludó, le dio la bienvenida a bordo y luego entró en la terminal para cumplimentar el papeleo necesario. Quince minutos después, el cocapitán informó a Claudia y Phyllis de que hacía mal tiempo sobre el golfo, por lo que el vuelo se demoraría.

—¿No podemos rodearlo sin más? —le espetó Phyllis.

—Lo lamento.

Dos SUV de color negro aparecieron por detrás del jet y aparcaron delante del ala izquierda.

—Ay, joder —masculló Claudia, quien los vio primero.

Después de que esposaran y se llevaran a las dos mujeres, los agentes registraron el jet. Las señoras apenas se habían molestado con la ropa; en cambio, habían cogido todas las chucherías que podían llevar encima: diamantes, rubíes, monedas raras y montones de dinero en efectivo. Meses después serían inventariados y tasados en cuatro millones doscientos mil dólares. Cuando les preguntaron cómo pensaban cruzar la aduana en

Barbados, no contestaron.

En el apartamento de McDover en Rabbit Run encontraron un botín incluso mayor. Cuando los agentes dieron por fin con su cámara acorazada, se sorprendieron al ver el dinero, las joyas, las obras de arte, los libros raros, los relojes singulares y las antigüedades. En el registro de su domicilio, en cambio, no encontraron apenas objetos de valor. En su despacho, los agentes confiscaron la lista habitual de ordenadores, teléfonos y actas. Al parecer, los ordenadores del bufete de Phyllis Turban no se usaban para el trabajo sucio. Sin embargo, los dos portátiles que había en su despacho secreto estaban llenos a rebosar de registros de cuentas bancarias, transferencias de fondos, actas corporativas, registros de propiedades inmobiliarias y correspondencia con abogados en países famosos por ser paraísos fiscales.

La batida por toda la península fue rápida y generalizada. El domingo, veintiún hombres y dos mujeres estaban detenidos y se enfrentaban a una serie de cargos por extorsión que no harían sino aumentar en el transcurso de las siguientes semanas. Ese número incluía a Delgado, que estaba levantando pesas en un gimnasio cuando dos agentes le fastidieron el día. En teoría, trabajaba en un bar propiedad de una empresa que pertenecía a otras, y le acusaron de los típicos delitos de blanqueo de dinero. Pasarían años antes de que salieran a la luz otros crímenes suyos más graves.

Los informativos de televisión por cable dieron la noticia hacia las seis de la tarde del domingo, aunque no parecían preparados para ello. Puesto que los delitos eran desconocidos, al igual que los acusados, no hubo apenas cobertura. Eso cambió de forma drástica con dos sucesos: la noticia de la clausura del casino y el descubrimiento, llevado a cabo por un investigador anónimo, del término «Mafia de la Costa». Esto último era sencillamente demasiado sensacional para pasarlo por alto y enseguida empezaron a informar en directo ante las puertas cerradas de Treasure Key.

Lacy y JoHelen veían la tele con una fascinación que rayaba en la incredulidad. Se había destruido la conspiración. Habían trincado al sindicato. La corrupción había salido a la luz. Los criminales estaban en la cárcel. La noción de la justicia seguía vigente. Les resultaba abrumador pensar siquiera que ellas habían desencadenado aquellos acontecimientos. Habían perdido tanto por el camino que les resultaba difícil sentirse orgullosas, por lo menos de momento. Cuando una «noticia de última hora» interrumpió la emisión de otro reportaje y el rostro de la juez Claudia McDover apareció en la pantalla, JoHelen se llevó las manos a la boca y se echó a llorar. La periodista contaba con entusiasmo que la juez McDover y su abogada habían sido detenidas en un jet privado cuando intentaban huir del país. Solo en torno a la mitad de los detalles eran correctos, pero la periodista compensaba la falta de veracidad con su entusiasmo.

—¿Son lágrimas de alegría? —preguntó Lacy.

—Es posible. Ahora mismo no lo sé. Desde luego no estoy triste. Es que

me resulta difícil de creer.

—Eso seguro. Hace unos pocos meses ni siquiera había oído hablar de esa gente y no recuerdo haber prestado mucha atención al casino.

—¿Cuándo podré volver a casa?

—No lo sé. Mejor esperar a que hable con el FBI.

Gunther había ido y vuelto en el Jeep a la ciudad en busca de carne roja y carbón. Ahora estaba en el porche, con las costillas en la parrilla y las patatas asándose entre las brasas. De vez en cuando se asomaba al interior para ver las noticias más recientes, pero para el anochecer no hacían más que reciclar las mismas historias.

—¡Enhorabuena, chicas, habéis hecho caer a la juez más corrupta de la historia de Estados Unidos! —dijo más de una vez.

Pero ellas no estaban de ánimo para celebraciones. JoHelen estaba casi segura de que conservaría su empleo, aunque el juez que sustituyera a McDover tendría potestad para contratar una nueva taquígrafa. Si pensaba en su demanda bajo la ley de defensa del denunciante, no lo mencionó en ningún instante. En esos momentos, un plan semejante parecía muy complicado y trabajoso; y eso sin tener en cuenta que había perdido a su abogado, el tipo que supuestamente conocía los entresijos de esa ley.

Antes de cenar, Lacy llamó a Geismar y compararon puntos de vista. Luego telefoneó a Verna y hablaron de la detención de los hombres acusados del asesinato de Hugo. Llamó a Allie Pacheco, pero no obtuvo respuesta. No habían hablado en todo el día, y a ella ya le parecía bien. Sospechaba que debía de estar muy ocupado.

A las nueve de la mañana del lunes, la fiscal de Estados Unidos Paula Galloway se personó ante un juez federal en Tallahassee y solicitó una serie

de resoluciones que supondrían la clausura inmediata de treinta y siete negocios. La mayoría de ellos estaban en el condado de Brunswick, pero se vería afectada toda la península. Incluían bares, licorerías, restaurantes, clubes de striptease, hoteles, tiendas de veinticuatro horas, centros comerciales, parques de atracciones, campos de golf públicos y tres urbanizaciones residenciales en construcción. Los tentáculos de la organización alcanzaban varias comunidades residenciales, como Rabbit Run, pero debido a que casi todas las propiedades se habían vendido a particulares, no se verían afectadas. La fiscal Galloway facilitó al juez una lista de ochenta y cuatro cuentas bancarias y le pidió que las congelara por el momento. La práctica totalidad de ellas tenía alguna relación con los negocios, pero algunas eran de particulares. Hank Skoley, por ejemplo, tenía doscientos mil dólares en un depósito a plazo fijo de bajo rendimiento y unos cuarenta mil en una cuenta corriente conjunta. Su señora, un veterano bien dispuesto a jugar en equipo con la señora Galloway, congeló ambos. Dada la naturaleza de los procedimientos, nadie tuvo ocasión de oponerse a las solicitudes de la fiscal. También pidió que cierto abogado de un gran bufete de Tallahassee figurase como síndico de todas las compañías citadas hasta el momento.

Las obligaciones del síndico serían considerables. Asumiría el control legal de todos los negocios cuya financiación, en su totalidad o en parte, procediera de las actividades criminales de lo que ahora se denominaba de manera apropiada el «sindicato de Dubose». Se remontaría al origen de todos y cada uno de los negocios y las empresas y reconstruiría unos registros exactos de contabilidad. Con la ayuda de unos contables forenses, intentaría entretejer las pistas de dinero que enlazaban las empresas entre sí y las vinculaban al sindicato. Trabajando conjuntamente con el FBI, procuraría desentrañar el laberinto de compañías en paraísos fiscales establecido por Dubose y

descubrir los bienes que estaban en posesión de cada una de ellas. Pero lo más importante, el síndico se ocuparía de la incautación, o la venta, de todas las propiedades vinculadas al sindicato de Dubose.

Dos horas después, la fiscal Galloway dio una rueda de prensa bien coreografiada, algo con lo que sueñan todos los fiscales de Estados Unidos. Apareció ante un grupo grande de periodistas y se dirigió a un nido de micrófonos. Detrás de ella estaban sus ayudantes, entre ellos Rebecca Webb, y varios agentes del FBI. A su derecha, en una gran pantalla, había fotos ampliadas de la ficha policial de los cinco Primos y Clyde Westbay. Detalló los cargos de asesinato contra ellos, dijo que ya estaban detenidos, y, sí, tenía intención de pedir la pena de muerte. Aplazando las preguntas hasta el final, pasó de la acusación de asesinato a los cargos relativos a la ley RICO contra el crimen organizado. La redada aún no había concluido, pero veintiséis de los treinta y tres acusados ya estaban detenidos. El FBI y su fiscalía estaban aún en las etapas iniciales de la investigación y tenían un largo camino por recorrer. Las actividades delictivas del sindicato de Dubose eran extensas y estaban bien organizadas.

Cuando dio paso a las preguntas, la acribillaron.

Para el lunes a mediodía, el refugio de montaña empezaba a perder su encanto. Estaban hartos de ver los noticiarios; hartos de dormir; hartos de intentar leer libros viejos que había escogido otra persona; hartos de estar sentados en el porche embebiéndose de los colores de principios del otoño, pese a lo hermosos que eran. El amigo de Gunther quería recuperar su avión. Lacy tenía trabajo pendiente. Y JoHelen ansiaba entrar en los juzgados del condado de Brunswick con la seguridad de que nunca volvería a ver la cara de Claudia McDover. Se moría de ganas de oír los cotilleos.

Lo más importante era que, en opinión de Allie, la amenaza contra JoHelen había quedado atrás. Dubose tenía asuntos mucho más importantes de los que ocuparse que una taquígrafa charlatana. Con todas las figuras principales encerradas y sin teléfonos, le resultaría difícil hacer gran cosa. Allie también dijo que el FBI le echaría un ojo a JoHelen durante un par de semanas.

Rusty los recogió a las dos y el trayecto montaña abajo fue mucho más aterrador que el de subida. Hasta Gunther sentía náuseas para cuando llegaron a Franklin. Le dieron las gracias a Rusty, pasaron por los rituales huecos de prometer que volverían a verlo y despegaron.

Lacy quería volar directamente a casa, pero no era posible. Había dejado su descapotable nuevo en Valdosta y no tuvo otra opción que detenerse allí. El vuelo fue movido, con Gunther intentando esquivar tormentas y procurando en vano buscar una altitud sin turbulencias. Para cuando aterrizaron, Lacy y JoHelen tenían el estómago revuelto y se alegraban de poder montarse en un coche. Abrazaron a Gunther, le dieron las gracias y se despidieron. Esperaron a que despegara y luego se apresuraron a abandonar la ciudad. Tallahassee estaba a medio camino entre Valdosta y Panama City, donde JoHelen había dejado su coche en el aparcamiento del motel Neptune.

Al caer en la cuenta del largo trayecto que tenían por delante, Lacy tuvo una idea mejor. Pasarían la noche en Tallahassee, en su casa, e invitaría a Allie a cenar. Mientras comían pasta y tomaban un buen vino, escucharían las historias que tuviera que contarles acerca de los tres últimos días y le sonsacarían detalles que ansiaban conocer. ¿Quién había acorralado a Dubose y qué había dicho? «Cuéntanos lo de Claudia y su intento de fuga. ¿Quiénes son los demás acusados y dónde están ahora? ¿Quién estaba amenazando a JoHelen?» A medida que hacían kilómetros a toda velocidad, se les iban ocurriendo decenas de preguntas.

Lacy llamó a Allie y le invitó a cenar. El aliciente añadido era que también

estaría JoHelen Hooper.

—Así pues, ¿podré conocer al Denunciante? —preguntó.

—En carne y hueso.

—Estoy impaciente.



## Epílogo

Durante los días posteriores a las detenciones y los registros, el asunto fue noticia de portada en toda Florida y el Sudeste. Periodistas de todas partes se apresuraban de aquí para allá indagando, siguiendo pistas e intentando descubrir las últimas novedades. Las puertas clausuradas de Treasure Key se convirtieron en el decorado de fondo preferido de los reportajes televisivos. Acamparon en el sendero de acceso de Verna hasta que les obligaron a irse, de modo que se retiraron a las calles delante de su casa y bloquearon el tráfico. Después de que detuvieran a dos periodistas y de que se dieran cuenta de que Verna no tenía nada que decir, perdieron interés y se fueron marchando poco a poco. Paula Galloway, la fiscal de Estados Unidos, hacía sesiones informativas diarias, en las que prácticamente no revelaba nada nuevo. Allie Pacheco, que hablaba de forma oficial en nombre del FBI, rehusó hacer ninguna clase de declaraciones. Durante un par de días los periodistas grabaron el exterior del domicilio de McDover en Sterling y de los juzgados del condado de Brunswick. También hicieron lo mismo delante del despacho cerrado de Phyllis Turban, así como del bufete de Biloxi. Poco a poco, la noticia pasó de la primera plana a la segunda página.

Con todo el mundo centrado en el FBI y la fiscalía de Estados Unidos, nadie prestaba mucho interés a la Comisión de Conducta Judicial. De hecho, el diminuto organismo capeó el temporal sin llamar apenas la atención. Lacy y Geismar recibieron unas pocas llamadas de periodistas, aunque no devolvieron ninguna de ellas. Como el resto de la gente, siguieron la noticia por la prensa y quedaron maravillados de la cantidad de información errónea

que se barajaba. Por lo que concernía a la CCJ, el caso estaba cerrado. Su objetivo estaba en la cárcel y se esperaba que no tardara en dimitir de su cargo.

Pero seguir adelante no era fácil, al menos para Lacy. Estaba demasiado involucrada desde el punto de vista emocional para cerrarlo sin más y abrir otro expediente. El caso más importante de su carrera había concluido, pero seguiría consumiéndole la vida durante los meses siguientes. Pacheco y ella estaban pasando mucho tiempo juntos y les resultaba imposible hablar de cualquier otra cosa.

Dos semanas después de la detención de McDover y la banda de Dubose, Lacy volvió a su apartamento a media tarde. Estaba a punto de apearse del coche cuando se fijó en que había un hombre sentado tranquilamente en el escalón de entrada, esperando. Llamó por teléfono a Simon, su vecino, y le pidió que echase un vistazo. De hecho, ya estaba mirando hacia allí. A la vez que Lacy se acercaba al apartamento, Simon se asomó a la calle para supervisar la situación.

El hombre llevaba una camisa de golf blanca y unos pantalones de color caqui, además de una gorra de béisbol tan calada que casi le tapaba los ojos. Tenía el pelo corto y teñido de negro azabache.

—Hola, Lacy —la saludó al aproximarse.

Era Greg Myers.

Ella hizo un gesto con la mano a Simon para que se retirara y los dos entraron en su casa.

—Creía que habías muerto —dijo Lacy mientras cerraba la puerta a su espalda.

—Casi —respondió Myers riendo—. Me hace falta una cerveza, de verdad.

—Ya somos dos.

Abrió dos botellines y se sentaron a la mesa de la cocina.

—Supongo que no habrás visto a Carlita —dijo Lacy.

—He pasado esta noche con ella —contestó riendo de nuevo—. Se encuentra bien. Gracias por rescatarla.

—¿Gracias? Venga, Myers, empieza a hablar.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. ¿Por qué desapareciste?

—Es una larga historia.

—Ya me lo imagino. Empieza a hablar.

Myers estaba preparado para hacerlo, para reinsertarse en la narración que había contribuido a crear. Echó un largo trago del botellín, se limpió la boca con el dorso de la mano, un torpe gesto que Lacy ya le había visto hacer en otras ocasiones.

—¿Por qué desaparecí? —comenzó—. Pues fue por dos motivos. El primero, que era un plan de seguridad desde el principio. Sabía que el FBI se mostraría reacio a implicarse y, tal como fueron las cosas, estaba en lo cierto. Si yo me esfumaba, entonces vosotros y el FBI pensaríais que Dubose me había encontrado. Un nuevo asesinato, el mío, empujaría al FBI a echar otro vistazo. Yo no quería que el FBI se involucrara, pero nosotros, todos nosotros, nos dimos cuenta enseguida de que el caso no llegaría a ninguna parte sin ellos. ¿Tenía razón?

—Quizá. Desde luego tu desaparición avivó el interés, pero no cambió exactamente la decisión del FBI.

—¿Y qué fue?

—El ADN. Teníamos una muestra de sangre del escenario que llevó hasta el conductor de la camioneta. Una vez identificado, el FBI tuvo la seguridad de que el caso se podría resolver. Se olieron una victoria importante y vinieron con toda la caballería, por decirlo así.

—¿Cómo obtuvisteis una muestra de sangre?

—Eso ya te lo contaré luego. Has dicho que abandonaste el barco por dos motivos.

—Sí, bueno, el segundo fue mucho más importante que el primero. Una mañana estaba en el *Conspirator* en Cayo Largo, ocupándome de mis asuntos, trajinando con un motor, cuando vibró el móvil desechable que llevaba en el bolsillo de atrás. Lo abrí, pregunté quién era o algo así, y una voz dijo: «¿Myers?». Supuse que debía de ser Cooley, pero algo me hizo pensar que no era él. Colgué y lo llamé por otro móvil. Él me dijo que no, no acababa de llamarme. Caí en la cuenta de que alguien había dado con mi pista, y ese alguien era Vonn Dubose. Bajé al camarote, borré todo lo que tenía en el portátil, me llené los bolsillos de dinero en metálico y le dije a Carlita que iba al puerto deportivo un momento. Estuve deambulando una media hora, observándolo todo, y al final soborné a un tipo de por allí para que me llevara en coche a Homestead. Desde allí fui a Miami y pasé a la clandestinidad. Me había salvado por los pelos y me acojoné vivo.

—¿Por qué dejaste sola a Carlita de esa manera?

Otro largo trago del botellín.

—Sabía que a ella no le harían daño. Quizá la amenazaran y la asustaran, pero supuse que estaría a salvo. Fue un movimiento arriesgado. Y tenía que convencerla a ella, a Cooley, a vosotros, y tal vez al FBI, de que yo me había convertido en otra baja. Hay maneras de hacer hablar a la gente, incluso a Carlita y Cooley. Era importante que no supieran nada de mi desaparición.

—Huiste. Cooley también. Y dejasteis atrás a las chicas para que se enfrentaran al peligro.

—Vale, ya sé que eso es lo que parece, pero era mucho más complicado. Tenía que elegir entre largarme o llevarme un balazo. Cooley huyó por otras razones. Una vez que yo me esfumé, supuso que estaba en peligro. Se asustó y se escondió debajo de una piedra.

—¿Y ahora habéis vuelto a por el premio gordo?

—Desde luego. Ten en cuenta que nada de esto habría pasado sin nosotros. Cooley era el cerebro que lo organizó todo durante un largo período. Es el genio en la sombra. Captó a JoHelen y la dirigió de maravilla, hasta que se asustó, claro. Por lo que a mí respecta, tuve las agallas suficientes para firmar la denuncia y estuve a punto de pagarlo con la vida.

—Igual que ella.

—Y obtendrá su recompensa, te lo aseguro. Habrá suficiente para los tres.

—¿Cooley ya se ha reconciliado con JoHelen?

—Digamos que están negociando. Han pasado veinte años acostándose, a temporadas, y se entienden bien.

Lacy suspiró y negó con la cabeza. Ella no había tomado ni un sorbo de cerveza y Myers ya tenía el botellín vacío. Sacó otro del frigorífico y se acercó a una ventana.

—Míralo así, Lacy —dijo Myers—: Cooley, JoHelen y yo tramamos todo este ataque contra Dubose y McDover. Las cosas se torcieron. Tu colega fue asesinado. Tú saliste herida. Tuvimos suerte de que no hubiera más bajas. Ahora que puedo verlo a la perfección en retrospectiva, no lo habría hecho. Pero ya ha acabado, los malos están entre rejas y los tres seguimos en pie. Estamos de camino a hacer las paces y, con el tiempo, nos lo pasaremos en grande repartiéndonos la tarta.

—Seguro que has estado leyendo la prensa.

—Hasta la última palabra.

—O sea, que has visto el nombre de Allie Pacheco, ¿no?

—Pues sí. Parece ser un agente de primera.

—Bueno, estamos saliendo, y creo que tiene que oír esta historia.

—Pues dile que venga. No he hecho nada malo y quiero hablar.

La investigación del sindicato de Dubose por parte del FBI duró otros catorce meses y dio lugar a seis acusaciones más. En total, fueron detenidas treinta y nueve personas, y prácticamente en todos los casos se consideró que había peligro de fuga, por lo que permanecieron detenidas sin derecho a salir bajo fianza. Más o menos la mitad de esos tipos eran objetivos menores que trabajaban para negocios que eran propiedad del sindicato, pero que no sabían gran cosa acerca del blanqueo de dinero y nada en absoluto sobre la pasta que se desviaba de Treasure Key. Con las cuentas bancarias inmovilizadas, la libertad restringida y abogados de oficio, empezaron a aceptar acuerdos con la fiscalía tan rápido como Paula Galloway era capaz de ponerlos encima de la mesa. En los seis meses posteriores a la detención de Vonn Dubose, en torno a una decena de los coacusados habían accedido a declararse culpables y delatar a sus jefes. A medida que el gobierno iba minando las defensas exteriores, el nudo corredizo se ceñía más al cuello de los auténticos maleantes. Pero estos se mantuvieron firmes. Ninguno de los once gerentes se desmoronó, a excepción de Clyde Westbay, claro, y desde luego ninguno de los cinco Primos.

Sin embargo, se halló un punto débil fuera del sindicato. Gavin Prince, un tappacola bien considerado con un título de la Universidad Estatal de Florida, decidió que no tenía futuro en la cárcel. Había sido segundo de a bordo en el casino y estaba al tanto de la mayor parte de los secretos sucios. Su abogado convenció a Paula Galloway de que Prince no era un delincuente y que podría ser de gran ayuda para la fiscalía a cambio de un trato adecuado. Accedió a declararse culpable de un cargo si se le permitía salir en libertad condicional.

Según Prince, todas las mesas de apuestas —de blackjack, ruleta, póquer y dados— cuentan con una caja de dinero en efectivo a la que el crupier no puede acceder. El noventa por ciento de la pasta llega en metálico, el crupier

la acepta, la cuenta para que los jugadores y las cámaras la vean, la introduce en la caja de efectivo de la mesa y la convierte en fichas. Las mesas de blackjack son las que más dinero generan; las ruletas, las que menos. El casino no cerraba nunca, ni siquiera el día de Navidad, y la hora con menos actividad era las cinco de la madrugada. Todos los días a esa hora, unos guardias armados recogían las cajas de dinero en efectivo, las metían en una furgoneta y las sustituían por cajas vacías. Las llevaban a una sala fortificada —la «sala de recuento» oficial—, donde un equipo de cuatro contadores profesionales —el «equipo de recuento»— revisaba todas las cajas. Cada uno de ellos tenía un guardia de seguridad a su espalda y una cámara justo encima. Cada caja se contaba cuatro veces y, por lo general, había unas sesenta. La misión de Prince todas las mañanas era recoger la caja número BJ-17 de la mesa de blackjack que más dinero recaudaba. Lo hacía sencillamente cogiéndola del carrito antes de que la metieran en la sala de recuento. Nunca decía ni una sola palabra y los guardias hacían la vista gorda, como si no pasase nada. Con la caja BJ-17, Prince entraba en una salita desprovista de cámaras y dejaba la caja de efectivo en una caja de seguridad. Que él supiera, solo había otra llave y estaba en posesión del jefe de la tribu, que iba al casino todos los días y recogía el dinero.

De media, las cajas de efectivo de las mesas de blackjack recaudaban veintiún mil dólares al día, aunque la BJ-17 acostumbraba a sacar aún más. Prince calculaba que la caja rendía por lo menos ocho millones al año, que acababan desapareciendo.

Las grabaciones de vigilancia de esa mesa se borraban misteriosamente cada tres días, por si alguien hacía preguntas, aunque nadie llegaba a plantearlas. ¿Quién iba a meter las narices? ¡Estaban en territorio tribal!

Prince era uno de los tres supervisores que desviaban el dinero en efectivo a la cajita de seguridad del jefe. Los tres estaban en la cárcel, acusados, y se

enfrentaban a largas condenas. Cuando él se vino abajo, los otros dos hicieron enseguida lo mismo. Los tres aseguraron que no tenían más opción que facilitar la sustracción. Sabían que el jefe no se quedaba todo el dinero, sino que lo usaba para sobornar a otra gente y demás. Pero trabajaban en un entorno en el que nadie hacía preguntas, dictaban sus propias leyes y creían de veras que nunca les echarían el guante. Ninguno de los tres admitió que conocía a Vonn Dubose.

El casino permaneció cerrado tres semanas. Con dos mil personas sin trabajo y los dividendos en peligro, los tappacola contrataron a unos abogados muy caros que al final convencieron a un juez de que podían limpiar el negocio. Acordaron recurrir a un equipo de gestión profesional de un casino de Las Vegas, Harrah's.

Con el jefe Cappel en la cárcel y enfrentándose a la posibilidad de pasarse décadas allí, y con la tribu absolutamente humillada, se puso en marcha un proceso de reforma. El noventa por ciento de los tappacola firmaron una petición para que el jefe dimitiera y se convocaran nuevas elecciones. Cappel renunció, igual que su hijo Billy y su secuaz Adam Horn. Dos meses más tarde, Lyman Gritt fue elegido jefe de la tribu por una mayoría abrumadora. Después de su elección, prometió a Wilton Mace que sacaría a su hermano de la cárcel.

Los abogados de los Primos intentaron sin éxito recuperar algo de su dinero. Querían contratar a abogados de primera que fueran capaces de buscar lagunas legales. Al juez, sin embargo, no le hacía ninguna gracia la idea de permitir que se costearan minutas judiciales con fondos corruptos. Se negó enfáticamente y designó a unos experimentados abogados penalistas para defenderlos.

Aunque mucho más grave que la acusación por delitos relativos a la ley RICO contra la delincuencia organizada, el caso de asesinato capital fue más



fácil de preparar. En ausencia de Clyde Westbay, solo se juzgaría a cinco acusados, frente a la veintena que se enjuiciaría en el caso RICO contra la delincuencia organizada. Paula Galloway había decidido mucho tiempo atrás jugar duro en el juicio por asesinato, obtener condenas, y, con los Primos encarcelados de por vida o a la espera de su ejecución, negociar de manera agresiva con los demás acusados del caso RICO contra la delincuencia organizada. Una vez detenidos y encarcelados todos los acusados, ella y su equipo creían que el juicio por asesinato se podría celebrar en unos dieciocho meses. La preparación del juicio por delitos relativos a la ley RICO contra la delincuencia organizada podría llevar hasta dos años.

En abril de 2012, unos seis meses después de las detenciones, el síndico designado por el tribunal empezó a liquidar bienes. Recurrió a una controvertida y tristemente famosa ley federal, y organizó la subasta de nueve automóviles de último modelo, cuatro barcos y dos aviones bimotor. Los abogados de los Primos protestaron, alegando que semejante incautación, mientras sus clientes seguían siendo inocentes, al menos en teoría, era prematura. Se trataba del mismo argumento que los abogados defensores llevaban blandiendo desde hacía veinte años. Por injusto que pareciera, la ley era la ley, y la subasta arrojó unos dividendos netos de tres millones trescientos mil dólares. La primera gota en lo que llegaría a convertirse un cubo muy grande.

Una semana después, el síndico vendió un centro comercial por dos millones cien mil dólares y la asunción de la deuda. El desmantelamiento del sindicato de Dubose estaba en marcha.

Supervisándolo todo de cerca había un abogado que representaba a Verna Hatch. Después de la subasta, interpuso una demanda y reclamó diez millones por muerte por negligencia bajo la ley RICO contra la delincuencia organizada y notificó al síndico que tenía intención de imponer un embargo

preventivo contra las propiedades del sindicato. Al síndico no le importó demasiado, pues no era su dinero. Siguiendo el ejemplo de Verna, Lacy puso una demanda por las heridas que había sufrido.

Seguir la pista de los bienes de Claudia McDover y Phyllis Turban no fue tan complicado como rastrear el dinero sucio usado por el sindicato. Una vez que el FBI estuvo en posesión de todos los archivos de Turban, la pista quedó clara. Por medio de empresas con sede en paraísos fiscales, las dos damas habían adquirido una villa en Barbados, el apartamento de New Jersey y una vivienda en Singapur. Las propiedades inmobiliarias se liquidaron de forma metódica y arrojaron unos beneficios netos de seis millones trescientos mil dólares. Controlaban once cuentas bancarias corporativas ocultas por todo el mundo, que sumaban un saldo conjunto de más de cinco millones. De resultas de una orden judicial y la presión del Departamento de Estado, un banco de Singapur abrió una caja de seguridad propiedad de ambas. Estaba llena de diamantes, rubíes, zafiros, monedas raras y diez lingotes de oro de diez onzas. La tasación ascendió a once millones. Se ejerció la misma presión sobre un banco de Barbados y produjo un botín similar, tasado en ocho millones ochocientos mil dólares. Los cuatro apartamentos de Rabbit Run se vendieron por un precio de en torno a un millón cada uno.

En las oficinas del FBI en Tallahassee, el impresionante botín acumulado por las dos damas era conocido como el Fondo del Denunciante. El síndico fue vendiendo poco a poco sus bienes y, un año después de sus detenciones, el Fondo del Denunciante arrojaba un saldo de treinta y ocho millones. Sobre el papel, la cifra era pasmosa, aunque conforme iba aumentando con el paso de los meses, el asombro fue yendo a menos.

El letrado Greg Myers presentó una demanda para que se le otorgara una compensación del Fondo del Denunciante. Los abogados de oficio de McDover y Turban presentaron las protestas de rigor ante la liquidación de

los bienes, pero no tuvieron ninguna suerte. Una vez que se había vendido todo, cuando lo único que quedaba era un montón de dinero, los abogados se quedaron sin ningún argumento de peso. ¿Qué podían decir? ¿Que el dinero no era robado? Así pues, dieron un paso atrás, y luego desaparecieron.

Los abogados de los tappacola adujeron que el dinero era propiedad de la tribu y el juez se mostró conforme con ello. Sin embargo, el dinero no se habría recuperado, ni habría salido a la luz toda la red de corrupción, de no ser por la valentía de JoHelen, Cooley y Greg Myers. Y los tappacola tampoco estaban libres de pecado. Habían elegido y reelegido a un jefe corrupto. De los treinta y ocho millones de dólares, el juez otorgó diez millones al trío: la mitad a JoHelen y un veinticinco por ciento tanto a Myers como a Cooley. Asimismo, dejó bien claro que en el futuro tendrían derecho a una recompensa aún mayor cuando por fin se confiscaran y vendieran todos los bienes del sindicato de Dubose.

El 14 de enero de 2013, quince meses después de su detención, se inició el juicio de los cinco Primos en los juzgados federales de Pensacola. Para entonces, ya sabían que Clyde Westbay y Zeke Foreman iban a testificar contra ellos. Sabían que Clyde se había declarado culpable de asesinato en primer grado el día que fue detenido y que cumpliría una sentencia menor, aún por decidir. No tenían ni idea de dónde estaba escondido Foreman, y en realidad no les importaba. La fiesta se había acabado. Ahora estaban concentrados en su sombrío futuro.

En una sala de tribunal con numerosos espectadores, Paula Galloway, una letrada a la que seguía encantándole salir a la palestra, presentó el caso en nombre del gobierno. Su primer testigo fue Verna Hatch. Lacy fue la segunda. Se mostraron fotos y vídeos del escenario del accidente. Pasó todo un día en la tribuna de los testigos y la experiencia le resultó agotadora. Pero permaneció allí y acompañó durante todo el juicio a Verna. Muchos amigos y

parientes de Hugo pasaron por allí durante los ocho días que duró el juicio. Vieron el vídeo del robo de la Dodge Ram y el de la tienda de Frog. Zeke Foreman fue un testigo excelente. Clyde Westbay afianzó las condenas, aunque se mostró nervioso y rehusó mirar a los acusados. Ninguno de ellos subió a testificar. Ofrecieron una defensa unida de principio a fin. Uno para todos y todos para uno. Si se estrellaban, arderían en llamas todos juntos.

El jurado deliberó durante seis horas y condenó a los cinco. La semana siguiente, Paula Galloway persiguió su objetivo de obtener la pena de muerte, pero se quedó a medio camino. Los miembros del jurado no tuvieron problema en condenar a muerte a Vonn Dubose y Hank Skoley. El primero había ordenado el golpe y el segundo había organizado los detalles. Pero nunca quedó claro si los hermanos Maton o Ron Skinner estaban siquiera al tanto del plan. Según la ley, un miembro de una banda es culpable de los delitos de su organización, tanto si estuvo implicado en ellos como si no, pero el jurado no se atrevió a sentenciar a los otros tres a muerte. En cambio, los condenaron a cadena perpetua sin derecho a libertad condicional.

Una vez condenados y encerrados a perpetuidad los Primos, Paula Galloway se mostró mejor dispuesta a llegar a acuerdos con los demás encausados por delitos relacionados con la ley RICO contra el crimen organizado. La mayoría de ellos accedieron a una reducción de cargos y se les condenó, de promedio, a sesenta meses de cárcel.

Uno de ellos, un veterano recadero de confianza llamado Willis Moran, no quiso saber nada de la cárcel. Tenía un hermano al que habían violado y asesinado en prisión, y a él, Willis, le aterraba esa posibilidad. Durante varios interrogatorios dio a entender que sabía algo acerca de los asesinatos de Son Razko y Eileen Mace, e incluso sobre la desaparición de Digger Robles, el preso soplón. El FBI tenía poco interés en endosarle a Moran una sentencia larga, o una corta, para el caso, y negociaron con él un acuerdo según el cual

solo le caería el tiempo que ya había cumplido en la cárcel.

A lo largo de los años, Moran había trabajado en ocasiones con Delgado, que era el matón preferido de Vonn. Era bien sabido, al menos entre los veteranos, que a Delgado se le daba de maravilla cargarse a gente y que con toda probabilidad había asesinado a Son y Eileen.

A regañadientes, Allie Pacheco abrió otro capítulo de la historia de Dubose.

Dos meses después del juicio por asesinato, Claudia McDover y Phyllis Turban fueron trasladadas a una sala de tribunal del edificio federal de Tallahassee, rodeadas de sus abogados. Las dos se habían declarado ya culpables de aceptar sobornos y de blanqueo de dinero. Ahora iban a recibir su sentencia. El juez se dirigió primero a Phyllis y, tras una buena regañina, la condenó a diez años de cárcel.

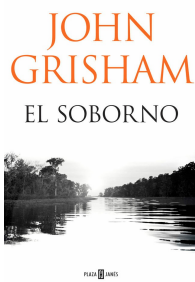
Su acometida contra Claudia fue digna de pasar a los anales. En un texto preparado arremetió contra su «asombrosa avaricia», su «repugnante falta de honradez» y su «cobarde abuso» de la confianza depositada en ella por los votantes. Una sociedad estable se basa en las nociones de imparcialidad y justicia, y es el deber de «jueces como usted y yo» garantizar que todos los ciudadanos estén protegidos de los corruptos, los violentos y las fuerzas del mal. Unas veces feroz, otras cáustica y sarcástica, y sin rozar ni por un instante la compasión, la diatriba del juez en la sentencia se prolongó treinta minutos y dejó pasmados a muchos de los presentes en la sala. Claudia, frágil y mucho más delgada después de diecisiete meses de comida carcelaria, se mantuvo lo más erguida posible y encajó los golpes. Solo una vez dio la impresión de flaquear, como si las rodillas no la sostuvieran. No derramó ni una sola lágrima ni desvió la mirada del juez.

Este la sentenció a veinticinco años.

En primera fila, Lacy, con Allie a un lado y JoHelen al otro, casi sintió

pena por ella.

**El juez más corrupto de la historia, la mafia y una joven investigadora con un informante secreto en el impresionante nuevo *thriller* del autor favorito de América: John Grisham.**



Lacy Stoltz es una joven investigadora y abogada de Florida, y su trabajo consiste en responder a las demandas relacionadas con la mala praxis judicial. Tras nueve años en el puesto, sabe que la mayor parte de los problemas derivan de incompetencias.

De repente le llega un caso de corrupción. Greg Myers afirma conocer un juez de Florida que ha robado más dinero que el resto de los jueces poco honestos juntos. Estaba involucrado en secreto con la construcción de un gran casino en tierras indígenas. La mafia financió el casino y ahora se lleva cada mes una buena tajada de la caja mensual. El juez también se lleva su parte y mira hacia otro lado. Todos contentos.

Pero ahora Greg quiere poner punto final a esta situación. Su único cliente conoce la verdad y quiere contarlo todo. Greg presenta una denuncia y el caso se le asigna a Lacy Stoltz, quien de inmediato sospecha que puede ser peligroso.

Pero el peligro es una cosa y la muerte, otra muy distinta.

**«El mejor autor vivo de *thriller*.»**

KEN FOLLETT

**John Grisham** (Jonesboro, Arkansas, 1955) se dedicaba a la abogacía antes de convertirse en un escritor de éxito mundial. Desde que publicó su primera novela en 1988, ha escrito casi una por año. Todas sin excepción han sido best sellers y ocho de ellas han resultado ser una magnífica fuente de guiones para el cine. Entre sus obras destacan los siguientes títulos, todos ellos convertidos también en películas de éxito: *Tiempo de matar*, *La tapadera*, *El informe Pelicano*, *El cliente*, *Cámara de gas*, *Legítima defensa*, *El jurado*. Sus últimas obras publicadas en España son: *La apelación*, *El profesional*, *La trampa*, *La confesión*, *Los litigantes*, *El estafador*, *La herencia*, *El cliente* y las novelas juveniles de la serie «Theodore Boone». John Grisham vive con su esposa y sus dos hijos a caballo entre Virginia y Mississippi.



Título original: *The Whistler*

Edición en formato digital: octubre de 2017

© 2016, Belfry Holdings, Inc.

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Eduardo Iriarte Goñi, por la traducción

Adaptación de la portada original de Hodderbooks: Penguin Random House  
Grupo Editorial / Yolanda Artola

Fotografía de portada: © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01838-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

El soborno

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Epílogo](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre John Grisham](#)

[Créditos](#)